BAJO LA PUERTA DE LOS SUSURROS

TJ KLUNE

A veces el final no es más que un principio.

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota del autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Bienvenido a El cruce de Caronte. El té está caliente, los bollos recién hechos y los muertos de paso.

Cuando Wallace Price se ve asistiendo a su propio funeral, descubre que está muerto. Pero Wallace no está preparado para abandonar este mundo que apenas ha sabido disfrutar en vida. De modo que, cuando le dan una semana para dar el salto al Más Allá, decide vivir plenamente esos escasos siete días que le quedan. Comenzará entonces un extraordinario viaje en el que, con la ayuda de Hugo, quien regenta una pintoresca tetería escondida entre las montañas de un pequeño pueblo y es, además, el barquero que ayuda a las almas a cruzar «al otro lado», aprenderá a disfrutar la belleza de los detalles y podrá compensar todo aquello que se perdió.

Bajo la puerta de los susurros

T. J. Klune

Para Eric.
Espero que hayas despertado en un lugar desconocido

Nota del autor:

Esta historia explora la vida y el amor,
así como la pérdida y el dolor.
Aborda el tema de la muerte en sus diferentes formas: apacible,
inesperada y por suicidio.
Se recomienda leer con cautela.

Capítulo 1

Patricia estaba llorando.

A Wallace Price no le gustaba nada que la gente llorara.

Tanto daba que se tratara de lagrimillas, lagrimones o sollozos desgarradores que sacudían todo el cuerpo; el llanto no servía para nada, y ella solo estaba retrasando lo inevitable.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó la mujer con las mejillas empapadas mientras alargaba el brazo hacia la caja de clínex que él tenía sobre la mesa. No advirtió que Wallace torcía el gesto. Seguramente fue mejor así.

—¿Cómo no iba a saberlo? —repuso él. Entrelazó las manos sobre su mesa de roble, y su silla Arper Aston chirrió cuando se retrepó, preparándose para lo que sin duda sería un caso de histrionismo desafortunado, mientras se esforzaba por no arrugar la nariz por la peste a lejía y limpiacristales. Alguien del personal de limpieza nocturno debía de haber derramado algo en su despacho, pues se había quedado impregnado de aquel olor denso y empalagoso. Wallace tomó nota mental de enviar una circular para recordarles a todos que tenía un olfato sensible y que no era de recibo que lo obligaran a trabajar en aquellas condiciones. Le parecía una auténtica salvajada.

Las persianas de las ventanas de su despacho estaban cerradas para evitar la entrada del sol de la tarde, y el áspero rugido del aire acondicionado lo mantenía bien despierto. Tres años atrás, alguien le había preguntado si podía subir la temperatura a veintiún grados. Él había soltado una risotada. El calor fomentaba la pereza. En cambio, el frío espabilaba a la gente.

Al otro lado de su puerta, el bufete funcionaba como una máquina bien engrasada, laboriosa y autosuficiente, sin necesidad de instrucciones constantes, tal y como le gustaba a Wallace. No habría llegado tan lejos si hubiera tenido que estar encima de todos y cada uno de sus empleados. Aun así, nunca les quitaba ojo, claro, y ellos

sabían que debían trabajar como si les fuera la vida en ello. Sus clientes eran las personas más importantes del mundo. Cuando daba la orden de saltar, esperaba que todos aquellos que lo habían oído saltaran sin hacer preguntas irrelevantes como «¿a qué altura?».

Lo que lo llevó a devolver su atención a Patricia. La máquina se había averiado y, aunque nadie era infalible, Wallace necesitaba cambiar una pieza defectuosa por una nueva. Había trabajado demasiado duro para permitir que todo se fuera al garete. El año anterior había sido el más rentable en la historia del bufete, y el año en curso prometía ser aún mejor. Fuera cual fuese el estado del mundo, siempre habría alguien a quien demandar.

Patricia se sonó las narices.

—Creía que no le importaba.

Wallace clavó los ojos en ella.

—¿Por qué diablos creía usted eso?

—No es ese tipo de persona —respondió ella con una sonrisa llorosa.

Él se enfureció. ¿Cómo se atrevía a decir una cosa así, y peor aún, a su jefe? Tendría que haber adivinado, diez años atrás, cuando la había entrevistado para el puesto de asistente jurídica, que acabaría saliéndole rana. Le había parecido pizpireta, un rasgo que suponía que se le pasaría con el tiempo, pues un bufete no es lugar para la jovialidad. Qué equivocado había estado.

—Claro que lo soy...

—Lo que pasa es que llevo una temporada muy mala —prosiguió ella, interrumpiéndolo—. He tratado de guardármelo todo dentro, pero debería haber imaginado que usted se daría cuenta.

—Exacto —dijo él, en un intento de reconducir la conversación. Cuanto antes despachara aquel asunto, mejor para los dos. Patricia lo comprendería con el tiempo—. Me he dado cuenta. Y ahora, si me...

—Y sí que le importo —continuó ella—. Lo sé. Lo supe en el momento en que me regaló un arreglo floral el mes pasado, por mi cumpleaños. Fue todo un detalle. Aunque no llevaba tarjeta ni nada, entendí lo que intentaba expresar. Que me aprecia. Y yo le aprecio muchísimo, señor Price.

El señor Price no sabía de qué le estaba hablando. Él no le había regalado nada. Sin duda, había sido cosa de su auxiliar jurídico-administrativa. Tendría que leerle la cartilla. Las flores eran

innecesarias. ¿De qué servían? Al principio eran bonitas, pero cuando se morían, las hojas y los pétalos se arrugaban y se pudrían, dejándolo todo hecho un asco, cosa que habría podido evitarse directamente no enviándolas. Con esto en mente, cogió su ridículamente cara estilográfica Montblanc y garabateó una nota («Idea para una circular: las plantas son un horror y nadie debería tenerlas»).

—No pretendía... —dijo sin alzar la vista.

—A Kyle lo despidieron hace dos meses —dijo ella, y él tardó más de lo que habría estado dispuesto a reconocer en recordar a quién se refería.

Kyle era el marido de Patricia. Wallace lo había conocido en una fiesta del bufete. Kyle estaba ebrio, claramente encantado con el champán que Moore, Price, Hernández y Worthington ofrecía a sus empleados tras otro año de éxitos. Con el rostro colorado, Kyle había agasajado a los presentes con un relato detallado por el que Wallace no consiguió sentir el menor interés, sobre todo porque el hombre parecía creer que el volumen de voz y los detalles fantasiosos eran elementos imprescindibles de una narración.

—Lamento oír eso —dijo con frialdad, depositando su teléfono sobre el escritorio—, pero creo que deberíamos centrarnos en el asunto que nos...

—Le está costando encontrar trabajo —continuó Patricia, arrugando su pañuelo desechable antes de coger otro. Al enjugarse las lágrimas con la mano se le corrió el rímel—. Y no podría habernos pasado en un peor momento. Nuestro hijo se casa en verano, y se supone que tenemos que correr con la mitad de los gastos de la boda. No sé cómo nos apañaremos, pero encontraremos la manera, como siempre. Es solo un bache en el camino.

—*Mazel tov* —la felicitó Wallace.

Ni siquiera sabía que Patricia tuviera hijos. No era muy dado a fisgar en la vida personal de sus subordinados. Los hijos constituían una distracción que no veía con buenos ojos. Empujaban a sus padres —sus empleados— a solicitar permisos para asistir a recitales, cuidar niños enfermos y cosas así, dejando que otros cubrieran su ausencia. Y, como el departamento de recursos humanos le había desaconsejado exigir a los empleados que se abstuvieran de fundar una familia («¡no puede decirles que se conformen con comprarse un perro, señor Price!»), había tenido que vérselas con madres y padres que le pedían

la tarde libre para oír a sus hijos vomitar o berrear canciones sobre formas, nubes y demás memeces.

Patricia volvió a sonarse los mocos con una especie de bocinazo prolongado y húmedo que a Wallace le puso los pelos de punta.

—Y luego está nuestra hija. Yo creía que era un caso perdido y que acabaría criando hurones, pero entonces el bufete tuvo la generosidad de concederle una beca, y ella por fin encontró su camino. La escuela de negocios, nada menos. ¿A que es estupendo?

Él la miró con los ojos entrecerrados. Tendría que hablar con los socios. No sabía que ofrecieran becas. Donaban fondos a organizaciones benéficas, sí, pero las deducciones fiscales los compensaban de sobra. No sabía en qué los beneficiaría regalar dinero para algo tan ridículo como una «escuela de negocios», aunque también desgravara. Seguramente la hija querría hacer una insensatez, como abrir un restaurante o montar una oenegé.

—Creo que su definición de «estupendo» no coincide con la mía.

Ella asintió, aunque a Wallace le dio la impresión de que no lo estaba escuchando.

—Este empleo es muy importante para mí, más importante que nunca. Los compañeros son como mi familia. Nos apoyamos unos a otros. No sé qué habría sido de mí sin ellos. Y que usted haya percibido que algo iba mal y me invitara a su despacho a desahogarme significa más para mí de lo que jamás podrá imaginar. Me da igual lo que digan los demás, señor Price: es usted una buena persona.

¿A qué narices venía eso?

—¿Qué dicen los demás sobre mí?

Ella palideció.

—Oh, nada malo. Ya sabe cómo son estas cosas. Usted fundó este bufete. Su apellido figura en el membrete del despacho. Resulta algo... intimidante.

Wallace se tranquilizó. Se sentía un poco mejor.

—Ya, bueno, supongo que...

—A ver, sí, la gente comenta que a veces es frío y calculador, y que, cuando las cosas no se hacen en el momento en que usted quiere, alza la voz hasta dar miedo, pero es que ellos no le ven con los mismos ojos que yo. Sé que bajo esa fachada de trajes caros hay un hombre bondadoso.

—Fachada —repitió él, aunque le complacía que ella supiera

apreciar su sentido de la elegancia. En efecto, lucía trajes de lujo. Solo lo mejor de lo mejor. Por eso, el paquete de bienvenida que se entregaba a los recién llegados al bufete incluía una lista detallada de lo que se consideraba una indumentaria adecuada. Si bien no exigía que todos llevaran ropa de diseño (sobre todo porque entendía lo duro que era pagar la deuda estudiantil), si alguien se presentaba con una prenda claramente comprada de rebajas, recibía una severa reprimenda para que recordara la importancia de cuidar la apariencia personal.

—Usted es duro por fuera pero blandito como el algodón de azúcar por dentro.

En la vida se había sentido más ofendido.

—Señora Ryan...

—Llámeme Patricia, por favor. Mire que se lo tengo dicho.

Era verdad.

—Señora Ryan —dijo él con firmeza—, aunque aprecio su entusiasmo, creo que tenemos otros asuntos que tratar.

—Sí —se apresuró a decir ella—. Por supuesto. Sé que le incomodan los elogios. Le prometo que no volverá a ocurrir. Al fin y al cabo, no estamos aquí para hablar de usted.

—Exacto —dijo él, aliviado.

A Patricia le tembló el labio.

—Estamos aquí para hablar de mí y de la época tan difícil que estoy pasando. Por eso me ha hecho venir después de pillarme llorando en el armario del material de oficina.

Él había creído que la mujer estaba haciendo inventario y que el polvo le había causado alergia.

—Me parece que deberíamos reenfocar...

—A Kyle ya no le interesa el contacto íntimo —susurró ella—. Hace años que no me toca ni con un palo. Intento convencerme de que es lo normal en un matrimonio que lleva tanto tiempo, pero no puedo evitar sospechar que hay alguna otra razón.

Wallace dio un respingo.

—No sé si esto resulta apropiado, sobre todo teniendo en cuenta que usted...

—¡Qué me va a contar! —gritó ella—. Más inapropiado, imposible. Sí, he estado trabajando setenta horas a la semana, pero ¿es mucho pedir que mi marido cumpla con sus deberes conyugales? Lo

prometió en sus votos matrimoniales.

Qué espanto de boda debió de ser aquella. Seguramente habían celebrado el banquete en un motel Holiday Inn. No, peor todavía: en un Holiday Inn Express. Se estremeció solo de pensarlo. No le cabía duda de que había habido una sesión de karaoke. Por lo poco que recordaba de Kyle, seguro que había cantado un popurrí de Journey y Whitesnake mientras trasegaba lo que él llamaba cariñosamente una birra.

—Pero no me importan las largas jornadas de trabajo —prosiguió ella—. Vienen con el cargo. Ya lo sabía cuando me contrató.

¡Ah! Una oportunidad para ir al grano.

—A propósito de eso...

—Mi hija se ha puesto un aro en la nariz —dijo Patricia con tristeza—. Parece un toro. Mi niñita ahora quiere que un torero la persiga y le hinque la banderilla...

—Virgen santa —murmuró Wallace, restregándose la cara con la mano. No podía perder el tiempo con esas cosas. Tenía una reunión en media hora que aún no había preparado.

—¡Y que lo diga! —exclamó Patricia—. Según Kyle, forma parte del proceso de madurez, y debemos darle libertad para que despliegue las alas y cometa sus propios errores. ¡Yo no sabía que eso significara dejar que se perfore el maldito tabique nasal! Y de mi hijo mejor no hablamos.

—De acuerdo —dijo Wallace—. Pues no hablemos.

—¡Quiere encargar el cáterin de la boda a Applebee's! ¡Applebee's, nada menos!

Wallace se quedó boquiabierto, horrorizado. No se había imaginado que la incompetencia para organizar bodas fuera hereditaria.

Patricia asintió enérgicamente con la cabeza.

—Como si pudiéramos permitírnoslo. ¡El dinero no cae de los árboles! Nos hemos esforzado por inculcarles a nuestros hijos nociones de economía doméstica, pero a los jóvenes a veces les cuesta asimilarlas. Y ahora que su prometida está embarazada, pretende que nosotros lo ayudemos. —Exhaló un suspiro melodramático—. Mi única motivación para levantarme por las mañanas es saber que puedo venir aquí y... evadirme de todo eso.

Wallace sintió que se le formaba un extraño nudo en el pecho. Se

masajeó el esternón. Ardor de estómago, sin duda. No tenía que haber comido chili con carne.

—Me alegro de que encuentre aquí un refugio de su existencia cotidiana, pero no es ese el motivo por el que le he pedido que viniera.

Ella se sorbió los mocos.

—¿Ah, no? —Sonrió de nuevo, esta vez con más ganas—. Entonces, ¿cuál es, señor Price?

—Está despedida —anunció él.

Patricia lo miró, parpadeando.

Wallace esperó. Sin duda ella por fin comprendería la situación, y él podría volver al trabajo.

La mujer paseó la mirada alrededor con una sonrisa de perplejidad en los labios.

—¿Es uno de esos programas de telerrealidad? —Se rio, con una sombra del entusiasmo que él había dado por desterrado mucho tiempo atrás—. ¿Me están grabando? Ahora es cuando alguien salta y grita «¡sorpresa!», ¿no? ¿Cómo se llama ese programa? *¿Estás despedido, pero es broma?*

—Lo dudo mucho —dijo Wallace—. No he dado mi consentimiento para que se me grabe en vídeo. —Bajó la vista hacia el bolso que Patricia tenía sobre el regazo—. Ni en audio.

La sonrisa de Patricia flaqueó ligeramente.

—Pues no lo entiendo. ¿A qué se refiere?

—No sé cómo expresarlo de una manera más clara, señora Ryan. A partir de hoy, ya no trabaja para Moore, Price, Hernández y Worthington. Cuando salga de este despacho, los de seguridad le permitirán recoger sus pertenencias y luego la acompañarán hasta la salida. Recursos humanos se pondrá en contacto con usted en breve con motivo de los trámites necesarios para que usted solicite el... ¿cómo se llama? —Revolvió en los papeles que había sobre su mesa—. Ah, sí, el subsidio por desempleo. Porque, por lo visto, si está en el paro, puede chupar de la teta del gobierno, subvencionada con mis impuestos. —Sacudió la cabeza—. Así que, en cierto modo, seguiré pagándole yo. Pero menos, eso sí. Además, no tendrá que venir para ganárselo. Porque ya no trabaja aquí.

La sonrisa se había esfumado del todo.

—Que ya no... ¿qué?

—Está despedida —repitió él, despacio. No sabía qué le costaba tanto entender.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

¡Eso ya era otra cosa! El porqué de las cosas era la especialidad de Wallace. Los hechos puros y duros.

—Por el *amicus curiae* en el caso Cortaro. Lo presentó usted dos horas después de plazo. Si lo aceptaron fue solo porque el juez Smith me debía un favor, y aun así por poco no lo consigo. Tuve que recordarle que lo había visto con su canguro, con la que estaba liado, en el... Da igual. Podía haberle costado usted miles de dólares al bufete, y eso solo supondría una pequeña parte de los perjuicios que habría ocasionado a nuestro cliente. No puedo tolerar esa clase de errores. Le agradezco sus años de dedicación a Moore, Price, Hernández y Worthington, pero me temo que vamos a prescindir de sus servicios.

Ella se levantó de golpe, y las patas de la silla chirriaron contra el parqué de madera noble.

—No lo presenté tarde.

—Ya lo creo que sí —replicó Wallace sin inmutarse—. Puedo mostrarle el sello del secretario del juzgado con la fecha y la hora, si quiere. —Dio unos golpecitos con el dedo en la carpeta que tenía sobre el escritorio.

Ella entornó los ojos. Por lo menos había dejado de llorar. Wallace estaba capacitado para lidiar con la rabia. En su primer día en la Facultad de Derecho, le enseñaron que, aunque los abogados eran esenciales para el buen funcionamiento de la sociedad, siempre serían objeto de la ira de la gente.

—Y aunque lo hubiera presentado tarde, habría sido la primera vez. Un caso aislado.

—Y ahora podrá quedarse tranquila sabiendo que no habrá una segunda —dijo Wallace—, porque usted ya no trabaja aquí.

—Pero... pero mi marido... Y mi hijo... ¡Y mi hija!

—Ah, sí —dijo Wallace—. Me alegra que haya sacado el tema. Naturalmente, si su hija está recibiendo algún tipo de beca por parte del bufete, esta quedará rescindida con efecto inmediato. —Pulsó un botón del teléfono que tenía sobre la mesa—. ¿Shirley? ¿Me hace el favor de enviar una nota a recursos humanos avisándoles de que la hija de la señora Ryan ya no tiene una beca con nosotros? No sé en

qué consiste el trámite, pero me imagino que tendrán que rellenar algún formulario para que yo lo firme. Encárguese de ello ahora mismo.

—Sí, señor Price —crepitó la voz de su secretaria a través del altavoz.

Wallace alzó la vista hacia su exasistente jurídica.

—Ya está. ¿Lo ve? Solucionado. Bien, antes de que se marche, le pido que recuerde que somos profesionales. No hay necesidad de chillar, arrojar objetos o lanzar amenazas que, sin duda, estarían tipificadas como delito. Y, si es tan amable, cuando despeje su mesa procure no llevarse material que sea propiedad de la empresa. Su sustituta empezará el lunes, y no quiero ni imaginar cómo se sentiría si le faltara una grapadora o un portarrollos de cinta adhesiva. Todas las chucherías que haya usted acumulado son suyas, por supuesto. —Cogió una pelota antiestrés con el logo de la empresa que tenía sobre el escritorio—. Son estupendas, ¿verdad? Creo recordar que se le regaló una en conmemoración de sus siete años al servicio del bufete. Llévesela, le doy mi consentimiento. Tengo la sensación de que le será útil.

—No es una broma —susurró ella.

—Me alegra que le haga gracia, pero no —dijo él—. En fin, si me disculpa, tengo que...

—¡Es... es... es usted un monstruo! —gritó ella—. ¡Le exijo una disculpa!

Era de esperar.

—Pedirle disculpas implicaría que he hecho algo malo. No es así. En todo caso, quien debería disculparse es usted.

Patricia respondió con un chillido que no contenía disculpa alguna.

Sin perder la calma, Wallace volvió a pulsar el botón del teléfono.

—Shirley, ¿han llegado los de seguridad?

—Sí, señor Price.

—Bien. Hágalos pasar antes de que me tiren algo a la cabeza.

Cuando Wallace Price vio a Patricia Ryan por última vez, un hombre corpulento llamado Geraldo se la llevaba a rastras mientras ella pataleaba y vociferaba, al parecer sin recordar la advertencia de Wallace sobre las amenazas delictivas. No pudo evitar sentir admiración por la entrega con que la señora Ryan le deseaba que se

metiera «un atizador candente» por la garganta hasta pincharse «salva sea la parte» (según sus palabras textuales) y sufrir una espantosa agonía.

—¡Caerá usted de pie! —le aseguró él desde la puerta del despacho, consciente de que la planta entera estaba escuchando. Quería que supieran que era un hombre empático—. Cuando una puerta se cierra, otra se abre, y todas esas cosas.

Las puertas del ascensor se cerraron, silenciando las manifestaciones de indignación de Patricia.

—Ah —dijo Wallace—. Así está mejor. Y ahora, sigan trabajando. Que sea viernes no les da derecho a escaquearse.

Todos reanudaron sus tareas de inmediato.

Perfecto. La oficina volvía a funcionar como una máquina bien engrasada.

Regresó a su despacho y cerró la puerta tras de sí.

Volvió a acordarse de Patricia una vez más esa tarde, cuando recibió un correo electrónico de la directora de recursos humanos en el que le decía que se ocuparía de la beca. Notó de nuevo aquel nudo en el pecho, pero no le importó. De camino a casa, pararía a comprarse un frasco de antiácido líquido. No dedicó un solo pensamiento más al asunto o a Patricia Ryan. «Hay que seguir siempre adelante», se dijo mientras movía el mensaje a una carpeta marcada como RECLAMACIONES DE LOS EMPLEADOS.

Siempre adelante.

Se sintió mejor. Por lo menos, todo estaba tranquilo.

La semana siguiente su nueva asistente jurídica se incorporaría al trabajo, y él le dejaría bien claro que no toleraría el más mínimo error. Más valía sembrar el miedo desde un primer momento que afrontar la incompetencia más adelante.

Se quedó con las ganas.

Porque, dos días después, Wallace Price murió.

Capítulo 2

Pocas personas asistieron al funeral, para disgusto de Wallace. Ni siquiera estaba muy seguro de cómo había acabado allí. Un momento estaba de pie, contemplando su cuerpo y, al momento siguiente, sin saber cómo, se encontraba frente a una iglesia con las puertas abiertas y las campanas doblando. Desde luego, no lo había consolado mucho ver el letrero colocado frente al edificio, bien a la vista, que rezaba: CELEBRACIÓN DE LA VIDA DE WALLACE PRICE. En honor a la verdad, el letrero no le gustó. No, no le gustó un pelo. A lo mejor alguien de dentro podía aclararle qué narices estaba pasando.

Se sentó en uno de los bancos de atrás. La iglesia reunía todas las cualidades que él detestaba: era ostentosa, con sus grandes vidrieras de colores y diversas versiones de Cristo en gran variedad de posturas de dolor y sufrimiento, con las manos clavadas a una cruz que parecía hecha de piedra. Lo desalentaba el hecho de que a nadie pareciera importarle que aquella figura, exhibida de forma notoria por todo el templo, estuviera representada en plena agonía. Nunca entendería la religión.

Esperó a que llegaran más dolientes. Según el letrero de fuera, el funeral debía comenzar a las nueve en punto. Faltaban cinco minutos, según el decorativo reloj de la pared —otro Cristo, cuyos brazos eran las manecillas del reloj, al parecer un recordatorio de que el hijo de Dios era contorsionista—, y solo había seis personas en la iglesia.

Wallace conocía a cinco.

La primera era su exesposa. El divorcio había sido un trago muy amargo, un cruce de acusaciones infundadas por ambas partes, y los abogados a duras penas habían conseguido evitar que se gritaran desde sus respectivos extremos de la mesa. Sin duda, ella habría tenido que coger un avión, pues se había mudado a la otra punta del país para alejarse de él. Wallace no se lo reprochaba.

Casi.

Por motivos que no habría sabido explicar, le irritó advertir que

ella no lloraba. ¿No debería estar deshecha en llanto?

La segunda, tercera y cuarta persona que conocía eran sus socios del bufete Moore, Price, Hernández y Worthington. Wallace aguardó a que hicieran acto de presencia los empleados de MPH&W, empresa nacida en un garaje veinte años atrás y que había llegado a convertirse en uno de los despachos de abogados más prestigiosos del estado. Como mínimo, esperaba que Shirley, su secretaria, se presentara con el rímel corrido y un pañuelo arrebujado en la mano, gimiendo que no sabía cómo saldría adelante sin él.

Shirley no se hallaba entre la concurrencia. Wallace se concentró al máximo para que ella apareciera de la nada, gimiendo que no era justo, que necesitaba un jefe como Wallace que la obligara a seguir por el buen camino. Como esto no ocurrió, frunció el ceño, con un asomo de desasosiego revoloteándole en un rincón de la mente.

Los socios se apiñaron al fondo de la iglesia, cerca del banco que ocupaba Wallace, murmurando entre sí. Él renunció a intentar hacerles saber que estaba allí, sentado justo delante de ellos. No podían verlo ni oírlo.

—Un día triste —comentó Moore.

—Muy triste —convino Hernández.

—El peor —terció Worthington—. Pobre Shirley, mira que encontrarse el cadáver así.

Los socios hicieron una pausa, dirigiendo la mirada al frente y agachando la cabeza en señal de respeto, cuando Naomi volvió la vista hacia ellos. La mujer hizo una mueca de desprecio antes de mirar de nuevo hacia delante.

De repente:

—Da que pensar —comentó Moore.

—Ya lo creo —convino Hernández.

—Desde luego —terció Worthington—. Da que pensar sobre muchas cosas.

—Tú no has tenido un pensamiento original en la vida —le dijo Wallace.

Se quedaron callados un momento, y a Wallace no le cupo la menor duda de que estaban abismados en sus recuerdos favoritos sobre él. Pronto se pondrían a rememorar los viejos tiempos con afecto, turnándose para contar pequeñas anécdotas sobre el hombre que conocían desde hacía media vida y que tan importante había sido

para ellos.

A lo mejor incluso derramaban un par de lágrimas. Al menos, eso esperaba.

—Menudo capullo era —comentó Moore al fin.

—Un capullo integral —convino Hernández.

—Más capullo, imposible —terció Worthington.

A los tres se les escapó la risa, aunque intentaron ahogarla para que no resonara en la nave. A Wallace lo escandalizaron dos cosas en concreto. En primer lugar, no sabía que reír en la iglesia estuviera permitido, y menos aún cuando iba a celebrarse un funeral. Por alguna razón, había creído que era ilegal. Por otro lado, hacía décadas que no ponía un pie en un templo, así que tal vez las normas habían cambiado. En segundo lugar, ¿cómo era posible que hubiesen quedado impunes tras llamarlo «capullo»? Lo decepcionó que no los fulminara un rayo en el acto.

—¡Castígalos! —bramó, mirando al techo—. Redúcelos a cenizas a la de... ya... —Se interrumpió. ¿Por qué no oía el eco de sus palabras?

—¿Visteis el partido de anoche? —dijo Moore, que por lo visto había decidido que se le había pasado la pena—. Caray, Rodríguez estaba más en forma que nunca. Me parece increíble que ejecutaran esa jugada.

Y, acto seguido, se pusieron a charlar sobre deportes, como si su socio no yaciera en una caja roja de madera maciza de cerezo frente al altar, con los brazos cruzados sobre el pecho, la piel lívida y los ojos cerrados.

Wallace volvió los ojos al frente con gesto resuelto y las mandíbulas apretadas. Habían ido juntos a la Facultad de Derecho, habían decidido fundar el bufete justo después de graduarse, para horror de sus padres. Los socios habían empezado como un grupo de amigos jóvenes e idealistas. Sin embargo, con el paso de los años, habían pasado a ser algo más que amigos y se habían convertido en compañeros, lo que, para Wallace, era mucho más importante. No tenía tiempo para la amistad. No la necesitaba. Tenía su empleo en la planta trece del rascacielos más alto de la ciudad, sus muebles de importación y su enorme piso, en el que casi nunca estaba. Lo había tenido todo, y en cambio, ahora...

En fin.

Al menos el féretro era caro, aunque Wallace había evitado mirarlo desde que había llegado.

La quinta persona en la iglesia era alguien a quien no reconocía: una joven con una melena corta y desgreñada. Tenía los ojos negros, la nariz delgada y respingona y unos labios finos y pálidos. Llevaba *piercings* en las orejas, unos botones diminutos que relucían a la luz que se colaba por las vidrieras. Lucía un elegante traje negro de raya diplomática y una corbata de un rojo subido; una corbata que rezumaba poderío. Wallace la contempló con aprobación. Todas sus corbatas rezumaban poderío. No, en ese momento no llevaba precisamente una corbata poderosa. Por lo visto, cuando uno se moría, seguía vestido con la misma ropa que llevaba en el instante de estirar la pata. Era una pena, puesto que, al parecer, él había fallecido en su despacho un domingo. Había ido a preparar el trabajo de la semana y se había puesto un chándal, una vieja camiseta de los Rolling Stones y unas chanclas, pues sabía que no habría nadie en la oficina.

Y, para su consternación, descubrió que eso era justo lo que llevaba.

La mujer dirigió la vista hacia donde estaba Wallace, como si lo hubiera oído. Aunque él no la conocía, supuso que, si estaba ahí, era porque le había cambiado la vida en algún momento. A lo mejor era una clienta de hacía años que le estaba agradecida. Con el tiempo, se le confundían todos en la cabeza, así que era muy posible. Seguramente él habría demandado en su nombre a una gran empresa por haberle servido un café demasiado caliente, por acoso o por cualquier otra cosa, y ella habría obtenido una cuantiosa compensación. Claro que debía de estarle agradecida. Como para no estarlo.

Cuando Moore, Hernández y Worthington tuvieron la gentileza de aparcar su animada conversación sobre eventos deportivos, se encaminaron hacia el altar y pasaron junto a Wallace sin lanzar una sola mirada en su dirección, todos con semblante solemne. Haciendo caso omiso de la joven trajeada, se detuvieron al lado de Naomi y se inclinaron uno tras otro para darle el pésame. Ella asentía. Wallace aguardó a que brotaran las lágrimas, convencido de que era como una presa a punto de reventar.

Cada uno de los socios permaneció un momento de pie frente al ataúd, con la cabeza gacha. La sensación de intranquilidad que

embargaba a Wallace desde que había parpadeado delante de la iglesia se volvió más intensa, discordante e insoportable. Allí estaba él, sentado en la parte trasera de la iglesia, contemplándose a sí mismo en la parte delantera, tendido en un féretro. No se consideraba un hombre guapo. Era demasiado alto, desgarbado, con unos pómulos tan afilados que hacían que su rostro pareciera siempre demacrado. En cierta ocasión, durante una fiesta de Halloween celebrada por el bufete, a una cuadrilla de mocosos le había entusiasmado su disfraz, y uno de ellos incluso había tenido la osadía de comentar que estaba genial caracterizado como la Parca.

En realidad, no llevaba disfraz.

Desde su asiento, alcanzaba a ver su cuerpo entre los socios apiñados en torno a él, preso de la terrible sensación de que algo no iba bien y amenazaba con apabullarlo. El cadáver llevaba puesto uno de sus mejores trajes, un dos piezas Tom Ford de sarga de lana. Se ajustaba como un guante a su delgada figura y le resaltaba el verde de los ojos. A decir verdad, no le favorecía mucho en ese momento, puesto que tenía los párpados cerrados y las mejillas tan embadurnadas de colorete que, más que un abogado de alto nivel, parecía una cortesana. Su frente presentaba una extraña palidez, y el cabello negro y corto, engominado hacia atrás, relucía bajo las luces del techo como si estuviera mojado.

Al cabo de un rato, los socios se sentaron en el banco contiguo al de Naomi, sin haber vertido una sola lágrima.

Se abrió una puerta y, al volverse, Wallace vio a un sacerdote —a quien tampoco reconoció, lo que le hizo sentir de nuevo aquella discordancia que le oprimía el pecho; algo no iba bien, nada bien—, que cruzó el nártex ataviado con unos ropajes tan ridículos como la decoración de la iglesia. El hombre pestañeó un par de veces, como atónito por lo vacío que estaba el lugar. Se remangó la sotana para consultar su reloj y sacudió la cabeza antes de fijar una sonrisa discreta en sus labios. Pasó de largo a Wallace sin la menor señal de haber reparado en su presencia.

—Eso, tú ignórame —le reclamó Wallace—. Seguro que te crees muy importante. Y luego os extrañaréis de que las religiones organizadas estén de capa caída.

El sacerdote se detuvo junto a Naomi, la tomó de la mano y soltó en voz baja una sarta de perogrulladas: que lamentaba su pérdida, que

los caminos del Señor eran inescrutables y que, aunque no siempre nos era posible comprender sus designios, debíamos confiar en que los tenía y aquello formaba parte de ellos.

—Oh, no lo dudo, padre —respondió Naomi—, pero dejémonos de chorradas y vayamos al lío. Se supone que de aquí a dos horas estará enterrado, y yo tengo que pillar un avión esta tarde.

Wallace puso cara de exasperación.

—Por Dios, Naomi. ¿No puedes mostrar un mínimo de respeto? Estás en una iglesia. —«Y yo estoy muerto», quería añadir, pero no lo hizo, porque eso le habría conferido un toque de realidad a la situación, y nada de aquello podía ser real. Era imposible.

El sacerdote asintió.

—Por supuesto. —Tras darle unas palmaditas en el dorso de la mano, se dirigió hacia los bancos de al lado, en los que estaban sentados los socios—. Lamento su pérdida. Los caminos del Señor son inescrutables...

—Claro que lo son —comentó Moore.

—Y tan inescrutables —convino Hernández.

—El mandamás de arriba, siempre con sus planes —terció Worthington.

La mujer —la que Wallace no había reconocido— soltó un resoplido y sacudió la cabeza.

Wallace la fulminó con la mirada.

El sacerdote siguió adelante hasta detenerse frente al ataúd, con la cabeza inclinada.

Un rato antes, Wallace había sentido dolor en el brazo, ardor en el pecho y el estómago ligeramente revuelto y con náuseas. Por un instante, casi se convenció a sí mismo de que era por haber cenado las sobras de chili con carne la noche anterior. Sin embargo, al momento siguiente, estaba tirado en el suelo de su despacho, sobre la alfombra persa de importación que le había costado un dineral, escuchando el borboteo de la fuente en el vestíbulo mientras intentaba recuperar el aliento.

—Me cago en el chili —consiguió jadear. Fueron sus últimas palabras antes de encontrarse de pie, por encima de su cuerpo, con la sensación de estar en dos lugares a la vez, mirando hacia arriba, al techo, y también hacia abajo, a sí mismo. Esta disociación tardó un rato en remitir, dejándolo boquiabierto, mientras que de su garganta

no escapaba otro sonido que un débil chillido, como el de un globo al desinflarse.

Pero no pasaba nada, ¡porque solo se había desmayado! Eso era todo. Nada más que un poco de acidez de estómago y la necesidad de echarse un sueñecito en el suelo. A todo el mundo le pasa, tarde o temprano. Había estado trabajando demasiado últimamente. Era inevitable que eso acabara por pasarle factura.

Una vez alcanzada esta conclusión, se sintió menos impresentable por asistir a su propio funeral en chándal y chanclas. Ni siquiera le gustaban los Rolling Stones. No tenía idea de dónde había salido esa camiseta.

El sacerdote se aclaró la garganta mientras recorría con la mirada la escasa concurrencia.

—Como dicen las Sagradas Escrituras... —dijo.

—Oh, venga ya —farfulló Wallace.

La desconocida intentó contener una carcajada.

Wallace irguió la cabeza de golpe mientras el sacerdote seguía hablando con voz monótona. Estaba indignado. Si a la mujer le parecía tan desternillante su muerte, ¿qué narices estaba haciendo ahí?

A menos que...

No, no podía ser, ¿o sí?

La observó con fijeza, intentando situarla.

¿Y si, en efecto, había sido clienta suya?

¿Y si se había quedado insatisfecha con el resultado de sus gestiones?

Tal vez había presentado una demanda colectiva con la que no había obtenido tanto dinero como ella esperaba. Cada vez que acudía a él un cliente nuevo, le hacía grandes promesas de justicia y de generosas compensaciones económicas. Si bien en otras épocas habría rebajado sus expectativas, su seguridad en sí mismo no había hecho más que aumentar con cada resolución favorable. La gente pronunciaba su nombre en un susurro reverencial dentro de las sacrosantas salas de los juzgados. Era un tiburón despiadado, y, por lo general, cualquiera que se interpusiera en su camino acababa tumbado boca arriba, preguntándose si alguien había cogido la matrícula del camión que le había pasado por encima.

Pero tal vez se trataba de algo más que eso.

¿Y si lo que había comenzado como una relación profesional abogado-cliente se había convertido en algo más oscuro? Quizá la mujer se había obsesionado con él, deslumbrada por sus trajes caros y su dominio del estrado. Había decidido que Wallace Price sería suyo o de nadie. Lo había acosado, acercándose a su ventana por la noche para espiarlo mientras dormía —el hecho de que su apartamento estuviera en la planta quince era lo de menos; ¿quién le decía a él que esa mujer no trepaba por el costado del edificio hasta su terraza?—. Y, mientras él estaba en la oficina, ella se colaba en su piso y se tumbaba sobre su almohada para aspirar su aroma y soñar con el día en que se convertiría en la señora de Wallace Price. Luego tal vez él la había desairado sin darse cuenta, y el amor que ella le profesaba había cedido el paso a una furia ciega.

Sí, era eso.

Eso lo explicaba todo. Al fin y al cabo, no habría sido la primera vez, ¿o sí? Porque seguramente Patricia Ryan también había perdido la cabeza por él, a juzgar por la desafortunada manera en que había reaccionado cuando él la había despedido. A lo mejor las dos estaban compinchadas y, cuando Wallace hizo lo que hizo, ellas habían... ¿qué? Aunado fuerzas para... A ver, un momento. Vale, la cronología de los hechos era un poco difusa para que la teoría cuadrara, pero aun así...

—... y ahora, invito a quien quiera decir algo en recuerdo de nuestro querido Wallace a pasar al frente y tomar la palabra. —El sacerdote desplegó una sonrisa serena que se desvaneció ligeramente al ver que nadie se movía—. Con entera libertad.

Los socios agacharon la cabeza.

Naomi suspiró.

Era evidente que estaban tan abrumados por la pena que no encontraban las palabras para describir con brevedad una vida bien vivida. Wallace no los culpaba por ello. ¿Cómo empezar siquiera a resumir en unas pocas frases todas sus cualidades? Era un hombre de éxito, inteligente y trabajador hasta la obsesión, entre muchas otras cosas. Normal que no se animaran a hablar.

—En pie —masculló, clavando la mirada en quienes estaban cerca del altar—. Levantaos y decid cosas bonitas sobre mí. A la voz de ya. Os lo ordeno. —Soltó un grito ahogado cuando Naomi se irguió —. ¡Ha funcionado! —musitó con vehemencia—. Sí. Sí.

Con una inclinación de la cabeza, el sacerdote se hizo a un lado. Naomi contempló durante largo rato el cuerpo de Wallace, quien se sorprendió al advertir que su exesposa crispaba el rostro como si estuviera a punto de echarse a llorar. Por fin. Por fin alguien iba a mostrar algún tipo de emoción. A lo mejor Naomi se arrojaría sobre el féretro, preguntaría a gritos por qué, por qué, por qué era tan injusta la vida y proclamaría: «Wallace, siempre te he amado, incluso cuando me acostaba con el jardinero. Ya sabes, ese que parecía alérgico a llevar camiseta mientras trabajaba bajo el sol que le brillaba en los anchos hombros, con el sudor resbalándole por los marcados músculos abdominales como si fuera una maldita estatua griega en la que tú fingías no fijarte, aunque los dos sabíamos que eso era una chorrada, puesto que teníamos los mismos gustos en hombres».

Pero no se echó a llorar.

En vez de eso, estornudó.

—Disculpen —dijo, pasándose la mano por la nariz—. Llevaba un rato aguantándome.

Wallace se hundió aún más en el asiento. La cosa no pintaba bien.

Naomi se dirigió a la tarima y se colocó junto al sacerdote.

—Wallace Price era un hombre indudablemente... vivo. Y ya no lo está. No puedo decir con sinceridad que eso sea algo terrible. No era una buena persona.

—Ay, madre —dijo el sacerdote.

Naomi lo ignoró.

—Era testarudo, insensato y no le importaba nada excepto él mismo. Habría podido casarme con Bill Nicholson, pero, en vez de ello, me subí al Expreso Wallace Price, con destino a una vida de cenas solitarias, cumpleaños y aniversarios olvidados, y la asquerosa costumbre de dejar las uñas de los pies cortadas en el suelo del baño. Es que vamos a ver: la papelera estaba ahí, al lado. ¿Cómo es posible que no acertara?

—Terrible —comentó Moore.

—Exacto —convino Hernández.

—Tirar las uñas cortadas a la papelera —terció Worthington—. No es tan difícil.

—Un momento —dijo Wallace en voz muy alta—. Eso no es lo que se supone que tenéis que hacer. Deberíais estar tristes y enumerar

todas las cosas que echaréis de menos de mí mientras os enjugáis las lágrimas. ¿Qué clase de funeral es este?

Pero Naomi no le hizo caso, aunque, pensándolo bien, ¿le había hecho caso alguna vez?

—Desde que recibí la noticia, llevo días intentando evocar algún recuerdo del tiempo que pasé con él que no me llenara de arrepentimiento, apatía o una rabia ardiente que me hacía sentir como si estuviera a pleno sol. Me llevó tiempo, pero al final di con uno. En una ocasión, cuando me encontraba enferma, Wallace me llevó un tazón de sopa. Le di las gracias. Luego se fue a la oficina y no volví a verlo en seis días.

—¡¿Eso es todo?! —exclamó Wallace—. ¿Estás de coña?

La expresión de Naomi se endureció.

—Sé que se supone que debemos comportarnos y sentirnos de determinada manera cuando alguien muere, pero he venido para decirles que eso es una chuminada. Con perdón, padre.

El sacerdote asintió.

—Tranquila, hija mía. Desahógate a gusto. El Señor no...

—Y prefiero ni hablar de lo importante que era para él el trabajo; mucho más que fundar una familia. Le marqué mi ciclo ovulatorio en la agenda. Y ¿saben qué hizo? Me mandó una postal que decía ENHORABUENA, LICENCIADA.

—¿En serio sigues enfadada por eso? —atronó Wallace—. ¿Qué tal va esa terapia, Naomi? Por lo visto deberías pedir que te devuelvan el dinero.

—Uf —dijo la mujer que estaba sentada en el banco.

Wallace clavó la vista en ella.

—¿Tienes algo que añadir? Sé que soy un partidazo, ¡pero el hecho de que no te quiera no te da derecho a asesinarme!

Más vale dejar a la imaginación el sonido que emitió Wallace cuando la mujer lo miró directamente a la cara y, sobre todo, cuando le dijo en voz bastante alta:

—Nah, no eres mi tipo. Y asesinar a la gente no está bien, ¿sabes?

Wallace estuvo a punto de caerse del banco mientras Naomi continuaba calumniándolo en la casa de Dios como si la desconocida no hubiera dicho una palabra. Consiguió agarrarse del respaldo, clavando las uñas en la madera. Se asomó por encima y contempló a la mujer con ojos desorbitados.

Ella arqueó una ceja, sonriente.

A Wallace le costó recuperar la voz.

—¿Puedes... puedes verme?

Ella movió la cabeza afirmativamente, torciéndose en el asiento y apoyando el codo en el respaldo.

—Así es.

Él se echó a temblar y se agarró al banco con tanta fuerza que creyó que se le iban a romper los dedos.

—Cómo. Qué. No... qué.

—Sé que estás confundido, Wallace, y tal vez la situación sea un poco...

—¡No t-te he dicho mi nombre! —gritó él, incapaz de evitar que se le entrecortara la voz.

Ella soltó un bufido.

—Hay literalmente un letrero con tu foto y tu nombre delante de la iglesia.

—Eso no... —¿Eso no qué? ¿Qué era exactamente lo que no le cuadraba? Se enderezó en el asiento. Las piernas no le respondían como habría querido—. Olvídate del dichoso letrero. ¿Cómo puede estar sucediendo esto? ¿Qué demonios pasa?

La mujer sonrió.

—Estás muerto.

Wallace rompió a reír. Ya, ya veía su cuerpo en una caja, pero eso no significaba nada. Debía de tratarse de un error. Se le cortó la risa en cuanto se percató de que la mujer no reía con él.

—Qué —dijo en tono inexpresivo.

—Muerto, Wallace. —Contrajo las facciones—. Espera. Deja que haga memoria sobre cuál fue la causa. Es mi primera vez, así que estoy un poco nerviosa. —Se le iluminó el rostro—. ¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Un ataque al corazón.

En ese instante, él supo que no era verdad. ¿Un ataque al corazón? Los cojones. Nunca fumaba, comía de la forma más saludable posible y hacía ejercicio cuando se acordaba. Después de su último chequeo, el médico le había comentado que, aunque tenía la tensión un poco alta, todo lo demás parecía marchar bien. No podía haber muerto de un ataque al corazón. Era imposible. Así se lo hizo saber a la desconocida, convencido de que eso pondría punto final a la conversación.

—Ya, bueeeeno... —dijo ella, despacio, como si el idiota fuera él —. Detesto ser una aguafiestas, tío, pero eso fue lo que pasó.

—No —repuso él, sacudiendo la cabeza—. Me habría enterado si... Habría sentido... —¿Qué habría sentido? ¿Un dolor en el brazo? ¿La opresión en el pecho? ¿La imposibilidad de recuperar el aliento por más que se esforzara?

Ella se encogió de hombros.

—Alguna de esas cosas, supongo.

Wallace dio un respingo cuando la mujer se levantó del banco y se le acercó. Era más bajita de lo que se había imaginado; le llegaba a la barbilla, más o menos. Se apartó de ella lo máximo posible, que no fue mucho.

Naomi estaba despotricando sobre un viaje a las montañas Pocono que al parecer habían hecho juntos —«¡se quedó encerrado en el cuarto del hotel haciendo teleconferencias! ¡Era nuestro viaje de novios!»—, mientras la desconocida se sentaba en el banco que había ocupado él, manteniendo cierta distancia entre ellos. Ella le pareció más joven que en un primer momento (como de veintipocos años), lo que, por alguna razón, empeoraba las cosas. Tenía la piel un poco más oscura que él, y el labio superior levantado de forma que dejaba al descubierto sus dientecillos en un asomo de sonrisa. Tamborileó con los dedos en el respaldo antes de mirarlo.

—Wallace Price —dijo—. Me llamo Meiying, pero puedes llamarme Mei, como en «meiga» pero sin el «ga». He venido a llevarte a casa.

Él se quedó mirándola, enmudecido.

—Anda, de haber sabido que con eso te cerraría la boca, lo habría intentado desde el principio.

—Yo no me voy a ninguna parte contigo —declaró él con los dientes apretados—. No te conozco.

—Eso espero —dijo ella—. Si me conocieras, sería todo muy raro. —Hizo una pausa, pensativa—. O, por lo menos, más raro de lo que ya es. —Señaló hacia delante con la cabeza—. Bonito ataúd, por cierto. No parece barato.

—No lo es —replicó Wallace, ofendido—. Solo lo mejor de lo mejor para...

—Oh, no me cabe la menor duda —dijo Mei—. Aun así, debe de ser bastante chungo eso de mirar tu propio cuerpo desde fuera, ¿no?

Eso sí, no está mal, el cuerpo. Un poco delgaducho, en mi opinión, pero para gustos, los colores.

Esto irritó a Wallace.

—Pues, para que lo sepas, me iba de maravilla con mi delgaducho cu... No. ¡No me cambies de tema! Te exijo que me expliques qué está pasando ahora mismo.

—Vale —dijo ella en voz baja—. Te lo puedo explicar. Sé que esto debe de ser difícil de entender para ti, pero te petó la patata y te moriste. Te practicaron una autopsia y resultó que tenías obstrucciones en las arterias coronarias. Puedo mostrarte la incisión en Y, si quieres, aunque no te lo recomendaría. ¿Sabías que, en ocasiones, una vez concluida la autopsia, meten los órganos en una bolsa con serrín y te los vuelven a meter dentro antes de coserte? —Se animó de repente—. Ah, por cierto, soy tu segadora y vengo a llevarte a donde debes estar. —Acto seguido, como si la situación no fuera ya lo bastante estrambótica, abrió los brazos y agitó las manos en un gesto triunfal—. Tachán.

—Segadora —repitió él, aturdido—. ¿Qué es eso?

—Yo —respondió ella, acercándose—. Yo soy una segadora. Cuando te mueres, te haces un lío. No sabes muy bien qué pasa y te entra canguelo.

—¡No tengo canguelo! —Era mentira. Nunca había estado más asustado en su vida.

—Está bien —dijo ella—. No tienes canguelo. Mejor para ti. En cualquier caso, es un momento difícil para cualquiera. Hay que ayudar a esa persona a llevar a cabo la transición. Ahí es donde intervengo yo. Estoy aquí para procurar que la transición se lleve a cabo de la forma más suave posible. —Después de una pausa, añadió—: Ya está. Creo que eso era todo lo que debía decirte. He tenido que memorizar un montón de cosas para conseguir este trabajo, y a lo mejor se me ha pasado algún que otro detalle, pero lo esencial es eso.

Él la contemplaba con la boca abierta de par en par. Apenas oía de fondo los gritos de Naomi, que estaba refiriéndose a él como un cabrón egoísta sin la menor capacidad de autocrítica.

—Transición.

Mei asintió.

A Wallace no le gustaba cómo sonaba esa palabra.

—¿Hacia qué?

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—Buah, tío. Espera a que lo veas. —Alargó la mano hacia él, con la palma hacia arriba. Tras juntar el pulgar y el dedo medio, dio un chasquido.

Wallace notó que un fresco sol de primavera le brillaba en la cara.

Retrocedió un paso, tambaleándose y mirando alrededor con cara de susto.

Un cementerio. Estaban en un cementerio.

—Perdona —dijo Mei, apareciendo a su lado—. Aún no le he pillado el truco. —Frunció el ceño—. Soy un poco novata en esto.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó él.

—Te están enterrando —respondió ella con aire jovial—. Vamos, no querrás perdértelo. Te ayudará a despejar cualquier duda que te quede. —Lo agarró del brazo y tiró de él. Wallace tropezó con sus propios pies, pero consiguió mantener el equilibrio. Las chanclas le golpeteaban los talones mientras pugnaba por seguirle el ritmo a Mei. Iban zigzagueando entre las lápidas, envueltos por los sonidos del tráfico, como los bocinazos y las imprecaciones que proferían los taxistas impacientes a través de las ventanillas abiertas. Wallace intentó soltarse, pero Mei lo tenía bien sujeto. Era más fuerte de lo que parecía.

—Hemos llegado —anunció deteniéndose—. Justo a tiempo.

Él echó un vistazo por encima del hombro de ella. Naomi estaba ahí, al igual que los socios, de pie en torno a una fosa rectangular recién excavada. El ataúd de lujo descendía despacio hacia las entrañas de la tierra. Nadie lloraba. Worthington consultaba una y otra vez su reloj, exhalando suspiros teatrales. Naomi escribía algo en su móvil.

De todas las cosas en las que Wallace podía fijarse, la que lo dejó estupefacto fue que no había lápida.

—¿Dónde está la inscripción con mi nombre, mi fecha de nacimiento y la frase inspiradora diciendo que viví la vida al máximo?

—¿Eso hiciste? —preguntó Mei, en un tono que no denotaba burla, sino curiosidad.

Él retiró la mano con brusquedad y cruzó los brazos, a la defensiva.

—Sí.

—Qué guay. Las lápidas las suelen colocar después de las exequias. Aún les falta grabarla y toda la pesca. Así son estos trámites. No le des más vueltas. Mira, ya te han metido en el agujero. ¡Despídete!

No se despidió.

Mei sí lo hizo, agitando los dedos.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —inquirió él—. Hace un momento estábamos en la iglesia.

—Qué observador. Muy bien, Wallace. En efecto, estábamos en la iglesia. Estoy muy orgullosa de ti. Digamos que me he saltado un par de cosas. Hay que darse prisa. —Torció el gesto—. Y la culpa es mía, tío. A ver, en serio, no te lo tomes a mal, porque no era mi intención, pero he llegado un pelín tarde a buscarte. Es más o menos la primera vez que ejerzo como segadora yo sola, y la he cagado. Me he equivocado de sitio antes. —Desplegó una sonrisa beatífica—. Estamos guay, ¿no?

—No —espetó él—. No estamos guay.

—Ah. Eso no mola. Perdona, te prometo que no volverá a ocurrir. Como suele decirse, de los errores se aprende. Espero que valores mis servicios con un diez cuando te hagan la encuesta. Significaría mucho para mí.

Wallace no tenía la menor idea de qué le estaba hablando. Casi habría podido convencerse de que ella era la loca y un mero producto de su imaginación.

—¡Han pasado tres días!

La joven le sonrió, radiante.

—¡Exacto! Esto me facilita mucho el trabajo. Hugo me felicitará. Estoy deseando contárselo.

—¿Quién narices es...?

—Espera. Aquí viene una de mis partes favoritas.

Wallace dirigió la vista hacia donde ella señalaba. Los socios estaban formados en fila, con Naomi detrás. Observó como, uno por uno, se agachaban, cogían un puñado de tierra y lo tiraban en la tumba. El sonido de los pequeños granos al golpear la tapa del féretro le provocó un tembleque en las manos. Naomi se quedó parada con su puñado de tierra al borde de la fosa y, antes de dejarlo caer, una expresión desconcertante y fugaz le cruzó el rostro. Tras sacudir la cabeza, tiró la tierra y giró sobre sus talones. Lo último que Wallace

vio de su exesposa fue su cabellera reluciente bajo el sol mientras se alejaba a toda prisa hacia un taxi que la esperaba.

—Estas cosas te abren los ojos, en cierto modo —sentenció Mei —. El círculo se cierra. Del polvo venimos, y al polvo volvemos.

—¿Qué está pasando? —susurró él.

Mei le tocó el dorso de la mano. Tenía la piel fría, pero no de un modo desagradable.

—¿Necesitas un abrazo? Puedo darte un abrazo, si quieres.

Él apartó el brazo de golpe.

—No quiero un abrazo.

Ella asintió.

—Límites. Entendido. Eso lo respeto. Te prometo que no te abrazaré sin tu permiso.

Un día, cuando Wallace tenía siete años, sus padres lo llevaron a la playa. Se había quedado de pie en medio del oleaje, mirando la arena que se le deslizaba entre los dedos de los pies. Una sensación extraña le subía por las piernas hasta la boca del estómago. Se estaba hundiendo, aunque la combinación de la arena que se arremolinaba con el agua coronada de espuma le hacía sentir que se trataba de algo mucho peor. La experiencia lo había aterrado tanto que se había negado a meterse de nuevo en el mar, pese a los ruegos de sus padres.

Esa misma sensación invadió a Wallace Price en aquel momento. Tal vez fue por el sonido de la arena sobre el féretro, o porque su foto estaba apoyada junto a la fosa, con una corona de flores pegada a la parte de abajo. En ella, sonreía con los labios tensos. Lucía un peinado impecable, con raya a la derecha. Le brillaban los ojos. En cierta ocasión, Naomi había comentado que le recordaba al espantapájaros de *El mago de Oz*. «Ojalá tuvieras un cerebro», le dijo. Esto había sucedido mientras realizaban uno de los trámites para el divorcio, así que él supuso que no era más que un intento de herir sus sentimientos y no se lo había tenido en cuenta.

Se sentó en el suelo de golpe y acarició la hierba con los dedos de los pies por encima de la punta de las chanclas. Mei se arrodilló a su lado y jugueteó con un pequeño diente de león. Después, lo arrancó y lo acercó a la boca de Wallace.

—Pide un deseo —dijo.

Él no pidió ningún deseo.

Mei suspiró y sopló ella misma las semillas de diente de león, que

se dispersaron en una nube blanca. La brisa se llevó algunas y las hizo describir espirales en torno a la tumba abierta.

—Sé que cuesta asimilar algo tan gordo.

—¿De verdad lo sabes?

—Saberlo, lo que se dice saberlo, no —reconoció ella—, pero me hago una idea.

Wallace se volvió hacia ella con los ojos entornados.

—Has dicho que era tu primera vez.

—Lo es, en solitario. Pero hice el curso de formación, y no me fue mal. ¿Necesitas empatía? Te la puedo dar. ¿Quieres pegarle un puñetazo a algo para desahogar la rabia? Puedo ayudarte con eso también. Pero a mí no, ¿eh? A una pared, tal vez. —Se encogió de hombros—. O podemos quedarnos aquí sentados hasta que llegue una pequeña excavadora que cubra de tierra tu antiguo cuerpo y al verlo te conciencies por fin de que todo ha terminado. Tú decides.

Él la miró con fijeza.

Ella asintió.

—Tienes razón, debería haberlo expresado con más delicadeza. Lo siento. Aún no le he pillado el truco a esto.

—¿Qué está...? —Intentó tragar saliva, pero un nudo en la garganta se lo impedía—. ¿Qué está pasando?

—Lo que está pasando es que ya has vivido tu vida —contestó ella—. Hiciste lo que hiciste, y se ha acabado. Al menos esa parte. Cuando estés listo para marcharte de aquí, te llevaré con Hugo. Él te explicará lo demás.

—Marcharme —farfulló él—. Con Hugo.

Ella empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo.

—Bueno, en cierto modo, sí. Es barquero.

—¿Que es qué?

—Un barquero —repitió ella—. El que te ayudará a cruzar.

A Wallace los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. No podía concentrarse en una sola cosa. Todo se le antojaba demasiado apabullante para comprenderlo.

—Pero creía que eras tú quien...

—Oh, qué mono, te has encariñado conmigo. —Se rio—. Pero no soy más que una segadora, Wallace. Mi misión consiste en dejarte en manos del barquero. Él se ocupará de lo demás. En cuanto lleguemos a donde él está, todo irá viento en popa. Hugo suele producir ese efecto

en la gente. Te lo aclarará todo antes de cruzar, cualquier duda que te inquiete o te corroa.

—Cruzar... ¿adónde? —preguntó Wallace con apatía.

Mei ladeó la cabeza.

—Hombre, a tu siguiente destino, claro.

—¿El cielo? —De pronto palideció, pues un pensamiento terrible había atravesado la tormenta—. ¿El infierno?

Ella se encogió de hombros.

—Claro.

—Eso no me aclara nada.

Mei soltó una risotada.

—No, ¿verdad? Qué divertido. Lo estoy pasando bomba. ¿Tú no?

No, la verdad era que no.

Ella no le metió prisa. Se quedaron ahí hasta que empezaron a formarse en el cielo unas franjas rosadas y anaranjadas a medida que el sol de marzo descendía hacia el horizonte. Se quedaron incluso cuando llegó la excavadora prometida, hábilmente operada por una mujer que tenía un cigarrillo apretado entre los dientes e iba exhalando humo por la nariz. La fosa se llenó más deprisa de lo que Wallace esperaba. Cuando terminó, ya habían aparecido las primeras estrellas de la noche, aunque brillaban de forma muy tenue debido a la contaminación lumínica de la ciudad.

Y eso fue todo.

Todo lo que quedaba de Wallace Price era un montículo de tierra y un cuerpo que sería pasto para los gusanos. La experiencia resultaba de lo más devastadora. No se había imaginado que sería así. «Qué extraño —se dijo—. Qué rematadamente extraño.»

Miró a Mei.

Ella le sonrió.

—Yo... —dijo él. No supo cómo continuar.

Ella le tocó el dorso de la mano.

—Sí, Wallace. Es real.

Y, maravilla de maravillas, él la creyó.

—¿Te apetece conocer a Hugo? —preguntó Mei.

No. No le apetecía. Quería echar a correr. Quería gritar. Quería elevar el puño hacia el firmamento y despotricar sobre lo injusto que

era todo. Tenía planes. Tenía objetivos. Le quedaba tanto por hacer, pero ya nunca... No podría...

Se sobresaltó al notar que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—¿Acaso puedo elegir?

—¿En la vida? Siempre.

—¿Y en la muerte?

Ella se encogió de hombros.

—Todo está un poco más... reglamentado. Pero es por tu propio bien, te lo juro —se apresuró a añadir—. Las cosas suceden como suceden por una razón. Hugo te lo explicará todo. Es un tío genial. Ya lo verás.

Esto no le sirvió de consuelo.

Aun así, cuando Mei se puso de pie y le tendió la mano, él se quedó contemplándola unos momentos antes de agarrarla para dejar que ella lo ayudara a levantarse.

Alzó el rostro hacia el cielo. Inspiró y exhaló.

—Seguramente notarás una sensación un poco rara. Normal, puesto que la distancia es mayor. Pasará en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, sin darle tiempo a reaccionar, ella chasqueó los dedos de nuevo y todo estalló.

Capítulo 3

Wallace chillaba a pleno pulmón cuando aterrizaron en una carretera asfaltada en medio de un bosque. Hacía frío, pero, aunque seguía gritando, el aliento no se condensaba ante él. Era absurdo. ¿Cómo era posible que tuviera frío si estaba muerto? ¿Estaba respirando de verdad, o...? No. No. Debía concentrarse. Concentrarse en el aquí y el ahora. Cada cosa a su tiempo.

—¿Has terminado? —le preguntó Mei.

Wallace se percató de que no había dejado de berrear. Cerró la boca de golpe y experimentó un dolor agudo porque se había mordido la lengua. Como es natural, esto hizo que volviera a devanarse los sesos, porque ¿cómo diablos podía sentir dolor?

—No —masculló, apartándose de Mei, con los pensamientos embarullados en una maraña infinita—. ¿Cómo quieres que...?

Entonces lo atropelló un coche.

Un momento.

Debería haberlo atropellado un coche. El vehículo se aproximaba, con los faros encendidos. Wallace consiguió alzar las manos a tiempo para protegerse la cara, pero el automóvil simplemente lo atravesó. Con el rabillo del ojo, vio el rostro del conductor pasar a solo unos palmos del suyo. No sintió nada.

El coche se alejó por la carretera, y las luces traseras destellaron una vez antes de desaparecer por completo al tomar una curva.

Wallace se quedó paralizado, con los brazos extendidos ante sí, una pierna levantada y el muslo apretado contra el abdomen.

Mei soltó una sonora carcajada.

—Jo, macho. Deberías verte la cara. Madre mía, es alucinante.

Él bajó la pierna poco a poco, con miedo de atravesar el suelo. Eso no ocurrió. Lo notaba firme bajo los pies. No podía parar de temblar.

—Cómo. Qué. Por qué. Qué. ¡¿Qué?!

Ella se enjugó los ojos, sin dejar de reír.

—Es culpa mía. Debería haberte avisado de que eso podía pasar. —Sacudió la cabeza—. Pero ¿a que mola? O sea, ¿no es una pasada que ya no te puedan atropellar los coches?

—¿Eso es con lo que te quedas? —preguntó él con incredulidad.

—No es moco de pavo, si lo piensas bien.

—No quiero pensarlo bien —espetó él—. ¡No quiero pensar en nada de esto!

—Cuando no se puede lo que se quiere, hay que querer lo que se puede —sentenció Mei sin venir a cuento.

Él se quedó mirándola mientras ella echaba a andar por la carretera.

—¡Eso no me aclara nada!

—Solo porque te has cerrado en banda. Relájate un poco, hombre.

Él comenzó a seguirla, pues no le apetecía quedarse solo en medio de la nada. A lo lejos, divisó las luces de lo que parecía una pequeña población. No reconocía el paisaje circundante, pero ella caminaba a paso veloz, y Wallace no tuvo oportunidad de decir ni pío.

—No es un tío ceremonioso ni nada, así que no te preocupes por eso. No lo llames «señor Freeman»; no le gusta nada. Es Hugo para todo el mundo, ¿entendido? Y a lo mejor deberías fruncir menos el ceño. O sigue frunciéndolo. Tú mismo. No soy quién para decirte lo que debes hacer. Él sabe que tú... —Tosió con nerviosismo—. Bueno, él sabe lo complicadas que pueden ser estas cosas, así que tú tranquilo. Hazle todas las preguntas que consideres oportuno. Para eso estamos aquí. —Tras una pausa, agregó—: ¿Lo ves ya?

Wallace se disponía a preguntarle a qué narices se refería, pero ella señaló su pecho con un movimiento de la cabeza. Él bajó la vista, arrugando el ceño. La respuesta mordaz que tenía en la punta de la lengua cedió el paso a un alarido de espanto.

Del pecho le sobresalía un trozo de metal curvado que casi parecía un anzuelo grande como su mano. Era plateado y relucía bajo la tenue luz. Aunque no le dolía, le daba la impresión de que debería, ya que parecía tener la afilada punta clavada en el esternón. En el otro extremo del gancho había sujeto un... ¿cable?, un filamento de algo que se asemejaba al plástico y despedía un brillo mortecino. Se extendía a lo largo de la carretera, ante ellos. Wallace se pegó unos manotazos en el pecho para intentar desprenderse del garfio, pero su

mano lo atravesó sin más. El resplandor del cable se intensificó, y el gancho emitió una vibración cálida que lo llenó de un alivio que no se esperaba, dado que estaba ensartado. Naturalmente, esta sensación se vio empañada por el hecho de que, en efecto, estaba ensartado.

—¡¿Qué es esto?! —gritó, sin dejar de asestarse manotadas en el pecho—. ¡Quítamelo, quítamelo!

—Nah —dijo Mei, alargando los brazos y tomándolo de las manos—. La verdad es que más vale dejarlo donde está. Confía en mí si te digo que te está ayudando. Lo necesitas. Yo no lo veo, pero, a juzgar por tu reacción, es igual que los de todos los demás. No te lo toquetees. Hugo te lo explicará, te lo prometo.

—¿Qué es? —exigió saber él de nuevo, con un picor en la piel. Dirigió la vista al cable tendido sobre la carretera, ante ellos.

—Un vínculo. —Chocó contra su hombro—. Te mantiene con los pies sobre la tierra. Conduce hasta Hugo. Sabe que estamos cerca. Vamos, estoy deseando que lo conozcas.

En la aldea reinaba la calma. Al parecer, solo había una vía principal, que la atravesaba justo por el medio. No había señales de tráfico ni aceras concurridas. Un par de coches pasaron de largo —Wallace se apartó de su camino de un salto, pues no tenía ningunas ganas de volver a vivir esa experiencia—, pero, por lo demás, todo estaba tranquilo. Los comercios que flanqueaban la calle ya habían cerrado, los escaparates estaban oscuros y en las puertas había colgados unos letreros que prometían que abrirían de nuevo por la mañana. Los toldos, de vivos tonos de rojo, verde, azul y naranja, sobresalían por encima de la acera.

Las farolas alineadas a ambos lados de la calzada despedían una luz cálida y suave. La calle estaba adoquinada, y Wallace se hizo a un lado para dejar pasar a un grupo de chavales en bici. No parecieron reparar en su presencia ni en la de Mei. Pedaleaban entre gritos y risas, con cartas sujetas a los radios de las ruedas por medio de pinzas para la ropa y dejando tras de sí una estela de vaho como si fueran pequeños trenes. Wallace sintió una punzada de anhelo. Eran libres como él no lo había sido desde hacía mucho tiempo. Forcejeó con el sentimiento, incapaz de darle una forma reconocible, hasta que este desapareció, dejándolo tembloroso y vacío por dentro.

—¿Es real este lugar? —preguntó, notando que el gancho que llevaba en el pecho se calentaba ligeramente. Al contrario de lo que esperaba, el cable no se iba aflojando conforme avanzaban. Había creído que a esas alturas estaría tropezando con él. Sin embargo, se mantenía tan tirante como en el momento en que había descubierto su existencia.

Mei se volvió hacia él.

—¿A qué te refieres?

No estaba muy seguro.

—¿Ellos...? ¿Todas estas personas están muertas?

—Ah. Ya, no. Te entiendo. Sí, el lugar es real. No, estas personas no están muertas. Se trata de un sitio como cualquier otro, supongo. Es verdad que hemos tenido que desplazarnos bastante lejos, pero es un lugar al que habrías podido llegar por tu cuenta si alguna vez hubieras decidido irte fuera de la ciudad. Me da la impresión de que no eras mucho de salir.

—Estaba demasiado ocupado —farfulló.

—Ahora dispones de todo el tiempo del mundo —aseveró Mei, con una crudeza que sobresaltó a Wallace. El pecho le dio un vuelco, y él parpadeó para combatir el repentino ardor que sentía en los ojos. Mei caminaba por la acera, mirando de vez en cuando hacia atrás para comprobar que la seguía.

Y así era, pero solo porque no quería quedarse rezagado en un paraje desconocido. Los edificios que antes le parecían casi pintorescos ahora se alzaban amenazadores sobre él, y las ventanas oscuras se le antojaban ojos sin vida. Bajó la vista a sus pies y se concentró en poner un pie delante del otro. Se le redujo el campo visual en un efecto túnel, y le hormigueaba la piel. El garfio en el pecho se tornaba cada vez más insistente.

En la vida había estado tan asustado.

—Eh, eh —oyó decir a Mei y, cuando abrió los ojos, descubrió que estaba agazapado en el suelo, abrazándose el vientre y clavándose los dedos con fuerza suficiente para dejarse marcas en la piel. Si tal cosa era posible en su caso—. No pasa nada, Wallace. Estoy aquí.

—¿Y se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? —sollozó él.

—Esta situación superaría a cualquiera. Podemos quedarnos un rato aquí sentados, si es lo que necesitas. No voy a meterte prisa,

Wallace.

Él no sabía qué necesitaba. Le costaba pensar con claridad. Intentó comprender lo que sucedía, encontrar algo a lo que agarrarse. Cuando dio con ello, fue algo que surgió de su interior, un recuerdo enterrado que reapareció como un fantasma.

Tenía nueve años, y su padre lo llamó desde el salón. Wallace acababa de regresar a casa del colegio y estaba en la cocina preparándose un sándwich de mantequilla de cacahuete y plátano. Se le heló la sangre al oír la voz de su padre, y trató de pensar qué había hecho para ganarse una bronca. Se había fumado un cigarrillo detrás de las gradas, pero eso había sido hacía semanas, y era imposible que sus padres lo supieran a menos que alguien se hubiera chivado.

Dejó el sándwich en la encimera, discurriendo excusas, formulando en su cabeza promesas del tipo «no lo volveré a hacer, lo juro, ha sido solo una vez».

Estaban sentados en el sofá, y él se paró en seco al ver que su madre lloraba, aunque daba la impresión de que se esforzaba por reprimirse. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas y varios pañuelos desechables engurruñados en la mano. Le goteaba la nariz y, aunque intentó sonreír al verlo, los labios le temblaban y se torcieron hacia abajo mientras se le estremecían los hombros. Él solo la había visto llorar una vez, por una película en la que un perro superaba la adversidad —encarnada en unas púas de puerco espín— para reunirse con su dueño.

—¿Qué pasa? —preguntó él, sin saber qué hacer. Aunque comprendía el concepto de consolar a alguien, nunca lo había puesto en práctica. No eran una familia pródiga en muestras de afecto. Como máximo, su padre le estrechaba la mano y su madre le daba un apretón en el hombro cuando estaban complacidos con él. No le parecía mal. Así eran las cosas.

—Ha fallecido tu abuelo —anunció su padre.

—Ah —jadeó Wallace, notando de pronto que le picaba todo.

—¿Entiendes lo que es la muerte?

No, no lo entendía. Sabía lo que era, conocía el significado de la palabra, pero era una idea nebulosa, algo que les ocurría a otras personas muy muy lejanas. Nunca se le había pasado por la cabeza que un conocido suyo pudiera morirse. El abuelo residía a cuatro horas de su ciudad, y su casa siempre olía a leche agria. Era

aficionado a hacer manualidades con sus latas de cerveza vacías: aviones con hélices que se movían de verdad y gatitos con hilos que colgaba del techo del porche.

Las palabras que salieron de su boca a continuación eran propias de un niño que batallaba con un concepto que le venía demasiado grande:

—¿Lo han asesinado?

Al abuelo le gustaba contar que había luchado en la guerra —Wallace no tenía ni idea de en cuál; nunca había tenido la oportunidad de meter baza para preguntárselo— y, acto seguido, añadía unas palabras que ocasionaban que la madre de Wallace gritara a su padre mientras le tapaba las orejas a su único hijo y que luego le explicara que jamás de los jamases debía repetir lo que había oído porque era una barbaridad racista. Le habría parecido comprensible que alguien hubiera asesinado a su abuelo. De hecho, habría tenido todo el sentido del mundo.

—No, Wallace —sollozó su madre—. No ha sido eso, sino el cáncer. Se puso enfermo, y ya no ha podido luchar más. Nos... nos ha dejado.

Fue en ese momento cuando Wallace Price decidió —como suelen hacer los niños, con determinación y audacia— que nunca permitiría que eso le pasara a él. El abuelo estaba vivo y, de repente, ya no lo estaba. Sus padres se habían puesto tristes por la pérdida. A Wallace no le gustaba estar triste, así que estrujó el sentimiento, lo metió en una caja y lo guardó bajo siete llaves.

Pestañeó despacio mientras tomaba conciencia de su entorno. Seguía en aquel pueblo. Seguía en compañía de aquella mujer.

Mei se agachó ante él, con la corbata colgándole entre las piernas.

—¿Todo bien?

Como Wallace no se atrevía a hablar, asintió, aunque en realidad no se encontraba nada bien.

—Es normal —aseguró ella, golpeteándose la rodilla con los dedos—. Le ocurre a todo el mundo después de espicharla. Y no me sorprendería que te volviera a ocurrir unas cuantas veces. Digerir algo así no es fácil.

—¿Qué sabrás tú? —gruñó él—. Has dicho que era tu primera vez.

—Mi primera vez en solitario —repitió ella—. Recibí más de cien horas de formación antes de que me dejaran trabajar sola, así que ya he visto lo que pasa. ¿Crees que puedes levantarte?

No, no lo creía. Aun así, se levantó. Pese a que no tenía las piernas muy firmes, consiguió permanecer de pie a base de pura fuerza de voluntad. Aún tenía el gancho clavado en el pecho, y el cable seguía emitiendo débiles destellos. Por un momento, le pareció notar un tirón suave, pero no estaba seguro.

—Vamos allá —dijo Mei, dándole unas palmaditas en el pecho—. Lo estás haciendo bien, Wallace.

Él la fulminó con la mirada.

—No soy un crío.

—No hace falta que me lo jures. Aunque parezca mentira, con los niños resulta más fácil. Por lo general, los adultos son quienes causan problemas.

Como Wallace no sabía qué decir, se quedó callado.

—Vamos —dijo ella—, Hugo nos espera.

Al poco rato, llegaron al final del pueblo. Los edificios se acabaron, y la carretera que se extendía ante ellos serpenteaba a través del bosque de coníferas. El aroma de los pinos le recordó a Wallace a la Navidad, una época del año en que el mundo entero parecía tomarse un respiro y olvidarse —al menos durante un rato— de lo dura que podía ser la vida.

Se disponía a preguntar cuánto más tenían que caminar cuando llegaron a un camino de tierra a las afueras de la aldea. A un lado había un letrero de madera. Wallace no alcanzó a leer las palabras en la oscuridad hasta que se encontró a unos pocos centímetros.

Las letras estaban grabadas en la tabla con sumo cuidado.

EL CRUCE DE CARONTE
TÉ Y TENTEMPIÉS

—¿Cartone? —preguntó él. Nunca antes había oído esa palabra.

—Caronte —lo corrigió Mei, articulando las sílabas despacio—.

Es una especie de broma. Hugo es un cachondo.

—No lo pillo.

Mei suspiró.

—Claro que no. No le des más vueltas. En cuanto lleguemos a la tetería, verás que...

—Tetería —repitió Wallace, contemplando el letrero con desdén.

Mei guardó silencio unos instantes.

—Caray. ¿Tienes algo en contra del té, tío? Eso no le va a sentar bien.

—No tengo nada en contra del... Creía que íbamos a reunirnos con Dios. ¿Por qué iba Él a...?

Mei prorrumpió en carcajadas.

—¡¿Qué?!

—Hugo —respondió él, aturullado—. O como se llame.

—Jo, macho. Ya verás cuando le cuente lo que acabas de decir. Se le van a subir los humos que no veas. —Frunció el ceño—. Tal vez mejor no se lo digo.

—No entiendo qué te hace tanta gracia.

—Ya lo sé —dijo ella—. Eso es lo que me hace gracia. Hugo no es Dios, Wallace. Es un barquero. Te lo he dicho. Dios es... El concepto de Dios es una creación humana. La realidad es un poco más complicada.

—¿Cómo? —dijo Wallace con un hilillo de voz. Se preguntó si era posible sufrir un segundo ataque al corazón estando ya muerto. Entonces recordó que no sentía latir su corazón, y el deseo de hacerse un ovillo otra vez empezó a apoderarse de él. Agnóstico o no, no esperaba oír una revelación tan grande dicha como si tal cosa.

—De eso nada —dijo Mei, agarrándolo de la mano para asegurarse de que continuara de pie—. No vamos a tumbarnos aquí. Ya falta muy poco. Estaremos más cómodos dentro.

Wallace se dejó arrastrar por el camino. La arboleda, más densa, estaba formada por viejos pinos que se alargaban hacia el cielo estrellado como dedos surgidos de la tierra. No recordaba cuándo había estado por última vez en un bosque, y menos aún de noche. Prefería el acero y los bocinazos, los sonidos de una ciudad que nunca dormía. El ruido le recordaba que no estaba solo, sin importar dónde se encontrara. Allí, imperaba un silencio opresivo, asfixiante.

Al doblar un recodo, vislumbraron unas luces cálidas a través de

los árboles, como almenaras que lo llamaban con insistencia. Apenas notaba el contacto de los pies con el suelo. Pensó que tal vez flotaba en el aire, pero no se atrevía a bajar la vista para comprobarlo.

Cuanto más se aproximaban, más le tiraba del pecho el garfio. No era una sensación demasiado molesta, pero no podía abstraerse de ella. El cable se alejaba por el camino.

Wallace estaba a punto de consultar a Mei al respecto cuando advirtió que algo se movía en el sendero, más adelante. Dio un respingo, pues su imaginación creó a un ser aterrador que emergía a rastras de la lóbrega espesura, con colmillos afilados y ojos centelleantes. En vez de ello, apareció una mujer, caminando a toda prisa por el camino. Conforme se acercaba, los detalles iban cobrando nitidez. Aparentaba ser de mediana edad e iba arrebujada en su chaqueta, con los labios apretados en una fina línea. Tenía ojeras, unos círculos oscuros que parecían estar tatuados en su rostro. Wallace no sabía por qué esperaba que la mujer diera alguna señal de haber reparado en su presencia, pero esta pasó de largo sin dirigirles ni una mirada, con la rubia cabellera ondeando tras ella mientras se alejaba a paso veloz por el sendero.

Mei tenía una expresión afligida que se desvaneció en cuanto sacudió la cabeza.

—Vamos. Ya lo hemos hecho esperar demasiado.

Wallace no sabía con qué se iba a encontrar después de leer el letrero. En realidad, nunca había estado en un sitio que pudiera considerarse una «tetería». Se compraba el café de las mañanas en un puesto ambulante que se instalaba delante del edificio de oficinas. No era un moderno. No se recogía el pelo en un moño ni tenía un sentido irónico de la moda, a pesar de la ridícula indumentaria que llevaba en ese momento. Las gafas que solía ponerse para leer eran caras pero funcionales. No pintaba nada en un lugar que pudiera describirse como una «tetería». Qué idea tan absurda.

Por eso, cuando llegaron frente al establecimiento, le sorprendió comprobar que parecía una casa. Cierto, era distinta de cualquier casa que hubiera visto antes, pero una casa, al fin y al cabo. Un porche de madera rodeaba la fachada, donde había una puerta de un color verde, flanqueada por grandes ventanas en cuyo interior titilaba una

luz como de velas. Sobre el tejado se alzaba una chimenea de ladrillo de la que manaba una pequeña voluta de humo.

Pero ahí terminaba toda semejanza con las casas que Wallace había visto antes. En parte, esto se debía a que el cable que se extendía desde el gancho en su pecho ascendía por la escalera hasta desaparecer tras la puerta cerrada. Para ser más exactos, a través de la puerta cerrada.

En cuanto a la casa en sí, parecía como si el arquitecto hubiera cambiado totalmente de idea respecto a su diseño cuando estaba a medio construir. Si Wallace hubiera tenido que describirla, habría dicho que era como si un crío hubiera apilado bloques al tuntún hasta erigir una torre de aspecto precario. Daba la impresión de que incluso una brisa suave habría podido derribarla. La chimenea, más que torcida, estaba retorcida, con los ladrillos sobresaliendo en ángulos imposibles. La planta baja parecía firme, pero la primera estaba inclinada hacia un lado, la segunda hacia el lado contrario y la tercera, justo en medio, se alzaba como una torrecilla con varias ventanas que tenían las cortinas cerradas. A Wallace le pareció que una de ellas se movía, como si alguien estuviera mirando hacia fuera, pero tal vez no era más que un efecto de la luz.

La parte exterior de la casa estaba revestida de paneles.

Pero también de ladrillos.

Y... ¿adobes?

Un costado estaba construido con troncos, como si en algún momento hubiera formado parte de una cabaña. Se le antojaba algo salido de un cuento de hadas, una casa poco corriente oculta en lo más recóndito del bosque. A lo mejor dentro moraba un amable leñador o una bruja que querría cocer a Wallace en el horno, donde la piel se le ennegrecería y agrietaría. No sabía cuál de las dos posibilidades era peor. Había oído demasiadas historias sobre las cosas terribles que sucedían en esas casas, y todo para impartirles a las víctimas una «lección muy valiosa». Eso no le servía de consuelo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó cuando se detuvieron cerca del porche. Había un pequeño escúter verde al lado de un arriate, con flores de unos tonos amarillos, verdes, rojos y blancos intensos pero atenuados por la penumbra.

—¿A que mola? —comentó Mei—. Por dentro es aún más estrambótica. La gente viene de todas partes para verla. Es bastante

famosa, por razones obvias.

Lo agarró del brazo para conducirlo hacia el porche, pero él se soltó.

—No pienso entrar ahí.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Por qué no?

Wallace gesticuló en dirección a la casa.

—No parece un sitio seguro. Salta a la vista que incumple las normativas de edificación. Se va a venir abajo en cualquier momento.

—¿Cómo lo sabes?

Él le clavó la mirada.

—Pero ¿tú te has fijado en eso? No pienso quedarme atrapado dentro cuando se derrumbe. A alguien le va a caer una demanda de no te menees. Y si de algo sé, es de demandas.

—Ah —dijo Mei, dirigiendo de nuevo la mirada hacia la casa. Echó la cabeza lo más atrás que pudo—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Estás muerto —señaló—. Aunque se derrumbara, daría igual.

—Eso es una... —No supo cómo terminar la frase.

—Además, desde que vivo aquí, siempre ha estado así. Todavía no se ha venido abajo. Ya sería mala suerte que se cayera justo hoy.

Él la contempló boquiabierto.

—¿Me estás diciendo que vives aquí?

—Sí —respondió ella—. Es nuestro hogar, así que a lo mejor deberías mostrar un poco de respeto. Y no te preocupes por la casa. Si nos preocupamos por nimiedades todo el rato, corremos el riesgo de pasar por alto las cosas importantes.

—¿Alguna vez te han dicho que tus frases son como las de las galletas de la suerte? —masculló Wallace.

—No —respondió Mei—, porque eso sería un poco racista, dado mi origen asiático y tal.

Wallace palideció.

—Yo-yo... No pretendía... No era mi intención...

Ella fijó la vista en él durante un buen rato, dejándolo balbucear.

—Vale —dijo al fin—. Así que no era tu intención expresarlo así. Me alegra saberlo. Sé que todo esto es nuevo para ti, pero tal vez deberías pensar un poco antes de hablar, ¿no crees? Sobre todo teniendo en cuenta que soy una de las pocas personas que pueden

verte.

Mei subió de dos en dos los escalones del porche hasta detenerse frente a la puerta. Largas enredaderas se derramaban de unas macetas que pendían del techo. En la ventana, un letrero rezaba CERRADO POR EVENTO PRIVADO. La puerta en sí tenía una antigua aldaba de metal con forma de hoja. Mei la levantó y golpeó tres veces la madera pintada de verde.

—¿Por qué llamas a la puerta? —inquirió Wallace—. ¿No decías que vives aquí?

Mei volvió la cabeza hacia él.

—Ah, sí, pero esta noche es distinto. Así funciona esto. ¿Listo?

—A lo mejor deberíamos volver más tarde.

Ella sonrió, divertida, pero Wallace era totalmente incapaz de verle la gracia al asunto.

—Es un momento tan bueno como cualquier otro. Todo consiste en dar el primer paso, Wallace. Puedes hacerlo. Sé que tener fe no es fácil, y menos aún de cara a lo desconocido. Pero yo tengo fe en ti. ¿Podrías tener un poco de fe en mí?

Él la miró con cara de pocos amigos.

—Estás dándolo todo para ganarte ese diez, ¿no?

Ella se rio.

—Yo siempre. —Posó la mano en el pomo de la puerta—. ¿Vamos?

Wallace echó una ojeada hacia atrás. El camino estaba sumido en una oscuridad absoluta. El cielo era un campo en el que brillaban más estrellas de las que había visto jamás. Se sentía minúsculo, insignificante. Y perdido. Estaba muy muy perdido.

—El primer paso —susurró para sí.

Se volvió de nuevo hacia la casa. Respiró hondo, inflando el pecho. Ascendió por los escalones del porche, haciendo oídos sordos al ridículo chancleteo de sus pies. Iba a conseguirlo. Era Wallace Phineas Price. La gente se encogía de miedo al oír su nombre. Lo contemplaban con temor reverencial. Era un hombre frío y calculador; un tiburón en el agua, siempre nadando en círculos en torno a su presa. Era...

Tropezó con el último escalón, que se había combado, y se tambaleó hacia delante.

—Sí —dijo Mei—. Cuidado con el último. Lo siento. Ya hace

tiempo que quería decirle a Hugo que lo mande arreglar. No pretendía interrumpir tu momento o lo que fuera que estuvieras haciendo. Parecía importante.

—Lo odio todo —dijo Wallace con los dientes apretados.

Mei empujó la puerta de Té y Tentempiés El Cruce de Caronte, que giró sobre sus goznes con un chirrido. Del interior brotó un chorro de luz, seguido por un intenso aroma a especias y hierbas: jengibre, canela, menta y cardamomo. Wallace no sabía cómo podía distinguirlas, pero el caso es que las distinguía. Eran olores distintos de los de su oficina, un sitio mucho más familiar para él que su propio hogar y que apestaba a líquidos de limpieza y aire artificial, todo acero y cero extravagancias. Aunque detestaba ese hedor, estaba acostumbrado a él. Representaba la seguridad. La realidad. Lo que él conocía. Lo único que conocía, descubrió de pronto, desalentado. ¿Qué decía eso de él?

El cable sujeto al gancho vibró de nuevo, como invitándolo a avanzar.

Le entraron ganas de arrancar a correr e irse lo más lejos posible.

En vez de ello, como no le quedaba nada que perder, Wallace cruzó el umbral en pos de Mei.

Capítulo 4

Esperaba que la casa fuera igual por dentro que por fuera, un batiburrillo de atrocidades arquitectónicas más apto para su demolición que para su uso como vivienda.

Lo que vio no lo decepcionó.

La tenue iluminación procedía de unos apliques desparejos atornillados a la pared y un velón de un tamaño obsceno colocado sobre una mesilla, cerca de la puerta. Del techo colgaban cestas de mimbre con plantas que, aunque no estaban en flor, despedían una fragancia casi avasalladora que se mezclaba con el fuerte olor a especias que parecía impregnar las paredes. Los largos tallos oscilaban con suavidad mecidos por la brisa que entraba por la ventana abierta al fondo de la estancia. Alargó el brazo hacia uno de ellos, preso de la súbita ansia de sentir el tacto de las hojas contra la piel, pero desvió la mano en el último momento. Percibía su aroma, así que sabía que estaban ahí, aunque sus ojos lo engañaran. Por otro lado, Mei podía tocarlo a él —de hecho, aún notaba la sensación fantasma de sus dedos sobre la piel—, pero ¿y si era la única? Wallace nunca había sido un hombre ocioso con tiempo para disfrutar de las cosas bonitas de la vida, como decía el tópico. De pronto, lo asaltó una duda que se le posó sobre los hombros y le clavó unos dedos como garras, abrumándolo.

En medio de la amplia sala había una docena de mesas de superficie reluciente, como si las acabaran de limpiar. Las sillas arrimadas a ellas estaban viejas y gastadas pero no desvencijadas. Tampoco hacían juego entre sí; unas tenían el asiento y el respaldo de madera, mientras que otras contaban con un acolchado grueso y desteñido. Incluso vislumbró un sillón redondo de ratán en un rincón. No había vuelto a ver uno desde que era niño.

Mei cerró la puerta tras ellos, pero él apenas lo oyó. Embelesado por las paredes, sus pies lo impulsaron hacia ellas como dotados de voluntad propia. Estaban cubiertas de cuadros y pósteres, algunos con

marco, otros fijados con chinchetas. A Wallace le pareció que narraban una historia, pero no era capaz de seguirla. Había una pintura de una cascada cuyo rocío descomponía la luz en fractales irisados. Había una foto de una isla en un mar muy azul con un bosque tan espeso que no se alcanzaba a ver el suelo. Había un mural gigantesco de las pirámides, trazado por una mano hábil pero poco experta. Había una fotografía de un castillo en lo alto de un acantilado, con varias piedras caídas e invadidas de musgo. Había un póster enmarcado de un volcán que se elevaba por encima de las nubes, escupiendo arcos candentes de lava. Había un cuadro de una ciudad en pleno invierno, cuyas luces intensas, casi titilantes, se reflejaban en una capa de nieve intacta. Por algún motivo extraño, a Wallace se le formó un nudo en la garganta al ver todas estas imágenes. Nunca se había tomado tiempo para visitar lugares como aquellos, y ya nunca podría.

Sacudiendo la cabeza, siguió adelante y echó un vistazo a la chimenea que ocupaba media pared a su derecha. La leña se iba desplazando poco a poco mientras saltaban chispas de las ascuas. El hogar era de mármol blanco, y la repisa, de roble. Sobre ella había pequeños adornos: un lobo esculpido en una piedra, una piña de un pino, una rosa seca, una cesta repleta de guijarros blancos. Encima de la chimenea había colgado un reloj, pero parecía estar averiado. El segundero se movía de un lado a otro, pero no avanzaba. Frente al hogar había un sillón de respaldo alto, con una manta gruesa colgando del apoyabrazos. Tenía un aspecto... acogedor.

Al mirar a la izquierda, Wallace vio un mostrador con una caja registradora y un expositor con las luces apagadas que tenía unos pequeños letreros escritos a mano pegados en el cristal y que anunciaban media docena de pastelitos distintos. La pared de detrás del mostrador estaba cubierta de tarros. Unos contenían hojas delgadas, y otros, polvos de diversos colores. En la parte delantera de todos ellos, unas etiquetas escritas también a mano describían las diferentes variedades de té.

Colgada en la pared, encima de los tarros, había una pizarra grande, al lado de un par de puertas batientes con ojos de buey. Alguien había dibujado cervatillos, ardillitas y pajaritos con tiza verde y azul, alrededor de una lista que parecía no tener fin. Té verde y té de hierbas, té negro y *oolong*; té blanco, amarillo, fermentado; sencha,

de rosas, yerba mate, sen, *rooibos*, chaga, manzanilla; hibisco, Essiac, *matcha*, moringa, té rojo, ortiga, diente de león... Wallace se acordó del cementerio donde Mei había arrancado el vilano de diente de león del suelo y había soplado sobre él, de modo que los mechoncillos blancos habían salido flotando por el aire.

Las palabras, escritas con letra de molde, rodeaban un texto que se encontraba en el centro de la pizarra, compuesto con letras puntiagudas e inclinadas, que decía:

> La primera vez que alguien comparte el té contigo, eres un desconocido.
> La segunda vez que alguien comparte el té contigo, eres un invitado distinguido.
> La tercera vez que alguien comparte el té contigo, te conviertes en miembro de la familia.

Todo en aquel lugar le daba la impresión de que deliraba. No podía ser real. Era demasiado... Wallace no acertaba a encontrar la palabra exacta. Se detuvo frente al expositor, contemplando la pizarra, incapaz de despegar la vista de aquel mensaje.

Hasta que un perro salió corriendo de una pared.

Wallace pegó un chillido y se tambaleó hacia atrás. No daba crédito a sus ojos. El can, un chucho negro grande con una mancha blanca en el pecho que casi parecía una estrella, se abalanzó hacia él, desgañitándose a ladridos. Agitando el rabo con furia, dio una vuelta en torno a Mei y se restregó contra ella, sin dejar de menear el trasero.

—¿Quién es un buen chico? —gorjeó ella en un tono de voz que le dio dentera a Wallace—. ¿Quién es el mejor chico del mundo mundial? ¿Eres tú? Yo creo que eres tú.

El perro, que al parecer estaba de acuerdo en que era el mejor chico del mundo mundial, ladró con alegría. Tenía las orejas largas y en punta, aunque la izquierda se le doblaba hacia abajo. El animal se tumbó panza arriba frente a Mei y se puso a dar patadas al aire mientras ella se arrodillaba —pasando por alto el hecho de que llevaba traje, lo que llenó de consternación a Wallace— y le frotaba el vientre con las manos. Con la lengua colgando, el chucho lo miró. Se dio la vuelta y se levantó, sacudiéndose de forma enérgica.

Y entonces saltó sobre Wallace.

Este apenas tuvo tiempo de alzar las manos antes de que la bestia lo embistiera y lo derribara. Cayó de espaldas, intentando protegerse

la cara de aquella lengua frenética y húmeda que lamía toda la piel expuesta que encontraba en su camino.

—¡Ayúdame! —gritó él—. ¡Está intentando matarme!

—Ya —dijo Mei—. No es exactamente eso. *Apolo* no mata. Ama. —Frunció el ceño—. Demasiado, por lo visto. ¡*Apolo*, no! A la gente no se la monta.

A continuación, Wallace oyó una risita seca y cascada, seguida de una voz profunda y crepitante.

—No suele ponerse así. Me pregunto qué mosca le habrá picado.

Antes de que Wallace pudiera centrar su atención en eso, el perro dio un salto desde encima de él y echó a correr hacia las puertas dobles cerradas que estaban detrás del mostrador. Sin embargo, en vez de abrirlas de un empujón, el perro pasó a través de ellas sin que se movieran un milímetro. Wallace se incorporó justo a tiempo para ver desaparecer la punta de la cola. El cable de su pecho daba la vuelta al mostrador, por lo que no alcanzaba a ver adónde se dirigía.

—¿Qué diablos ha sido eso? —quiso saber mientras se oían ladridos procedentes de algún lugar de la casa.

—Eso es *Apolo* —dijo Mei.

—Pero... ha atravesado las paredes.

Mei se encogió de hombros.

—Pues claro. Está muerto, como tú.

—¡¿Qué?!

—Menudo lumbreras has traído —dijo la voz crepitante. Cuando Wallace volvió la cabeza hacia la chimenea, soltó un chillido al ver a un anciano asomando por un lado del sillón de respaldo alto. Las incontables arrugas que le surcaban la piel de color tostado oscuro le conferían un aspecto vetusto. Sonreía de oreja a oreja, de modo que el brillo del hogar se reflejaba en su poderosa dentadura. Tenía las cejas gruesas y pobladas, y su blanco cabello rizado al estilo afro le rodeaba la cabeza como una nube esponjosa. Chasqueó los labios y volvió a reír por lo bajo—. Bien por ti, Mei. Sabía que lo conseguirías.

Mei se sonrojó, moviendo los pies adelante y atrás.

—Gracias. Al principio me ha costado un poco, pero lo he ido solventando todo. —Wallace apenas la escuchaba, pues no paraba de farfullar sobre perros sexualmente agresivos y viejos que aparecían de la nada—. Creo.

El hombre se levantó del sillón, ayudándose con los brazos. Era

de baja estatura y un poco jorobado. A Wallace le habría sorprendido que midiera más de metro cincuenta. Llevaba un pijama de franela y unas pantuflas gastadas. Había un bastón apoyado contra un costado de la butaca. El anciano lo agarró y se les acercó, arrastrando los pies. Tras detenerse junto a Mei, bajó los ojos entornados hacia Wallace, que seguía en el suelo. Le dio unos golpecitos en el tobillo con la punta del bastón.

—Ah. —dijo—. Ya veo.

Wallace no quería saber qué había visto. Se arrepentía de haber seguido a Mei al interior del salón de té.

—Eres un poco asustadizo, ¿no? —Volvió a hostigarlo con el bastón.

Wallace apartó el palo de un manotazo.

—¿Podría dejar de hacer eso?

El hombre no dejó de hacer eso. De hecho, lo hizo de nuevo.

—Intento darte a entender algo.

—¿Qué intenta...? —De pronto, Wallace lo comprendió. Aquel tenía que ser Hugo, el hombre al que Mei lo había llevado a ver; el que no era Dios, sino lo que ella llamaba un barquero. Wallace no sabía qué esperaba; tal vez un hombre de larga túnica blanca y ondulante barba, envuelto en un resplandor deslumbrante y con un báculo de madera en la mano en vez de un bastón. El señor que tenía delante aparentaba por lo menos mil años. Su presencia irradiaba algo que Wallace no acertaba a identificar, pero que resultaba... ¿tranquilizador? O tan parecido a ello que no importaba. Tal vez aquello formaba parte del procedimiento, de aquello a lo que Mei se refería como «transición». Wallace no sabía muy bien por qué tenía que recibir una somanta de palos, pero si Hugo lo juzgaba necesario, ¿quién era él para contradecirlo?

El hombre retiró el bastón.

—¿Lo has entendido ya?

—Creo que sí. —En realidad, no.

Hugo asintió.

—Bien. Pero levántate. No te quedes en el suelo. Suele haber corriente. No vayas a palmarla de una pulmonía. —Soltó una carcajada aguda, como si este fuera el comentario más gracioso del mundo.

Wallace se rio también, aunque de una forma un tanto forzada.

—Ja, ja, sí. Es que... me parto. Ya lo pillo. Bromas. Hace bromas.

A Hugo le chispearon los ojos con regocijo indisimulado.

—Reírse viene bien, incluso cuando no tienes ganas. Si te ríes, no puedes estar triste. En general.

Wallace se puso de pie despacio, observando con recelo a las dos personas que tenía delante. Se limpió el polvo con la mano, sin percatarse del aspecto tan ridículo que presentaba. Se puso muy derecho y enderezó los hombros. Cuando estaba vivo, era un hombre que imponía. No iba a dejarse ningunear solo porque estuviera muerto.

—Me llamo Wallace... —empezó a decir.

—Veo que eres un tío de altura —dijo el hombre.

Wallace lo miró, parpadeando.

—Esto... Sí, supongo.

El hombre asintió.

—Por si no lo sabías. ¿Qué tiempo hace ahí arriba?

Wallace bajó la mirada hacia él.

—¿Qué?

Mei se tapó la boca con la mano, pero Wallace alcanzó a ver antes cómo se le ensanchaba la sonrisa.

El hombre (¿Hugo? ¿Dios?) se le acercó con pasitos cortos y empezó a rodearlo, propinándole de nuevo golpecitos en la pierna con el bastón.

—Ajá. Bueno. Ya veo. Vale. Bien. Creo que podemos trabajar con esto. —Alzó el brazo y le pellizcó un costado. Wallace soltó un chillido y le apartó la mano de golpe. Sacudiendo la cabeza, Hugo completó su vuelta y se detuvo de nuevo al lado de Mei, apoyándose en el bastón —. Menudo primer caso te han asignado, Mei.

—Sí, ¿verdad? Pero creo que estoy consiguiendo conectar con él. —Con expresión ceñuda, se volvió hacia Wallace—. Tal vez.

—No has hecho nada —espetó Wallace.

Hugo asintió.

—Este nos dará guerra. Ya lo verás. —Desplegó una gran sonrisa y se le marcaron unas patas de gallo profundas—. Me gustan los que dan guerra.

Esto alteró a Wallace.

—Me llamo Wallace Price. Soy un abogado de...

Sin hacerle caso, Hugo continuó mirando a Mei, sonriente.

—¿Qué tal el viaje, bonita? Te has perdido un poco, ¿no?

—Sí —respondió Mei—. El mundo es más grande de lo que recordaba, sobre todo para recorrerlo sola.

—Suele pasar —dijo Hugo—. En eso radica su belleza. Pero ya estás en casa, así que no tienes por qué preocuparte. Con un poco de suerte, no te enviarán a otra misión enseguida.

Asintiendo, Mei estiró los brazos por encima de la cabeza, y su espalda emitió un sonoro crujido.

—Como en casa no se está en ningún sitio.

Wallace lo intentó de nuevo.

—Me dicen que he muerto de un ataque al corazón. Quisiera presentar una denuncia formal, dado que...

—Lleva bastante bien lo de estar muerto —comentó Hugo, examinando a Wallace de arriba abajo—. Por lo general hay gritos, alaridos y amenazas. Me gusta cuando amenazan.

—Bueno, tiene sus momentos —aseguró Mei—. Pero en conjunto no está mal. ¿A que no adivinas dónde lo he encontrado?

Hugo escudriñó de nuevo a Wallace.

—En el lugar donde murió —aventuró—. No, espera. En su casa, intentando averiguar por qué no conseguía hacer funcionar nada.

—En su funeral —dijo Mei, en un tono jubiloso que ofendió a Wallace.

—Pero qué me dices —jadeó Hugo—. ¿En serio?

—Sentado en un banco de la iglesia y todo.

—Caray —dijo Hugo—. Qué vergüenza.

—Que estoy aquí —protestó Wallace.

—Ya lo sabemos —contestó Hugo, sin mala intención—. Pero gracias por informarnos.

—Oiga, Hugo, Mei me ha dicho que usted podía ayudarme. Según ella, tenía que traerme hasta usted porque es el barquero y se supone que debe... hacer algo. No he prestado mucha atención a esa parte, lo reconozco, pero eso es lo de menos. No sé qué clase de tinglado tienen montado aquí ni quién les ha incitado a hacerme esto, pero la verdad es que preferiría no estar muerto, a ser posible. Tengo demasiado trabajo pendiente, y esto resulta en extremo inoportuno. Tengo clientes. ¡He de presentar un escrito antes del fin de semana, y el plazo es improrrogable! —Soltó un gruñido, con la mente desbocada—. Y se supone que el viernes tengo que ir al juzgado para

asistir a una vista a la que no puedo faltar. ¿Usted sabe quién soy yo? Porque, si lo sabe, comprenderá que no tengo tiempo para esto. Tengo responsabilidades, sí, unas responsabilidades sumamente importantes que no puedo desatender.

—Claro que sé quién eres —repuso Hugo con sequedad—. Eres Wallace.

Lo invadió un alivio como nunca había experimentado. Había acudido a la persona adecuada. La tal Mei, fuera quien fuese —o lo que fuera—, parecía ser una subalterna. Una mandada. Hugo era la voz cantante ahí. Para obtener resultados, siempre siempre es mejor hablar con el que manda.

—Bien. Entonces sin duda entenderá que esto es del todo inaceptable. Así que, si puede hacer algo para arreglarlo, se lo agradeceré mucho. —Acto seguido, solo porque no podía estar totalmente seguro de que aquel hombre no era Dios, añadió—: Por favor. Gracias. Señor.

—Caramba —dijo Hugo—. Menuda verborrea.

—Tiene esa tendencia —dijo Mei en un susurro perfectamente audible—. Seguramente porque era abogado.

El anciano recorrió a Wallace con la mirada.

—Me ha llamado Hugo. ¿Lo has oído?

—Sí —dijo Mei—. Tal vez deberíamos...

—Hugo Freeman, a tus órdenes. —Le dedicó la reverencia más profunda de que fue capaz.

Mei suspiró.

—O también podríamos hacer eso.

Hugo soltó un bufido.

—Aprende a divertirte un poco. No hay por qué ser tan agonías siempre. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Soy Hugo, y tú estás disgustado por haber muerto, pero no por los amigos, la familia y demás chorradas, sino porque tienes trabajo pendiente, y esto te resulta inoportuno. —Hizo una pausa, pensativo—. Inoportuno «en extremo».

Wallace se sintió aliviado. Había temido topar con una resistencia mayor. Se alegró de no verse obligado a amenazar con acciones legales.

—Exacto. Es así, tal cual.

Hugo se encogió de hombros.

—Está bien.

—¿De veras?

Podría regresar a la oficina al día siguiente, como muy tarde, o tal vez al otro, según lo que tardara en volver a casa. Tendría que exigirle a Mei que lo acompañara, pues no llevaba la cartera encima. Si las cosas se ponían difíciles, llamaría al bufete y le pediría a su secretaria que le comprara un billete de avión. No llevaba una identificación encima, claro, pero algo tan banal no detendría a Wallace Price. En último caso, podía coger el autobús, aunque prefería evitarlo en la medida de lo posible. Se encontraría con casi una semana de trabajo atrasado, pero estaba dispuesto a pagar ese pequeño precio. Tendría que encontrar la manera de explicar lo del funeral con ataúd abierto, pero ya pensaría algo. Naomi se llevaría un chasco al descubrir que no iba a recibir un centavo de su patrimonio; pero que le dieran por saco, había estado muy borde en el funeral.

—De acuerdo —dijo—. Estoy listo. ¿Cómo hacemos esto? ¿Entonará algún cántico mágico? ¿Sacrificará una cabra? —Torció el gesto—. Espero que no tenga que sacrificar una cabra. Soy un poco aprensivo con la sangre.

—Estás de suerte —dijo Hugo—. Justo ahora se nos han acabado las cabras.

Wallace se relajó.

—Genial. Estoy preparado para volver a estar vivo. He aprendido la lección. Prometo ser más amable y blablablá.

—No quepo en mí de gozo —dijo Hugo—. Levanta los brazos por encima de la cabeza.

Wallace obedeció.

—Ahora, salta.

Wallace así lo hizo, de modo que el cable se elevó del suelo y volvió a caer.

—Repite conmigo: «Quiero vivir».

—Quiero vivir.

Hugo exhaló un suspiro.

—Tienes que decirlo con convicción. A ver, que yo lo oiga. Haz que me lo crea.

—¡Quiero vivir! —gritó Wallace, brincando con los brazos por encima de la cabeza.

—¡Eso es! —exclamó Hugo—. Noto que algo está pasando. Ya

viene. ¡Que no decaiga! ¡Salta en círculos!

—¡Quiero vivir! —bramó Wallace mientras botaba describiendo una trayectoria circular—. ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir!

—Ahora, quieto. Hagas lo que hagas, no te muevas.

Wallace se quedó petrificado con los brazos en alto, una pierna levantada y la chancla colgando del pie. Notaba que empezaba a dar resultado. No sabía cómo, pero lo percibía. Pronto, aquella pesadilla se acabaría y él volvería a la vida.

Hugo abrió mucho los ojos.

—Quédate así hasta que yo te diga. Ni siquiera parpadees.

Wallace no parpadeó. Permaneció totalmente inmóvil. Estaba dispuesto a todo con tal de arreglar la situación.

Hugo asintió.

—Bien. Ahora, quiero que repitas conmigo: «Soy un idiota».

—Soy un idiota.

—«Y estoy muerto.»

—Y estoy muerto.

—«Y es imposible que vuelva a la vida porque así son las cosas.»

—Y es... ¿Cómo?

Hugo se dobló en dos, en un estallido de estridentes carcajadas.

—Ay, ay, Señor. Tendrías que verte la cara. ¡Es todo un poema!

A Wallace le tembló el párpado derecho mientras bajaba los brazos despacio y volvía a apoyar el pie en el suelo.

—¿Qué?

—Estás muerto —sentenció Hugo—. No puedes resucitar. Las cosas no funcionan así. Es que vamos, no me jodas. —Le dio un codazo suave en el costado a Mei—. ¿Has visto? Menudo panoli. Me cae bien. Es una lástima que tenga que irse. Me divierte.

Mei se volvió hacia las puertas batientes.

—Vas a meternos en un lío, Nelson.

—Bah. La muerte no tiene por qué ser triste siempre. Debemos aprender a reírnos de nosotros mismos antes de...

—Nelson —repitió Wallace lentamente.

El hombre lo miró.

—Sí, dime.

—Te ha llamado Nelson.

—Es que me llamo así.

—No te llamas Hugo.

Nelson agitó la mano.

—Hugo es mi nieto. —Entrecerró los ojos—. Y más te vale que no le cuentes lo que hemos hecho.

Wallace lo contempló con la boca abierta de par en par.

—¿Lo... lo dices en serio?

—Que me dé un infarto ahora mismo si miento —respondió Nelson, y Mei ahogó una risotada—. Huy. Demasiado pronto, ¿verdad?

Wallace dio un paso vacilante hacia él, aunque no sabía con qué intención. No podía pensar ni articular una sola palabra. Se tambaleó y se precipitó hacia Nelson con los ojos desorbitados mientras un chirrido como de puerta le brotaba de la garganta.

Sin embargo, no cayó sobre Nelson, porque este desapareció, de modo que Wallace se dio de bruces contra el suelo.

Alzó la cabeza justo a tiempo para ver a Nelson materializarse de nuevo a pocos metros de distancia, frente a la chimenea. Saludó a Wallace agitando los dedos.

Este se dio la vuelta y se quedó tumbado boca arriba, con la vista fija en el techo. Su pecho subía y bajaba agitadamente —lo que representaba un incordio, considerando que los pulmones no le resultaban precisamente necesarios en aquel momento—, y le hormigueaba la piel.

—Estás muerto.

—Pero que bien muerto —confirmó Nelson—. En realidad, fue un alivio. Este cuerpo decrépito estaba muy deteriorado y, por más que me esforzaba, no conseguía que funcionara como yo quería. En ocasiones, la muerte es una bendición, incluso si no nos damos cuenta de ello enseguida.

De pronto, otra voz, cálida y profunda, pronunció unas palabras que parecían conllevar un gran peso, y Wallace notó un fuerte tirón en el gancho del pecho. Debió haberle dolido, pero no fue así.

Casi supuso un alivio para él.

—Abuelo, ¿ya estás liándola otra vez?

Wallace volvió la cabeza hacia la voz.

Un hombre atravesó las puertas dobles.

Wallace pestañeó despacio.

El hombre sonrió en silencio, dejando al descubierto sus dientes de una blancura asombrosa. Los dos incisivos centrales estaban un

poco torcidos, lo que les confería un extraño encanto. Medía cerca de un palmo menos que Wallace y tenía las piernas y los brazos delgados. Llevaba vaqueros y una camisa con el cuello desabrochado bajo un delantal con las palabras EL CRUCE DE CARONTE bordadas en el peto. La parte delantera del mandil estaba ligeramente abombada hacia fuera debido a la suave prominencia de su barriga. Tenía la tez de un marrón intenso, los ojos casi de color avellana con reflejos verdes. Llevaba un peinado similar al del viejo, un afro corto formado por rizos prietos, aunque, en su caso, el cabello era negro. Parecía joven; no tanto como Mei, pero sin duda más que Wallace. Las tablas del suelo crujían con cada paso que daba.

Cuando depositó sobre el mostrador la bandeja que llevaba, una tetera chocó contra las tazas de té extragrandes con un golpecito seco. Olía a menta. El recién llegado rodeó el mostrador. Wallace advirtió que el perro —*Apolo*— serpenteaba alrededor de sus piernas y luego a través de ellas. El hombre se rio.

—Ya lo veo. Es curioso, ¿verdad?

El animal ladró en señal de conformidad.

Wallace observó al hombre que se acercaba. Sin saber por qué, se fijó en sus manos, de dedos extrañamente delicados, las palmas más pálidas que el dorso y unas uñas que semejaban medias lunas. Se frotó las manos antes de ponerse en cuclillas junto a Wallace, manteniendo las distancias como si tuviera la impresión de que era demasiado asustadizo. No fue hasta ese momento que Wallace se percató de que el cable que llevaba sujeto al pecho estaba unido al hombre, aunque este no parecía tener un gancho. El cordón desaparecía en el interior de su caja torácica, a la altura donde debía encontrarse el corazón.

—Hola —saludó el hombre—. Wallace, ¿verdad? ¿Wallace Price?

Wallace, enmudecido, hizo un gesto afirmativo.

La sonrisa del hombre se ensanchó, y Wallace sintió como si el gancho del pecho estuviera al rojo.

—Me llamo Hugo Freeman. Soy barquero. Seguro que tendrás un montón de preguntas. Haré lo posible por responderlas todas. Pero lo primero es lo primero: ¿te apetece una taza de té?

Capítulo 5

Wallace nunca había sido un gran aficionado al té. No le parecía nada del otro jueves. No eran más que hojas secas remojadas en agua caliente.

Seguramente el tener delante al hombre que se hacía llamar Hugo Freeman tampoco contribuía a su comodidad. Todos sus movimientos eran elegantes, pausados, casi como si bailara. En vez de tenderle la mano a Wallace para ayudarlo a levantarse, le indicó con un gesto que se pusiera de pie. Wallace así lo hizo, pero guardando las distancias. Si existía un dios, tenía que ser ese hombre, por más que Mei le hubiera dicho lo contrario. Hasta donde él sabía, podía tratarse de otra trampa, de una prueba para evaluar su reacción. Debía andarse con cuidado en aquel lugar, sobre todo si iba a exigirle a ese hombre que lo devolviera a la vida. No le hacía mucha gracia estar conectado a él por medio de aquel cable que se alargaba o encogía según la distancia que hubiera entre ambos.

Apolo, sentado a los pies de Hugo, cerca del mostrador, tenía los ojos alzados hacia él y lo contemplaba con adoración, golpeteando suavemente el suelo con la cola. Mei ayudó a Nelson a caminar hacia allí, pese a que este iba refunfuñando que podía hacerlo solo.

Wallace vio que Hugo cogía de la bandeja la humeante tetera de peltre. Se la acercó al rostro e inspiró hondo. Movió la cabeza afirmativamente.

—Ha infusionado el tiempo necesario. Debe de estar a punto. —Levantó la vista hacia Wallace casi como disculpándose—. Es orgánico de hojas sueltas, lo que no parecía encajar con lo que sé de ti, pero tengo buen ojo para estas cosas. Que yo sepa, todo lo que te gusta podría ser orgánico. Y de menta.

—Nada de lo que me gusta es orgánico —masculló Wallace.

—No pasa nada —respondió Hugo mientras servía el té—. Creo que te gustará. —Había cuatro tazas, cada una con un motivo floral distinto. Le indicó a Wallace con una seña que cogiera la que tenía

guirnaldas pintadas en los lados y el interior.

—Estoy muerto —dijo Wallace.

Hugo le sonrió, radiante.

—Sí, en efecto, así es.

A Wallace le rechinaron los dientes.

—No me refería a... Olvídalo. ¿Cómo diablos voy a coger la taza?

Hugo se rio. Fue un rumor grave y sordo que le nació en el pecho y le brotó por la boca.

—Ah, ya entiendo. Y, si estuvieras en cualquier otra parte, tal vez tendrías algo de razón. Pero aquí no. Con estas tazas, no. Pruébalo. Te prometo que no te arrepentirás.

Nadie podía prometerle eso con certeza. No había podido tocar más que a Mei y el suelo bajo sus pies. Y también a *Apolo*, pero prefería correr un tupido velo sobre eso. Tenía la sensación de que estaban poniéndolo a prueba, y no se fiaba un pelo de aquel hombre. Nunca se había fiado un pelo de nadie y no pensaba empezar en ese momento.

Suspirando, alargó la mano hacia la taza, dando por sentado que pasaría a través de ella y luego podría clavar la mirada en Hugo como diciéndole «¿lo ves?».

Pero entonces notó el calor del té y, cuando sus dedos tocaron la superficie de la taza, se le escapó un grito ahogado. Era sólida al tacto.

Era sólida.

Al subir la mano, soltó un siseo, pues se había derramado té sobre el dedo. El ardor se le pasó enseguida. Se miró los dedos. Estaban pálidos como siempre, y la piel, intacta.

—Estas tazas de té son especiales —explicó Hugo—. Para las personas como tú.

—Las personas como yo —murmuró Wallace con apatía, sin apartar la vista de sus dedos.

—Sí —dijo Hugo. Cuando terminó de verter el té en las tazas que faltaban, volvió a depositar la tetera en la bandeja—. Aquellos que habéis abandonado una vida con el fin de prepararos para otra. Fueron un regalo que recibí cuando me convertí en lo que soy ahora.

—Un barquero —dijo Wallace.

Hugo asintió.

—Sí. —Se dio unas palmaditas en las letras que llevaba bordadas en el pecho. No pareció reparar en el cable, pues su mano desapareció

por un instante al atravesarlo—. ¿Has oído hablar de Caronte?

—No.

—Era el barquero griego que transportaba las almas al Hades a través de los ríos Estigia y Aqueronte, que separaban el mundo de los vivos del de los muertos. —Hugo soltó una risita—. Ya sé que el nombre de este lugar no es muy sutil, pero era más joven cuando se lo puse.

—Más joven —repitió Wallace—. Todavía eres joven. —Luego, como no estaba seguro de si había insultado a algún tipo de deidad que aparentemente era la encargada de... algo, se apresuró a agregar —: O, al menos, lo pareces. A ver, no sé cómo funciona esto, y...

—Gracias —dijo Hugo, torciendo los labios como si le divirtiera la incomodidad de Wallace.

—Fua —resopló Nelson, agarrando su taza y tomando un sorbo del borde—. Ahora es un viejo. Tal vez no tanto como yo, pero poco le falta.

—Tengo treinta años —dijo Hugo con frialdad. Gesticuló en dirección a la taza que descansaba sobre la mesa, delante de Wallace —. Bebe. Sabe mejor caliente.

Wallace contempló el té. Había tropezones de algo flotando en la superficie. No estaba muy seguro de que le apeteciera bebérselo, pero Hugo no le quitaba los ojos de encima. Como Mei y Nelson se lo estaban tomando como si tal cosa, Wallace cogió la taza con cautela y se la acercó a la cara. El olor a menta era tan intenso que los párpados se le cerraron solos. Oyó el bostezo perruno de *Apolo* y los crujidos del esqueleto de la casa al asentarse, pero el suelo y las paredes se alejaron de golpe, el tejado salió disparado hacia el cielo, y él estaba, estaba...

Abrió los ojos.

Estaba en casa.

No en su última casa, el apartamento situado en un edificio alto, con muebles de importación, una pared de un rojo llamativo que había pensado en pintar de otro color y los ventanales que daban a una ciudad de acero y cristal.

No, era la casa de su infancia, la de la escalera que crujía y la caldera que nunca tenía suficiente agua caliente. Él estaba en la puerta de la cocina, y Bing Crosby cantaba en la vieja radio, deseándole a todo aquel que lo estuviera escuchando una pequeña y feliz Navidad.

—Hasta entonces —canturreaba su madre, desplazándose por la cocina—, tendremos que ir tirando como podamos.

Fuera nevaba, y los alféizares y la parte superior de los armarios estaban adornados con guirnaldas. Su madre se rio para sí en el momento en que el horno tintineó. Cogió una manopla de cocina con un dibujo de un muñeco de nieve que estaba sobre la encimera. Abrió la puerta del horno con un chirrido de las bisagras y sacó una bandeja llena de bastones de caramelo caseros. Era su especialidad navideña, una receta que le había enseñado su madre, una polaca fornida que llamaba *pociecha* a Wallace. El aroma a menta inundó la cocina.

Su madre alzó la vista hacia él, que tenía diez y cuarenta años a la vez y estaba ahí, en el vano de la puerta, vestido con su chándal y sus chanclas, pero al mismo tiempo con su pijama de franela, despeinado y descalzo sobre el frío suelo.

—Fíjate —le dijo ella, mostrándole los bastones—. Me parece que es el mejor lote que me ha salido. Creo que Mamusia estaría orgullosa.

Wallace lo dudaba. Su abuela había sido una mujer aterradora con una lengua afilada que no se mordía a la hora de insultar. Falleció en una residencia para la tercera edad. Wallace se había sentido triste y aliviado a la vez, aunque no se lo había comentado a nadie.

Dio un paso hacia su madre al tiempo que notaba el cálido fluir del té que se le deslizaba por la garganta hasta asentarse en el estómago. El té sabía a lo que olían los bastones de caramelo, y aquello resultaba excesivo, discordante, pues no podía ser real. Y, no obstante, percibía el sabor de los bastones como si su madre estuviera allí de verdad.

—¿Mamá? —dijo él, pero ella no respondió, sino que siguió tarareando cuando Bing Crosby cedió el paso a Frank Sinatra.

Wallace parpadeó despacio.

Estaba en un salón de té.

Parpadeó de nuevo.

Estaba en la cocina del hogar donde se había criado.

—Mamá, yo... —dijo, y notó una punzada en el corazón, un fuerte pinchazo que le arrancó un quejido.

Su madre había muerto. En un momento estaba ahí, y al momento siguiente había desaparecido, y la voz áspera de su padre le decía por teléfono que todo había ocurrido demasiado rápido, que cuando se lo habían diagnosticado ya era demasiado tarde. Metástasis,

le había dicho más tarde una de sus primas. En los pulmones. Su madre no había querido que él lo supiera, sobre todo porque hacía casi un año que no hablaban. Wallace se había puesto furioso con ella por eso. Y por todo.

Así que a eso sabía el té: a recuerdos, a casa, a juventud, a traición. Era agridulce y cálido.

Wallace pestañeó y volvió a encontrarse en el salón de té, con la taza entre sus manos temblorosas. La depositó sobre el mostrador para evitar más derrames.

—Tienes preguntas —señaló Hugo.

—Decir eso es quedarse corto, tal vez más corto de lo que ningún ser humano se ha quedado jamás —respondió Wallace con voz temblorosa.

—Es algo propenso a las exageraciones —le dijo Mei a Hugo, como si eso lo explicara todo.

Este cogió su taza de té y tomó un sorbo. El ceño se le arrugó unos momentos antes de alisarse.

—Te las responderé lo mejor que pueda, aunque no lo sé todo.

—¿Ah, no?

Hugo negó con un gesto.

—Claro que no. ¿Por qué habría de saberlo?

—Pues entonces te pondré las cosas lo más fáciles posible —le soltó Wallace, frustrado—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Mei se rio.

—¿A eso lo llamas fácil? A tope, colega, flipo contigo.

—Estás aquí porque te has muerto —explicó Hugo—. Por lo que se refiere a tu otra pregunta, no sé si puedo respondértela, al menos no con la profundidad que buscas. Dudo que exista alguien capaz de darte una respuesta completa.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que estés tú aquí? —quiso saber Wallace.

Hugo asintió.

—Puedo responder a eso. Soy un barquero.

—Ya se lo he dicho —le susurró Mei a Nelson.

—Cuesta retener información cuando acaba de pasar —contestó Nelson, también en susurros—. Hay que darle un poco más de tiempo.

—¿Y para qué sirve un barquero? —inquirió Wallace—. ¿Eres el

único?

Hugo sacudió la cabeza.

—Somos muchos. Personas que... En fin. Personas a quienes nos han asignado una tarea: ayudar a otros en tu situación a entender lo que sienten en estos momentos.

—Ya tengo psicólogo —espetó Wallace—. Se gana lo que le pago y no tengo quejas.

—¿En serio? —dijo Mei—. Nada de quejas. Ni una sola.

—Mei —le advirtió Hugo de nuevo.

—Ya, ya —masculló ella, y bebió un poco de su té. Se le desorbitaron un poco los ojos antes de apurar el resto con tres grandes tragos—. La leche, esto está de muerte. —Levantó la mirada hacia Wallace—. Caray. No esperaba esto de ti. Enhorabuena.

Wallace no tenía idea de a qué venía eso, ni se molestó en preguntárselo. El gancho del pecho le pesaba más que antes y, aunque la tirantez le resultaba agradable, aquella sensación empezaba a agobiarlo.

—Estoy en la montaña.

—Así es —convino Hugo.

—No hay montañas cerca de la ciudad.

—No, no las hay.

—Lo que significa que he recorrido mucha distancia.

—En efecto.

—Aunque no seas el barquero de todos —dijo Wallace—, ¿cómo funciona eso? Todo el rato muere gente. A centenares. A millares. Debería haber más personas aquí. ¿Por qué no hay una cola frente a la puerta?

—La mayoría de la gente de la ciudad acude a la barquera que está en la ciudad —dijo Hugo, y a Wallace lo puso nervioso el cuidado con que parecía estar eligiendo sus palabras—. De vez en cuando, me mandan a alguien aquí.

—Porque no dan abasto.

—Más o menos —dijo Hugo—. Si he de serte sincero, no siempre sé por qué me envían a personas como tú. Pero no me corresponde a mí cuestionar el porqué. Estás aquí, y eso es lo que importa.

Wallace lo contemplaba boquiabierto.

—¿No cuestionas el porqué? ¿Y por qué narices no? —El porqué de las cosas era la especialidad de Wallace. Conducía al

descubrimiento de verdades que algunos pretendían mantener ocultas. Miró a Mei, que le dedicó una gran sonrisa. Poca ayuda iba a conseguir por ese lado. Pero también estaba Nelson. Nelson y él iban en el mismo barco. A lo mejor podía echarle un cable—. Nelson, tú eres...

—Ahí va —dijo Nelson, echando un vistazo a su muñeca desnuda —. Hay que ver qué tarde se ha hecho. Creo que se supone que debería estar sentado en mi butaca frente al fuego. —Se alejó arrastrando los pies hacia la chimenea, apoyándose en el bastón. *Apolo* lo siguió, no sin volver la mirada hacia Hugo como para asegurarse de que no se moviera de donde estaba.

Como es natural, esto no ayudó a aliviar la frustración de Wallace.

—Más vale que alguien me dé respuestas ahora mismo, o me... — No supo cómo acabar la frase.

Hugo alzó la mano para rascarse la nuca.

—Oye, Wallace... ¿Puedo llamarte Wallace? —Sin esperar respuesta, prosiguió—: Wallace, la muerte es... complicada. No me atrevo ni a imaginar lo que te estará pasando por la cabeza en este momento. La experiencia es distinta para cada uno. No hay dos personas iguales, ni en la vida ni en la muerte. Tienes ganas de cagarte en todo y de amenazar. Te entiendo. Quieres negociar, llegar a un acuerdo. También lo entiendo. Y, si te hace sentir mejor, puedes decir lo que te apetezca aquí. Nadie te juzgará.

—Al menos en voz alta —dijo Nelson desde su butaca.

—Has tenido un ataque al corazón —dijo Hugo en voz baja—. Ha sido algo repentino. No habrías podido hacer nada para evitarlo. No fue culpa tuya.

—Eso ya lo sé —replicó Wallace—. Yo no hice nada. —Tras una pausa, añadió—: Un momento, ¿cómo sabes la causa de mi...? —No fue capaz de terminar.

—Sé cosas —dijo Hugo—. O, mejor dicho, me muestran cosas. Unas veces resultan algo... vagas. Un mero esbozo. Otras veces, las veo con una nitidez cristalina, aunque esto solo ocurre en contadas ocasiones. Tu caso se me presentó con total claridad.

—Hombre, solo faltaría —dijo Wallace con rigidez—. Y eso me facilita las cosas, porque no sé cuánto más claro puedo ser. Envíame de vuelta.

—No puedo hacer eso.

—Pues busca a alguien que pueda.

—Tampoco puedo hacer eso. Esto no funciona así, Wallace. Un río solo fluye en una dirección.

Wallace asintió mientras se le agolpaban los pensamientos en la cabeza. Era evidente que no le estaban escuchando. No encontraría comprensión ahí.

—En ese caso, os deseo un buen día y os pido que me llevéis de regreso a la ciudad. Si no podéis ayudarme, ya me las apañaré solo. —No sabía exactamente cómo, pero cualquier cosa sería mejor que quedarse allí escuchando la conversación de aquellos tres idiotas que no llevaba a ninguna parte.

Hugo negó con un gesto.

—No puedes marcharte.

Wallace entrecerró los ojos.

—¿Me estás diciendo que estoy atrapado aquí? ¿Que me estáis reteniendo contra mi voluntad? A eso se le llama secuestro. Os llevaré a los tribunales por esto, no lo dudéis ni un segundo.

—Estás de pie —señaló Hugo.

—¿Perdona?

Hugo señaló el suelo con una inclinación de la cabeza.

—¿Notas el suelo bajo los pies?

Wallace dobló los dedos de los pies. A través de la fina suela de las chanclas baratas, sintió la presión de la madera contra las plantas de los pies.

—Sí.

Hugo cogió una cucharilla de la bandeja y la colocó sobre el mostrador.

—Agarra esa cucharilla.

—¿Por qué?

—Porque te lo pido yo. Por favor.

Wallace no quería. No le veía ningún sentido. Sin embargo, para no discutir, se acercó al mostrador y bajó la vista hacia la cucharilla. Era muy pequeña. Tenía flores grabadas en el mango. Se dispuso a recogerla. Con las manos temblorosas, enroscó el dedo en torno al cubierto y lo levantó.

—Bien —dijo—. Ahora, déjala donde estaba.

Refunfuñando entre dientes, Wallace obedeció.

—¿Y ahora qué?

Hugo lo miró.

—Eres un fantasma, Wallace. Estás muerto. Agárrala de nuevo.

Con cara de exasperación, Wallace siguió su indicación. Sin embargo, esta vez su mano atravesó la cuchara. No solo eso, sino que traspasó la superficie del mostrador. Un extraño hormigueo le recorrió la piel, y, con un grito ahogado, retiró la mano rápidamente, como si se hubiera quemado. Conservaba todos los dedos, y el cosquilleo empezó a remitir. Lo intentó otra vez. Y otra. Y otra. En cada ocasión, su mano pasaba a través de la cuchara y penetraba en el mostrador.

Hugo alargó el brazo hacia la mano de Wallace, pero lo detuvo un palmo por encima, sin acercarlo más.

—La primera vez lo has conseguido porque es algo que siempre has podido hacer. Esperabas ese resultado porque eso siempre te ha funcionado. Pero desde que te he recordado que estás difunto, ya no has sido capaz de tocar la cucharilla. Tus expectativas han cambiado. Deberías haberte desprendido de ellas. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Todo está en la mente y en cómo la enfocamos.

Wallace estaba al borde del pánico. Se le cerró la garganta y le temblaban las manos.

—¡Eso no tiene sentido!

—Eso es porque te han condicionado durante toda la vida a pensar de cierta manera. Las cosas han cambiado.

—Porque tú lo digas. —Intentó agarrar la cucharilla de nuevo, pero subió el brazo con brusquedad cuando la atravesó otra vez. Golpeó sin querer la taza de té con la mano y la volcó. El té se derramó sobre el mostrador. Wallace se tambaleó hacia atrás con los ojos como platos y los dientes apretados—. No... No puedo estar aquí. Quiero irme a casa. Llevadme a casa.

Hugo rodeó el mostrador con el ceño fruncido.

—Wallace, tienes que calmarte, ¿de acuerdo? Respira hondo.

—¡No me digas que me calme! —bramó Wallace—. Y, si estoy muerto, ¿por qué me dices que respire? ¡Es imposible!

—No le falta razón —comentó Mei mientras remataba su segunda taza de té.

Por cada paso que Hugo daba hacia él, Wallace retrocedía otro. Nelson echó un vistazo por el borde del respaldo del sillón, con una mano apoyada en la cabeza de *Apolo*, que empezó a dar golpecitos

rítmicos contra el suelo, como un metrónomo discreto.

—Quédate donde estás —le espetó Wallace a Hugo.

Este alzó las manos con un gesto apaciguador.

—No voy a hacerte daño.

—No te creo. No te me acerques. Me voy, y no puedes hacer nada para impedirlo.

—Huy, no —exhaló Mei, dejando la taza de té y clavando la vista en Wallace—. Te aseguro que no es una buena idea. Wallace, no puedes...

—¡No me digas lo que no puedo hacer! —le gritó él, y la luz de uno de los apliques chisporroteó y crepitó antes de que la bombilla de cristal saltara en pedazos. De golpe, Wallace volvió la cabeza hacia ella.

—Ay, no —susurró Nelson.

Wallace giró sobre sus talones y echó a correr.

Capítulo 6

El primer obstáculo era la puerta.

Wallace intentó asir el pomo.

Su mano lo traspasó.

Con un alarido ahogado, saltó hacia la puerta. A través de la puerta. Cuando abrió los ojos, se encontraba en el porche de la tetería. Bajó la mirada. Parecía tenerlo todo en su sitio, aunque seguían ahí el gancho y el cable, que se extendía hacia el interior del establecimiento. Algo pesado se aproximaba a la puerta con gran estruendo, así que Wallace bajó del porche de un salto y cayó sobre la grava. Las estrellas titilaban en lo alto, y los árboles se le antojaron más amenazadores que cuando había llegado. Se doblaban y mecían como invitándolo a acercarse. Dio un traspié cuando le pareció ver algo que se movía en la fronda, a su izquierda, una enorme bestia que lo observaba, coronada por grandes astas de ciervo, pero debía de tratarse de un efecto de las sombras, pues, cuando parpadeó, no vio más que ramas.

Comenzó a desandar el camino por el que Mei lo había conducido hasta allí. Si llegaba a la aldea, sin duda encontraría a alguien que pudiera ayudarlo. Le contaría lo de los chiflados que estaban en el salón de té en medio del bosque.

Notó un fuerte tirón al garfio del pecho, y el cable se tensó y le ciñó el costado. Estuvo a punto de caer de rodillas. Consiguió conservar el equilibrio y siguió adelante, con las chanclas golpeteándole la planta de los pies. ¿Cómo había podido parecerle una buena idea llevar ese calzado?

Echó una mirada por encima del hombro hacia la tetería justo en el momento en que Mei y Hugo salían en tromba al porche, llamándolo a voces.

—Es que hay que estar tonto... —dijo Mei.

—Wallace —dijo Hugo al mismo tiempo—, Wallace, no puedes... No sabes qué te encontrarás ahí fuera...

Pero Wallace apretó el paso, corriendo tan rápido como podía.

Nunca había destacado como deportista, y menos aún como corredor. Tenía una cinta de andar en su despacho, y a menudo caminaba largas distancias en ella mientras mantenía reuniones telefónicas. No tenía tiempo para más, pero eso era mejor que nada.

Por eso le sorprendió que no le faltara el aliento ni le entrara flato. Ni siquiera las chanclas parecían entorpecer demasiado su avance. El aire estaba extrañamente quieto, cargado y opresivo, pero él corría, corría más deprisa de lo que había corrido en toda su vida. Bajó la vista hacia sus piernas y se quedó atónito: estaban borrosas, y sus pies habían entrado en contacto con el asfalto de la carretera que pasaba por la aldea. Se le escapó la risa, una carcajada salvaje que nunca antes había oído salir de su boca y que parecía más propia de un demente.

Echó otro vistazo hacia atrás.

No había un alma, nadie que lo persiguiera o gritara su nombre, solo la carretera desierta y oscura que conducía a destinos ignotos.

Debería haberse sentido aliviado.

Pero no fue así.

Se dirigió a toda velocidad hacia una gasolinera que estaba más adelante. Las lámparas de vapor de sodio brillaban como un faro, con polillas revoloteando alrededor. Una vieja furgoneta estaba aparcada junto a uno de los surtidores, y en el interior Wallace alcanzaba a ver personas que se movían de un lado a otro. Corrió hacia ahí y no se detuvo hasta llegar a las puertas automáticas.

No se abrieron.

Se puso a saltar delante de ellas, agitando los brazos.

Nada.

—¡Abra las puertas! —gritó.

El hombre de detrás del mostrador siguió escribiendo algo en su teléfono móvil, con cara de aburrido.

Una mujer que estaba al fondo de la tienda, de pie frente a un frigorífico para bebidas, se rascó el mentón mientras bostezaba.

Wallace gruñó por lo bajo antes de alargar los brazos para intentar abrir las puertas por la fuerza. Sus manos las atravesaron.

—Ya, claro —dijo—. Estoy muerto. Me cago en todo.

Caminó a través de las puertas.

En cuanto entró, los fluorescentes de la tienda parpadearon y

zumbaron por encima de su cabeza. El hombre que atendía el mostrador, un chico de enormes cejas y el rostro cubierto de pecas, miró hacia arriba con expresión ceñuda. Se encogió de hombros antes de centrarse de nuevo en su teléfono.

Wallace le tiró el móvil de un manotazo.

O al menos, eso intentó.

No funcionó.

También trató de agarrar al hombre por la cara, pero el resultado fue el mismo. Wallace reculó al percatarse de que le había metido el pulgar en el ojo.

—Qué situación tan estúpida —masculló. Se volvió hacia la mujer del fondo, que seguía estudiando los frigoríficos. Se le acercó, sin muchas esperanzas. Ella no lo oyó ni lo vio. Sacó una botella de dos litros de Mountain Dew.

—Qué asco —le dijo Wallace—. Debería darle vergüenza. ¿Tiene idea de lo que lleva eso?

Pero su opinión pasó desapercibida.

Las puertas automáticas se abrieron.

—Hola, Hugo —saludó el dependiente, y Wallace se agachó de inmediato—. No sueles salir a estas horas.

—No podía pegar ojo —dijo Hugo—, así que he pensado en pasarme a comprar un par de cosas.

Wallace intentó apoyarse contra un estante de patatas fritas. Soltó una palabrota cuando cayó hacia atrás a través de ella, y pestañeó rápidamente al darse cuenta de que estaba dentro de la estantería. Se echó hacia delante, preparado para huir en cuanto las puertas volvieran a abrirse.

—Hola, Mei —dijo el encargado, y Wallace se quedó inmóvil—. ¿Tampoco podías dormir?

—Ya sabes cómo va esto —respondió Mei—. Si el jefe está levantado, a mí me toca estar levantada también.

El dependiente podía verla.

Podía verla.

Lo que significaba que...

Wallace no tenía idea de qué significaba.

Antes de que pudiera empezar siquiera a procesar esta nueva información, ocurrió algo curioso: unas motas de polvo se levantaron flotando en torno a él.

Con el ceño arrugado, él observó cómo se elevaban hacia el techo, pasando por delante de su rostro. Eran de una tonalidad extraña, muy parecida al color carne. Extendió la mano para tocar un copo especialmente grande, pero se quedó paralizado al ver de dónde procedía el polvo.

De sus propios brazos.

Se le estaba pelando la piel, trocito a trocito. La capa superior de la dermis flotaba hacia arriba y hacia fuera.

Pegó un chillido y se frotó los brazos con furia.

—Te pillé —dijo Mei, apareciendo a su lado—. Joder, Wallace, tenemos que llevarte...

Wallace se abalanzó hacia los frigoríficos.

Los atravesó.

Gritando incoherencias, pasó a través de una hilera de refrescos y luego de una pared de cemento. Volvía a estar fuera, a un lado de la tienda. Se deslizó las manos por los brazos, pues se le seguía desprendiendo la piel. El gancho en el pecho se retorció con furia, tironeado por el cable que penetraba en la pared que acababa de traspasar. Rodeó corriendo la parte trasera del establecimiento. Un prado vacío se extendía tras él, bajo un cielo nocturno que parecía infinito. Al otro lado se vislumbraba un barrio de casas muy juntas, algunas con las luces encendidas, otras sumidas en una oscuridad siniestra. Arrancó a correr hacia ellas sin dejar de frotarse los brazos frenéticamente.

Tras cruzar el prado, pasó por entre dos casas. De la de la derecha salía música a todo volumen; la de la izquierda estaba en silencio y a oscuras. Irrumpió a través de la pared de la derecha en una habitación donde una mujer, enfundada en un traje de cuero rojo de cuerpo entero, se daba golpecitos en la palma de la mano con una fusta sin despegar los ojos de un hombre que llevaba un pijama infantil con pies.

—Esto va a ser una pasada —comentó el hombre.

—Ay, madre santa —gimió Wallace antes de salir con discreción de allí. Se encaminó hacia la calle que discurría frente a las casas.

Se detuvo cuando llegó a la acera. No estaba seguro de adónde dirigirse, y se le estaban pelando las piernas a través del chándal y los empeines. Le pitaban los oídos, y el mundo había adquirido un brillo brumoso en el que se confundían los colores. El cable emitió un

destello violento y el gancho dio una sacudida.

Wallace avanzó a toda prisa por la acera, ansioso por alejarse todo lo posible, pero era como si las suelas de las chanclas se le hubieran derretido y se adhirieran al cemento. Cada paso le resultaba más arduo que el anterior, como si anduviera bajo el agua. Iba gruñendo a causa del esfuerzo. Los pitidos en los oídos se intensificaron, y le costaba centrar su atención. Apretando los dientes, intentaba abrirse paso. La uña del meñique derecho se le cayó y se desintegró.

Cerró la mano en un puño y alzó la mirada. Allí, en medio de la calle, había un hombre.

Pero había algo raro en él, varios aspectos que le helaron la sangre a Wallace. El hombre estaba encorvado, de espaldas a Wallace, y tenía el torso desnudo cubierto de una piel gris de aspecto enfermizo en la que se le marcaba de forma acusada la columna. Se le estremecían los hombros como si tuviera arcadas. Llevaba baja la cintura del pantalón. Sus zapatillas de deporte estaban gastadas y sucias. Los brazos le colgaban laxos a los costados, como si no tuvieran huesos.

Aunque le bajó un escalofrío por el espinazo, Wallace dio otro paso hacia él, pese a que todo su ser le pedía a gritos que retrocediera, que huyera antes de que el hombre se diera la vuelta. No quería verle la cara, sin duda tan espantosa como el resto de su cuerpo. Todos los sonidos le llegaban amortiguados, como si se hubiera embutido algodón en las orejas. Cuando habló, la voz se le antojó la de otra persona y se le entrecortó.

—¿Hola? ¿Eres...? ¿Puedes oírme?

El hombre irguió la cabeza de golpe y un espasmo nervioso le sacudió los brazos. Un rastro de verdugones en carne viva le subía por los antebrazos, a partir de la muñeca, formando una T.

Se volvió lentamente.

Wallace Price era un hombre frío y analítico hasta un extremo casi inhumano. Su trabajo se basaba en los detalles, en cosas pequeñas que otros pasaban por alto, como alguna palabra pronunciada durante una declaración o durante una entrevista de admisión. Fue esta cualidad la que lo llevó a catalogar todos y cada uno de los rasgos del hombre que tenía delante: el cabello sin vida y sin brillo, la boca abierta de dientes ennegrecidos, la espeluznante expresión de sus ojos

apagados. Aunque aquella cosa tenía forma humana, presentaba un aspecto salvaje, peligroso, y el miedo que había sentido Wallace antes no era nada en comparación con el que rugía en su interior en aquel momento. Un error. Había cometido un error. No debería haber intentado hablar con ese... esa cosa, fuera lo que fuese. Mientras las escamas de piel continuaban ascendiendo en torno a él, Wallace intentó recular un paso.

Las piernas no le respondían.

Las estrellas se fueron extinguiendo hasta que Wallace no percibía más que la negrura de la noche. Las sombras comenzaron a rodearlo y se alargaban y estiraban cada vez más hacia él.

El hombre se le acercó con torpeza, como si tuviera congeladas las articulaciones de las rodillas. Se bamboleaba con cada paso. Alzó el brazo, con todos los dedos dirigidos hacia el suelo excepto aquel con el que apuntaba a Wallace. Abrió la boca, pero de ella no brotaron palabras, sino solo un gruñido grave y bestial. A Wallace se le quedó la mente en blanco de terror. Sabía sin el menor asomo de duda que cuando el hombre lo tocara, tendría la piel fina como el papel, con un tacto seco y desastroso. Y aunque le habían dicho que Dios no existía, Wallace se puso a rezar por primera vez en años, con el estertor de un pensamiento que le surcó la cabeza como una estrella fugaz: «¡AYÚDAME, POR FAVOR! ¡¡HAZ QUE ESTO SE ACABE!!».

Se produjo un movimiento repentino y veloz, y Hugo apareció entre ellos, de espaldas a Wallace. El alivio más grande que Wallace había experimentado jamás lo inundó y le expandió con violencia la caja torácica. El cable, que unía a Wallace con el pecho de Hugo, se había encogido hasta medir menos de un metro.

—Cameron, no —dijo este—. No puedes. No te pertenece.

Se oyó un castañeteo sordo y, aunque Wallace no alcanzaba a ver al hombre, supo que estaba entrechocando los dientes.

—Lo sé —dijo Hugo en voz baja—. Pero no es para ti. Nunca lo fue.

Wallace volvió la cabeza bruscamente cuando Mei se materializó a su lado. Con el ceño fruncido, ella se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de Hugo.

—Mierda. —Se dejó caer sobre los talones antes de acercarse las manos al pecho, con la palma izquierda hacia arriba. Con los dedos de la mano derecha, tamborileó sobre ella en *staccato*. Una pequeña

ráfaga de luz brotó de la palma, y ella la tendió hacia Wallace para agarrarlo del brazo.

—Llévalo a casa —indicó Hugo.

—¿Y tú? —preguntó ella mientras empezaba a alejarse con Wallace a rastras. Hizo una mueca al ver que la piel de la muñeca de este se le colaba entre los dedos.

—Ya os alcanzaré —dijo Hugo, fijando la vista en el hombre que tenía delante—. Debo asegurarme de que Cameron se quede aquí.

Mei suspiró.

—No hagas ninguna tontería. Ya hemos visto bastantes por un día.

Justo antes de que Mei tirara de él al doblar la esquina, Wallace echó un vistazo hacia atrás. Cameron había inclinado la cabeza hacia el cielo con la boca abierta y la blanca lengua fuera, como intentando atrapar copos de nieve. Más tarde, Wallace comprendería que no era nieve lo que le caía sobre la lengua.

Permaneció callado durante todo el trayecto de regreso.

Mei, en cambio, iba refunfuñando entre dientes que claro que su primera misión tenía que ser un peñazo, pues la estaban poniendo a prueba, pero se prometía a sí misma que llevaría aquello a término aunque fuera lo último que hiciera.

A Wallace se le agolpaban los pensamientos en la cabeza. Advirtió con un asombro no exento de espanto que, cuanto más se acercaban a la tetería, menos se le desintegraba la piel. Los desprendimientos fueron disminuyendo hasta cesar del todo cuando llegaron al camino de tierra que conducía a El Cruce de Caronte. Al bajar la vista hacia sus brazos, comprobó que presentaban el aspecto de siempre, salvo porque tenían el vello erizado. El gancho seguía unido a él, aunque esta vez el cable se extendía en dirección al lugar que acababan de dejar atrás.

Mei lo arrastró por la escalera del porche y lo hizo entrar por la puerta de un empujón.

—Quédate aquí —dijo antes de pegarle un portazo en las narices. Wallace se acercó a la ventana y miró al exterior. Mei, de pie en el porche, se retorcía las manos mientras escrutaba la oscuridad.

—¿Qué mosca le habrá picado? —susurró él.

—Ha visto a uno, ¿a que sí?

Wallace giró sobre sus talones. Nelson continuaba sentado en su butaca frente a la chimenea. El fuego casi se había reducido a rescoldos, y el leño carbonizado que quedaba emitía un resplandor rojizo y anaranjado. *Apolo* yacía boca arriba delante del sillón, tirando patadas al aire. Soltó un resoplido al tumbarse de costado y abrió las mandíbulas en un bostezo antes de cerrar los ojos.

Wallace sacudió la cabeza.

—No... no sé lo que vi.

Con un gruñido, Nelson se levantó, apoyándose en el bastón. Wallace no sabía por qué no se había fijado antes, pero las pantuflas de Nelson eran unos conejitos de fieltro con las orejas caídas y deshilachadas. Echó otro vistazo por la ventana. Mei caminaba de un lado a otro por el camino desierto y oscuro que desembocaba en el salón de té.

Nelson chasqueó los labios y se le acercó arrastrando los pies. Repasó a Wallace de arriba abajo con la mirada antes de dirigirla a la ventana.

—Veo que sigue intacto. Debería agradecérselo a su buena estrella.

Wallace no tenía claro que estuviera tan intacto. Era como si el viento se hubiera llevado su mente junto con otros pedazos de su cuerpo. No podía concentrarse y tenía frío.

—¿Qué me ha pasado? Aquel... hombre. Cameron.

Nelson suspiró.

—Pobre diablo. Ya me imaginaba que seguía merodeando por ahí.

—¿Qué le pasa?

—Está muerto —dijo Nelson—. Desde hace un par de años o así. El tiempo... es un poco errático por aquí. A veces se ralentiza hasta detenerse y luego avanza a saltos y trompicones. Es lo que tiene convivir con un barquero. Oiga, señor Price, debería...

—Wallace.

Nelson abrió los ojos como un búho y parpadeó.

—Wallace —continuó—, tienes que centrarte en ti mismo. Cameron no es asunto tuyo. No puedes hacer nada por él. ¿Hasta dónde habías llegado cuando ha empezado a pasarte eso?

Wallace se planteó la posibilidad de fingir que no entendía la

pregunta de Nelson. La descartó.

—Hasta la gasolinera —respondió.

Nelson silbó por lo bajo.

—Más lejos de lo que me imaginaba, eso te lo reconozco. —Titubeó antes de añadir—: Ese mundo es para los vivos. Ya no nos pertenece a los difuntos. Y quienes intentan adentrarse en él, pierden el norte. Llámalo locura, llámalo otra forma de muerte. Sea como sea, en cuanto sales por esa puerta, empieza a tirar de ti. Y cuanto más tiempo pasas ahí fuera, peor.

—Estuve ahí fuera —dijo Wallace, horrorizado—. Durante días. Mei no se presentó hasta el día del funeral.

—El proceso se aceleró en el momento en que entraste en El Cruce de Caronte. Y si intentas marcharte, te pasará lo mismo que a Cameron.

Wallace se echó hacia atrás.

—Estoy atrapado aquí.

Nelson exhaló un suspiro.

—Eso no es lo que...

—Y una porra que no. Me estás diciendo que no puedo irme. Mei me secuestró y me trajo aquí. ¡Soy un prisionero, maldita sea!

—Chorradas —dijo Nelson—. Al fondo de la casa hay una escalera. Lleva hasta el tercer piso. En el tercer piso hay una puerta. Si la cruzas, todo esto, absolutamente todo, desaparecerá. Dejarás atrás este sitio y solo conocerás la paz.

En ese momento, Wallace cayó en la cuenta de algo que ni se le había pasado por la cabeza antes. De pronto lo vio con una claridad meridiana.

—Sigues aquí.

Nelson lo miró con recelo.

—Así es.

—Y estás muerto.

—No se te escapa nada, ¿no?

—No has cruzado esa puerta. —Empezó a alzar la voz—. Lo que significa que todo lo que me estás contando son gilipolleces.

Nelson le posó la mano en el brazo y le dio un apretón más fuerte de lo que Wallace se esperaba.

—No lo son. No te mentiría sobre este tema. Si te largas de aquí, acabarás como Cameron.

—Tú no has acabado como él.

—No —dijo Nelson en tono pausado—. Porque nunca me he ido.

—¿Cuánto tiempo llevas...?

El hombre se sorbió la nariz.

—Es de mala educación preguntarle a alguien por su muerte.

Wallace palideció, más aturullado que de costumbre.

—No era mi intención...

Nelson soltó una carcajada.

—Me estoy quedando contigo, chico. De alguna manera tengo que entretenerme. Llevo fiambre unos cuantos años.

Wallace se tambaleó. Años.

—Pero aquí sigues —murmuró con voz débil.

—Aquí sigo. Y tengo mis motivos, aunque no son asunto tuyo. Me quedo aquí por decisión propia. Soy consciente de los riesgos. Sé lo que implica. Intentaron convencerme de que siguiera mi camino, pero les di para el pelo. —Sacudió la cabeza—. No debes dejar que eso afecte a lo que Hugo tiene que hacer contigo. Tómate el tiempo que necesites, Wallace. No hay prisa, siempre y cuando tengas claro que este es el último lugar en el que estarás antes de cruzar, si sabes lo que te conviene. Si eres capaz de asumir eso, todo irá como la seda. Mira, aquí viene.

Wallace se volvió hacia la ventana. Hugo se acercaba por el camino con las manos en los bolsillos del delantal y la cabeza gacha.

—Es muy buen chico —comentó Nelson con afecto—. Muy empático, casi demasiado, desde que tiene un chucho. Esto lo lleva a cargar con el peso del mundo sobre sus espaldas. Harías bien en escucharlo y aprender de él. Dudo que pudieras estar en mejores manos. Tenlo bien presente antes de ponerte a lanzar acusaciones.

Mei aguardaba a Hugo en el porche. Este alzó la vista hacia ella y esbozó una sonrisa cansina. Cuando habló, sus palabras sonaron amortiguadas pero claras.

—Solucionado —dijo—. Cameron está... En fin. Es Cameron. ¿Y Wallace?

—Dentro —dijo Mei—. ¿Crees que esto hará que venga el Gerente?

Hugo sacudió la cabeza.

—Seguramente no. Pero cosas más raras se han visto. Si viene, se lo explicaremos.

—¿El Gerente? —susurró Wallace.

—Uf, no quieras saberlo —masculló Nelson, recogiendo el bastón y dirigiéndose con paso lento de vuelta hacia su butaca—. De verdad te lo digo. Es el jefe de Mei y Hugo. Un tipo chungo. Reza por nunca cruzarte en su camino. Y si algún día te lo encuentras, te aconsejo que hagas lo que te diga. —Le acarició el lomo a *Apolo*, que se había levantado. El perro ladró alegremente, paseándose de un lado a otro frente a la puerta. Retrocedió cuando esta se abrió. Mei entró hablando por los codos, seguida por Hugo. *Apolo* se puso a dar saltos alrededor de los dos. El barquero le tendió la mano, y el can le olisqueó los dedos e intentó lamérselos, pero su lengua los atravesó.

—¿Todo bien? —preguntó Hugo mientras Mei observaba a Wallace con cara de pocos amigos.

No, Wallace no se encontraba bien. Nada en aquella situación estaba bien.

—¿Por qué no me habías dicho que estoy prisionero?

Hugo suspiró.

—Abuelo...

—¿Qué pasa? —dijo Nelson—. Estaba pasándolo teta metiéndole miedo. —Se quedó callado un momento, recapacitando—. Aunque tú de tetas seguramente no sabrás mucho, ¿no? Por lo de ser gay y tal...

—Abuelo...

—Soy un viejo. Tengo derecho a decir lo que me dé la gana. Y lo sabes.

—Un auténtico incordio —farfulló Hugo, pero Wallace advirtió que sonreía con disimulo. Notó en el pecho que el gancho le daba un tirón suave y cálido. La sonrisa se borró de los labios de Hugo cuando se volvió hacia él—. Acompáñame.

—No quiero cruzar la puerta —barbotó Wallace—. No estoy preparado.

—La puerta —repitió Hugo.

—En lo alto de la escalera.

—Abuelo.

—¿Eing? —dijo Nelson, llevándose la mano ahuecada a la oreja —. No te oigo. Me estoy quedando sordo. Ay de mí. Como si mi vida no fuera ya lo bastante dura. Que nadie me dirija la palabra durante el resto de la noche para que pueda reponerme.

Hugo sacudió la cabeza.

—Ya te daré yo, viejo.

Nelson soltó un resoplido.

—¿Tú y cuántos más?

Hugo posó la vista en Wallace.

—No voy a llevarte a la puerta hasta que estés listo. Te lo prometo.

Wallace no supo por qué, pero le creyó.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte algo. Será solo un momento.

Mei fulminó con la mirada a Wallace.

—Como vuelvas a intentar huir, te traigo de vuelta arrastrándote por los pelos.

No era la primera vez que Wallace recibía una amenaza —había recibido muchas, de hecho; eran gajes del oficio de un abogado—, pero sí una de las pocas ocasiones en las que la amenaza le parecía creíble. Para ser tan menuda, Mei resultaba de lo más aterradora.

—Mei —dijo Hugo, antes de que Wallace pudiera contestar—, ¿podrías terminar los preparativos mañana? No deben de quedar muchos. Me he ocupado de casi todo antes de que regresaras.

Balbuciendo más amenazas, ella pasó junto a Hugo dándole un empellón y atravesó las puertas batientes de detrás del mostrador. Mientras estas oscilaban adelante y atrás, Wallace entrevió lo que parecía una cocina espaciosa, con electrodomésticos de acero y el suelo de baldosas cuadradas.

Hugo señaló con la cabeza un pasillo al fondo de la sala.

—Vamos. Creo que te gustará.

Wallace lo dudaba profundamente.

Capítulo 7

Apolo parecía saber adónde se dirigían, pues avanzaba haciendo cabriolas por el pasillo y meneando el rabo. De vez en cuando miraba hacia atrás para asegurarse de que Hugo lo seguía.

Hugo atravesó otro umbral sin mirar atrás para comprobar si Wallace lo seguía. Las paredes estaban recubiertas de un papel pintado viejo pero limpio: tenía unas florecillas grabadas que parecían abrirse a su paso, aunque Wallace supuso que se trataba de un efecto óptico. Una puerta a la derecha daba a un pequeño despacho con un escritorio sobre el que había un montón de papeles al lado de un ordenador vetusto.

A la izquierda había una puerta cerrada, pero que parecía ser otra entrada a la cocina. Wallace oía a Mei trajinar al otro lado entre ruidos de platos mientras cantaba a pleno pulmón un tema de *rock* que seguramente era más viejo que ella. Sin embargo, como Wallace no podía saber a ciencia cierta qué edad tenía —para ser sinceros, ni siquiera sabía qué clase de ser era—, decidió abstenerse de hacer comentarios.

Otra puerta situada a la derecha se abría a un aseo con un letrero colgado que rezaba: CHICOS, CHICAS Y NUESTROS COLEGUIS NO BINARIES. Más allá había una escalera y, si Wallace hubiera tenido pulso, estaba convencido de que se le habría acelerado.

Pero Hugo pasó de largo la escalera sin siquiera mirarla y se dirigió hacia una puerta que estaba al final del pasillo. *Apolo* la atravesó sin esperar a que la abriera. En ese momento, Wallace cayó en la cuenta de que aún no se había acostumbrado a esas cosas y, aunque estaba seguro de que podía imitar al chucho, aguardó a que Hugo abriera la puerta.

Daba a la oscuridad del exterior.

Wallace se quedó mirándola, indeciso, hasta que Hugo le indicó con un gesto que saliera.

—No tengas miedo. No es más que el patio trasero. No te pasará

nada ahí fuera.

Hacía más fresco que antes. Con un escalofrío, Wallace se preguntó de nuevo por qué sentía escalofríos. Aunque alcanzaba a ver la cola de *Apolo* en el patio, sus ojos tardaron un rato en adaptarse. Se le escapó un grito ahogado cuando Hugo pulsó un interruptor cerca de la puerta.

Unas ristras de luces que pendían sobre sus cabezas se iluminaron. Se encontraban en una especie de terraza en la que había más mesas, con las sillas colocadas patas arriba encima de ellas. Las guirnaldas luminosas estaban enrolladas en torno a la barandilla y los aleros. Había más plantas colgantes, con flores de colores vivos que habían cerrado sus pétalos por ser de noche.

—Mira —dijo Hugo—. Fíjate en esto. —Se acercó al borde de la terraza, donde había una escalera. Accionó otro interruptor, empotrado en un puntal de madera, y se encendieron unas luces más allá de la terraza que revelaron un terreno seco y arenoso, además de una hilera tras otra de...

—Plantas de té —dijo Hugo antes de que Wallace pudiera preguntárselo—. Trato de cultivar el mayor número posible de ellas para importar solo las hojas que no sobrevivirían en este clima. No hay nada como una taza de té que has cosechado tú mismo.

Wallace contemplaba a *Apolo*, que iba y venía por las filas de plantas, sin pararse más que un momento para olfatear las hojas. Se preguntó si el perro podía oler algo de verdad. Él sí; percibía un aroma intenso y terroso que lo mantenía más unido al suelo de lo que esperaba.

—No sabía que brotaban de la tierra —reconoció Wallace.

—¿Y de dónde creías que venían? —preguntó Hugo, divertido.

—Pues... La verdad es que nunca me había puesto a pensar en ello. No tengo tiempo para esas cosas. —En cuanto estas palabras salieron de su boca, se percató de la impresión que causaban. En circunstancias normales, no le habría dado más vueltas al asunto, pero aquellos eran días extraños—. No digo que me parezcan mal, pero...

—La vida se te escurre entre los dedos —dijo Hugo con sencillez.

—Sí —murmuró Wallace—. Algo así. —Tras una pausa, añadió —: ¿Por qué té?

Hugo bajó la escalera, y él lo siguió. Las plantas estaban crecidas; las más grandes y maduras le llegaban a Wallace a la cintura. De

pasada, casi de forma inconsciente, advirtió que el cable entre Hugo y él estaba tenso.

Se detuvo cuando el barquero se agachó para acariciar las hojas de uno de los arbustos más altos. Eran pequeñas, planas y verdes. Tocó una por unos instantes y rozó la punta con los dedos.

—¿A que no adivinas qué edad tiene esta planta?

—No sé... —Paseó la vista por los otros arbustos—. ¿Seis meses? ¿Un año?

A Hugo se le escapó una risita.

—Es un poco mayor que eso. Esta fue una de las primeras que sembré. Cumple diez años la semana que viene.

Wallace clavó en él los ojos, parpadeando.

—¿Cómo dices?

—El cultivo de té no es para todo el mundo —declaró Hugo—. La mayor parte de las plantas de té tardan unos tres o cuatro años en madurar. Se pueden cosechar las hojas antes, pero entonces les falta sabor y aroma. Hay que invertir tiempo y ser paciente. Si te precipitas, corres el riesgo de matar el arbusto y tener que volver a empezar de cero.

—¿Es uno de esos momentos en que estamos hablando de una cosa, pero en realidad te refieres a algo totalmente distinto?

Hugo se encogió de hombros.

—Me refiero a las plantas de té, Wallace. ¿Te preocupa algo?

Wallace no sabía si creerle.

—Me preocupan muchas cosas.

—En otoño —dijo Hugo— algunas plantas dan flores, esas cositas con el centro amarillo y pétalos blancos. Despiden un olor indescriptible. Cuando se mezcla con la fragancia del bosque, no hay nada mejor en el mundo. Es mi época favorita del año. ¿Cuál es la tuya?

—¿A ti qué te importa?

—Es solo una pregunta, Wallace.

Wallace se limitó a mirarlo en silencio.

Hugo lo dejó correr.

—A veces les hablo a las plantas. Supongo que te parecerá extraño, pero se han realizado estudios que demuestran que responden a las palabras de aliento. Los resultados no son concluyentes, y tal vez este efecto no se deba tanto a las palabras como a la vibración de la

voz. Estoy pensando en instalar altavoces un día de estos para ponerles música a las plantas. ¿Alguna vez le has hablado a una planta?

—No —respondió él, distraído por las filas de verdor y la tierra oscura que las sustentaba. Estaban plantadas a una distancia de poco menos de metro y medio unas de otras. Las hojas relucían bajo la luz de las estrellas y desprendían un olor tan acre que hacía que Wallace arrugara la nariz. No resultaba desagradable (más bien al contrario), solo abrumador—. Eso es una bobada.

Hugo sonrió.

—Un poco, pero yo lo hago de todos modos. No pierdo nada con probar, ¿no? —Posó de nuevo la vista en la planta que tenía delante —. Hay que ir con cuidado al cosechar las hojas. Si eres demasiado brusco, puedes acabar por matar la planta. Tardé mucho tiempo en aprender a hacerlo bien. Ni te imaginas cuántas tuve que arrancar y tirar por culpa de mi precipitación.

—Las plantas son seres vivos —dijo Wallace.

—En efecto. No como tú y como yo, pero están vivas a su manera.

—¿Existen los fantasmas de plantas?

Hugo clavó los ojos en él, boquiabierto.

Wallace frunció el ceño.

—No me mires así. Me has animado a hacerte preguntas.

Hugo cerró la boca y sacudió la cabeza.

—No, no es... Nunca me lo había planteado así. Qué curioso. — Alzó la vista hacia Wallace, con los párpados entornados—. Me gustan los derroteros por donde discurre tu mente.

Wallace desvió la vista.

—No —respondió Hugo—. No creo que existan los fantasmas de plantas, aunque sería maravilloso. Están vivas, sí. Y tal vez respondan a las palabras de aliento. O tal vez no, y eso no es más que una historieta que nos contamos para que el mundo parezca más misterioso de lo que es. Pero no tienen alma, al menos que yo sepa. Eso es lo que las distingue de nosotros. Cuando mueren, se acabó. En cambio, cuando morimos nosotros...

—Acabamos en una tetería en medio de la nada contra nuestra voluntad —lo interrumpió Wallace con amargura.

Hugo suspiró.

—Probemos otra cosa. ¿Te gustaba estar vivo?

La pregunta pilló desprevenido a Wallace.

—Claro que me gusta. —Su expresión se endureció—. Me gustaba. Claro que me gustaba. —La frase le sonó falsa incluso a él mismo.

Restregándose las manos en el delantal, Hugo se levantó despacio.

—¿Qué era lo que te gustaba? —Siguió andando a lo largo de la hilera de plantas.

A su pesar, Wallace lo siguió.

—¿Acaso no le gusta a todo el mundo estar vivo?

—A la mayoría de la gente, supongo —respondió Hugo—. No puedo hablar en nombre de todos. Pero tú no eres la mayoría de la gente, y aquí no hay nadie más. Por eso te lo pregunto a ti.

—¿Y a ti qué era lo que te gustaba de estar vivo? —contraatacó Wallace, devolviéndole la pregunta. Se sentía inquieto y cada vez más irritado.

—Muchas cosas —respondió Hugo sin inmutarse—. Las plantas, por ejemplo. Sentir la tierra bajo los pies. Este lugar es diferente, y no solo por lo que soy o lo que hago. Durante mucho tiempo, me costaba respirar. Me sentía... asfixiado, agobiado, como si llevara un gran peso sobre los hombros y no supiera cómo librarme de él. —Volvió la vista atrás, hacia Wallace—. ¿Conoces esa sensación?

La conocía, pero no estaba dispuesto a reconocerlo ni en ese lugar, ni en ese momento. En realidad, nunca.

—No eres mi psicólogo.

Hugo sacudió la cabeza.

—No, no lo soy. No estoy capacitado precisamente para hacer de psicólogo, aunque sí que represento ese papel de vez en cuando. Forma parte de mi curro.

—Tu curro —repitió Wallace.

—Vender té —dijo Hugo—. La gente entra y algunos no tienen ni idea de qué buscan. Intento conocerlos mejor, averiguar lo máximo posible sobre su forma de ser antes de decidir qué tipo de té es más adecuado para ellos. Es un proceso de descubrimiento. Por lo general acierto, pero no siempre.

—Menta —dijo Wallace.

—Menta —convino Hugo—. ¿Acerté con eso?

—Ni siquiera nos conocíamos.

Se encogió de hombros.

—A veces tengo corazonadas.

—Corazonadas. —Wallace no hizo el menor esfuerzo por disimular el desdén que rezumaban sus palabras—. Seguro que sabes lo ridículo que suena eso.

—Lo sé. Pero no es más que té. No hay por qué sacar las cosas de quicio.

A Wallace le entraron ganas de gritar.

—Una corazonada te ha dicho que eligieras la menta.

—Exacto. —Hugo se detuvo frente a otra planta y se puso en cuclillas para recoger hojas secas del suelo que guardó en un bolsillo de su delantal con suma delicadeza, como si temiera aplastarlas—. ¿Estaba equivocada?

—No —reconoció Wallace a regañadientes—. No estaba equivocada. —Creyó que Hugo le pediría que le explicara el significado de la menta, pero no fue así.

—Bien. Me gusta pensar que suelo dar en el blanco, pero, como ya te he dicho, a veces fallo. Por eso intento ser prudente. No quisiera que los árboles me impidieran ver el bosque.

Wallace no tenía ni idea de qué quería decir con eso. Todo era muy confuso, y volvía a notar tirones en el gancho del pecho. Lo asaltó el impulso de arrancárselo, sin importar las consecuencias.

—Me gustaba estar vivo. Quiero volver a estarlo.

—Kübler-Ross.

—¿Qué?

—Había una mujer que se llamaba Elisabeth Kübler-Ross. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Era psiquiatra...

—Ay, la virgen...

—Una psiquiatra que estudiaba la muerte y las experiencias cercanas a la muerte. Ya sabes, te elevas por encima de tu cuerpo hacia una intensa luz blanca, aunque supongo que es un poco más complicado que eso. Buena parte de ello puede resultar difícil de entender. —Se frotó la barbilla—. Kübler-Ross hablaba de cosas como la trascendencia del ego y los límites espaciotemporales. Es complejo. Y yo no lo soy en absoluto.

—¿Que no? —preguntó Wallace con incredulidad.

—Cuidado, Wallace —dijo Hugo, torciendo los labios—. Eso casi ha sonado como un cumplido.

—No lo era.

Hugo no se dio por enterado.

—Era conocida por muchas cosas, pero creo que su mayor logro fue el modelo Kübler-Ross. ¿Sabes lo que es?

Wallace negó con un gesto.

—Seguramente lo sabes, aunque no te suene el nombre. Y es verdad que algunos estudios posteriores no corroboran sus conclusiones, pero creo que es un buen punto de partida. Se trata de las cinco etapas del duelo.

Wallace quería volver adentro. Hugo se enderezó de nuevo y se volvió de cara a él. Aunque no se le acercó, Wallace no podía moverse y notaba la boca tan seca que casi le dolía. Era una planta de té, con las raíces hundidas en la tierra, pero no lo bastante madura para que la cosecharan. El cable vibraba entre ellos como una cuerda de guitarra.

—Llevo dedicándome a esto el tiempo suficiente para saber cuánta razón tenía —dijo Hugo—. Negación, ira, negociación, depresión, aceptación. Las fases no siempre se suceden en ese orden, y hay quienes no las atraviesan todas. Tú, por ejemplo. Me parece que te has saltado la negación. Lo de la ira lo petaste, y añadiste una pizca de negociación. Tal vez algo más que una pizca.

Wallace se puso rígido.

—No creo que eso sea para los muertos, sino para los seres queridos que quedan con vida. No puedo hacer duelo por mí mismo.

Hugo sacudió la cabeza despacio.

—Claro que puedes. Lo hacemos a cada instante, con independencia de si estamos vivos o muertos, ya sea por pequeñeces o por cosas importantes. Todo el mundo está un poco triste siempre. Sí, Kübler-Ross se refería a los vivos, pero su modelo encaja igual de bien con personas como tú. O tal vez incluso mejor. A menudo me pregunto cómo le fueron las cosas a ella después de fallecer. Si atravesó el proceso sola, o si aún le quedaban sorpresas por descubrir. ¿Tú qué crees?

—No sé de qué me hablas.

—Vale —dijo Hugo.

—¿Vale?

—Claro. ¿Te gustan las plantas?

Wallace le lanzó una mirada furiosa.

—Son plantas.

—¡Chist! —silenció Hugo—. No dejes que te oigan decir eso. Son muy sensibles.

—Estás como una regadera.

—Prefiero considerarme excéntrico. —La sonrisa volvió a sus labios—. Al menos eso es lo que opina de mí la gente del pueblo. Algunos creen que este lugar está embrujado. —Rio para sí. Wallace no era el tipo de persona que se fijaba en cómo sonaba la risa de los demás, pero siempre hay una primera vez para todo. Hugo se reía con todo el cuerpo, con carcajadas graves y profundas.

—¿Y eso no te molesta?

Hugo ladeó la cabeza.

—No, ¿por qué habría de molestarme? Es verdad. Eres un fantasma. El abuelo y *Apolo* también. No sois los primeros, ni seréis los últimos. El Cruce de Caronte siempre está embrujado, aunque no de la manera que la gente piensa. Aquí nadie arrastra cadenas o arma jaleo. —Frunció el ceño—. Bueno, casi nunca. El abuelo se pone un poco de malas cuando se presenta el inspector de Sanidad, pero por lo general evitamos los tópicos de las casas embrujadas. Sería malo para el negocio.

—Ellos siguen aquí —repuso Wallace—. Nelson y *Apolo*.

Hugo lo rodeó y se encaminó de vuelta hacia la casa, acariciando con los dedos la punta de las plantas más altas, que se doblaban a su tacto antes de enderezarse de golpe, como resortes.

—En efecto.

Wallace echó a andar tras él.

—¿Por qué?

—No puedo responder en nombre del abuelo —dijo Hugo—. Tendrás que preguntárselo.

—Ya se lo he preguntado.

Hugo miró hacia atrás con expresión de sorpresa.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no es asunto mío.

—Típico de él. Es así de testarudo.

—¿Y *Apolo*?

Al oír su nombre, el perro soltó un ladrido gutural y seco. Se aproximó dando botes por una de las filas situadas a su izquierda. Sus patas no levantaban polvo ni tierra al tocar el suelo. Se detuvo cerca del porche con el lomo arqueado y moviendo nerviosamente la nariz y los bigotes, con la vista fija en el tenebroso bosque. Wallace no alcanzaba a ver muy lejos, y le llamó la atención lo distinta que era la noche allí en comparación con la ciudad, pues en este lugar las sombras casi parecían dotadas de vida, de conciencia.

—Creo que tampoco puedo responder a eso —dijo Hugo. Cuando Wallace se disponía a replicarle, añadió—: No porque no quiera, sino porque no lo sé a ciencia cierta. Los perros no... no son como nosotros. Tienen... una pureza de la que nosotros carecemos. Nunca han venido otros perros que necesitaran ayuda para cruzar. He oído historias de barqueros y mujeres que se ocupan de ciertos animales, pero yo no me dedico a eso. Aunque la verdad es que me encantaría. Los animales no son tan complicados como las personas.

—Entonces, ¿por qué...? —Wallace se interrumpió—. Era tuyo.

Hugo se paró un momento al pie de la escalera del porche. *Apolo* se quedó mirándolo con adoración y una sonrisa bobalicona, sin acordarse ya de lo que fuera que le había llamado la atención entre los árboles. Hugo le tendió la mano. El chucho le olfateó los dedos.

—Sí, lo era —murmuró Hugo—. Lo sigue siendo. Era un perro de asistencia. O por lo menos lo intentaba. Casi todo su adiestramiento fue un fracaso, pero da igual. Lo quiero de todos modos.

—¿Perro de asistencia? —preguntó Wallace—. Como los que les dan a... —No supo cómo terminar la frase.

—Ah, seguramente no es lo que te imaginas —dijo Hugo—. No soy un veterano de guerra. No sufro trastorno de estrés postraumático. —Se encogió de hombros—. Cuando era más joven, pasé por una época muy difícil. Había días en que apenas conseguía levantarme de la cama. Me diagnosticaron depresión, ansiedad, toda una serie de trastornos que no sabía cómo manejar. Aquello era un desfile de médicos y fármacos y consejos del tipo «haz esto, Hugo», «haz lo otro, Hugo», «para sentirte mejor tienes que poner de tu parte, Hugo». —Se rio entre dientes—. Yo era una persona distinta en ese entonces. No sabía lo que sé ahora, aunque siempre formará parte de mí. —Señaló a *Apolo* con un gesto de la cabeza—. Un día, oí un gemido débil fuera de mi ventana. Llevaba semanas lloviendo, o eso me parecía. Estaba a

punto de hacer oídos sordos a ese sonido, taparme con las mantas hasta la cabeza y olvidarme del mundo, pero algo me impulsó a levantarme y salir de casa. Bajo un arbusto que crecía junto a la pared me encontré a este perro, tan escuálido que se le podían contar las costillas bajo la piel. Lo recogí y lo llevé dentro. Lo sequé y le di de comer. Nunca se marchó. Tiene gracia, ¿verdad?

—No lo sé.

—No tiene nada de malo no saber —aseguró Hugo—. Sabemos muy pocas cosas, y nunca lo sabremos todo. No sé cómo llegó aquí, ni de dónde vino. Supuse que sería un buen perro de asistencia. Parecía lo bastante inteligente. Y lo era..., lo es. Pero la cosa no acabó de funcionar. Se distraía casi con todo, pero ¿quién podía reprochárselo? Yo no, desde luego, porque se esforzaba al máximo, y eso es lo único que importa. Resultó ser una... una pieza que yo no sabía que me faltaba. No fue la respuesta a todo, pero sí un primer paso. Tuvo una buena vida. No tan larga como me habría gustado, pero buena, al fin y al cabo.

—Y, sin embargo, está aquí.

—Así es —asintió Hugo.

—Está atrapado aquí —dijo Wallace, cerrando los puños.

Hugo negó con la cabeza.

—No. Tiene la libertad de elegir. He intentado conducirlo hasta la puerta en lo alto de la escalera varias veces. Le he dicho que puede irse tranquilo al otro lado. Que jamás lo olvidaría y que siempre estaría agradecido por el tiempo que pasamos juntos. Pero él ha tomado su decisión. Y el abuelo también. —Volvió la vista hacia Wallace—. Tú también tienes la libertad de elegir.

—¿Libertad? —escupió Wallace—. Si me largo, me convertiré en un... en una de esas cosas. Si pongo un pie fuera de este lugar, quedaré reducido a polvo. Por no hablar de este chisme ridículo que tengo en el pecho. —Bajó la mirada hacia el cable tendido entre ellos, que emitió un destello—. ¿Qué es esto?

—Mei lo llama «el hilo rojo del destino».

Wallace lo miró, parpadeando.

—No es rojo. Ni es un hilo.

—Lo sé —dijo Hugo—. Pero el nombre me parece acertado. Mei dijo... ¿Cómo lo expresó? Ah, sí. Según un mito chino, los dioses antiguos atan un hilo rojo al tobillo de aquellos que están destinados a

conocerse, a ayudarse el uno al otro. Es una idea bonita, ¿no crees?

—No —dijo Wallace con rotundidad—. Es una atadura. Una cadena.

—O es una amarra —dijo Hugo sin mala intención—, aunque sé que ahora mismo no te lo parece. Te mantiene con los pies en el suelo mientras estás aquí y, si te pierdes, me ayudará a encontrarte.

Esto desde luego no tranquilizó a Wallace.

—¿Y qué pasa si me lo quito?

El rostro de Hugo se ensombreció.

—Te irás flotando.

Wallace se quedó patidifuso.

—¿Qué?

—Si intentas quitártelo mientras estés dentro del recinto de la tetería, te... elevarás. Y no sé si dejarás de subir en algún momento. Por otro lado, si te desprendes de él estando fuera del recinto, empezarás a perder la humanidad y te desmenuzarás hasta que no quede más que un cascarón.

—¡Eso... eso no tiene sentido! —barbotó Wallace—. ¿Quién narices se inventa esas reglas?

Hugo se encogió de hombros.

—El universo, supongo. No está tan mal, Wallace. Me ayuda a ayudarte. Y, mientras estás aquí, no puedo hacer otra cosa que mostrarte tus opciones, las alternativas que tienes ante ti; asegurarme de que entiendas que ya no tienes nada que temer.

A Wallace le escocían los ojos. Pestañeó con rapidez, incapaz de mirar a Hugo a la cara.

—No puedes decir eso. No sabes lo que se siente. No es justo.

—¿El qué?

—¡Esto! —exclamó Wallace, agitando los brazos con desesperación—. Todo esto en su conjunto. Yo no lo he pedido. No lo quería. Tengo cosas que hacer. Tengo responsabilidades. Tengo una vida. ¿Cómo puedes decir que tengo libertad de elegir, cuando mis opciones se reducen a convertirme en alguien como Cameron o atravesar vuestra dichosa puerta?

—Ya veo que la negación estaba ahí desde el principio.

Wallace lo fulminó con la mirada.

—No me caes bien. —Era una declaración desdeñosa y borde, pero no consiguió que le importara un pimiento.

Hugo no mordió el anzuelo.

—No pasa nada. Todo llegará. No te obligaré a hacer nada que no quieras. Estoy aquí para servirte de guía. Lo único que te pido es que me dejes intentarlo.

Wallace tragó saliva a pesar del nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Por qué es tan importante para ti? ¿Por qué te dedicas a lo que te dedicas? ¿Cómo te las apañas para hacerlo? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Hugo desplegó una sonrisa.

—Es un buen comienzo. A lo mejor todavía quedan esperanzas para ti. —Dicho esto, subió los peldaños del porche, con *Apolo* dando brincos a su lado. Se detuvo frente a la puerta y se volvió hacia Wallace, que se había quedado parado entre las hojas de té—. ¿Vienes?

Con la cabeza gacha, Wallace ascendió penosamente los escalones.

Bostezando, Hugo cerró la puerta tras ellos. Parpadeó con aire soñoliento, frotándose el mentón. Wallace oía el incesante tictac del reloj situado en la parte delantera. Antes de huir del salón de té, le parecía que los segundos iban perdidos, que vacilaban y se paraban, vacilaban y se paraban. Por lo visto, habían recuperado la fluidez. Volvían a funcionar con normalidad. Wallace no sabía qué significaba eso.

—Es tarde —le dijo Hugo—. Aquí la jornada empieza temprano. Hay que hornear los pastelitos, y el té necesita tiempo para infusionar.

Wallace se sentía incómodo, inseguro. No sabía qué se suponía que debía ocurrir a continuación.

—De acuerdo. Si me indicas dónde está mi habitación, te dejaré tranquilo.

—¿Tu habitación?

Wallace rechinó los dientes.

—O dame una manta, para que duerma en el suelo.

—No te hace falta dormir.

Wallace dio un respingo.

—¿Cómo dices?

Hugo lo observó con curiosidad.

—¿Has dormido desde que te moriste?

Pues... no. No había dormido. Pero porque no había tenido tiempo. Había estado demasiado ocupado intentando entender la situación tan disparatada en que se encontraba. La idea de dormir no se le había pasado por la cabeza, ni siquiera cuando las cosas se habían puesto un poco confusas y él había acabado asistiendo a su propio funeral. Luego se había presentado Mei y lo había llevado a rastras hasta ese lugar. Así que no, no había dormido.

—Tenía cosas que hacer.

—Por supuesto. ¿Estás cansado?

Curiosamente, no. Debería estar baldado. Después de todo lo sucedido, creía que no podría con su alma y que se movería a paso de tortuga, pero no era así. Nunca se había sentido tan despierto.

—No —murmuró—. Eso no tiene sentido.

—Estás muerto —le recordó Hugo—. Me parece que el sueño será la menor de tus preocupaciones a partir de ahora. Durante todos mis años como barquero, nunca he conocido a un fantasma que durmiera. Eso sería toda una novedad. Me imagino que podrías intentarlo. Ya me contarás si lo has conseguido o no.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —exigió saber Wallace—. ¿Quedarme aquí de pie, esperando a que te despiertes?

—Podrías —dijo Hugo—, pero hay lugares más cómodos donde esperar.

Wallace lo miró con expresión ceñuda.

—Te crees gracioso, pero no lo eres.

—Un poquito sí —replicó Hugo—. Puedes hacer lo que te venga en gana, siempre y cuando no salgas del recinto de la tetería. Preferiría no tener que ir tras de ti otra vez.

—¿Lo que me venga en gana?

—Claro.

Por primera vez desde que había llegado a la tetería, Wallace sonrió.

—Mei.

—Jamenpaz.

—Mei.

—Córaes.

—Mei. Mei. ¡Mei!

Ella se incorporó en la cama, de modo que las mantas le cayeron en torno a la cintura. Llevaba una camiseta que le venía grande con un dibujo de la cara de Friedrich Nietzsche. Echó la cabeza adelante y atrás varias veces antes de posar los ojos en Wallace, que estaba en un rincón de la habitación.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Nos están atacando?

—No —dijo Wallace—. ¿Qué haces?

Ella se quedó mirándolo.

—Estoy intentando dormir.

—¿De veras? ¿Y cómo lo llevas?

Ella empezó a arrugar el ceño.

—No muy bien.

—¿Sabías que no podré volver a dormir jamás?

—Sí —respondió ella pausadamente.

Él asintió.

—Me alegro. —Dio media vuelta y salió de la habitación de Mei atravesando la pared.

—¡Uuuuh! —gimió lo más fuerte que pudo—. ¡Uuuuuuh! —Iba y venía por el pasillo de la planta baja, un poco molesto porque no podía pisar fuerte por mucho que lo intentara. Aporreaba las paredes con las manos, pero casi siempre perdía el equilibrio y las traspasaba. Por eso acabó por proferir todas las voces fantasmagóricas que había oído en las películas de terror. Lamentó no tener cadenas que agitar—. Estoy mueeeeerto. ¡Mueeeeeeerto! Ay de míííí.

—¡Cállate de una vez! —gritó Mei desde su habitación.

—¡Oblígame! —bramó él, y redobló sus esfuerzos.

Wallace siguió así dieciséis minutos más hasta que recibió un bastonazo en la cabeza.

—¡Ay! —gritó, frotándose la nuca. Cuando giró sobre sus talones, vio a Nelson ante él con cara de pocos amigos—. ¿A qué ha venido eso?

—¿Te vas a portar bien o te arreo otra vez?

Wallace alargó el brazo hacia el bastón de Nelson con la intención de arrebatárselo y tirarlo lejos, pero acabó con la mano vacía y tambaleándose hacia donde estaba el viejo justo antes de esfumarse.

Con los ojos desorbitados, desplazó la mirada por el salón de té vacío.

—Eh... —dijo—. ¿Hola? ¿Dónde... dónde te has metido?

—Buu —le susurró una voz al oído.

Más que un grito, Wallace soltó un chirrido. Estuvo a punto de desplomarse cuando se volvió. Nelson estaba detrás de él, arqueando una poblada ceja.

—¿Cómo has hecho eso?

—Soy un fantasma —contestó Nelson con sequedad—. Puedo hacer casi cualquier cosa. —Alzó el bastón como para golpear de nuevo a Wallace, que reculó—. Así me gusta. Basta de chorradas. Puede que no te guste estar aquí, pero eso no significa que nosotros tengamos que pagar el pato. O cierras el pico o te vienes conmigo.

—¿Por qué habría de querer ir a ningún sitio contigo?

—Bueno, no sé —dijo Nelson—. ¿A lo mejor porque soy el único fantasma humano aparte de ti que hay en este lugar? ¿O tal vez porque llevo muerto más tiempo que tú y por lo tanto sé mucho más? ¿O quizá, no sé, porque tampoco duermo y te gustaría tener a alguien con quien pasar el rato? Elige una de estas razones, muchacho, o no elijas ninguna, pero acaba con este escándalo infernal o te daré a probar mi bastón de nuevo.

—¿Qué motivo tendrías para ayudarme?

Las cejas de Nelson se elevaron en su frente.

—¿Crees que lo hago por ti? —se mofó—. Para nada. Quiero ayudar a mi nieto. Que no se te olvide. —Chocó con Wallace al pasar por su lado y se alejó por el pasillo en dirección a la parte delantera de la casa, mientras las orejitas de sus pantuflas de conejo se agitaban con cada paso—. Por ti —farfulló—. Bah.

Wallace empezó a seguirlo. Se planteó la posibilidad de retomar su actividad donde la había dejado, pero la amenaza del bastón lo echaba para atrás. Caminó a toda prisa detrás del anciano.

Nelson regresó a su butaca frente al fuego y se sentó con un gruñido. *Apolo* estaba tumbado de costado delante de la chimenea, y el pecho se le hinchaba y deshinchaba despacio. Alguien había

recogido los trozos de la bombilla que había estallado antes, y la luz de los apliques brillaba con menor intensidad.

—Acércate una silla —le dijo Nelson sin mirarlo.

Wallace exhaló un suspiro, pero hizo lo que se le pedía.

O al menos lo intentó.

Se dirigió a la mesa más cercana y extendió el brazo hacia una de las sillas que estaban colocadas encima. Frunció el ceño cuando su mano atravesó la pata. Respirando fuerte por la nariz, volvió a intentarlo, con idéntico resultado. Y luego otra vez. Y otra. Y otra.

Oía las risotadas de Nelson, pero le daba igual. Si el viejo podía sentarse, Wallace tenía que ser capaz también. Solo le faltaba averiguar cómo.

Su frustración iba en aumento conforme pasaba el tiempo, y él no conseguía tocar la silla.

—Aceptación.

—¿Qué?

—Has aceptado que estás muerto —señaló Nelson—. Al menos hasta cierto punto. Crees que por eso no puedes interactuar con el mundo material. La mente te está jugando malas pasadas.

Wallace soltó un resoplido.

—¿No era eso lo que todos queríais, que aceptara que había muerto?

No le gustó la sonrisa que se ensanchaba en el rostro de Nelson.

—Ven aquí.

Wallace obedeció.

Nelson le indicó con gestos que se sentara en el suelo, a su lado. Wallace suspiró, pero no tenía alternativa. Bajó el cuerpo despacio y cruzó las piernas, con las manos crispadas sobre las rodillas. *Apolo* irguió la cabeza para mirarlo, golpeteando el suelo con el rabo. Se dio la vuelta hacia Wallace y se tendió boca arriba, lanzando patadas al aire. Como Wallace no aceptó su descarada invitación a rascarle la panza, soltó un quejido lastimero.

—No —dijo Wallace—. Perro malo.

Por toda respuesta, *Apolo* se tiró un largo y sonoro pedo.

—Madre del amor hermoso —masculló Wallace, preguntándose de dónde sacaría las fuerzas para aguantar el resto de la noche.

—¿Quién es un buen chico? —canturreó Nelson. *Apolo* meneó la cola con tanto entusiasmo al oír los halagos, que por poco hizo caer a

Wallace de espaldas.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Pídemelo bien —contestó Nelson, tomando asiento de nuevo—. Que estemos muertos no quiere decir que no podamos ser educados.

—Por favor —dijo Wallace con los dientes muy apretados.

—¿Por favor qué?

Wallace lamentó que no estuvieran los dos vivos para poder asesinar a Nelson.

—Por favor, ayúdame.

—Eso está mejor —dijo Nelson—. ¿Qué tal el suelo? ¿Cómodo?

—No.

—Pero estás sentado en él. Y lo das por hecho. El suelo siempre está ahí. No piensas en él. Excepto en este momento. Ahora sí que piensas en él, ¿a que sí?

Era cierto. Estaba pensando bastante en él.

Y por eso, de repente, empezó a caer a través del suelo. Buscó desesperadamente algo a lo que agarrarse para frenar su descenso. Estaba hundido hasta el pecho cuando Nelson le tendió el bastón con una risa aguda. Wallace se aferró a él como si le fuera la vida en ello y se aupó, solo para empezar a sumirse otra vez casi de inmediato.

—Deja de pensar en ello —le dijo Nelson.

—¡No puedo! —De hecho, no podía pensar en otra cosa. Y, lo que era aún peor, se preguntó qué pasaría si atravesaba la tarima por completo y, al llegar al suelo, empezaba a atravesarlo también.

Sin embargo, antes de que se precipitara hacia el centro de la Tierra y pereciera (posiblemente) abrasado en el núcleo fundido, Nelson le preguntó:

—¿Te dolió cuando te moriste?

Wallace parpadeó, sujetándose con fuerza del bastón.

—¿Qué?

—Cuando te moriste —repitió Nelson—, ¿te dolió?

—Pues... Un poco. Fue rápido. En ese momento estaba allí, y al momento siguiente, ya no. No sabía qué estaba ocurriendo. No entiendo qué tiene que ver eso con...

—Y cuando estabas allí y luego ya no, ¿qué fue lo primero que te pasó por la cabeza?

—Que no podía ser real. Que tenía que tratarse de un error. Tal vez de una pesadilla horrible.

Nelson asintió como si esta fuera la respuesta que esperaba.

—¿Qué fue lo que te convenció de que no estabas soñando?

Wallace meditó un momento mientras afianzaba su agarre del bastón.

—Una cosa que me vino a la memoria. Algo que había oído o leído: que no es posible ver tu propio rostro con claridad en un sueño.

—Ah —dijo Nelson—. Y tú lo veías con claridad.

—Cristalina —asintió Wallace—. Veía las marcas de las plaquetas de las gafas en mi nariz, la barba de pocos días en el mentón y las mejillas. En ese momento, empecé a sospechar que tal vez no soñaba. —Un pensamiento fugaz que había ahuyentado lo máximo posible—. Y entonces... —Tragó saliva—. En el funeral. Mei estaba... Nunca la había visto antes.

—Exacto —dijo Nelson—. La mente es una cosa de lo más curiosa. Cuando soñamos, nuestro subconsciente no es capaz de crear caras nuevas a partir de la nada. Todos los rostros que se nos aparecen en sueños son de personas que hemos visto antes, aunque solo sea de pasada. Y cuando estamos despiertos, todo nos parece nítido porque lo percibimos a través de los ojos, los oídos o la nariz. Cuando estás muerto, la cosa cambia. Tienes que empezar de cero, has de aprender a engañarte a ti mismo para creer lo inesperado. Y, mira por dónde, acabas de hacerlo. Es un primer paso.

Wallace bajó la vista. Volvía a estar sentado en el suelo. Lo notaba sólido bajo su cuerpo.

—Me has distraído —dijo, antes de que la idea de caerse lo asaltara de nuevo.

—Ha funcionado, ¿no? —El viejo retiró el bastón y lo dejó apoyado contra la butaca—. Tienes mucha suerte de contar conmigo.

—¿Ah, sí? —respondió Wallace, poco convencido, en el mejor de los casos.

—Ya te digo —respondió Nelson—. Cuando me morí, tuve que aprender todo esto por mí mismo. Hugo no estaba muy contento conmigo, pero procuraba protestar lo menos posible. Al fin y al cabo, está feo hablar mal de los muertos. Me llevó un tiempo. Era como aprender a andar otra vez. —Se rio entre dientes—. Tuve algunos tropezones. Rompí alguna que otra taza de té, para gran consternación de Hugo. Adora sus tazas de té.

—Parece tener una fascinación malsana por el té —murmuró

Wallace.

—Se la contagié yo —dijo Nelson, y a Wallace casi le supo mal. Casi—. Le enseñé todo lo que sabe. Necesitaba trabajar la concentración, y el cultivo de las plantas de té le vino de perlas para eso.

—¿Y a mí por qué me ayudas?

Nelson ladeó la cabeza.

—¿Por qué no iba a ayudarte? Es lo correcto.

Esto desconcertó a Wallace.

—Pero yo no te doy nada a cambio. No puedo, en estas circunstancias.

Nelson suspiró.

—Qué visión tan rara de las cosas. No te ayudo porque quiera algo de ti. Sé sincero, Wallace: ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo sin esperar nada a cambio?

En 2006. Wallace llevaba en el bolsillo unas monedas sueltas que le molestaban. Un sin techo estaba mendigando en una esquina, cerca de su oficina. Wallace había tirado la calderilla en el vaso del hombre. Sumaba setenta y cuatro centavos. El hombre le había dado las gracias. Diez minutos más tarde, Wallace se había olvidado de su existencia. Hasta ese momento.

—No lo sé —dijo.

—Vaya —dijo Nelson—. Eso sí que es... lo que es. Ya me llevas ventaja en un aspecto.

—¿Ah, sí?

Nelson señaló los apliques de la pared con un movimiento de la cabeza.

—Has fundido esa bombilla. La has hecho añicos. A mí me llevó mucho tiempo acumular toda esa energía.

—No era mi intención —admitió Wallace—. No quería... Estaba enfadado.

—Ya me he dado cuenta. —Arrugó de nuevo el ceño—. Más vale que reprimas la ira en la medida de lo posible. Puede ocasionar toda clase de situaciones que conviene evitar.

Wallace cerró los ojos.

—Tengo la sensación de que es más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo es —dijo Nelson—. Pero lo conseguirás. Al menos si decides no cruzar esa puerta.

Wallace abrió los ojos de golpe.

—No quiero...

Nelson alzó las manos ante sí.

—Cuando estés preparado, lo sabrás. He de reconocer que ha sido agradable tener a alguien con quien charlar a estas horas de la noche. Ayuda a pasar el rato.

—Años —dijo Wallace—. Has dicho que llevabas años muerto.

—Así es.

Wallace notó un extraño vuelco en el estómago. Era una sensación similar a la del gancho en el pecho, pero le ardía más.

—¿Has pasado todas las noches aquí solo?

—Casi todas —lo corrigió Nelson con delicadeza—. De vez en cuando aparecen personas como tú, aunque por lo general no se quedan mucho tiempo. Su estancia aquí es transitoria. Tienen un pie en un mundo, y el otro, en el siguiente.

Wallace se volvió hacia el fuego. Prácticamente se había extinguido.

—Ya no quiero hablar de eso.

—Ah —dijo Nelson—. Claro que no. ¿De qué te apetece hablar?

Pero Wallace no respondió. Se tendió en el suelo y se hizo un ovillo, abrazándose el torso y con las rodillas dobladas contra el abdomen. El garfio en el pecho vibró, lo que le dio mucha rabia. Cerró los ojos, deseando volver atrás en el tiempo hasta una época en que todo tenía sentido. Le dolió más de lo que esperaba.

—Está bien —dijo Nelson en voz baja—. También podemos hacer eso. Tómate todo el tiempo que necesites, Wallace. Estaré aquí cuando estés preparado. ¿A que sí, *Apolo*?

El perro ladró, dando golpes suaves en el suelo con el rabo.

Capítulo 8

Abrió los párpados de nuevo cuando la alarma de un despertador empezó a sonar en el piso de arriba. En el exterior aún reinaba la oscuridad, y el reloj de encima de la chimenea marcaba las cuatro y media de la mañana.

No había pegado ojo. Por más que lo intentaba, no conseguía relajarse. El hecho de que no sintiera ni una pizca de cansancio tampoco ayudaba mucho. Se había amodorrado, pero no había llegado a echar una cabezada. Revivió en su mente los instantes previos a su muerte una y otra vez, preguntándose si habría podido evitarla de alguna manera. No se le ocurrió nada, lo que solo lo abatió aún más.

Las tuberías en las paredes gruñeron y chirriaron cuando alguien abrió el grifo de una ducha arriba. El rumor del agua trajo consigo una nueva oleada de desánimo. Wallace nunca volvería a ducharse.

Mei fue la primera en bajar la escalera. *Apolo* la recibió meneando la cola. Mientras le rascaba las orejas, ella dio un bostezo tan grande que le crujió la mandíbula. No iba vestida con traje, como el día anterior, sino con un pantalón negro y una blusa blanca almidonada con cuello camisero, sobre la que se había puesto un delantal como el que llevaba Hugo la víspera.

Nelson ya no estaba en su butaca. Wallace no se había enterado de cuándo se había ido.

—¿Por qué estás tirado en el suelo? —inquirió Mei.

—¿Por qué hacemos las cosas que hacemos? —dijo Wallace con languidez—. Nada tiene sentido.

—Pero, tío —dijo Mei—. Es demasiado temprano para aguantar tu angustia existencial. Por lo menos espérate a que sea persona para venirme con ese rollo.

Él cerró los ojos de nuevo.

Los volvió a abrir cuando notó que había alguien de pie a su lado.

Hugo estaba allí, mirándolo desde arriba, con el mismo atuendo

del día anterior. La única diferencia era el pañuelo de color rosa chillón que le cubría la cabeza. Wallace ni siquiera lo había oído acercarse. Miró con rabia el cable que los unía.

Hugo sonrió.

—¿Y esto?

—¿Cómo has aprendido a ser tan sigiloso? —preguntó Wallace.

—A base de práctica —dijo Hugo riendo por lo bajo y dándose unas palmaditas en la pendiente de su barriga—. O a lo mejor simplemente no estabas atento. Anda, levántate.

—¿Por qué? —Se abrazó las piernas con más fuerza.

—Porque quiero enseñarte la cocina.

—Es una cocina —dijo Wallace—. Vista una, vistas todas.

—Dame ese gusto.

—Dudo mucho que tenga las más mínimas ganas de hacer eso.

Hugo asintió.

—Tú mismo. *Apolo*.

Wallace pegó un chillido cuando el perro salió de la pared más cercana y se puso a dar vueltas alrededor de Hugo, olfateándole los pies y las piernas. En cuanto finalizó la inspección, se sentó al lado de su amo, y la oreja se le dobló hacia abajo.

—Buen chico —dijo Hugo. Inclinó la cabeza en dirección a Wallace—. Lame.

—¡¿Qué?! —exclamó Wallace—. ¡Espera, no! ¡De lamer nada! No...

Apolo lo lamió con furia. Le babeó toda la cara y luego los brazos, cuando Wallace intentó protegerse de lo que sin duda era una agresión canina en toda regla. Trató de quitarse a *Apolo* de encima, pero el chucho pesaba lo suyo. Le apestaba el aliento cosa mala y, por un instante, Wallace se preguntó a qué olería el suyo propio, pues hacía días que no se lavaba los dientes. Sin embargo, el hilo de su pensamiento sufrió un giro bastante espectacular cuando abrió la boca para gritar, y el perro aprovechó el momento para restregar la lengua contra la suya.

—¡Puaj! ¡No! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

—*Apolo* —lo llamó Hugo con suavidad.

El animal se apartó de inmediato y volvió a sentarse junto a su dueño, contemplando a Wallace como si él fuera el capullo en aquella situación.

—¿Vamos a la cocina? —sugirió Hugo.

—Destruiré todo aquello que amas —lo amenazó Wallace.

—¿Te ha funcionado alguna vez esa frase con alguien? —preguntó Hugo con curiosidad sincera.

—Sí, un montón de veces. —Cierto era que nunca había pronunciado esas palabras exactamente, pero la gente había aprendido a tenerle miedo, tanto sus empleados como quienes no lo eran. Sus colegas. Varios jueces. Y algunos niños, aunque más vale correr un tupido velo sobre eso.

—Ah, bueno —dijo Hugo—. Pues, antes de que hagas eso, deberías echar un vistazo a mis bollitos. Estoy muy orgulloso de ellos.

—¡¿Tus bollitos?! —gritó Mei desde la cocina—. Pero ¿cómo te atreves?

Hugo se rio.

—¿Ves con qué tengo que lidiar? Arriba, Wallace. No te conviene seguir ahí cuando abramos. Los clientes te pasarán por encima, y eso no es agradable para nadie. Y menos aún para ti.

Giró sobre sus talones y rodeó el mostrador antes de atravesar las puertas batientes, con *Apolo* a la zaga.

Wallace se planteó muy en serio quedarse donde estaba.

Al final, se levantó.

Pero solo porque quiso.

La cocina era mucho más grande de lo que había imaginado. Estaba equipada como la de un gran barco: a un lado había dos hornos de tamaño industrial y un fogón con ocho quemadores de metal distintos, casi todos encendidos. Al otro lado había un fregadero y el frigorífico más grande que Wallace había visto jamás. Al fondo estaba una pequeña mesa de desayuno frente a un mirador acristalado con vistas al huerto de té.

Mei, con la frente espolvoreada de harina, se afanaba de un lado a otro de la cocina. Frunció el ceño al fijarse en las ollas que burbujeaban sobre el fogón.

—¿Se supone que eso es normal? —murmuró. Acto seguido, se encogió de hombros y se agachó para echar un vistazo al interior de un horno y luego del otro.

Había una radio encima de un armario. A Wallace le escandalizó

la música *heavy metal* que brotaba de los altavoces, estruendosa, horrísona y... ¿en alemán? Para colmo, Mei coreaba la canción con una voz gutural que daba grima. Sonaba como si estuviera invocando a Satán. A Wallace no le habría extrañado que eso fuera justo lo que estaba haciendo. Y esto llevaba su imaginación por unos derroteros que prefería no saber adónde conducían.

Le sorprendió ver a Nelson sentado en una de las sillas frente a la mesa, con las manos apoyadas sobre el bastón. ¿Se había... cambiado de ropa? En vez del pijama y las pantuflas de conejito, llevaba un grueso jersey azul, un pantalón marrón y unas zapatillas con cierre de velcro. También canturreaba a gruñidos la letra de la canción, como si se la supiera toda de memoria.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber Wallace.

Todos interrumpieron sus actividades —Hugo estaba anudándose el delantal— para mirarlo.

—¿Cómo he hecho qué? —preguntó Mei, extendiendo el brazo para bajar el volumen de la radio.

—No, me refería a... Nelson, ¿cómo lo has hecho?

El aludido miró a su alrededor, como si hubiera algún otro Nelson en la cocina.

—¿Yo? —dijo al comprobar que no lo había.

Tal vez hundirse a través del suelo no sería tan mala idea.

—Sí, tú. ¡Te has cambiado de ropa!

Nelson bajó la vista hacia su propio cuerpo.

—¿Y por qué no? El pijama es para la noche. ¿No lo sabías?

—Pero... Eso... Estamos muertos.

—Aceptación —señaló Mei—. Guay. —Continuó removiendo enérgicamente el contenido de las ollas, una tras otra.

—¿Y qué? —dijo Nelson—. Que esté muerto no significa que no me guste estar presentable. —Alzó los pies y los agitó en el aire para mostrarle las zapatillas—. ¿Te gustan? Tienen velcro, porque los cordones son para pringados.

No, a Wallace no le gustaban.

—¿Cómo lo has hecho?

—¡Ah! —exclamó Nelson al tiempo que se le iluminaba el rostro —. Pues se trata del factor inesperado del que hablábamos anoche, después de que te colaras a través del suelo.

—¿Después de qué? —inquirió Hugo, arqueando las cejas.

—¿Puedo hacerlo yo también? —preguntó Wallace, ignorando a Hugo.

Nelson se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Puedes? —Alzó el bastón y golpeó el suelo con la punta. Al momento siguiente, lucía un traje de raya diplomática, no muy distinto del que Wallace guardaba en su armario. Dio otro golpe con el bastón, y de pronto llevaba vaqueros y un gordo abrigo de invierno. Otro golpe, y vestía un esmoquin, con la chistera ladeada sobre la cabeza en un ángulo desenfadado. El bastón golpeó el suelo una vez más, y él recuperó su atuendo original, zapatillas de velcro incluidas.

Wallace lo observaba boquiabierto.

Nelson se hinchó como un pavo.

—Se me da muy bien casi todo.

—Abuelo... —le advirtió Hugo.

Nelson puso cara de exasperación.

—Tú te callas. Déjame que me divierta. Wallace, acércate. —Wallace se acercó. Se detuvo ante Nelson, que lo miró de arriba abajo con ojo crítico—. Ajá. Sí. Eso es. Ya veo. Es... una pena. —Le estudió los pies con los ojos entornados—. Chanclas. Nunca las he usado. Tengo las uñas de los pies demasiado largas.

Wallace torció el gesto.

—No hacía falta que compartieras ese dato.

Nelson volvió a encogerse de hombros.

—Aquí no guardamos secretos.

—Pues deberíamos —murmuró Hugo, sacando una bandeja de bollitos de uno de los hornos. Gruesos y esponjosos, estaban cubiertos de rezumantes chispas de chocolate. Wallace se habría fijado más en ellos si no hubiera estado distraído por el descubrimiento de que podía cambiarse de ropa a su antojo.

—¿Cómo funciona? —quiso saber.

Nelson contrajo las facciones.

—Tienes que desearlo con todas tus fuerzas.

Wallace lo deseaba más que nada en el mundo. O casi.

—Vale. ¿Qué más?

—Ya está.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Jamás se me pasaría por la cabeza —le aseguró Nelson—.

Piensa en la ropa que te gustaría llevar, en el tacto de la tela sobre la piel, en cómo le sienta a tu figura. Cierra los ojos.

Wallace así lo hizo, sintiéndose un poco incómodo. La última vez que Nelson le había dado una indicación, había acabado saltando en círculos. La canción finalizó y comenzó a sonar otra que al parecer incluía más alaridos.

—Ahora, visualiza un conjunto en tu cabeza. Empieza por algo sencillo. Un pantalón y una camisa. No pruebes con tres capas, al menos por el momento. Todo a su tiempo.

—De acuerdo —susurró Wallace—. Pantalón y camisa. Pantalón y camisa. Ya está.

—¿Te ves a ti mismo?

Sí. Estaba en el dormitorio de su apartamento, frente al espejo colgado en el interior de la puerta. El armario estaba abierto. Abajo, en la calle, se oían bocinazos, gritos y risas de hombres y mujeres con cascos de obra. Un músico callejero tocaba un violonchelo en la esquina.

—Sí. Lo veo.

—Ahora, hazlo realidad.

Wallace abrió un ojo, amenazador.

—Creo que voy a necesitar algo más que eso.

Soltó un chillido al recibir un bastonazo en la espinilla.

—Concéntrate.

Cerró de nuevo los párpados, inspiró profundamente y exhaló despacio.

—Vale. Me concentro. Pantalón y una camisa de botones. Pantalón y una camisa de botones.

Entonces ocurrió algo de lo más extraño.

Notó un hormigueo en la piel, como si lo recorriera una corriente eléctrica leve. La sensación le nacía en los dedos de los pies y le subía por las piernas hasta el pecho. El gancho —al que se estaba acostumbrando, muy a su pesar, pues siempre estaba allí— dio una ligera sacudida.

—Ay, madre —dijo Nelson al tiempo que Mei empezaba a ahogarse de risa.

Wallace abrió los ojos.

—¿Qué? ¿Ha dado resultado?

—Pues… —titubeó Nelson. Se aclaró la garganta—. ¿Creo… que

sí? ¿Vistes así con frecuencia? No te juzgo, por supuesto. Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya. Lo único es que no sé si resultará apropiado para la tetería.

—¿Qué...? —Wallace bajó la mirada.

Su indumentaria había cambiado. El chándal, la camiseta y las chanclas habían desaparecido.

Se le escapó un gemido ahogado cuando advirtió que llevaba un bikini de rayas que dejaba poco a la imaginación. Y no se trataba solo de la parte de abajo del bikini, no: tenía la parte de arriba ciñéndole el pecho y los tirantes atados en torno al cuello, con las puntas colgándole por la espalda. Además, iba descalzo, pero ese era el menor de sus problemas.

—¡¿Qué es esto?! —gritó—. ¿Qué me has hecho?

Nelson soltó un bufido.

—Yo no he tenido nada que ver. Has sido tú solo. —Clavó los ojos entornados en Wallace—. ¿Eso te ponías en tus ratos libres? Parece un poco... ajustado. Pero, como ya he dicho, no te juzgo. —Era evidente que mentía. Su tono de voz destilaba desaprobación.

Fue más o menos en ese momento cuando Wallace lamentó que los humanos hubieran evolucionado con solo dos manos. Intentó taparse la entrepierna con una mano mientras se apretaba el pecho inútilmente con la otra, como si eso fuera a servir de algo.

Mei silbó por lo bajo.

—Oye, estás más resultón de lo que me imaginaba. Hasta me das un poco de envidia. Tienes un culete muy mono.

Él giró en redondo y se tapó el trasero con ambas manos. Fulminó con la mirada a Mei, que le dedicó una dulce sonrisa.

—Abuelo —dijo Hugo.

Nelson puso mala cara.

—No he sido yo. De verdad que no creía que fuera a funcionar. Yo tardé meses en descubrir la manera de cambiarme de ropa. ¿Cómo iba a saber que él lo conseguiría al primer intento? Se le da bastante bien este rollo fantasmagórico. —Hizo una mueca cuando posó la vista en Wallace—. Tal vez demasiado bien.

Wallace se preguntó qué decía de su vida —y de su muerte— el hecho de que hubiera acabado en la cocina de una casa torcida en medio de la nada, desnudo salvo por un bikini.

—No pasa nada —aseguró Hugo con tacto mientras Wallace

miraba en torno a sí en busca de algo con lo que taparse, antes de recordar que en realidad no podía tocar nada—. No siempre sale bien a la primera. Solo has tenido un pequeño problema técnico.

—Problema técnico —gruñó Wallace—. Se me está metiendo en el... ¿Cómo arreglo esto?

—No sé si es posible —dijo Nelson muy serio—. Puede que te quedes así durante todo el tiempo que pases aquí. Para toda la eternidad, de hecho.

Hugo suspiró.

—No vas a quedarte así. El abuelo te está tomando el pelo. Tendrías que haberlo visto la primera vez que logró cambiarse de atuendo. Acabó con un disfraz completo de conejo de Pascua.

—Hasta tenía una cesta con huevos de plástico —admitió Nelson.

—Sí, fue muy curioso. Los huevos estaban rellenos de coliflor, lo que, por supuesto, resultaba asqueroso.

—Sabías que esto iba a pasar —espetó Wallace.

—Claro que no —se defendió Nelson—. Creía que ibas a quedarte ahí de pie con la cara crispada durante media hora larga antes de darte por vencido. —Rio entre dientes—. Esto es mucho más divertido. Me alegro de que vinieras. Tú sí que sabes darle vidilla a este sitio. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Lo pillas? ¿«Vidilla»? Tiene gracia porque no estás vivo. Ay, cómo me encantan los juegos de palabras.

Wallace tuvo que recordarse a sí mismo que, desde el punto de vista jurídico, golpear a una persona de la tercera edad estaba mal visto (y era ilegal), por más que dicha persona se lo mereciera.

—¡Vuelve a dejarme como estaba!

Sin embargo, antes de que Nelson pudiera abrir la boca —lo cual Wallace temía que empeoraría las cosas—, Hugo intervino:

—Wallace, mírame.

Wallace lo miró. Se sentía casi demasiado indefenso para no hacerlo. El cable vibró entre ellos.

Hugo asintió.

—No pasa nada. Una pequeña sacudida. De vez en cuando pasa. No hay por qué ponerse nervioso.

—No eres tú el que lleva un bikini —le recordó Wallace.

Hugo sonrió.

—No, supongo que no. Pero no te queda tan mal. Tienes buenas

piernas.

Wallace soltó un quejido mientras a Mei le ganaba la risa de nuevo.

Hugo tendió la mano hacia el pecho de Wallace, de modo que los dedos y la palma quedaron a solo unos centímetros de su piel. El gancho vibró de nuevo, esta vez con suavidad. Wallace inspiró de forma brusca. La ira que lo embargaba empezó a disiparse, junto con la vergüenza. No se sentía a gusto precisamente, pero estaba cada vez más tranquilo.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudarte —respondió Hugo, al tiempo que le aparecían arrugas en la frente—. Cierra los ojos.

Wallace obedeció.

Y, curiosamente, le pareció percibir el calor que desprendía la mano de Hugo, aunque sin duda eso era imposible. Wallace podía tocar al perro, a Nelson y a Mei —quien a su vez podía tocarlos a todos—, pero no a Hugo. Todo eso parecía obedecer a ciertas reglas que él empezaba a aprenderse, aunque eran absurdas.

—Procede de la tierra —dijo Hugo en voz baja—. La energía. La vida. La muerte. Todo ello. Nos elevamos, caemos y volvemos a elevarnos. Todos transitamos por caminos diferentes, pero la muerte no discrimina. A todos nos llega. Lo que nos distingue a cada uno es lo que hacemos. Concéntrate, Wallace. Te enseñaré dónde debes mirar. Ya lo entenderás. Solo hace falta un poco de... Eso es. ¿Lo ves?

Wallace abrió los ojos y bajó la vista.

Chanclas. Chándal. Camiseta vieja. La misma ropa de antes.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó, estirándose la camiseta.

—No he hecho nada —repuso Hugo—. Has sido tú. Yo me he limitado a ayudarte a encontrar el camino. ¿Mejor así?

Mucho mejor. Nunca se imaginó que se sentiría tan aliviado por volver a ver sus chanclas.

—Supongo.

Hugo hizo un gesto afirmativo.

—Ya le pillarás el tranquillo. Tengo fe en ti. —Retrocedió un paso—. Si te quedas un tiempo, claro. —Una expresión extraña le cruzó el rostro, pero desapareció antes de que Wallace pudiera descifrarla—. Estoy seguro de que, pase lo que pase a partir de ahora, no tendrás que preocuparte por estas cosas.

Eso sonaba siniestro.

—¿Es que... la gente no lleva ropa en... el cielo? ¿La otra vida? ¿Cómo narices debo llamarlo?

Nelson se rio.

—Oh, seguro que ya lo averiguarás de un modo u otro. Que nosotros sepamos, podría ser una gigantesca colonia nudista.

—Pues, entonces, el infierno —masculló Wallace.

—¿Qué te parecen los bollitos? —preguntó Hugo, señalando con la cabeza la bandeja que descansaba sobre el fogón.

Wallace suspiró.

—No puedo comérmelos, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué demonios ha de importarme la pinta que tengan? —No comentó que podía olerlos, que percibía su aroma denso y cálido, pues le hacía sentirse solo. Era curioso que unos bollitos tuvieran este efecto, que casi lo impulsaba a alargar el brazo para intentar en vano tocar algo que jamás podría disfrutar.

Hugo bajó la mirada hacia ellos antes de volver a fijarla en Wallace.

—Porque tienen buena pinta. A veces lo importante no es si podemos disfrutar de algo o no, sino el trabajo que invertimos en ello.

Wallace alzó las manos con exasperación.

—Eso no... ¿Sabes qué? Tú ganas. Tienen pinta de bollitos.

—Gracias —dijo Hugo con sinceridad—. Eres muy amable.

Wallace emitió un lamento.

A las siete y media en punto, El Cruce de Caronte abrió sus puertas al público.

Wallace observó a Hugo mientras descorría el pestillo de la entrada principal y le daba la vuelta al letrero de CERRADO para que quedara hacia fuera el lado que decía ¡ESTAMOS ABIERTOS! PASE USTED. No sabía qué esperar. Como la tetería estaba retirada del pueblo, suponía que, si había clientes, irían llegando con cuentagotas a lo largo del día.

Así que cuál fue su sorpresa cuando vio que ya había personas esperando fuera. En cuanto se oyó el chasquido del pestillo, la puerta se abrió y la gente entró en tropel.

Unos formaron una cola frente al mostrador y saludaron a Hugo como si lo conocieran de hacía tiempo. Otros se sentaron a las mesas, frotándose los ojos soñolientos y bostezando. Llevaban ropa de oficina o uniformes de trabajo. Había jóvenes con boinas de punto y bolsas colgadas del hombro. A Wallace le chocó que nadie sacara de inmediato un ordenador portátil o se pusiera a mirar el móvil.

—No hay wifi —le informó Mei cuando la consultó al respecto. Estaba trajinando por la cocina con una agilidad fruto de la práctica —. Hugo quiere que las personas que vienen aquí charlen entre ellas en vez de estar con los ojos pegados a una pantalla.

—Claro —dijo Wallace—. Es una cosa de modernos, ¿no?

Mei se volvió despacio hacia él.

—Por favor, deja que esté presente cuando le hagas ese comentario a Hugo. Quiero ver la cara que pone cuando lo llames moderno. Lo necesito como el aire que respiro.

Hugo anotaba los pedidos en su vieja caja registradora con una sonrisa que no flaqueaba mientras metía pastelitos en bolsas pequeñas o llevaba teteras a las mesas de los clientes. Wallace, que permanecía en la cocina, lo observaba a través de los ojos de buey. Pensó en salir a la zona de mesas, pero decidió quedarse donde estaba. Se dijo que era porque no quería estorbar.

Aunque en realidad tampoco podía.

Nelson regresó a su sillón al amor del fuego. Wallace se percató de que ninguno de los clientes intentaba sentarse ahí pese a que no podían ver que estaba ocupada. *Apolo* iba de una mesa a otra, meneando el rabo, aunque no le prestaban atención.

Eran cerca de las nueve cuando la puerta se abrió de nuevo y entró una mujer. Llevaba un abrigo grueso abotonado hasta la barbilla. Estaba pálida, demacrada y ojerosa. En vez de acercarse al mostrador, se dirigió a una mesa vacía próxima a la chimenea y tomó asiento.

Al otro lado de la ventana, Wallace frunció el ceño. Tardó un momento en identificarla. La había visto la noche anterior, cuando Mei lo había llevado a El Cruce de Caronte y la desconocida se alejaba del salón de té a paso veloz.

—¿Quién es esa? —preguntó él.

—¿Quién? —Mei se acercó a la puerta y se puso de puntillas para echar un vistazo por el ojo de buey contiguo al suyo.

—La mujer que está junto a Nelson. Estaba aquí anoche, cuando llegamos. Se cruzó con nosotros.

Con un suspiro, Mei volvió a apoyar los talones en el suelo.

—Es Nancy. Joder, sí que ha llegado temprano. Por lo general viene por la tarde. Debe de haber pasado mala noche. —Se limpió las manos en el delantal—. Tengo que salir a ocuparme de la máquina registradora. ¿Te quedas aquí?

—¿Por qué tienes que...? —Wallace se apartó cuando Mei empujó la puerta para salir. La vio acercarse a Hugo y susurrarle algo al oído. Él miró a la mujer sentada a la mesa antes de asentir. A continuación, rodeó el mostrador, cogió otra tetera y una sola taza que colocó sobre una bandeja que le llevó a la mujer. Ella no dio muestras de reparar en su presencia cuando la depositó sobre la mesa. Siguió con la vista fija en la ventana, sujetando con fuerza el bolso que tenía sobre el regazo.

Hugo se sentó en una silla vacía, frente a ella. Sin hablar, sirvió té en la taza, de la que se elevaron volutas de humo. Dejó la tetera de nuevo en la bandeja antes de coger la taza y ponerla en la mesa, delante de la mujer.

Ella no le dirigió una sola mirada a la taza. Ni a él.

Esto no pareció ofender a Hugo, que se limitó a esperar, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Wallace se preguntó si la mujer sería otro fantasma, un espíritu como él. Pero entonces un hombre se aproximó a la mesa, le posó la mano en el hombro a Hugo y le dijo algo por lo bajo. El hombre le dirigió una inclinación de la cabeza a la mujer antes de marcharse por la puerta principal.

Hugo y la mujer permanecieron así durante casi una hora. La mujer no bebió ni un sorbo del té ofrecido ni pronunció una sola palabra. Tampoco Hugo. Era como si se conformaran con existir en el mismo espacio.

Cuando la cola frente al mostrador se redujo, Mei regresó a la cocina.

—¿Qué hacen?

Ella sacudió la cabeza.

—No... Creo que no me corresponde a mí decirlo.

Wallace soltó un resoplido burlón.

—¿Es que aquí nadie dice nunca cosas con sustancia?

—Sí las decimos —contestó Mei, abriendo la puerta de una despensa para sacar una cubeta de plástico repleta de sobres individuales de azúcar y leche en polvo—. Tú solo oyes lo que quieres. Sé que te costará entenderlo, pero no todo gira alrededor de ti, Wallace. Del mismo modo que tú tienes tu historia, ella tiene la suya. Si los implicados consideran que debes saberla, la sabrás.

Se sintió debidamente escarmentado. Y, lo que era aún peor, le pareció que a Mei no le faltaba razón.

Mei suspiró.

—Tienes derecho a hacer preguntas. De hecho, es bueno que las hagas. Pero se trata de un asunto entre ella y Hugo. —Se dirigió hacia las puertas con la cubeta. Wallace se apartó de su camino. Antes de cruzarlas, ella se detuvo y lo miró. Vaciló unos instantes antes de añadir—: Hugo seguramente te dará los detalles si se los pides, pero has de saber que ella tiene sus motivos para estar aquí. Recuerdas que eres mi primer caso en solitario, ¿no?

Wallace movió la cabeza afirmativamente.

Mei se mordisqueó el labio inferior.

—Pues Hugo tuvo otro segador antes de mí. Estaba con él antes de que se convirtiera en barquero. Hubo... complicaciones, y no solo relacionadas con Cameron. El segador se puso insistente en un momento en que no debía, y se cometieron errores. Aunque no lo conocí, me contaron cosas sobre él. —Se apartó el flequillo de la frente con la mano—. Estamos aquí para hacer de guías, para ayudar a Hugo y a las personas a las que traemos. Pero su primer segador se olvidó de eso. Se creyó más listo que Hugo. Y la cosa no acabó bien. El Gerente tuvo que tomar cartas en el asunto.

Wallace ya había oído nombrar a esa persona. Nelson lo había definido como «un tipo chungo».

—¿El Gerente?

—Es mejor que no lo conozcas —se apresuró a decir Mei—. Es nuestro jefe, el que me asignó al servicio de Hugo y me formó como segadora. Estamos... más tranquilos cuando no anda por aquí. No conviene atraer su atención.

A Wallace se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cuál es su función?

—Gerenciar —respondió Mei, como si eso lo explicara todo—. No te preocupes por eso. No te atañe para nada, y dudo que tengas que

conocerlo nunca. —Entre dientes, agregó—: Al menos, eso espero. —Empujó las puertas y salió.

Wallace echó otro vistazo por el ojo de buey, justo a tiempo para ver que la mujer —Nancy— hacía ademán de hablar. Abrió la boca y la cerró de nuevo. Sus labios se estiraron en una línea fina y descolorida. De improviso, se levantó y la silla chirrió contra el suelo. El barullo que reinaba en la tetería cesó cuando todas las miradas se posaron en la mujer, pero ella no apartaba la vista de Hugo. Wallace se sobresaltó al ver su expresión de ira. Tenía los ojos casi negros. Él creyó que iba a levantar la mano para golpear a Hugo. En vez de ello, Nancy rodeó la mesa y se encaminó hacia la puerta.

No se detuvo hasta que Hugo le habló:

—Estaré aquí. Siempre. Cuando estés lista, aquí me encontrarás.

Ella salió de El Cruce de Caronte con los hombros encorvados.

Hugo la observó alejarse a través de la ventana. Mei se acercó a la mesa y le apoyó la mano en el hombro. Le murmuró unas palabras que Wallace no alcanzó a oír. Con un suspiro, Hugo sacudió la cabeza antes de coger la taza y colocarla de nuevo sobre la bandeja. Mei retrocedió cuando él se puso de pie y levantó la bandeja con una mano antes de dirigirse hacia la cocina.

Wallace se apartó a toda prisa de las puertas, pues no quería que lo sorprendieran espiando. Fingió que estudiaba con interés los aparatos de cocina cuando las puertas se abrieron y Hugo entró. El bullicio de El Cruce de Caronte se reanudó.

—No tienes por qué quedarte aquí detrás —le dijo Hugo.

Wallace se encogió de hombros, nervioso.

—No quería estorbar. —Sabía lo ridícula que sonaba esa excusa. No sabía bien cómo expresar con palabras lo que de verdad pensaba, que no quería que la gente se moviera a su alrededor —o, peor aún, a través de él— como si no estuviera allí.

Hugo dejó la bandeja al lado del fregadero.

—Mientras dure tu estancia entre nosotros, este lugar es tan tuyo como nuestro. No quiero que te sientas atrapado.

—Pero lo estoy —le recordó Wallace, señalando el cable con la barbilla—. ¿O te has olvidado ya de la horrible experiencia de anoche?

—No me he olvidado —dijo Hugo. Bajó los ojos hacia el té que contenía la taza, sacudiendo la cabeza—. Pero mientras estés aquí,

puedes desplazarte por el recinto con entera libertad. No quiero que tengas la sensación de que no es así.

—¿Qué te importa si me siento atrapado?

Hugo se volvió hacia él.

—¿Por qué no iba a importarme?

Resultaba de lo más desesperante.

—No te sigo.

—No me conoces. —No era una acusación, solo la constatación de un hecho. Cuando Wallace se disponía a replicar, Hugo alzó la mano—. Sé cómo ha sonado eso. No es mi intención parecer frívolo, te lo aseguro. —Bajó la mano, contemplando la bandeja. El té se había enfriado y oscurecido—. Es fácil entrar en una espiral descendente. Yo me vi arrastrado por una durante mucho tiempo. Intenté evitarlo, pero no pude. Las cosas no siempre han sido como ahora. No siempre hubo un El Cruce de Caronte. Yo no he sido siempre un barquero. Cometí errores.

—¿Ah, sí? —dijo Wallace, sin saber por qué su tono denotaba tanta incredulidad.

Hugo parpadeó despacio.

—Claro. Con independencia de mi cargo y de lo que hago, sigo siendo humano. Me equivoco constantemente. Nancy, la mujer con la que estaba sentado, es... —Sacudió la cabeza—. Me esfuerzo al máximo por ser un buen barquero, porque sé que la gente cuenta conmigo. Creo que no se puede pedir más. He aprendido de mis errores, incluso mientras cometía otros nuevos.

—No sé si eso me consuela mucho —dijo Wallace.

Hugo se rio.

—No puedo prometerte que no la cagaré de alguna manera, pero quiero asegurarme de que tu estancia aquí sea reposada y tranquila. Te lo mereces, después de todo lo que has pasado.

Wallace desvió la mirada.

—No me conoces.

—Cierto —admitió Hugo—. Por eso estamos haciendo esto. Intento aprender más sobre ti para averiguar la mejor manera de ayudarte.

—No quiero tu ayuda.

—Sé que eso es lo que piensas —dijo Hugo—, pero espero que seas consciente de que no tienes por qué sobrellevar esto solo. ¿Puedo

preguntarte algo?

—¿Y si te digo que no?

—Pues respetaré tu no. No voy a insistirte en que hagas algo para lo que no estás listo.

No sabía qué más podía perder.

—De acuerdo. Pregunta.

—¿Tenías una buena vida?

Wallace irguió la cabeza de golpe.

—¿Cómo?

—Tu vida —dijo Hugo—. ¿Era buena?

—Define «buena».

—Estás respondiendo con evasivas.

Era verdad, y a Wallace le irritó la facilidad con que Hugo se había dado cuenta. Le provocó picores en la piel. Se sentía expuesto al dejar al descubierto partes de él que creía que jamás estaría preparado para mostrar. No era su intención salirse por la tangente; en realidad, nunca se lo había planteado desde esa óptica. Se levantaba, iba a la oficina, se quedaba en la oficina, cumplía con su trabajo y lo hacía bien. En ocasiones perdía, pero la mayor parte de las veces, no. No por nada el bufete tenía tanto éxito. ¿Qué más había en la vida, aparte del éxito? No mucho.

No tenía amigos, cierto. Ni familia. No tenía un compañero, nadie que llorara por él cuando yacía en un féretro de lujo en una iglesia ridícula; pero esta no debía de ser la única prueba de una vida bien vivida. Todo era cuestión de perspectiva. Había hecho cosas importantes y, a fin de cuentas, nadie habría podido pedirle más.

—Viví —dijo.

—En efecto —dijo Hugo sin soltar la taza de té—. Pero eso no responde a mi pregunta.

Wallace puso mala cara.

—No eres mi psicólogo.

—Ya me lo habías dicho. —Alzó la taza y vertió el té en el fregadero. Dio la impresión de que le dolía hacerlo. El líquido oscuro salpicó la pila antes de que Hugo abriera el grifo y el agua se llevara los posos.

—¿También... actúas así con los demás?

Hugo cerró el grifo y depositó con delicadeza la taza en el fondo del fregadero.

—Todo el mundo es diferente, Wallace. No hay una única manera de abordar esto, ni normas estándares que puedan aplicarse a cada una de las personas como tú que entran por esa puerta. Eso no tendría sentido porque no eres igual que los demás, del mismo modo que ellos no son tú. —Miró por la ventana que estaba encima de la pila—. Todavía no tengo claro quién o qué eres, pero lo estoy averiguando. Sé que estás asustado y tienes todo el derecho del mundo.

—Claro que estoy asustado, joder —dijo Wallace—. Como para no estarlo.

Esbozando una sonrisa discreta, Hugo se volvió hacia Wallace.

—Tal vez sea lo más sincero que me has dicho desde que llegaste. ¿Te das cuenta? Estás haciendo progresos. Eso es genial.

El elogio lo reconfortó más de lo que debería. Sentía que no se lo había ganado, más que nada porque no quería.

—Mei me ha contado que tenías otro segador antes de ella.

La sonrisa de Hugo se desvaneció y se le endureció la expresión.

—Así es. Pero ese tema no se toca aquí. No tiene nada que ver contigo.

Wallace reculó y, por primera vez desde que tenía uso de memoria, le entraron ganas de disculparse. Era una sensación extraña, agravada por lo difícil que le resultaba pronunciar esas palabras. Con el ceño fruncido por el esfuerzo, consiguió que brotaran de su boca:

—¿Lo... siento?

Hugo dobló la espalda, con las manos apoyadas en la orilla del fregadero.

—Si voy a hacerte preguntas, tú deberías poder hacerlas también. Hay cosas de las que prefiero no hablar, al menos por el momento.

—Entonces comprenderás que a mí me pase lo mismo.

Hugo alzó la vista, sorprendido. La sonrisa volvió a sus labios.

—Pues... sí. Vale. Lo pillo. Me parece justo.

Dicho esto, dio media vuelta y salió de la cocina dejando atrás a Wallace, que lo seguía con la vista.

Capítulo 9

El Cruce de Caronte siguió estando concurrido durante buena parte del día. Hubo una pequeña tregua a media tarde, hasta que llegó más gente, cuando el azul del cielo empezaba a teñirse de oscuridad. Wallace se quedó en la cocina, sintiéndose como un *voyeur* mientras contemplaba las idas y venidas de los clientes.

Le sorprendió —pese a la explicación de Mei— que ni una sola persona intentara arrancar un portátil o trastear un rato con el móvil. Cuando trató de calcular qué día era, comprobó, un poco divertido —y más que un poco horrorizado—, que no tenía la menor idea. Tardó un momento en contar los días hacia atrás. Se había muerto un domingo. Su funeral se había celebrado el miércoles.

Lo que significaba que era jueves, aunque tenía la sensación de que habían transcurrido semanas. Si siguiera con vida, estaría en la oficina y aún le quedarían horas para concluir la jornada. Siempre había trabajado casi hasta caer rendido, de modo que, por lo general, cuando llegaba a casa se desplomaba boca abajo sobre la cama y no se movía de ahí hasta que la estridente alarma del despertador le indicaba, a primera hora de la mañana siguiente, que había llegado el momento de volver a empezar.

Resultaba esclarecedor.

Tanto trabajo, todo lo que había hecho, la vida que se había labrado. ¿Importaba realmente? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

No lo sabía. Le dolía pensar en ello.

Con estas reflexiones retumbándole en la cabeza, siguió representando el papel de *voyeur*, pues no tenía nada más que hacer.

Mei, que entraba y salía de la cocina, le confesó a Wallace que también habría preferido quedarse ahí.

—Hugo es el sociable —le dijo—. Le gusta hablar con todo el mundo. A mí no.

—En ese caso, has errado tu profesión.

Ella se encogió de hombros.

—Los muertos me caen mejor que los vivos. Por lo general no les importan las pequeñas molestias de la vida.

Él no lo había pensado desde ese punto de vista. Habría dado lo que fuera por volver a sufrir esas molestias. Darse cuenta de las cosas a toro pasado era una mierda.

Durante buena parte del tiempo, Nelson permanecía en su butaca, frente a la chimenea. En otros momentos, vagaba entre las mesas, asintiendo mientras escuchaba conversaciones en las que no podía participar.

Apolo a veces estaba dentro de la casa, y a veces fuera. Wallace lo oyó ladrar con ferocidad a una ardilla, indignado porque esta no le hacía el menor caso.

Pero en quien más se fijaba Wallace era en Hugo.

Parecía disponer de todo el tiempo del mundo para dedicárselo a todo aquel que reclamara su atención. Un grupo de señoras mayores se presentó a primera hora de la tarde y se apiñó en torno a él, entre halagos y gorgoritos de admiración, pellizcándole las mejillas y estallando en risitas tontas al ver que se ruborizaba. Se sabía el nombre de todas, y saltaba a la vista que ellas lo adoraban. Se marcharon sonrientes, con vasos de cartón llenos de té humeante en las manos.

No eran solo las señoras mayores. Era todo el mundo. Los niños le exigían que los levantara en vilo y él lo hacía, pero sin usar las manos. Ellos se aferraban a sus brazos de músculos delgados y, cuando él los subía, pataleaban en el aire mientras soltaban carcajadas alegres y ruidosas. Las mujeres jóvenes flirteaban con él y le hacían ojitos. Los hombres le estrechaban la mano con fuerza y se la sacudían enérgicamente. Lo llamaban por su nombre de pila. Todos parecían encantados de verlo.

Cuando Hugo le dio la vuelta al letrero de CERRADO en la ventana y echó el pestillo, Wallace estaba baldado. No entendía cómo Hugo y Mei eran capaces de pegarse ese tute día tras día. Se preguntó si alguna vez se sentían abrumados por la cruda realidad de la vida, dado que sabían lo que les esperaba a todos después.

Por cierto.

—¿Por qué no hay más personas aquí? —preguntó cuando Mei entró cargada con un barreño repleto de platos sucios. A través de la puerta batiente, vio que Hugo, escoba en mano, barría el suelo y

disponía las sillas sobre las mesas.

Con un gruñido, ella dejó el barreño sobre la encimera contigua al fregadero.

—¿Qué?

—Más personas —repitió Wallace. Acto seguido, añadió—: Fantasmas. O lo que sea.

—¿Por qué habría de haberlas? —inquirió Mei, procediendo a llenar el lavavajillas por sexta vez ese día.

—La gente muere todo el rato.

Mei soltó un soplido.

—¿Ah, sí? Vaya por Dios, eso lo cambia todo. No puedo creer que nunca se me hubiera... Jo, menuda cara se te ha puesto, chico.

Wallace torció el gesto.

—Quienquiera que te haya dicho que tienes gracia te mintió descaradamente, y deberías sentirte mal por ello.

—Pues no —le aseguró Mei—. Para nada.

—Anda que no.

—Me parece que hemos hablado con la misma persona.

—¡Oye!

—No hay más fantasmas aquí porque aún no hemos recibido una nueva misión. Hay días en los que es un no parar y los encargos se acumulan. Y luego hay días en los que no nos viene nadie. —Le lanzó una mirada antes de posarla de nuevo en el lavavajillas—. No solemos contar con inquilinos a largo plazo. Y no, Nelson y *Apolo* no cuentan. Creo que el número máximo que hemos tenido es de... tres, sin incluirlos a ellos. Llegamos a estar un poco apretados.

—Claro que no cuentan —farfulló Wallace—. ¿Cuál es el máximo de tiempo que se ha quedado alguien aquí?

—¿Por qué? ¿Estás pensando en echar raíces?

Él cruzó los brazos, a la defensiva.

—No, solo es una pregunta.

—Ah, ya. Bueno, sé que Hugo alojó a alguien aquí durante dos semanas. Fue un... caso difícil. Los suicidios suelen serlo.

Wallace tragó en seco.

—No me imagino lo que debe de ser lidiar con eso.

—Yo no «lidio» con nada —repuso Mei con aspereza—. Tampoco Hugo. Nos dedicamos a esto porque queremos ayudar a la gente. Nadie nos obliga a estar aquí. Estamos aquí por decisión propia.

Recuerdas la diferencia entre lo uno y lo otro, ¿no?

—Vale, vale. No lo decía con segundas. —Había tocado una fibra sensible que ni siquiera sabía que estaba allí. Más valía que se anduviera con tiento.

Ella se calmó.

—No pretendo saber por lo que estás pasando. ¿Cómo voy a saberlo? Y aunque creyera saber lo que se siente, seguramente me equivocaría. Es diferente para cada uno, tío. La experiencia de quienes vinieron antes que tú y la de quienes vendrán después nunca será igual. Pero eso no quiere decir que no sepa lo que hago.

—Eres nueva en esto —le recordó Wallace.

—Cierto. Recibí solo dos años de formación antes de que me asignaran tu caso. Nunca un segador había empezado a trabajar tan rápido.

Eso no lo reconfortó en absoluto. Cambió de tema, una vieja táctica que había aprendido para pillar a la gente con la guardia baja. Lo hizo más que nada por la fuerza de la costumbre, pues no estaba muy seguro de qué buscaba.

—En la tienda de conveniencia.

—¿Qué hay con ella? —Cerró el lavavajillas antes de apoyarse en él, esperando a que él continuara.

—El dependiente —dijo Wallace—. Podía verte. Y la gente de aquí también.

—Sí, pueden verme —dijo ella pausadamente.

—En cambio, los asistentes a mi funeral no.

—¿Intentas preguntarme algo?

La miró con el ceño fruncido.

—¿Siempre eres tan antipática?

Ella se encogió de hombros.

—Depende de a quién se lo preguntes.

—¿Eres... humana? —La pregunta le sonó absurda, pero entonces se acordó de que era un fantasma que estaba hablando con una mujer capaz de transportarlo en un instante a cientos de kilómetros de distancia con solo chasquear los dedos.

—En cierto modo —respondió ella. Se aupó sobre la encimera y se sentó con los pies colgando frente a una hilera de armarios de madera—. O, mejor dicho, lo era. Todavía conservo todas mis partes humanas, si te refieres a eso.

—Creo que no me refería a eso en absoluto. No estaba pensando en tus partes.

A Mei se le escapó la risa.

—Ya lo sé. Solo me estoy metiendo contigo, tío. Alegra un poco esa cara. Ya no tienes gran cosa de qué preocuparte.

Esto le escoció más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—No es verdad —dijo con frialdad.

Ella se puso seria.

—A ver, entiéndeme. No lo decía en ese sentido... Tienes derecho a hacer preguntas, Wallace. De hecho, me preocuparía que no las hicieras. Es lógico. Nunca habías experimentado algo así. Normal que estés ansioso por entenderlo todo enseguida. Seguro que es duro para ti no recibir las respuestas a las que estás acostumbrado. Ya me gustaría poder darte todas las que buscas, pero no las tengo. En realidad, no sé si alguien las tiene. —Entrecerró los ojos—. ¿Te ha ayudado en algo lo que he dicho?

—No tengo ni idea de cómo responder a eso.

—Mejor —dijo ella.

Él parpadeó, perplejo.

—¿Ah, sí?

Ella asintió.

—A lo mejor es solo cosa mía, pero creo que me aliviaría descubrir que hay cosas de las que no sé nada. Lo contrario no debe de ser muy sano, ¿no crees?

—Salta a la vista —dijo él con voz débil—. Me morí.

Ella se rio y pareció sorprenderse de su propia reacción.

—Salta a la vista. No intentes forzarlo, Wallace. Esas cosas llegan cuando llegan. Lo he visto antes. Cuando sea el momento adecuado, lo sabrás.

A Wallace le pareció que ella estaba hablando de algo más que del contenido de su conversación, y su mente vagó hacia la puerta de la planta superior. No había reunido el valor suficiente para buscarla y mucho menos para indagar más sobre ella.

—Aquí el tiempo transcurre de un modo un poco distinto —dijo ella—. No sé si lo habrás notado, pero hay...

—El reloj.

Ella arqueó una ceja.

—¿El reloj?

—Anoche, cuando llegamos, el segundero hacía el tonto. Se movía de un lado a otro, o incluso se quedaba parado.

Esto pareció impresionarla.

—¿Así que te fijaste en eso?

—Como para no fijarse. ¿Siempre funciona así?

Ella negó con la cabeza.

—Solo cuando recibimos visitas como tú, y solo durante el primer día. Se supone que eso te da tiempo para aclimatarte, para comprender la situación en la que te encuentras. Por lo general, eso implica quedarnos sentados esperando a que la persona como tú hable.

—Pero, en vez de hablar, hui —dijo Wallace.

—Así es. Y, en cuanto te fuiste, el reloj empezó a marchar con normalidad. Ocurre lo mismo en todos los sitios como este.

—Nelson lo definió como una estación de paso.

—Es una buena manera de expresarlo —dijo Mei—. Aunque para mí es más bien una estación de espera.

—¿Y a qué estoy esperando? —inquirió Wallace, consciente de la trascendencia que rezumaba la pregunta.

—Eso es algo que debes decidir tú, Wallace. No puedes forzar las cosas, y aquí nadie te va a presionar para que hagas algo si aún no estás listo. Hay que confiar en que todo salga bien, ¿sabes?

—Eso no resulta muy tranquilizador.

—Por el momento, ha dado resultado. Casi siempre.

Cameron. Ese era un tema que no estaba preparado para abordar. Aún le resonaba en los oídos el gruñido ininteligible que el hombre había emitido cuando lo había visto. Temía que, si conservaba la capacidad de soñar, tendría pesadillas por culpa de él.

—¿Por qué haces esto?

—Eso es un poco personal.

La miró, aturdido.

—Ah. Me... me imagino que sí. No tienes que contestar, si no quieres.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó ella en un tono que no revelaba nada.

A Wallace le costó encontrar algo que decir.

—Lo intento —fue lo que se le ocurrió.

Mei no le daba tregua. Wallace se sentía un poco intimidado por

ella.

—¿Qué intentas, Wallace?

Él bajó la vista hacia sus manos.

—Intento ser... mejor persona. ¿No se supone que es con eso con lo que me estáis ayudando?

Ella golpeó los armarios inferiores con el talón, lo que ocasionó que las puertas traquetearan.

—No creo que nuestro deber sea hacerte mejor persona, sino asegurarnos de que cruces la puerta. Te concedemos el tiempo suficiente para que asumas la idea, pero todo lo demás es cosa tuya.

—Está bien —dijo él, derrotado—. Lo... lo tendré presente.

Ella lo observó durante un rato.

—Antes de venir aquí —dijo al fin—, no sabía nada de repostería.

Él arrugó el ceño. ¿A qué narices venía eso?

—Tuve que aprender —prosiguió ella—. Cuando era pequeña, no hacíamos repostería. No usábamos el horno. Teníamos lavavajillas, pero nunca lo encendíamos porque lavábamos los platos a mano y lo utilizábamos como escurridor. —Hizo una mueca—. ¿Alguna vez has intentado batir huevos? Joder, no veas lo difícil que es. Y en una ocasión le eché tanto detergente al lavavajillas que se desbordó y la cocina se inundó. Me sentí un poco culpable por eso.

—No lo entiendo —confesó Wallace.

—Ya —murmuró Mei, frotándose la cara con una mano—. Es una cuestión cultural. Mis padres emigraron a este país cuando yo tenía cinco años. Mi madre... en fin. Le fascinaba la idea de ser americana. No china. Tampoco americana de origen chino. Solo americana. No le gustaba la historia de su país. La China del siglo XX estuvo llena de guerras, hambrunas, opresión y violencia. Durante la Revolución cultural, se prohibió la religión, y a todo aquel que desobedecía le pegaban una paliza, lo mataban... O simplemente desaparecía sin dejar rastro.

—Me cuesta imaginarlo —reconoció Wallace.

—Pues claro —dijo ella con sequedad—. Mi madre quería huir de todo aquello. Quería fuegos artificiales el Cuatro de Julio y un jardín con una cerca de madera; convertirse en otra persona. Pero después de mudarse aquí, siguió creyendo ciertas cosas. No hay que irse a la cama con el cabello mojado porque puedes pillar un catarro. No hay que escribir nombres con tinta roja, porque es tabú. —Desvió la mirada—.

Cuando empezó a manifestarse mi... don, pensé que me estaba pasando algo malo, que estaba enferma. Que veía cosas que no estaban ahí. Ella no quería saber nada del asunto. —Soltó una carcajada hueca—. Supongo que no lo entenderás, pero en mi familia no se habla de esas cosas. Es algo muy... arraigado. No me dejaba buscar ayuda ni ir al médico, porque, a pesar de las ganas que tenía de ser americana, seguía habiendo cosas inaceptables, porque ¿qué iban a pensar los vecinos si se enteraban?

—¿Qué sucedió? —preguntó Wallace, no muy seguro de si se estaba metiendo donde no lo llamaban.

—Intentó mantenerme oculta —dijo Mei—. Me prohibió salir de casa y me acusaba de hacer teatro, porque en realidad no me pasaba nada. ¿Por qué la trataba así después de todos los sacrificios que había hecho para darme una vida digna? —Esbozó una sonrisa lánguida—. Como eso tampoco funcionó, me dio a elegir entre hacerle caso o hacer las maletas. Y lo dijo así, tan orgullosa, porque era un juego de palabras muy occidental.

—Madre mía —jadeó Wallace—. ¿Qué edad tenías?

—Diecisiete. Hace casi diez años ya. —Se agarró de la encimera, con una mano a cada lado de las piernas—. Me fui a vivir sola. Tomé buenas decisiones y otras no tan buenas, pero que me sirvieron de lección. En cuanto a ella... En fin. No es que lo haya superado exactamente, pero creo que lo intenta. Llevará un tiempo reconstruir nuestra relación, suponiendo que sea posible, pero hablamos por teléfono unas cuantas veces al mes. De hecho, fue ella quien trató de contactar conmigo. Se lo comenté a Hugo, que supuso que era un intento de hacer las paces, pero que, en última instancia, la decisión me correspondía a mí. —Se encogió de hombros—. La echaba de menos, a pesar de todo lo ocurrido. Fue... agradable oír su voz. Hacia el final del año pasado, incluso me invitó a volver a casa, a visitarla. Le contesté que no estaba preparada para eso, al menos por el momento. No había olvidado lo que me había dicho. Pareció decepcionada, pero me aseguró que lo entendía y no insistió más. Eso no cambia lo que veo.

—¿Y qué ves?

—A personas como tú. Fantasmas. Almas errantes que aún no han encontrado su camino. —Suspiró—. ¿Te suenan los matainsectos eléctricos, esas lámparas de luz azul que la gente cuelga del porche

para atraer a los bichos voladores y freírlos?

Él asintió.

—Pues yo soy algo parecido —dijo—, salvo porque son fantasmas y no bichos los que vienen a mí, y no los frío cuando se acercan. Hay algo en mí que los atrae. Cuando empecé a verlos, no sabía cómo parar. Hasta que...

—¿Hasta que qué?

Mei se quedó con la mirada perdida, contemplando la nada.

—Hasta que alguien se presentó y me ofreció un trabajo. Me explicó quién... qué era y lo que podía llegar a hacer si recibía la formación adecuada. Me trajo aquí para ver si formaba buena pareja con Hugo.

—El Gerente —dijo Wallace.

—Sí. Pero no te preocupes por él. No es nada que no podamos manejar.

—Entonces, ¿por qué parece darte tanto miedo?

Ella dio un respingo.

—No le tengo miedo a nada.

Wallace no le creyó. Si ella le había dicho la verdad respecto a que era humana, siempre le tendría miedo a algo. Así funcionaba la humanidad. El instinto de supervivencia estaba basado en una dosis saludable de miedo.

—Me infunde respeto —alegó—. Es un tipo... intenso. Por decirlo con suavidad. Le estoy agradecida por haberme traído y enseñado lo que sabe, pero lo prefiero lejos.

A juzgar por todo lo que le habían contado sobre el Gerente, Wallace también esperaba que se quedara lejos.

—Y... ¿qué hizo? ¿Te convirtió en la persona que eres ahora?

Ella sacudió la cabeza.

—Pulió lo que ya estaba ahí. Soy una especie de médium y, sí, sé cómo suena eso, así que cierra el pico.

Wallace obedeció.

—Tengo... —Mei hizo una pausa—. Imagínate a una persona parada en una puerta, con un pie a cada lado. Está en dos sitios a la vez. Esa soy yo. Él simplemente me enseñó a inclinarme hacia un lado de la puerta y luego enderezarme de nuevo.

—¿Y cómo te las apañas? —quiso saber Wallace, que de pronto se sentía insignificante—. ¿Cómo puedes estar todo el día en contacto

con la muerte sin que eso te afecte?

—Me gustaría decirte que es porque siempre he querido ayudar a la gente —respondió Mei—, pero sería mentira. Yo no... no sabía desenvolverme. Tuve que desaprender muchas cosas que me habían enseñado. Joder, la primera vez que Hugo me abrazó, no le devolví el abrazo porque en realidad era una experiencia nueva para mí. No estaba acostumbrada al contacto, y mucho menos a las demostraciones físicas de afecto. Tardé un tiempo en aprender a apreciarlas. —Le sonrió—. Ahora, no hay quien me gane a dar abrazos.

Wallace recordó lo que había sentido cuando le había tocado la mano por primera vez, el alivio que se había apoderado de él. No podía imaginarse una vida entera sin experimentar algo así.

—En cierto modo, ocurre lo mismo contigo —añadió ella—. Necesitas desaprender todo lo que sabes. Ojalá pudiera arreglarlo todo con solo pulsar un interruptor, pero la cosa no funciona así. Es un proceso, Wallace, y requiere su tiempo. Para mí, todo comenzó cuando se me reveló la verdad. Eso me cambió, pero desde luego no de un día para otro. —Bajó de la encimera de un salto, pero mantuvo las distancias con él—. Estoy haciendo esto porque sé que en ningún momento de tu vida te sentiste más confundido o vulnerable. Y si puedo ayudarte de alguna manera a sentirte mejor, aunque sea solo un poco, lo haré. La muerte no es el final, Wallace. Es un final, claro, pero que te prepara para un nuevo comienzo.

Wallace se quedó de una pieza al notar que una lágrima le resbalaba por la mejilla. Se la enjugó sin atreverse a mirar a Mei.

—Eres rara como tú sola.

Él percibió la sonrisa en su voz.

—Gracias. Tal vez sea lo más bonito que me has dicho hasta ahora. Tú también eres raro como tú solo, Wallace Price.

Cuando Wallace salió de la cocina, Hugo estaba frente a la chimenea, colocando leños bajo la supervisión directa de Nelson. *Apolo*, sentado sobre las patas traseras, miraba alternativamente a uno y a otro, jadeando con la lengua fuera.

—Echa más —indicó Nelson—. Haz un fuego bien grande. Noto el frío en los huesos. Va a ser una noche gélida. La primavera a menudo nos engaña con amagos de sol y verdor.

—Ya lo creo —dijo Hugo—. No quiero que pilles frío.

—Huy, sí, no veas —convino Nelson—. Podría coger una pulmonía doble, y entonces, ¿qué sería de ti?

Hugo sacudió la cabeza.

—No quiero ni imaginármelo.

—Así me gusta. Ah, eso está bien. —Las llamas se avivaron y su resplandor se hizo más intenso—. Siempre he dicho que con un buen fuego y una buena compañía no hace falta nada más.

—Qué curioso —declaró Hugo—. No recuerdo habértelo oído decir.

Nelson se sorbió la nariz.

—Pues será que no me escuchas. Lo digo a todas horas. Soy mayor que tú, Hugo, lo que significa que debes estar pendiente de todas mis palabras y creerte todo lo que te diga.

—Ya lo hago —le aseguró Hugo, poniéndose en pie—. No podría pasar de ti ni aunque quisiera.

—Ya te digo —respondió Nelson. Dio un golpecito en el suelo con el bastón y en el acto pasó a estar de nuevo en pijama y con pantuflas de conejo—. Así está mejor. Wallace, no te quedes ahí con la boca abierta. No te favorece. Mueve el culo hasta aquí y deja que te eche un vistazo.

Wallace se le acercó.

—¿Todo bien? —preguntó Hugo mientras Wallace, visiblemente nervioso, se detenía junto al sillón de Nelson.

—No tengo ni idea —respondió Wallace.

Hugo le dedicó una sonrisa radiante como si hubiera dicho algo profundo.

—Eso es estupendo.

Wallace parpadeó, desconcertado.

—¿Ah, sí?

—Es fantástico. No saber es mejor que fingir que sabes.

—Si tú lo dices… —masculló Wallace.

La sonrisa de Hugo se ensanchó.

—Yo lo digo. Hazle compañía al abuelo un rato, ¿de acuerdo? Enseguida vuelvo.

Se encaminó hacia la cocina antes de que Wallace pudiera preguntarle adónde iba.

Nelson estiró el cuello para mirar por un lado del respaldo y

esperó a que las puertas de la cocina se cerraran antes de volverse hacia Wallace.

—Van a comer —susurró, como si le revelara un gran secreto.

Wallace bajó la vista hacia él.

—¿Qué? —Sin embargo, a raíz del comentario de Nelson, se fijó en el olor. Los aromas le inundaban la nariz. ¿Pastel de carne? Sí, pastel de carne, con brócoli de guarnición.

—La cena —dijo Nelson—. No comen delante de nosotros. Es una grosería.

—¿De veras? —Torció el gesto—. ¿Hablan con la boca llena?

Nelson miró al techo, armándose de paciencia.

—No comen delante de nosotros porque nosotros no podemos. Hugo cree que es como restregarle un hueso por las narices a un perro y luego no dárselo.

Apolo crispó las orejas al oír la palabra «hueso». Se levantó y se puso a olfatearle las rodillas a Nelson como si creyera que tenía alguna chuche que darle. En vez de eso, el viejo le rascó la cabeza.

—¿No podemos... comer? —dijo Wallace.

Nelson lo miró.

—¿Tienes hambre?

No, no la tenía. Ni había pensado en comer, ni siquiera cuando habían sacado los bollitos del horno esa mañana. Despedían un olor delicioso, y él sabía que serían ligeros y esponjosos, que se le desharían en la boca, aunque en realidad no lo había pensado en el momento, sino más tarde.

—No podemos comer —dijo.

—Nop.

—No podemos dormir.

—Nop.

Wallace soltó un gruñido.

—Entonces, ¿qué demonios podemos hacer?

—Lucir un bikini, supongo. Eso lo has clavado.

—Nunca vas a dejar de recordármelo, ¿verdad?

—Jamás —dijo Nelson—. Fue muy revelador descubrir que eras partidario de la depilación masculina cuando estabas vivo. Sería terrible que hubieras descuidado ese detalle y tuvieras que pasar tu estancia aquí con un matojo bajo los calzoncillos.

Wallace fijó la vista en él, boquiabierto.

Nelson golpeó el suelo con el bastón.

—Siéntate. No me gusta que la gente ande rondando cerca de mí.

—No pienso sentarme en el suelo.

—Vale —dijo Nelson—. Pues acércate una silla.

Wallace se dio la vuelta para hacer eso, pero cuando estaba a medio camino de la mesa más próxima, se detuvo al recordar que no podía. Con el ceño fruncido, se volvió hacia Nelson.

—No tiene gracia.

Nelson lo miró con los ojos entornados.

—No pretendía ser gracioso. No te he contado un chiste. ¿Quieres que te cuente uno?

No, la verdad era que no quería.

—No, tranquilo, no hace falta...

—¿Cuál es la fruta favorita de los fantasmas?

Confirmado: aquello era el infierno, por más que Mei o Hugo lo negaran.

—De verdad, que no...

—El ramBUtán.

Wallace notó que le temblaba el párpado.

—Mejor me siento en el suelo y ya.

—¿Qué insectos revolotean siempre en torno a un fantasma?

—Me da igual.

—Las mosquitas muertas.

Silencio.

—Pero bueno —dijo Nelson—. ¿Nada? ¿Ni una sonrisa? Ese es uno de mis mejores chistes. —Juntó las cejas—. Supongo que puedo sacar la artillería pesada, si crees que es necesario. ¿Qué hace un fantasma en África cuando tiene frío? Se tapa con la sabana.

Wallace se escurrió hasta el suelo. *Apolo*, encantado de ver esto, se echó a su lado y se tumbó panza arriba, dirigiéndole una mirada significativa.

—Basta, por favor. Haré lo que quieras. —Alargó el brazo con aire distraído y le rascó el vientre a *Apolo*.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Nelson, ilusionado—. Lo tendré en cuenta.

—No era una oferta.

—Pues a eso me ha sonado. Yo siempre digo que, si no tienes fondos, mejor no firmes cheques.

Wallace lo dudaba. Contempló el fuego. Aunque notaba el calor que desprendía, no entendía cómo era posible.

—¿Cómo lo soportas?

—¿El qué? —preguntó Nelson, arrellanándose de nuevo en su butaca.

—Estar aquí.

—No es un mal sitio —dijo Nelson con aspereza—. De hecho, es bastante agradable, en mi opinión. Hay lugares peores a los que habría podido ir a parar.

—No, yo... No me refería a eso.

—Pues explícame a qué te referías. No debe de ser muy difícil, ¿no?

—Esa es otra —dijo Wallace sin pensar—. Puedes cambiarte de ropa.

—No resulta tan complicado. Solo hace falta capacidad de concentración.

Wallace sacudió la cabeza.

—¿Por qué eres así?

—¿En sentido físico, quieres decir? ¿O filosófico? Si es en este último, más vale que estés preparado para una larga historia. Todo comenzó cuando yo era...

—En sentido físico —aclaró Wallace—. ¿Por qué sigues siendo viejo?

Nelson ladeó la cabeza.

—Porque soy viejo. Tengo ochenta y siete años, para ser exactos. O, mejor dicho, esa era la edad que tenía cuando estiré la pata.

—¿Por qué no te rejuveneces? —inquirió Wallace—. ¿Vas a quedarte así para siempre? —En realidad, se estaba incluyendo a sí mismo en la pregunta de forma implícita.

Se sorprendió cuando Nelson prorrumpió en carcajadas. Alzó la mirada a tiempo para verlo enjugarse los ojos.

—Ay, eres la repera. Sabes llegar al meollo del asunto. Creía que eso te llevaría por lo menos un par de semanas. A lo mejor incluso siete.

—Me alegra chafarte las expectativas —refunfuñó Wallace.

—La cosa es bastante sencilla, en realidad —dijo Nelson, y Wallace intentó disimular lo ansioso que estaba por oírla—. Me gusta ser viejo.

Esa... no era la respuesta que esperaba.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Pregunta típica de una persona joven.

—No soy tan joven.

—Ya lo veo —dijo Nelson—. Tienes arrugas en el ceño, pero en cambio no tienes ninguna alrededor de la boca. No te reías mucho, no.

No era una pregunta. Y aunque lo hubiera sido, Wallace no habría sabido cómo responder sin que pareciera que estaba a la defensiva. En vez de ello, se llevó la mano a la cara y se palpó la piel próxima a los ojos. Nunca le habían preocupado esas cuestiones. Tenía ropa cara, y lo que costaba uno de sus cortes de pelo habría bastado para alimentar a una familia de cuatro personas durante una semana. Sin embargo, aunque su imagen imponía, rara vez pensaba en la persona que había detrás. Estaba demasiado ocupado para que le importaran esas cosas. En las ocasiones en que veía de pasada su imagen en el espejo de su habitación, apenas le dedicaba una reflexión pasajera. Desde luego, los años no pasaban en balde para él. A lo mejor, si esas cosas le hubieran importado más, no estaría allí. Esta línea de razonamiento le parecía peligrosa, así que la apartó de su mente.

—Podría cambiar mi apariencia —dijo Nelson—. Al menos, eso creo. Nunca lo he intentado, así que no sé si daría resultado o no. Pero me imagino que no tenemos por qué quedarnos con el aspecto que teníamos en el momento de nuestra muerte si no queremos.

Wallace bajó los ojos al suelo, receloso. No estaba hundiéndose. Ya era algo.

—Dime algo que nadie más sepa —dijo Nelson.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo pido. No tienes que hacerlo si no quieres, pero creo que a veces ayuda expresar las cosas en voz alta en vez de guardárnoslas para nosotros. Rápido. Ni lo pienses. Suelta lo primero que te pase por la cabeza.

—Creo que me sentía solo —dijo Wallace, sorprendiéndose incluso a sí mismo. Sacudió la cabeza con expresión ceñuda—. No... Eso no era lo que quería decir. No sé por qué me ha salido eso. Olvídalo.

—Podemos olvidarlo, si quieres —dijo Nelson sin mala fe.

No insistió más con el tema. Wallace experimentó una extraña

ola de afecto hacia el viejo, cálida e impropia de él. Era... una sensación curiosa. No recordaba cuándo había sido la última vez que le había importado alguien aparte de sí mismo. No sabía en qué lo convertía eso.

—No tenía... esto.

—¿Esto?

Wallace hizo un gesto vago en torno a sí.

—Este lugar. Esta gente. Lo que tú tienes.

—Ah —dijo Nelson, como si esto le pareciera de lo más sensato.

Wallace se preguntó cómo era capaz aquel hombre de expresar tanto hablando tan poco. Aunque Wallace siempre había tenido facilidad de palabra, lo que lo distinguía de sus colegas era su capacidad de observación. Detectaba los pequeños tics de las personas cuando estaban tristes, contentas o preocupadas. Cuando mentían, bajaban la vista, miraban de un lado a otro y torcían la boca. Wallace se preciaba de su ojo clínico. Qué raro que no hubiera sido capaz de utilizarlo consigo mismo. ¿Por la negación, tal vez? Eso no le servía de consuelo. La introspección no era precisamente su fuerte, pero ¿cómo era posible que hubiera pasado tantas cosas por alto?

Nelson ni siquiera parecía tener ese problema, lo que supuso para Wallace una lección de humildad más grande de la que se esperaba.

—No era consciente de ello entonces —reconoció, frotándose la cara con la mano—. Era un privilegiado. Llevaba una vida de privilegios. Tenía todo lo que creía que quería, y ahora... —No supo cómo terminar la frase.

—Y ahora todo eso te ha sido arrebatado, y no te queda nada más que tú mismo —dijo Nelson en voz baja—. La visión retrospectiva es un don muy poderoso, Wallace. A menudo no vemos lo que tenemos delante de las narices, y mucho menos sabemos apreciarlo. No es sino hasta que miramos atrás cuando nos percatamos de lo que deberíamos haber sabido desde el principio. No pretendo hacerte creer que soy perfecto. Sería mentira. Pero he descubierto que tal vez era mejor persona de lo que creía. Yo diría que no se puede pedir más. —Tras una breve pausa, añadió—: ¿Tenías a alguien que te ayudara a espantar la soledad?

No tenía a nadie. Intentó recordar cómo eran las cosas antes de que todo se viniera abajo, cómo lo miraba Naomi con un brillo en los ojos y las comisuras de la boca ligeramente curvadas hacia arriba. Ella

no siempre lo había despreciado. En algún momento, había habido amor entre ellos. Él había dado por sentado que eso no se acabaría, que ella siempre estaría allí. ¿Acaso no lo habían proclamado así en sus votos? «Hasta que la muerte nos separe.» Sin embargo, su separación se había producido mucho antes incluso de la muerte de Wallace, y, con la marcha de Naomi, la vida que habían construido juntos se había desmoronado. Ella lo dejó, y Wallace se volcó en su trabajo, aunque ¿no lo hacía ya cuando estaban juntos? Recordó uno de los últimos días de su matrimonio: Naomi, plantada ante él con una expresión fría, le anunció que tenía que tomar una decisión, que ella quería más de lo que le ofrecía.

Él no dijo una palabra.

No hizo falta. Naomi oyó todas las palabras que él no pronunció. No era culpa de ella. Nada de lo que ocurrió fue culpa suya, por más que él intentara convencerse de lo contrario. Por eso no había puesto trabas al divorcio y había accedido a todas sus peticiones. Él había pensado que lo había hecho para despachar el asunto lo antes posible, pero ahora comprendía que era porque la culpa lo corroía, aunque en su día no lo había reconocido para sus adentros. Era demasiado orgulloso para eso.

O al menos lo había sido.

—No —susurró—. Creo que no tenía a nadie.

Nelson asintió como si esta fuera la respuesta que esperaba.

—Entiendo.

Wallace no quería pensar más en ello.

—Dime algo que nadie más sepa.

Nelson hizo una mueca.

—Me parece justo. —Se rascó la barbilla, pensativo—. Pero no se lo cuentes a nadie.

Wallace se inclinó hacia delante, sorprendido por su propia impaciencia.

—Seré una tumba.

Nelson dirigió la mirada a la cocina antes de bajarla hacia Wallace.

—A veces se presenta aquí un inspector de Sanidad. Un tipo detestable. Muy rencoroso. Se cree que tiene derecho a hacer lo que le dé la gana. Cada vez que viene, lo espanto.

—¿Cómo?

—Hago travesurillas. Le tiro el bolígrafo de la mano o le retiro la silla cuando va a sentarse.

—¿Puedes hacer eso?

—Puedo hacer muchas cosas —aseguró Nelson—. El tío la tiene tomada con mi Hugo, así que procuro pagarle con la misma moneda.

Antes de que Wallace pudiera indagar más sobre el asunto, *Apolo* se enderezó e irguió la cabeza, mirando hacia la cocina. Al cabo de un instante, Hugo atravesó las puertas, con Mei pisándole los talones.

—¿De qué habláis? —preguntó él—. ¿Debería preocuparme?

—No lo sabes tú bien —dijo Nelson, guiñándole el ojo a Wallace —. Desde luego no tramamos nada bueno.

Hugo sonrió.

—Wallace, ¿me acompañas un momento? Me gustaría enseñarte algo.

El aludido miró a Nelson, que hizo un gesto afirmativo.

—Vete tranquilo. Mei y *Apolo* me harán compañía.

Wallace se puso de pie con un suspiro.

—¿Otra sesión de terapia?

Hugo se encogió de hombros.

—Si quieres verlo así... O podrías considerarlo una conversación entre dos personas que intentan conocerse mejor. Casi como si fueran amigos, incluso.

Rezongando entre dientes, Wallace siguió a Hugo por el pasillo.

Salieron de nuevo a la terraza trasera que daba al huerto de té. Hugo encendió las guirnaldas luminosas blancas y titilantes que estaban enrolladas en la barandilla.

Antes de cerrar la puerta de la casa, Hugo alargó el brazo hacia el interior para apagar la luz de la terraza. Los árboles se mecían en la oscuridad.

—¿Has tenido una buena charla con el abuelo? —preguntó, deteniéndose junto a Wallace, cerca de la escalera.

—Supongo.

—A veces se pone un poco... pesado —dijo Hugo—. No te sientas obligado a hacer todo lo que te pida. —Frunció el ceño—. Y menos todavía si tiene pinta de ser ilegal.

—Eso no importa mucho a estas alturas, ¿no?

—No —dijo Hugo—. Supongo que no. De todos modos, dame ese gusto. Para mi propia tranquilidad. —Alzó la mano para alisarse el pañuelo rosa que llevaba en la cabeza—. Tu primer día completo aquí. ¿Cómo ha ido?

—Me lo he pasado encerrado en la cocina.

—Me he dado cuenta. —Se reclinó contra la barandilla—. No tienes por qué.

—¿Se supone que eso debe servirme de consuelo?

—No lo sé. ¿Te sirve?

—¿Sabes? Para ser alguien que niega estar capacitado para ejercer como psicólogo, no cabe duda de que sabes comportarte como uno.

Hugo soltó una risita.

—Llevo un tiempo dedicándome a esto.

—Forma parte de tu curro —señaló Wallace.

Hugo pareció alegrarse de que se hubiera acordado. Wallace no sabía muy bien por qué le daba importancia a eso. Se rascó el pecho, pues notaba que el gancho le tiraba un poco.

—Exacto.

—¿Qué querías enseñarme?

—Mira hacia arriba.

Wallace así lo hizo.

—¿Qué ves?

—El cielo.

—¿Qué más?

Lo veía igual que la noche anterior, cuando avanzaba por un camino de tierra al lado de una desconocida. Las estrellas resplandecían en lo alto. Una vez, cuando era niño, se le había metido en la cabeza que tenía que contarlas todas. Cada noche miraba por la ventana de su habitación y las contaba de una en una. Nunca llegaba a una cifra muy alta antes de quedarse dormido, y al día siguiente despertaba más decidido a intentarlo de nuevo.

—Estrellas —musitó Wallace mientras se esforzaba por recordar cuándo había sido la última vez que había alzado el rostro hacia la bóveda celeste antes de su llegada a la tetería—. Cuántas estrellas. —En la ciudad era muy distinto, a causa de la contaminación lumínica, que solo dejaba entrever un tenue rastro de todo aquello que adornaba el firmamento nocturno—. Hay tantísimas... —Se sentía minúsculo.

—Así se ve el cielo aquí —dijo Hugo—. Como estamos tan apartados de todo... No me imagino cómo se verá en el lugar donde vivías. Conozco muy pocas cosas aparte de este sitio.

Wallace lo miró.

—¿Por qué? ¿Nunca sales de aquí?

—En realidad, no puedo —dijo Hugo—. Nunca sé cuándo se presentará alguien como tú. Tengo que estar preparado.

—¿Estás atrapado aquí? —preguntó Wallace, horrorizado—. ¿Por qué demonios accediste a eso?

—Atrapado no —replicó Hugo—. Eso implicaría que no tengo (o no tuve) libertad de elegir. La tuve. Nadie me obligó a hacerme barquero. Fue decisión mía. Y nada me impide dejarlo. Voy al pueblo a menudo. Tengo mi escúter y a veces me doy una vuelta con ella solo para despejarme la cabeza y respirar un poco.

—Tu escúter —repitió Wallace—. Montas en eso.

Hugo arqueó una ceja.

—Sí. ¿Y qué?

—Bueno, no sé —dijo Wallace, alzando las manos—. ¿Que, si te estrellas montado en eso, te matas?

—Pues menos mal que no me estrello. —Torció los labios—. Conduzco con cuidado, Wallace, pero te agradezco que te preocupes por mí. —Parecía encantado, pero Wallace se negó a dejarse cautivar por ello.

Fracasó estrepitosamente.

—Alguien tiene que hacerlo —murmuró, y en cuanto estas palabras salieron de su boca, se arrepintió profundamente de haberlas dicho. Optó por desviar el tema con una torpe huida hacia delante—. Este lugar no deja de ser una prisión.

—¿De veras? ¿Por qué? No necesito gran cosa. Nunca he necesitado más. Aquí tengo todo lo que quiero.

—Pero... eso es... —Wallace no sabía cómo era. Raro, sin duda. Nunca había conocido a nadie que se sintiera tan a gusto en su propia piel—. ¿No te afecta eso de convivir con la muerte a todas horas?

Hugo negó con un gesto.

—No lo veo así, aunque entiendo por dónde vas. Creo que... —Hizo una pausa como para elegir las palabras con cuidado—. La muerte no es siempre algo que debamos temer. No es lo más importante ni el final de todo.

Wallace recordó lo que le había dicho Mei.

—Es un final que te prepara para un nuevo comienzo.

—Exacto —dijo Hugo—. Estás aprendiendo. Puede ser hermoso si dejas que lo sea, aunque entiendo por qué no opinas lo mismo. —Alzó la vista hacia las estrellas—. Lo que mejor lo ilustra es el alivio que experimenta la mayoría de la gente cuando está lista para cruzar la puerta. Puede llevarles un tiempo llegar a eso, pero a todos les sucede lo mismo. —Titubeó unos instantes—. Podría describirte lo que he visto. Cómo les cambia la cara en el momento en que la puerta se abre y oyen los sonidos procedentes del otro lado. Pero me temo que mi descripción no estaría a la altura, porque, dijera lo que dijese, me quedaría en la superficie. La experiencia te cambia, Wallace, de maneras que no te esperas. Al menos a mí me cambió. Llámalo fe o llámalo prueba. El caso es que sé que he hecho las cosas bien cuando veo su expresión de asombro y fascinación. Aunque no alcance a oír lo mismo que ellos, me gusta creer que es todo cuanto podían desear.

—¿No te molesta no poder oírlo?

Hugo sacudió la cabeza.

—Algún día lo descubriré. Hasta entonces, seguiré realizando la labor por la que estoy aquí: prepararos para que lo descubráis por vosotros mismos.

A Wallace le habría gustado poder creerle, pero el mero hecho de pensar en la puerta que ni siquiera había visto todavía lo aterraba. Le ponía los pelos de punta, así que ahuyentó la idea de su mente de la única manera que sabía.

—¿Cómo te convertiste en barquero?

—Uf —dijo Hugo, aunque Wallace supuso que no se había tragado el anzuelo—. Vas a por todas, ¿no?

—No pierdo nada con intentarlo.

—No pierdes nada —convino Hugo—. Fue por casualidad, aunque no lo creas.

No lo creía. En absoluto.

—Te convertiste por casualidad en la persona que ayuda a los fantasmas a cruzar hacia... yo qué sé dónde.

—Bueno, dicho así entiendo que pueda parecer ridículo.

—¡Eres tú el que lo ha dicho así!

Hugo posó los ojos en él. Wallace se esforzó por no apartar la mirada. Le resultó más fácil de lo que esperaba.

—Mis padres murieron.

—Lo siento —dijo Wallace, consciente de que cada vez le costaba menos pedir disculpas.

Hugo le restó importancia con un gesto.

—Gracias, pero no hace falta que te disculpes por eso.

—Es lo que toca decir en estos casos.

—Sí, ¿verdad? Me pregunto por qué. ¿Hablabas en serio?

—¿Creo... que sí?

Hugo asintió.

—A mí me vale. Aún vivía con ellos. Me crie a pocos kilómetros de aquí. En tu pequeña aventura de anoche seguramente pasaste por delante de la casa.

Wallace no estaba seguro de si debía disculparse de nuevo o no, así que guardó silencio.

—Ocurrió muy deprisa —rememoró Hugo, con la mirada perdida en la oscuridad. Dejó caer los brazos por fuera de la barandilla—. Las carreteras estaban resbaladizas a causa de la aguanieve y la lluvia gélida que llevaban cayendo todo el día, y mis padres iban a salir a cenar juntos. Se habían planteado quedarse en casa, pero yo los animé a irse, siempre y cuando fueran con cuidado. Habían trabajado mucho y pensé que merecían divertirse un poco, ¿sabes? Así que les insistí. Les dije que se fueran. —Sacudió la cabeza—. No sabía... Es extraño. No sabía que era la última vez que los vería tal como eran entonces. Papá me dio un apretón en el hombro, y mamá me besó en la mejilla. Protesté por ello y les dije que ya no era un niño. Se rieron de mí y me respondieron que siempre sería su bebé, aunque hacía tiempo que había dejado de serlo. Se mataron. El coche patinó en una placa de hielo y se salió de la carretera. Dio varias vueltas de campana. Según me dijeron, todo terminó en un instante. Eso se me quedó grabado durante mucho tiempo, porque para mí todo ocurrió en un instante y, sin embargo, a veces tengo la sensación de que todavía está pasando.

—Joder —jadeó Wallace.

—Me quedé dormido en el sofá. Me desperté porque noté que había alguien a mi lado. Abrí los ojos y... ahí estaban, los dos de pie, mirándome, con su ropa elegante. Mi padre detestaba su corbata, decía que lo asfixiaba, pero mamá lo había obligado a ponérsela de todos modos porque estaba muy guapo con ella. Les pregunté qué hora era. ¿Sabes qué me dijeron?

Wallace negó con un gesto.

Hugo soltó una carcajada húmeda.

—Nada. No me dijeron nada. Su imagen parpadeaba, así que creí que estaba soñando. Y entonces, apareció un segador.

—Hala.

—Ya —dijo Hugo—. Fue algo... extraordinario. Tomó a mis padres de la mano, y yo le exigí que me explicara quién era y qué demonios hacía en nuestra casa. Nunca olvidaré la expresión de susto que se pintó en su rostro. Se suponía que no debía poder verlo.

—¿Y cómo es que sí podías?

—No lo sé —reconoció Hugo—. No soy como Mei. Yo nunca había visto fantasmas ni nada por el estilo. Nunca había tenido un don o clarividencia o como se llame el poder que convierte a las personas como Mei en lo que son. Yo era simplemente... yo. Pero ahí estaba, intentando aferrarme a mis padres, arrancarlos de las garras de ese desconocido, aunque mis manos los traspasaban una y otra vez. Intenté agarrar al desconocido y, por un instante, lo conseguí. Sentía su tacto. Fue como si estallaran fuegos artificiales en mi cabeza con explosiones cegadoras. Dolía. Cuando se me aclaró la vista, ya no estaban. Intenté convencerme de que me lo había imaginado todo, pero, diez minutos más tarde, alguien llamó a la puerta y supe que no eran figuraciones mías, porque la policía estaba ahí, diciéndome cosas que no quería oír. Les aseguré que era un error, que tenía que tratarse de un error. Les grité que se largaran y me dejaran en paz. El abuelo llegó poco después y le rogué que me dijera la verdad. Y me la dijo.

—¿Qué edad tenías?

—Veinticinco años —dijo Hugo.

—Caray.

—Sí. Fue demasiado. Y entonces el Gerente fue a verme. —Endureció el tono ligeramente—. Tres días después del funeral. Me encontraba en casa, revisando las cosas que quería donar a la beneficencia, cuando de repente él estaba de pie frente a mí. Me... me explicó cosas. Sobre la vida y la muerte, un ciclo interminable y eterno. Me dijo que el dolor era el catalizador de una transformación. Y luego me ofreció un trabajo.

—¿Y aceptaste? ¿Le creíste?

Hugo movió la cabeza afirmativamente.

—El Gerente es muchas cosas que no podría ni empezar a

describir. Pero no es un mentiroso. Se expresa solo con la verdad, aunque no queramos oírla. No me inspiró confianza en un primer momento. Ni siquiera sé si me la inspira ahora. Pero me enseñó cosas que yo creía imposibles. La muerte entraña cierta belleza. No la vemos porque no queremos. Y es lógico. ¿Por qué querríamos centrarnos en algo que nos aleja de todo lo que conocemos? ¿Cómo empezar a comprender que hay algo más que lo que vemos?

—No sé la respuesta a eso —admitió Wallace—. No sé la respuesta a ninguna de esas preguntas. —Esto lo inquietaba, porque algo en su interior le decía que debía saberla, que tenía la respuesta en la punta de la lengua.

—La fe —dijo Hugo, lo que le arrancó un quejido a Wallace—. Oh, por favor. No estoy hablando de religión, de Dios o lo que sea que te estás imaginando. La fe no siempre... gira alrededor de esas cosas. Es algo que no te puedo imponer, por más que pienses que eso es lo que estoy haciendo.

—¿Acaso no es verdad? —preguntó Wallace, intentando mantener la voz tranquila—. Pretendes hacerme creer en algo contra mi voluntad.

—¿Qué intento hacerte creer, según tú?

Wallace no lo sabía.

Hugo no insistió más.

—El Gerente dijo que yo era una persona altruista y que de lo contrario ni siquiera se habría planteado la posibilidad de contratarme. Lo percibía en mí. Me reí en su cara. ¿Cómo iba a ser altruista, si lo habría dado todo con tal de recuperarlos? Le dije que, si me ponía delante a mis padres al lado de una persona cualquiera y me obligaba a decidir quién vivía y quién moría, los elegiría a ellos sin dudarlo. Una persona altruista no obraría así.

—¿Por qué no?

La pregunta descolocó a Hugo.

—Porque estaría eligiendo aquello que me hace feliz a mí.

—Eso no significa que no seas altruista. Si nunca quisiéramos algo solo por nosotros, ¿en qué nos convertiría? Estabas en duelo. Es totalmente natural que le dijeras eso.

—Eso mismo me respondió el Gerente.

Wallace no sabía cómo tomarse esto. En cierto modo, él había sido una especie de gerente, por lo que la comparación no le sentó

muy bien.

—Pero aun así le dijiste que sí.

Hugo asintió despacio, toqueteando la guirnalda de luces de la barandilla.

—No de entrada. Me dio un tiempo para pensármelo, pero me advirtió que la oferta no estaría siempre encima de la mesa. Al principio pensé en rechazarla, sobre todo después de que él me explicara cuáles serían sus consecuencias. No podía... no llevaría una vida normal, como la de todo el mundo. El trabajo sería lo primero, por encima de todo lo demás. Aceptarlo supondría un compromiso de por vida para mí.

A Wallace Price lo habían acusado de muchas cosas en su vida, pero el altruismo no era una de ellas. Apenas pensaba en quienes lo rodeaban, a menos que se interpusieran en su camino. Y pobres de quienes se interponían. Aun así, notaba sobre los hombros el enorme peso de las palabras de Hugo, más por lo que implicaban que por lo que había dicho en sí. Tenían en común más de lo que había imaginado; los dos habían elegido un trabajo y le habían concedido la máxima prioridad. Pero la semejanza acababa ahí. Tal vez cuando Wallace era un joven de mirada soñadora lo impulsaran motivaciones nobles, pero estas no habían tardado en quedarse por el camino, ¿no? Había que centrarse siempre en el balance final y en lo que significaba para el bufete. Para Wallace.

Tal vez Hugo y él podían considerarse personas afines a un nivel superficial, pero el parecido no iba mucho más allá. Hugo era mejor de lo que él sería jamás. Wallace no creía que el barquero fuera capaz de tomar las mismas decisiones que había tomado él.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

Hugo se pasó la mano por el cabello. Era un gesto pequeño y, bien mirado, maravillosamente humano, pero dio que pensar a Wallace, como todo lo que hacía Hugo. Aquel hombre y el discreto poder que irradiaba lo impresionaban. Wallace no había esperado topar con alguien así, y le pareció que volvía a hundirse en el suelo.

—¿La curiosidad, quizá? Un ansia de comprender que rayaba en la desesperación. Me dije que, si aceptaba, tal vez hallaría respuesta a dudas que ni siquiera sabía que tenía. Llevo cinco años dedicándome a esto y sigo teniendo dudas. No son las mismas de antes, pero no creo que deje de hacerme preguntas jamás. —Se le escapó una carcajada

ahogada y suave—. Hasta me convencí a mí mismo de que tal vez volvería a verlos.

—Y no ha sido así, ¿verdad?

Hugo tendió la mirada hacia las plantas de té.

—No. Ellos... ellos ya se habían marchado. No se quedaron mucho tiempo. Había días en que me enfurecía al pensarlo, pero cuanto más me enfrascaba en mi trabajo, cuanto más ayudaba a otros en el momento en que más lo necesitaban, mejor entendía el porqué. Tuvieron una buena vida. Se habían portado bien conmigo y el uno con el otro. No les quedaba nada que hacer aquí. Era lógico que quisieran cruzar al otro lado.

—Y ahora tienes que aguantar a personas como yo —murmuró Wallace.

La sonrisa volvió a los labios de Hugo.

—No está tan mal. El bikini fue un bonito detalle.

Wallace soltó un gemido.

—Odio el universo.

—No me lo creo. A lo mejor es lo que piensas, pero no es verdad. En el fondo, seguro que no.

—Bueno, pues odio eso.

Hugo realizó un intento de tocarlo que no se materializó. Sus dedos quedaron suspendidos por encima de los de Wallace en la barandilla hasta que retiró la mano y la cerró en un puño.

—Vivimos y respiramos. Cuando morimos, seguimos con ganas de respirar. No se trata solo de las grandes muertes, sino también de las pequeñas, pues la pena no es otra cosa que eso. Yo sufrí una pequeña muerte, y el Gerente me mostró la manera de cruzar al otro lado. No intentó quitármela, pues sabía que era mía y de nadie más. Al margen de sus otras facetas y de si estoy de acuerdo o no con algunas de sus decisiones, eso es algo que nunca olvidaré. Tú crees que soy un prisionero en este lugar, que estoy atrapado y tú también. En cierto modo, tal vez sea verdad. Pero no puedo considerarlo una prisión cuando no hay ningún otro sitio en el que preferiría estar.

—Los cuadros. Las fotografías. Los pósteres colgados en las paredes, ahí dentro.

Hugo lo miró, pero no dijo nada. Esperaba que Wallace encajara las pequeñas piezas del puzle que estaban desperdigadas entre ellos.

—No puedes viajar a esos lugares —dijo Wallace de manera

pausada—. Verlos en persona. Son... ¿un recordatorio? —Esto no le cuadraba del todo—. ¿Una puerta?

Hugo asintió.

—Son fotografías de parajes que ni siquiera soy capaz de imaginar. Hay un mundo muy grande ahí fuera, pero solo puedo vislumbrarlo a través de esas pequeñas ventanas. ¿Me gustaría poder visitar esos sitios en persona? Por supuesto. Y, no obstante, volvería a tomar la misma decisión sin pensarlo. Hay cosas más importantes que castillos en ruinas en acantilados. Tardé mucho tiempo en percatarme de eso. No te diré que estoy feliz de que las cosas sean así, pero me he reconciliado con la idea porque sé lo fundamental que es mi trabajo. A pesar de todo, aún me gusta mirarlos. Me recuerdan lo insignificantes que somos en realidad ante el mundo.

Wallace se frotó el pecho, que le dolía a causa del gancho.

—Sigo sin entenderte.

—Aún no me conoces. Pero te aseguro que no soy tan complicado.

—No me lo creo ni de coña.

Hugo lo contempló durante largo rato mientras se le dibujaba lentamente una sonrisa.

—Gracias, Wallace. Te lo agradezco.

Wallace se puso colorado y se agarró a la barandilla con más fuerza.

—¿Nunca te sientes solo?

Hugo lo miró, extrañado.

—¿Por qué habría de sentirme solo? Tengo mi establecimiento. Tengo a mi familia. Tengo un trabajo que me encanta por lo que aporta a los demás. ¿Qué más podría pedir?

Wallace volvió a alzar la mirada hacia las estrellas. Desde luego eran algo impresionante. Se preguntó por qué nunca se había fijado antes en ellas, al menos de aquella manera.

—No sé, tal vez una novia, una esposa, o quizá...

Hugo le sonrió de oreja a oreja.

—Soy gay. Seguramente me costaría bastante encontrar una novia o una esposa.

Wallace estaba aturullado.

—Pues entonces un novio. Un compañero. —Clavó la vista en sus manos—. Ya me entiendes.

—Te entiendo. Solo estaba jugando contigo. Relájate, Wallace. No hace falta tomarlo todo tan a pecho. —Se puso serio—. Tal vez algún día, no lo sé. Sería un poco difícil explicar que mi tetería no es más que una tapadera para que los muertos puedan mantener conversaciones seudointelectuales.

Wallace soltó un resoplido burlón.

—Pues has de saber que soy una persona profundamente intelectual.

—¿De veras? Jamás me lo habría imaginado.

—Capullo.

—Eh —dijo Hugo—, solo a veces. Intento no serlo. Lo que pasa es que me lo has puesto en bandeja. ¿Y tú?

—¿Y yo qué?

Hugo se encogió de hombros, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre la barandilla.

—Estuviste casado.

Wallace exhaló un suspiro.

—Fue hace mucho tiempo.

—Me ha contado Mei que ella asistió al funeral.

—Menuda sorpresa —refunfuñó Wallace—. ¿Te ha contado también lo que dijo?

Hugo frunció los labios.

—A grandes rasgos. Por lo visto, montó un buen número.

Wallace apoyó la frente en el dorso de las manos.

—Es una manera de verlo.

—¿La echas de menos?

—No. —Tras vacilar unos instantes, añadió—: Además, no tendría derecho. Metí la pata. No fui una buena persona, al menos con ella. Está mejor sin mí. Aunque creo que sigue tirándose al jardinero.

—No jodas.

—No jodo. Pero no la culpo. Está como un tren. Seguramente yo hubiera hecho lo mismo si hubiera detectado algún interés por su parte.

—Pero bueno —dijo Hugo—. Eso sí que no me lo esperaba, Wallace. Eres toda una caja de sorpresas. Me tienes impresionado.

Wallace se sorbió la nariz con afectación.

—Ya, bueno, tengo ojos en la cara, así que... Le gustaba trabajar en el jardín con el torso desnudo. Probablemente se acostaba con la

mitad de las mujeres del barrio. Si yo hubiera estado tan bueno como él, habría hecho lo mismo.

Hugo lo miró de arriba abajo, y Wallace se removió, inquieto.

—No estás tan mal.

—Por favor, déjalo. Eres demasiado amable. No lo soporto. ¿Cómo es posible que sigas soltero con todas esas cartas en la manga?

Hugo posó en él los ojos entrecerrados.

—¿Crees que lo decía porque sí?

Abortar misión. Abortar misión.

—Pues... ¿No lo... sé?

—Una caja de sorpresas —repitió, como si eso lo explicara todo.

Wallace dirigió la vista hacia Hugo y se sintió aliviado al comprobar que no le concedía importancia a su torpeza.

—¿Eso es bueno?

—Creo que sí.

Wallace jugueteó con la pintura descascarillada de la barandilla, casi sin darse cuenta.

—Nunca le había parecido muy sorprendente a nadie.

—Siempre hay una primera vez.

Tal vez fue porque las estrellas refulgían y se extendían hasta el infinito en el cielo. O tal vez porque él nunca había mantenido una conversación como la que acababa de tener con Hugo: sincera, abierta, real, sin las fanfarronadas ni el ruido de una vida artificial. O tal vez, solo tal vez, fue porque empezaba a descubrir la verdad en su interior. Fuera cual fuese la razón, no intentó reprimirse cuando dijo:

—Ojalá hubiera conocido antes a alguien como tú.

Hugo se quedó callado un buen rato.

—¿Antes?

Wallace se encogió de hombros, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Antes de morir. Las cosas habrían podido ser distintas. Podríamos haber sido amigos. —Se sintió como si revelara un gran secreto, tan soterrado como abrumador.

—Podemos ser amigos ahora. Nada nos lo impide.

—Nada aparte del pequeño detalle de que estoy muerto, claro.

Se sobresaltó cuando Hugo se apartó de la barandilla con expresión resuelta, y advirtió que alargaba la mano hacia él. Se quedó contemplándola antes de alzar la vista hacia su rostro.

—¿Qué pasa?

Hugo agitó los dedos en el aire.

—Me llamo Hugo Freeman. Un placer conocerte. Creo que deberíamos ser amigos.

—No puedo... —Wallace sacudió la cabeza—. Sabes que no puedo darte la mano.

—Lo sé. Pero tú extiéndela de todos modos.

Él así lo hizo.

Y así, bajo aquel campo de estrellas, Wallace y Hugo, frente a frente, se tendieron la mano el uno al otro. Sus palmas quedaron a solo unos centímetros de distancia y, aunque aún sentía que los separaba un inmenso abismo, Wallace, por un momento, estuvo convencido de que notaba algo. No era exactamente el calor que despedía la piel de Hugo, pero sí algo parecido. Imitó sus movimientos, subiendo y bajando la mano en aquel simulacro de saludo. El cable entre ellos destelló con fuerza.

Por primera vez desde que había contemplado su cuerpo desde arriba, en su despacho, habiendo exhalado su aliento, Wallace experimentó un alivio enorme y profundo.

Era un primer paso.

Y estaba aterrado hasta la médula.

Capítulo 10

Unas noches más tarde, Wallace estaba decidido. Irritado pero decidido.

Se detuvo frente a una silla. Nelson la había bajado de una de las mesas y la había colocado en el centro de la sala. En torno a ellos, la casa se asentaba entre crujidos y chirridos. Oía roncar a Mei en su habitación. Hugo seguramente estaba haciendo lo mismo en algún lugar de la planta de arriba, que Wallace no se había atrevido a visitar por motivos que no habría sabido explicar del todo. Sabía que era por algo relacionado con la puerta, aunque intuía que Hugo también tenía algo que ver.

Los únicos que estaban levantados eran los muertos y, en aquel momento, Wallace no era muy fan de dos terceras partes de ellos. Nelson lo observaba con calma, mientras *Apolo*, echado junto a su butaca, sonreía con cara bobalicona.

—Muy bien —dijo Nelson—. Vamos a ver: ¿qué te he dicho?

Wallace rechinó los dientes.

—Que es una silla.

—¿Y qué más?

—Que tengo que *inesperarla*.

—¿Y?

—Que no puedo forzarlo.

—Exacto —dijo Nelson, como si eso lo explicara todo.

—Nada de esto funciona así.

—Claro —dijo Nelson con sequedad—. Olvidaba que eras un experto en cómo funciona esto... No sé en qué estaría yo pensando.

Wallace dio un gruñido de frustración. No estaba acostumbrado a fracasar, y menos aún de un modo tan espectacular. Cuando Nelson le anunció que iba a empezar a enseñarle el delicado arte de ser un fantasma, había dado por sentado que le pillaría el truco como se lo había pillado a todo en la vida: con gran éxito y pocas contemplaciones hacia quien se cruzara en su camino.

Eso había sido durante la primera hora.

Iban ya por la quinta, y la silla seguía ahí, intacta, mofándose de él.

—A lo mejor está escacharrada —aventuró Wallace—. Deberíamos probar con otra.

—Está bien —dijo Nelson—. Pues baja otra de una mesa.

—¿Seguro que no quieres cruzar al otro lado? —preguntó Wallace—. Porque puedo ir a buscar a Hugo ahora mismo para que te acompañe a la puerta.

—Me echarías demasiado de menos.

—Sigue soñando. —Respiró hondo y exhaló despacio—. *Inesperar. Inesperar. Inesperar.*

Alargó el brazo hacia la silla.

Su mano la atravesó limpiamente.

Y menudo cabreo pilló por ello. Gruñéndole a la silla, le lanzó manotazos una y otra vez, pero siempre la traspasaba, como si la madera (o él) no estuviera allí. Con un grito, intentó asestarle una patada, aunque, por supuesto, su pie atravesó también la silla. El impulso le elevó la pierna, de modo que se tambaleó hacia atrás antes de caer de espaldas. Se quedó mirando el techo, parpadeando.

—Eso ha ido de maravilla —dijo Nelson—. ¿Te sientes mejor?

Se disponía a responder que no, pero se contuvo, porque, curiosamente, sí que se sentía mejor.

—Esto es una chorrada —declaró.

—¿Verdad que sí? —dijo Nelson—. Una chorrada absoluta.

Wallace volvió la cabeza hacia él.

—¿Cuánto tiempo tardaste en cogerle el tranquillo a esto?

Nelson se encogió de hombros.

—No sé si se lo he cogido del todo, pero he de reconocer que me llevó más de una semana.

Wallace se incorporó, ayudándose con los brazos.

—Entonces, ¿por qué piensas que mi caso será distinto?

—Porque me tienes a mí, por supuesto. —Nelson sonrió—. Arriba.

Wallace se levantó.

Nelson señaló la silla con un movimiento de la cabeza.

—Vuelve a intentarlo.

Wallace apretó los puños. Si Nelson podía, él tenía que

conseguirlo también. Desde luego, el viejo no le ofrecía muchos detalles sobre cómo conseguirlo, pero él estaba decidido.

Miró la silla antes de cerrar los ojos. Dejó vagar el pensamiento, pues sabía que, cuanto más concentrado estuviera, peor. Intentó poner la mente en blanco, pero veía lucecitas tras los párpados, como estrellas fugaces; lo que le despertó un recuerdo. Era una trivialidad, algo sin importancia. Acababa de empezar a salir con Naomi. Se ponía nervioso en su presencia. La chica era demasiado guapa para él y más lista que el hambre. Wallace no sabía qué diablos hacía ella con él, cómo habían llegado a estar juntos para empezar. Nunca antes había conseguido algo así, pues era demasiado tímido e inepto para lanzarse. En los últimos meses de instituto y los primeros de universidad, había realizado algunos intentos furtivos. Se había llevado a mujeres a la cama, donde trataba de fingir que sabía lo que hacía, así como algún que otro hombre. Aunque lo que le proporcionaba un poco de emoción, excitante y extraña, eran los torpes escarceos en rincones oscuros. Tardó un tiempo en reconocer para sus adentros que era bisexual, y se sintió aliviado de ponerle por fin un nombre a lo que le ocurría. Y cuando se lo contó a Naomi, algo nervioso pero firme, ella le contestó que no le importaba, que podía ser quien quisiera.

Pero faltaban unos seis meses para aquello. Ahora, estaban en su segunda —¿o tercera?— cita, cenando en un restaurante caro que él no podía permitirse ni en broma pero que suponía que a ella le gustaría. Ambos se habían puesto elegantes —en un sentido muy relativo: las mangas del traje de él eran demasiado cortas y las perneras le llegaban a los tobillos, mientras que ella parecía una modelo con su vestido azul; azul azul—, y un aparcacoches se había llevado su carraca de mierda sin siquiera arquear una ceja. Wallace le había abierto la puerta a ella, que se había burlado de él con una risita grave y gutural. «Vaya, gracias —dijo—. Qué amable eres.»

El jefe de sala los había mirado con recelo y había meneado el pretencioso bigotito cuando Wallace le dio su nombre, con el que había hecho la reserva. Los guio hasta una mesa situada al fondo del restaurante, en medio de un olor a marisco acre y penetrante que a Wallace le provocó que se le retorciera el estómago. Antes de que el jefe de sala pudiera impedirlo, rodeó la mesa a toda prisa para acercarle la silla a Naomi.

Ella se rio de nuevo, sonrojada, y desvió la mirada antes de sentarse.

Él se fijó en lo hermosa que estaba.

Su relación acabaría por desmoronarse. Se arrojarían acusaciones como granadas, sin importarles que ambos se encontraran dentro del radio de explosión. Se querían y habían pasado años buenos, pero eso no bastaba para evitar que todo se viniera abajo. Durante mucho tiempo, Wallace se negó a aceptar su parte de culpa. Ella era la que se había enrollado con el jardinero; ella era la que sabía lo importante que era su trabajo; ella era la que lo había presionado para que fuera a por todas con su propio bufete, pese a que sus padres no le ofrecieron nada más que advertencias siniestras de que acabaría sin un céntimo y en la calle en cosa de un año.

Se dijo que era culpa suya cuando, sentado frente a Naomi en la sala de conferencias del abogado de ella, vio como el hombre le acercaba la silla. Ella le dio las gracias. Llevaba un vestido azul. No era el mismo, claro, pero habría podido serlo. No era el mismo vestido, ni ellos eran las mismas personas que cuando habían salido en aquella segunda o tercera cita, en la que él se había derramado vino en la camisa y le había dado en la boca trozos del carísimo pastel de cangrejo con el tenedor.

Y ahora, en aquel salón de té tan retirado de cuanto había conocido, lo invadió una oleada de tristeza por todo lo que había tenido y luego había perdido. Una silla. No era más que una silla, y ni siquiera era capaz de hacerlo bien. No era de extrañar que le hubiera fallado a Naomi.

—Vaya, vaya, mira por dónde —oyó decir a Nelson en voz baja.

Abrió los ojos.

Estaba sujetando la silla entre las manos. Notaba el tacto de la veta de la madera en los dedos. Se sorprendió tanto que la soltó. El mueble cayó al suelo de forma bastante estrepitosa, pero no se volcó. Miró a Nelson con los ojos desorbitados.

—¡Lo he conseguido!

Nelson dejó al descubierto los dientes que le quedaban con una gran sonrisa.

—¿Lo ves? Solo hacía falta un poco de paciencia. Prueba otra vez.

Volvió a intentarlo.

Sin embargo, esta vez, cuando alargó la mano hacia la silla, se oyó una extraña crepitación antes de que pudiera agarrarla. Los apliques de la pared brillaron con más intensidad por un momento, y la silla salió disparada a través de la sala hasta estrellarse contra la pared del fondo. Quedó tumbada de costado, con una pata rota.

Wallace la contempló boquiabierto.

—No... no era mi intención...

Hasta Nelson parecía estupefacto.

—La leche...

Apolo se puso a ladrar mientras se oían crujidos procedentes del techo. Al cabo de un momento, Hugo y Mei bajaron corriendo la escalera, mirando de un lado a otro con cara de espanto. Mei llevaba un pantalón corto y una camiseta vieja con el cuello dado de sí que le dejaba el hombro al aire, y tenía el cabello enmarañado en torno al rostro.

Hugo no llevaba más que un pantalón corto de pijama. Había metros y metros de piel marrón oscuro expuesta, y Wallace desvió la mirada de aquel pecho flaco y aquel vientre abultado fingiendo que había descubierto algo de lo más interesante en la dirección opuesta.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Mei—. ¿Nos atacan? ¿Alguien intenta entrar por la fuerza? Voy a empezar a repartir hostias como panes.

—Wallace ha lanzado una silla —dijo Nelson mansamente.

Mei y Hugo clavaron la vista en Wallace.

—Traidor —farfulló Wallace. Dirigiéndose a los otros dos, añadió —: No la he lanzado. Solo... la he tirado a la otra punta de la habitación con el poder del pensamiento positivo. —Frunció el ceño —. Tal vez.

Mei se acercó a la silla, se agachó junto a ella y empujó la pata rota con el dedo.

—Ahí va —dijo.

Hugo no miraba la silla.

Seguía observando a Wallace con fijeza.

—¿Qué pasa? —preguntó este, deseando que se lo tragara la tierra.

Hugo sacudió la cabeza despacio.

—Una caja de sorpresas —murmuró, como si eso aclarara algo. Se volvió hacia Nelson—. Estaría bien que no le enseñaras a la gente a

romper mis sillas.

—Bah —dijo Nelson, restándole importancia con un gesto de la mano—. Es solo una silla. Apenas la ha tocado, Hugo. Yo tardé semanas solo en poder sentirla. —Su voz rezumaba un orgullo extraño, y Wallace tuvo que contenerse para no hincharse como un pavo—. Me parece que lleva bastante bien esto de ser un fantasma.

—Sí, destrozándome el mobiliario —dijo Hugo con sarcasmo—. No sé qué estás tramando, pero ya puedes quitártelo de la cabeza.

—No tengo ni idea de qué insinúas —dijo Nelson—. No estoy tramando nada.

Ni siquiera Wallace le creyó. Al fijarse en su cara de pícaro, no quiso ni imaginar qué estaba pensando.

Mei recogió la silla. La pata se desprendió y cayó al suelo.

—No le falta razón, Hugo. ¿Alguna vez habías visto a alguien hacer esto después de solo unos días?

Hugo negó con la cabeza sin despegar los ojos de Wallace.

—No, supongo que no. Qué curioso, ¿no? Por cierto, ¿cómo lo has hecho?

—Me... me ha venido un recuerdo. De cuando era más joven. Algo que pasó un día.

Esperó a que Hugo le preguntara qué había pasado ese día.

—¿Fue algo bueno? —preguntó el barquero en cambio.

Lo era. Pese a todo lo que sucedió después y los errores que cometió, acercarle la silla a Naomi era algo en lo que hacía años que no pensaba, pero que al parecer no había olvidado.

—Creo que sí.

Hugo sonrió.

—Procura dejar mis sillas enteras, si no es mucho pedir.

—No te prometemos nada —dijo Nelson—. Estoy deseando ver qué más es capaz de hacer. Si para eso hay que sacrificar algunas sillas, mala suerte. Ni se te ocurra coartarnos, Hugo. No pienso tolerarlo.

El barquero suspiró.

—Claro que no.

Todos empezaron a seguir una especie de horario. O, mejor dicho, incorporaron a Wallace al que ya tenían. Mei y Hugo se levantaban

antes del amanecer, pestañeando con cara de sueño mientras bostezaban y descendían por la escalera, listos para comenzar otra jornada en Té y Tentempiés El Cruce de Caronte. Al principio, Wallace no sabía cómo se las arreglaban, pues el establecimiento no cerraba ningún día, ni siquiera en fines de semana, y no tenían otros empleados. Mei y Hugo se encargaban de todo; ella se ocupaba por lo general de la cocina durante el día, mientras Hugo anotaba los pedidos en la caja registradora y preparaba el té. Formaban un equipo y se movían el uno alrededor del otro como si bailaran. Wallace notaba un leve tirón en el gancho del pecho cuando los contemplaba.

Durante los primeros días, se quedaba en la cocina, escuchando la música espantosa que ponía Mei y mirando a Hugo a través de los ojos de buey. El barquero saludaba a casi todos los clientes por su nombre, les preguntaba por sus amigos, sus familiares y su trabajo mientras pulsaba las vetustas teclas de la máquina. Se reía con ellos y asentía mientras escuchaba pacientemente incluso a los más parlanchines. De vez en cuando, se volvía hacia las puertas de la cocina y veía a Wallace mirándolo desde el otro lado. Le dedicaba una breve sonrisa antes de atender a la siguiente persona de la cola.

Fue en su octavo día en la tetería cuando Wallace tomó una decisión. Se había pasado buena parte de la mañana armándose de valor, preguntándose por qué le costaba tanto. La gente que había en el local no podía verlo. Jamás se enteraría de que estaba ahí.

Mei estaba contándole que en su intento de hacer té había estado a punto de provocar un incendio en la cocina, por lo que desde entonces tenía prohibido volver a tocar una hoja de té en la vida.

—Hugo estaba horrorizado —dijo, agachándose para echar un vistazo a un lote de galletas que estaban en el horno—. Cualquiera habría pensado que lo había apuñalado por la espalda o algo así. Me parece que se están quemando. O a lo mejor se supone que deben tener esa pinta.

—Ajá —dijo Wallace, distraído—. Me voy ahí fuera.

—Sí, ¿verdad? No fue tan terrible. Se produjeron unos pocos daños por humo, pero... Un momento. ¿Qué?

—Me voy ahí fuera —repitió él. Sin esperar respuesta, atravesó las puertas y salió al salón de té.

Una parte de él aún esperaba que todos se interrumpieran a media frase y desplazaran lentamente la mirada hacia él. A pesar de

que había logrado mover una silla —y solo rompió dos más, aunque una dejó abolladuras en el techo porque le pegó sin querer una patada con todas sus fuerzas—, aún no había descubierto la manera de cambiarse de ropa. Sus chanclas golpeteaban el suelo, y la camiseta vieja y el chándal le infundían una extraña sensación de vulnerabilidad.

Pero nadie le prestó la menor atención. Continuaron con sus cosas como si él no estuviera ahí.

No sabía si sentir alivio o decepción.

Antes de que pudiera decidirse, notó una mirada puesta en él y volvió la vista hacia el mostrador. Una señora mayor diminuta parloteaba sin parar sobre lo fundamental que era que no hubiese frutos secos en su magdalena, pues bastaba con que los tocara para que se le cerrara la garganta y sufriera una muerte atroz: «Hugo, sé que te lo he dicho antes, pero es muy importante».

—Claro —respondió Hugo, aunque no la miraba a ella.

Observaba a Wallace, con aquella sonrisa discreta en los labios.

—No hagas una montaña de esto —murmuró Wallace.

—Ni se me pasaría por la cabeza —dijo Hugo.

—Gracias —dijo la señora mayor—. Se me inflama la lengua, la cara se me hincha como un globo y doy bastante miedo. ¡Nada de frutos secos, Hugo! Ni siquiera el trocito más pequeño.

A partir de entonces, Wallace pasaba casi todos los días en la zona de mesas de la tetería.

Nelson estaba entusiasmado.

—Al escuchar las conversaciones de la gente, uno se entera de cosas de lo más curiosas —le dijo a Wallace mientras se paseaban entre las mesas—. La gente no es muy cuidadosa con sus secretos, ni siquiera cuando está en un lugar público. Y en realidad no es cotillear.

—Ya, estoy contigo. No es cotillear para nada.

Nelson se encogió de hombros.

—Con algo hay que entretenerse. A Hugo no parece importarle, siempre y cuando no interfiramos.

—Me importa mucho —masculló Hugo al cruzarse con ellos mientras le llevaba una bandeja de té a una pareja sentada junto a la ventana.

—No lo dice en serio —susurró Nelson—. Ah, mira: la señora Benson ha venido con sus amigas. Hablan de culos todo el rato. Vamos

a escucharlas.

En efecto, hablaban de culos, incluido el de Hugo. Prorrumpían en risitas tontas mientras lo miraban y le hacían ojitos cuando se acercaba a la mesa para preguntar si se les ofrecía algo más.

—Huy, la de cosas que le dejaría hacerme —musitó una de las mujeres, al tiempo que Hugo alargaba el brazo hacia la pizarra colgada encima del mostrador para anotar la especialidad del día: infusión de melisa.

—Mi madre habría dicho que tiene manos de pianista —añadió otra de las mujeres.

—Yo desde luego le dejaría tocarme el piano —murmuró la señora Benson, haciendo girar su alianza hortera—. Y por piano me refiero a...

—Por favor —dijo una tercera mujer—. Pero si es un gay de esos. Te faltan algunas piezas clave para averiguar lo que es capaz de hacer con esos dedos.

—Atento —musitó Nelson, propinándole a Wallace un codazo suave en el estómago. A continuación, elevó la voz hasta un grito—: ¡Oye, Hugo! Hugo. ¡Otra vez están diciendo cosas inapropiadas sobre tus dedos, y Wallace se ha puesto como un tomate!

A Hugo se le rompió la tiza que sujetaba y se apartó con brusquedad de la pizarra, haciendo entrechocar las tazas que estaban sobre el mostrador.

Nelson soltó una risotada malévola mientras su nieto los fulminaba a los dos con los ojos, ignorando las miradas de curiosidad de los clientes.

—Disculpen —dijo—. Ha sido un pequeño resbalón.

—No me he puesto como un tomate —le gruñó Wallace a Nelson.

—Un poquito sí —repuso Nelson—. No sabía que conservabas esa capacidad. ¿Quieres que añada algo para ver si te pones más rojo todavía?

Wallace debería haberse quedado en la cocina.

La mujer regresó. No acudía a diario, y unas veces se presentaba por la mañana, y otras, a última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a ocultarse.

La rutina era siempre la misma. Se sentaba a la mesa situada

junto a la ventana. Mei salía de la cocina para ocuparse de la caja registradora, y Hugo le llevaba una bandeja de té con una sola taza que depositaba sobre la mesa. Se sentaba frente a ella, con las manos entrelazadas sobre la mesa, y aguardaba.

La mujer —Nancy— apenas parecía reparar en su presencia, pero Wallace advertía cierta tirantez en torno a sus ojos cuando Hugo retiraba su silla y se sentaba.

Algunos días parecía llena de rabia, le relampagueaban los ojos y la piel se le tensaba sobre las demacradas mejillas. Otros días, iba encorvada y apenas levantaba la cabeza. Pero siempre parecía cansada, como si también fuera un fantasma y ya no pudiera dormir. A Wallace se le encogía el estómago y no entendía cómo Hugo era capaz de soportarlo.

Guardaba las distancias con ella. También Nelson.

El viejo vio que la mujer echaba su silla hacia atrás con un chirrido y se ponía de pie.

—Estaré aquí —aseguró Hugo, y Nancy detuvo sus pasos—. Siempre. Cuando estés lista, aquí me encontrarás. —Era lo que le decía siempre que ella se disponía a marcharse. Y en cada ocasión, ella se paraba en seco como si lo escuchara.

Pero nunca respondía.

Por lo general, Hugo recogía la bandeja con un suspiro y la llevaba de vuelta a la cocina, donde se quedaba unos momentos, mientras Mei contemplaba las puertas con cara de preocupación. Al cabo de un rato, él volvía a salir, como si nada hubiera ocurrido.

Pero aquel día fue distinto.

Ese día, la puerta de la calle se cerró de golpe, haciendo temblar el marco.

Hugo la siguió con la mirada desde la ventana mientras ella se alejaba por el camino con los hombros caídos y arrebujándose en el abrigo para resguardarse del fresco.

Cuando desapareció de la vista, él se levantó, pero no recogió la bandeja. Se fue detrás del mostrador y revolvió en un cajón hasta que sacó unas llaves.

—Enseguida vuelvo —le anunció a Mei.

Ella asintió.

—Tómate tu tiempo. Nosotros nos encargamos de todo mientras tanto. Si sucede algo, te aviso.

—Gracias, Mei.

A Wallace le causó una inexplicable preocupación que Hugo saliera del salón de té sin decir una palabra más. De pie frente a la ventana, observó a Hugo dirigirse hacia su escúter. Pasó una pierna por encima antes de acomodarse en el asiento. Arrancó con un rugido del motor, levantando polvo con las ruedas.

Wallace se preguntó qué se sentiría al ir de paquete con él, protegido del viento por la espalda de Hugo, abrazándolo por la cintura. Este pensamiento melancólico cedió el paso a un extraño pánico creciente.

—¿Se va? —preguntó con voz aguda y áspera. El cable se estiraba y se estiraba mientras Hugo desaparecía tras una curva—. Creía que no podía... —Tragó en seco, reprimiendo a duras penas el impulso de salir corriendo tras Hugo. Temía que el cable se partiera. Pero esto no ocurrió.

—No irá muy lejos —le dijo Nelson desde su sillón—. Nunca lo hace. Solo va a dar una vuelta para aclararse las ideas. Volverá, Wallace. Él no nos abandonaría.

—Porque no puede —dijo Wallace con aire sombrío.

—Porque no quiere —repuso Nelson—. No es lo mismo.

Como no tenía nada mejor que hacer, Wallace se quedó junto a la ventana. No se fijó en Mei cuando esta colgó el letrero de CERRADO después de que se marchara el último cliente de El Cruce de Caronte. No se fijó en *Apolo*, que le olisqueaba los dedos. No se fijó en Nelson, que estaba sentado frente a la chimenea.

Ya había oscurecido cuando Hugo regresó.

Wallace lo recibió en la puerta.

—Hola —dijo.

—Buenas —respondió Hugo—. Siento lo ocurrido. Me...

Wallace sacudió la cabeza.

—No tienes por qué darme explicaciones. —Preso de una rara inseguridad, bajó la vista a sus pies—. Tienes derecho a ir a donde te plazca. —Torció el gesto al percatarse de que esto no era del todo cierto.

Se impuso un breve silencio.

—Ven —dijo Hugo entonces—. Vamos afuera.

Esa noche no conversaron. En vez de eso, se quedaron de pie, casi rozándose los hombros. Cada vez que Wallace abría la boca para decir

algo, cualquier cosa, acababa por reprimirse. Se le antojaba todo tan... trivial, tan poco importante... Así que permaneció callado, preguntándose por qué sentía esa necesidad constante de llenar el silencio.

Y miraba a Hugo con el rabillo del ojo, con la remota esperanza de que bastara con eso.

—Gracias, Wallace —dijo Hugo cuando se disponían a entrar de nuevo para irse a dormir—. Lo necesitaba. —Dio unos golpecitos con los nudillos en la barandilla de la terraza antes de encaminarse hacia la puerta.

Wallace se quedó mirándolo, con un nudo en la garganta.

Capítulo 11

El decimotercer día de la estancia de Wallace Price en El Cruce de Caronte, ocurrieron dos cosas dignas de mención.

La primera fue inesperada.

La segunda también, aunque el caos subsiguiente se le habría podido achacar con rotundidad a Mei, y nadie podría convencer a Wallace de lo contrario, a pesar de que, en gran parte, la culpa había sido suya.

Era temprano por la mañana. Los despertadores no tardarían en sonar para dar comienzo a otra jornada en la tetería. Hugo y Mei dormían.

Wallace, por su parte, habría deseado estar en cualquier otro sitio.

—¿Quieres dejar de pegarme? —espetó, frotándose el brazo en el que había recibido un bastonazo por centésima vez, o al menos eso le parecía.

—No estás haciéndolo bien —dijo Nelson—. Tengo entendido que no eres un hombre acostumbrado a fracasar, así que ¿por qué se te da tan bien?

Apolo mostró su conformidad con un ladrido suave y miró a Wallace con la cabeza ladeada y las orejas tiesas.

—Voy a fabricarme un bastón y a darte con él. A ver si te gusta.

—Huy, qué miedo —dijo Nelson—. Venga, fabrica un bastón a partir de la nada. Desde luego prefiero eso que estar aquí esperando a que encuentres el modo de cambiarte de ropa. Así al menos pasaría algo. —Exhaló un suspiro dramático—. Qué pena. Y yo que creía que tú eras diferente. Supongo que lo de la silla fue pura chiripa.

Wallace se mordió la lengua para no contestarle una impertinencia cuando notó un hormigueo en la planta de los pies. Bajó la mirada. Las chanclas habían desaparecido.

—Ahí va —susurró—. ¿Cómo he...?

—Por lo visto, reaccionas a la ira más que a cualquier otra cosa —dijo Nelson alegremente—. Es raro, pero ¿quién soy yo para juzgarte? Puedo arrearte otra vez, si crees que eso ayudaría.

—No, no me arrees —dijo Wallace—. Solo... espera un momento. —Observó sus pies con expresión ceñuda. Notaba el suelo contra los talones. Tenía una miga de galleta entre los dedos de los pies. Visualizó sus Berluti Scritto de piel, que costaban más de lo que muchas personas ganaban en un mes.

No se materializaron.

En vez de eso, de pronto calzaba unas zapatillas de *ballet*.

—¡Anda! —exclamó Nelson, echando también un vistazo a los pies de Wallace—. Eso sí que es... distinto. No sabía que fueras bailarín. —Alzó los ojos entornados hacia su rostro—. Tienes buenas piernas para eso, supongo.

—Pero ¿qué os pasa con mis piernas? —soltó Wallace. Sin esperar respuesta, agregó—: No sé qué ha sucedido.

—Ya, igual que tampoco sabes cómo sucedió lo del bikini. Te creo al cien por cien.

Wallace le gruñó, pero en ese instante las zapatillas de *ballet* se esfumaron y en su lugar aparecieron unas viejas zapatillas de deporte. Luego, unas pantuflas. Y luego las chanclas otra vez. Después, unas botas camperas, con espuelas y todo. Y luego, para su horror, unas sandalias marrones con calcetines azules.

Preso de un pánico creciente, se puso a saltar sobre uno y otro pie mientras *Apolo* danzaba en torno a él entre ladridos de entusiasmo.

—Ay, madre, ¿cómo hago que pare? ¿Por qué no para?

Nelson le miró los pies, con el ceño arrugado, en el momento en que las sandalias y los calcetines cedían el paso a unos zapatos de tacón, más adecuados para una bailarina exótica en el escenario bajo una lluvia de billetes. Wallace se elevó diez centímetros de repente y volvió a caer cuando los tacones se convirtieron en botas de goma amarillas con dibujos de patitos.

—A ver —dijo Nelson—, deja que te ayude.

Le asestó un estacazo en las espinillas con el bastón.

—Ay —gritó Wallace, agachándose para frotarse las piernas—. No hacía falta que...

—Bueno, he conseguido pararlo, ¿no?

Era verdad. Wallace llevaba ahora... ¿botas de fútbol? En la vida

había jugado al fútbol, así que nunca había usado botas de ese tipo. Claro que tampoco había usado tacones de aguja ni un bikini, pero no por eso dejaba de ser una elección extraña, aunque no estaba seguro de que «elección» fuera la palabra más apropiada.

—Esto es ridículo —masculló mientras *Apolo* le olfateaba las botas antes de lanzar un estornudo repugnante.

—En efecto —convino Nelson—. Quién iba a pensar que eras tan ecléctico. A lo mejor son simples manifestaciones de tus deseos más íntimos.

—Lo dudo muchísimo. —Wallace dio un paso tentativo, al no estar familiarizado con las botas de fútbol. Aguardó a que desaparecieran o se transformaran en otra cosa. Esto no ocurrió. Suspiró aliviado y cerró los ojos—. Me parece que ya está.

—Pues... no sé qué decirte... —titubeó Nelson.

A Wallace no le gustó cómo sonaba eso. Volvió a abrir los ojos.

El chándal había desaparecido.

También la camiseta de los Rolling Stones.

Las botas de fútbol seguían ahí —menos mal—, pero estaba enfundado en un mono de licra que no dejaba nada de nada a la imaginación. Para colmo, no se trataba de un mono de licra normal y corriente, no. Porque, al parecer, para Wallace la otra vida era una farsa absoluta, el mono llevaba estampada la silueta de un esqueleto, como un disfraz de Halloween, aunque estaban a finales de marzo.

Fue entonces cuando Wallace cayó en la cuenta de lo terrible que era todo. Se lo dijo a Nelson con aire afligido mientras se tiraba de la tela y veía cómo se estiraba. Ahuyentó al perro cuando intentó arrancarle la licra a mordiscos.

—Podría ser peor —aseveró Nelson, echándole una mirada de hito en hito que Wallace estaba convencido de que era ilegal en al menos quince estados—. Aun así, te felicito por lo bien equipado que estás. El tamaño no importa, claro, pero por lo visto no tienes nada de qué preocuparte en ese aspecto.

—Gracias —respondió Wallace, distraído, mientras *Apolo* se le apretujaba entre las piernas intentando pasarle por debajo, con la lengua colgando y una expresión bobalicona de alegría. Con efecto retardado, dijo—: Perdona, ¿cómo has dicho?

Cuando Hugo y Mei bajaron, el pánico se había apoderado por completo de Wallace, que en ese momento no llevaba más que unos

calzoncillos de colores chillones y unas botas de polipiel que le llegaban hasta el muslo. Nelson perdía poco a poco la compostura mientras Wallace se tambaleaba de un lado a otro, prometiéndole a quien quisiera escucharlo que jamás volvería a quejarse del chándal y las chanclas. Se interrumpió al advertir que los recién llegados lo observaban con ojos soñolientos.

—Puedo explicarlo todo —afirmó Wallace, tapándose lo mejor que pudo. Al parecer, *Apolo* decidió que esto no estaba bien, pues le mordisqueó la mano y tiró de ella.

—Es demasiado temprano para esto —murmuró Mei, lo que no le impidió recrearse la vista mientras se dirigía hacia la cocina.

—Has tenido una noche movidita —comentó Hugo con suavidad.

Wallace le lanzó una mirada hostil.

—Esto no es lo que parece.

Hugo se encogió de hombros mientras *Apolo* daba vueltas alrededor de sus piernas.

—Te creo, más que nada porque no tengo ni idea de qué es lo que se supone que parece.

—Al lado de eso, mi vistoso traje de primavera no es más que un montón de harapos —dijo Nelson, frotándose los ojos.

Wallace palideció cuando Hugo se le acercó retorciendo los dedos a los costados. Suponía que iba a burlarse de él, pero no fue así.

—Ya le pillarás el truco —aseguró—. No es fácil, o al menos eso me han dicho, pero creo que encontrarás la manera. —Ladeó la cabeza con el ceño fruncido. Alargó el brazo hacia Wallace, pero se detuvo—. Si te quedas aquí durante el tiempo suficiente, claro. —Esbozó una sonrisa tensa.

Y allí estaba: el tema que Wallace había evitado de forma meticulosa. Después de sus primeros días en aquel lugar, no había habido más conversaciones sobre cruces, puertas o lo que había más allá de la vida a medias que Wallace estaba llevando en la tetería. Había estado agradecido por ello, pero temeroso de que Hugo volviera a sacarlo a colación en cualquier momento. No lo hizo, por lo que Wallace casi se había convencido de que el asunto estaba olvidado. Evidentemente, Hugo no lo había olvidado. Era su trabajo. La situación de Wallace no era permanente. Nunca lo era, y había sido iluso por creer lo contrario.

No sabía qué decir. Tenía miedo de lo que Hugo haría a

continuación.

—Más vale que me ponga a trabajar —dijo este, con una extraña aspereza en la voz. Se volvió hacia la cocina, y *Apolo* lo siguió hacia las puertas, haciendo cabriolas en torno a sus pies.

—Ay, madre —dijo Nelson.

—¿Qué pasa? —preguntó Wallace, mirando cómo Hugo se alejaba y notando que el gancho en el pecho le pesaba más que nunca.

Nelson dudó unos instantes antes de sacudir la cabeza.

—Yo... No, nada. No te preocupes.

—Sí, claro. Porque basta que alguien me diga que no me preocupe para que deje de preocuparme.

Nelson suspiró.

—Concéntrate. A menos que estés contento con la ropa que llevas, claro.

Así que volvieron a empezar mientras el sol ascendía, bañando de una luz fría el suelo y la pared.

Cuando se produjo el segundo suceso digno de mención en el decimotercer día de Wallace en la tetería, había conseguido vestirse con vaqueros y un jersey que le venía grande y cuyas mangas le colgaban de los brazos. Las botas se habían desvanecido. En su lugar había un par de mocasines. Había acariciado la idea de intentar materializar uno de sus trajes, pero la había descartado tras una larga reflexión. El propósito de un buen traje era demostrar poder. Bien llevado, podía conferirle a la figura un aire intimidante y transmitir con claridad el mensaje de que el portador era una persona importante que sabía de lo que hablaba, aunque no fuera cierto. Pero en aquel lugar, ¿de qué le serviría?

«De nada», pensó Wallace. Y de ahí los vaqueros y el jersey.

En el establecimiento, en torno a ellos, reinaba un barullo considerable —aunque todavía no era mediodía, ya empezaba a formarse el gentío de la hora del almuerzo—, pero Wallace estaba demasiado impresionado consigo mismo como para darse cuenta. Le parecía increíble que una nimiedad como una indumentaria nueva pudiera aportarle tanta serenidad.

—Ya está —dijo, tras esperar diez minutos para asegurarse de que no lo había conseguido de chiripa—. Esto es más decente, ¿no?

—Depende de a quién se lo preguntes —dijo Nelson entre dientes.

Wallace lo miró, entrecerrando los ojos.

—¿Qué?

—A lo mejor a algunas personas les gustaba más tu atuendo que a otras.

Wallace no sabía cómo reaccionar a eso.

—Ah, sí, bueno... ¿Gracias? Me siento halagado, pero me temo que tú y yo no somos...

Nelson soltó un bufido.

—Ya, era de esperarse. No siempre ves lo que tienes delante de las narices, ¿verdad, letrado?

Wallace parpadeó.

—¿Qué es lo que tengo delante de las narices?

Nelson se recostó en el sillón, alzando la cara hacia el techo.

—Qué pregunta tan profunda y trascendental. ¿Te la planteas a menudo?

—No —dijo Wallace.

Nelson se rio.

—Qué refrescante. Desalentador pero refrescante. ¿Cómo van tus conversaciones con Hugo?

El latigazo dialéctico pilló a Wallace por sorpresa y lo llevó a preguntarse si Nelson se había apropiado de uno de sus trucos profesionales.

—Pues... van. —Tal vez esto era un eufemismo. Las últimas noches, no habían charlado sobre nada en especial. La víspera, habían discutido durante casi una hora sobre si las trampas en el Scrabble resultaban aceptables en ciertas circunstancias, sobre todo cuando uno jugaba contra un políglota. Wallace no sabía muy bien cómo había concluido la conversación, pero estaba convencido de que Hugo se equivocaba. Siempre resultaba aceptable hacer trampas en el Scrabble contra un políglota.

—¿Te ayudan en algo?

—No estoy seguro —reconoció Wallace—. No sé qué se supone que debo hacer.

Nelson no mostró la menor sorpresa.

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

—Ya estás con tus gilipolleces crípticas —farfulló Wallace—.

¿Qué te crees que estoy...?

No tuvo la oportunidad de terminar la frase.

Notó un cosquilleo en lo más recóndito de su mente.

Arrugando el ceño, irguió la cabeza para mirar alrededor.

Todo parecía igual que siempre. Los clientes estaban sentados a las mesas, con humeantes tazas de té y café entre las manos. Reían y charlaban, y el rumor monótono de sus voces resonaba en la sala. Se había formado una pequeña cola frente al mostrador, y Hugo estaba metiendo pastelitos en una bolsa de papel para un joven con mono de mecánico y las yemas de los dedos manchadas de aceite. Wallace oía el sonido de la radio procedente de las puertas de la cocina. Alcanzaba a entrever a Mei a través de los ojos de buey, que iba y venía entre las encimeras.

—¿Qué pasa? —preguntó Nelson.

—No... no lo sé. ¿Has sentido eso?

Nelson se inclinó hacia delante.

—¿Sentido el qué?

Wallace no estaba seguro.

—Es como si... —Dirigió la vista hacia la entrada principal—. Algo se acerca.

La puerta se abrió.

Entraron dos hombres. Llevaban traje negro y zapatos lustrosos. Uno era rechoncho y bajo, como si hubiera topado con un techo invisible durante sus años de crecimiento y se hubiera expandido hacia los costados en vez de hacia arriba. Una capa de sudor le relucía en la frente, y sus ojos pequeños y brillantes recorrían veloces el interior del establecimiento.

El otro hombre no podía ser más distinto. Aunque llevaba una indumentaria similar, era delgado como un palillo y casi tan alto como Wallace. El traje le caía ancho desde los hombros y la cintura. Parecía un saco de huesos. Llevaba un viejo maletín con los lados desgastados y descascarillados.

Se apostaron uno a cada lado de la puerta, completamente inmóviles.

El ruido del salón de té al mediodía cesó de golpe cuando todos posaron la vista en los recién llegados.

—Ay, no —murmuró Nelson—. Otra vez no. A Mei no le va a gustar un pelo.

Antes de que Wallace pudiera preguntarle a qué se refería, una tercera persona apareció en la entrada. Era una visión extraña. Parecía joven; aparentaba más o menos los mismos años que Hugo, o tal vez menos. Era tan menuda que a duras penas le llegaba al hombro al desconocido bajo y rechoncho. Se movía con mucha seguridad en sí misma, tenía los ojos chispeantes, una melena rojiza crespa bajo un anticuado sombrero de fieltro con una pluma de cuervo enhiesta y prendida en la cinta. El resto de su atuendo seguramente habría estado en boga a finales del siglo XIX. Calzaba unos botines con gruesos cordones encima de unas medias negras. El vestido, que le llegaba a la pantorrilla, era de una tela negra y roja de aspecto pesado. Lo llevaba ceñido a la cintura, y el escote pronunciado dejaba al descubierto el busto pálido y generoso. Sus guantes blancos hacían juego con el chal de *pashmina* que le cubría los hombros.

Todas las miradas estaban clavadas en ella.

Sin inmutarse por ello, acercó una mano a la otra y procedió a quitarse el guante tirando de un dedo tras otro.

—Sí —dijo con una voz más profunda de la que Wallace esperaba. Sonaba como si se fumara al menos dos paquetes de tabaco al día desde que había aprendido a andar—. Hoy tengo una sensación... distinta.

—Yo también —dijo el Rechoncho.

—Indudablemente —dijo el Delgado.

La mujer se desprendió del guante de la mano izquierda antes de tenderla ante sí, con la palma hacia el techo. Meneó los deditos.

—Muy distinta. Creo que hoy encontraremos lo que buscamos. —Bajando la mano, se encaminó hacia el mostrador, haciendo crujir las tablas del suelo con cada paso.

Los parroquianos se pusieron a cuchichear mientras los dos hombres comenzaban a seguirla. Pasaron junto a Wallace y Nelson sin siquiera dirigirles una mirada. Fuera quien fuese esa mujer, no era la Gerente cuya visita Wallace había estado temiendo. A menos que estuviera haciendo caso omiso de él a propósito para evaluar su reacción. Wallace mantuvo una expresión neutra, aunque se le había puesto la carne de gallina.

Hugo, por su parte, no parecía tan alterado como Wallace se sentía. En todo caso, había adoptado una actitud de resignación. Los clientes frente al mostrador se dispersaron a medida que la mujer se

aproximaba.

—¿Otra vez por aquí, tan pronto? —preguntó Hugo con voz tranquila.

—Hugo —dijo ella a manera de saludo—. Supongo que no me pondrás las cosas difíciles, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Sabe que siempre será bienvenida, señorita Tripplethorne. El Cruce de Caronte está abierto a todo el mundo.

—Ah —susurró ella—. Pero qué adorable eres, ladrón. ¿Abierto a todo el mundo, dices? ¿A qué te refieres con eso?

—Ya sabe a qué me refiero.

La mujer se inclinó hacia él. A Wallace esto le recordó a un documental que había visto sobre los ritos de apareamiento de las aves del paraíso, que exhibían su plumaje de forma ostentosa. Saltaba a la vista que ella era consciente de sus cualidades más... destacables.

—Lo sé. Y tú sabes a qué me refería yo, encanto. No creas que me engañas. Las cosas que he visto en el mundo bastarían para llenarte el corazón de espanto. —Deslizó el dedo por el dorso de la mano que Hugo tenía sobre el mostrador.

—No me cabe la menor duda —dijo Hugo—. Mientras no moleste a mis otros clientes, y no se le acerque...

—Joder, lo que faltaba —rezongó una voz. Las puertas de detrás del mostrador se abrieron de golpe y chocaron contra la pared, haciendo tintinear los tarros de té, y Mei salió de la cocina dando grandes zancadas, con una toalla pequeña entre las manos.

—... a Mei, todo irá bien —concluyó Hugo.

—Mei —dijo la mujer con un desprecio poco disimulado.

—Desdémona —gruñó Mei.

—Veo que sigues relegada a la cocina. Me alegro por ti.

Hugo logró refrenar a Mei antes de que se abalanzara por encima del mostrador.

La mujer —Desdémona Tripplethorne, un nombre difícil de pronunciar donde los haya— permaneció impasible. Golpeteándose la mano con los guantes, escrutó a Mei con aire desdeñoso.

—Deberías hacerte mirar esos arranques de ira, reina. Son impropios de una dama, incluso de una como tú. Hugo, tomaré mi té en la mesa habitual. Los espíritus están inquietos hoy aquí, y no pienso desperdiciar la oportunidad.

Mei no estaba dispuesta a dejarle pasar aquello.

—Coge ese té y métetelo por el... —Su amenaza, fuera cual fuese, quedó en el aire porque Hugo se la llevó a rastras de vuelta a la cocina.

Desdémona se volvió para estudiar a todos los clientes que la miraban. Curvó el labio en algo muy parecido a una mueca displicente.

—Ustedes a lo suyo —les dijo—. Nos ocupamos de asuntos que escapan a su entendimiento terrenal. Hale, aquí no hay nada que ver.

Todos apartaron la vista casi de inmediato, y los susurros se tornaron frenéticos.

Nelson agarró a Wallace de la mano y tiró de él hacia la cocina. Antes de atravesar las puertas, miró hacia atrás y vio que la mujer y los dos hombres se alejaban hacia una mesa situada cerca de la pared del fondo, bajo el póster enmarcado de las pirámides. Ella frotó la superficie de la mesa con el dedo antes de sacudir la cabeza con desaprobación.

—... y, si me dejas, le echaré solo un poquito de veneno en el té —le decía Mei a Hugo cuando entraron en la cocina. *Apolo*, sentado junto a ella con la oreja caída, alternaba la vista entre uno y otro—. No tanto como para matarla, pero lo suficiente para que se considere un delito mayor por el que estaría encantada de cumplir una pena de prisión. Sería una situación beneficiosa para todos.

Hugo parecía horrorizado.

—No puedes echar a perder el té así. Cada taza es especial, y si la envenenas solo estropearás el sabor.

—Si el veneno es insípido, no —replicó Mei—. Estoy bastante segura de haber leído que el arsénico no sabe a nada. —Hizo una pausa—. Aunque no sabría dónde conseguir arsénico en estos momentos. Me cago en la leche. Debería haberlo investigado después de su última visita.

—No asesinamos a la gente —dijo Hugo, y a Wallace le dio la impresión de que no era la primera vez.

—¿Podemos lisiarla, al menos?

—No, eso tampoco —respondió Hugo.

Ella cruzó los brazos, enfurruñada.

—Nada nos lo impide. Tú me dijiste que siempre hay que luchar por alcanzar nuestros sueños.

—No estaba pensando en asesinatos cuando te lo dije —repuso Hugo con sequedad.

—Eso es porque te conformas con poco. Hazlo a lo grande, o no lo hagas. —Se volvió hacia Wallace—. Díselo. Estás de mi parte, ¿no? Y sabes más de leyes que cualquiera de nosotros. ¿Qué dicen acerca de matar a alguien que se lo merece?

—Es ilegal —aseveró Wallace.

—Bueno, pero no totalmente ilegal, ¿no? El homicidio justificado existe, creo.

—A ver, siempre es posible declararse no culpable por incapacidad mental, pero es difícil que cuele...

Mei asintió enérgicamente.

—Eso es. Esa será mi estrategia de defensa. Estoy tan chalada que no sabía lo que hacía cuando le eché arsénico en el té.

Wallace se encogió de hombros.

—Como no me citarás como testigo, tampoco podré declarar que hubo premeditación.

—Eso no ayuda —dijo Hugo.

Seguramente no, pero en el fondo no creía que Mei quisiera asesinar a alguien de verdad. Al menos, eso esperaba.

—¿Qué le pasa a esa mujer? ¿Quién es? ¿Qué ha hecho aparte de tener un nombre espantoso?

—Se hace llamar médium —espetó Mei—. Una espiritista. Además, está colada por Hugo.

El aludido suspiró.

—Eso no es verdad.

—Sí, claro —dijo Nelson—. Porque todo el mundo pone las domingas sobre el mostrador como ella. Es totalmente normal.

—Es inofensiva —aseguró Hugo, como si intentara convencer a Wallace—. Viene una vez cada pocos meses y monta una sesión de espiritismo. Pero, como nunca pasa nada, se marcha. Los numeritos no duran mucho y no hacen daño a nadie.

—¡Pero ¿tú te estás oyendo?! —exclamó Mei.

Wallace se había quedado dándole vueltas a lo de que Desdémona estaba «colada» por Hugo. Le había sentado peor de lo que habría imaginado.

—Creía que eras gay.

Hugo lo miró, descolocado.

—Es que... lo soy.

—Entonces, ¿por qué flirtea ella contigo?

—Pues... no lo sé.

—Porque es una arpía —dijo Mei—. Literalmente la peor persona que existe. —Echó a andar de un lado a otro—. Nos da mala fama a las personas como yo. Estafa a la gente asegurándole que le ayudará a comunicarse con sus difuntos. Es asqueroso. Lo único que hace en realidad es infundirles falsas esperanzas y decirles lo que quieren oír. No tiene ni idea de todo por lo que he pasado, y aunque la tuviera, dudo que eso la fuese a disuadir. Entra aquí pavoneándose, como si fuera la dueña del local, y pone en ridículo nuestra profesión.

Hugo exhaló.

—No podemos echarla sin más, Mei.

—Sí que podemos —replicó ella—. Es muy fácil. Fíjate, voy a hacerlo ahora mismo.

Él la sujetó antes de que saliera en tromba por las puertas batientes.

Por un momento, Wallace creyó que en realidad todo era teatro. Que Mei estaba exagerando la nota, representando un papel. Pero tenía la boca torcida de una manera que él nunca había visto, y un brillo en los ojos que unos instantes atrás no estaba ahí. Se mordisqueaba el labio inferior y pestañeaba muy seguido. Wallace recordó lo que le había contado sobre lo difícil que habían sido las cosas para ella cuando era más joven, cuando intentaba decirles a los demás que algo iba mal y ellos no le hacían caso.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó.

—Usa una güija —dijo Nelson—. Según ella, la encontró en una tienda de antigüedades, y había pertenecido a unos satanistas del siglo XIX. Lleva una pegatina en la parte de abajo que dice que la fabricó Hasbro en 2004.

—Porque es una embustera de mierda —soltó Mei.

—Poco más o menos —dijo Nelson—. Además, lo graba todo y lo cuelga en internet. Mei la buscó una vez. Tiene un canal de YouTube llamado *Las sexisesiones de Desdémona Tripplethorne*. —Hizo una mueca —. No se trata precisamente de contenido de calidad, en mi opinión, pero qué sabré yo.

—Pero... —titubeó Wallace—. ¿Qué tiene de malo que le diga a la gente lo que quiere oír?

A Mei le llamearon los ojos.

—Que les miente. Aunque les haga sentir mejor, los está embaucando. No sabe nada de lo que hacemos o de lo que sucede después. ¿A ti te gustaría que te mintieran?

No, Wallace supuso que no le gustaría. Sin embargo, también entendía el otro punto de vista, y si la gente estaba dispuesta a dar dinero a cambio de consuelo, ¿acaso no estaba en su derecho?

—¿Ella cobra por hacer eso?

Mei asintió. Hugo la abrazó por los hombros, pero ella se lo sacudió de encima.

—Después de lo que le hizo a Nancy, pensaba que la tendrías calada. Pero ya veo que no.

Hugo se desinfló.

—Me... —Se frotó la cara—. Fue decisión suya, Mei.

—¿Qué le hizo a Nancy? —inquirió Wallace.

Todos se quedaron mirándolo en medio de un silencio ensordecedor. Wallace se preguntó en qué nuevo jardín acababa de meterse.

—Encontró a Nancy —dijo Mei al fin—. O Nancy la encontró a ella. No sé quién encontró a quién, pero tanto da. Lo que importa es que Desdémona le llenó la cabeza de todo tipo de chorradas sobre espíritus y su capacidad de comunicarse con ellos. Le dio falsas esperanzas, y eso fue lo más cruel que habría podido hacer. Nancy la creyó cuando le aseguró que podía ayudarla. Entonces se pasó por aquí y parecía más viva que nunca desde que vino por primera vez. Nada sucedió. Nancy se quedó destrozada, pero Desdémona le cobró sus honorarios de todos modos. —Cuando finalizó su relato, Mei tenía las mejillas churretosas y saliva en los labios.

Wallace se disponía a preguntar qué le había ocurrido a Nancy para que se le pasara siquiera por la cabeza tratar con alguien como Desdémona, pero Hugo habló antes:

—Eso no... No intento... Oye, Mei, entiendo lo que dices, pero fue decisión de Nancy. Es capaz de agarrarse a un clavo ardiendo con tal de...

Fue entonces cuando Wallace Price tomó una determinación. Intentó convencerse de que era porque no soportaba ver así a Mei y que no tenía nada que ver con el hecho de que alguien coqueteara con Hugo.

Había llegado la hora de empuñar las riendas del asunto.

Dio media vuelta y atravesó las puertas, haciendo oídos sordos a las advertencias que le gritaban los demás.

Desdémona Tripplethorne se había sentado a una mesa. Rechoncho y Delgado la flanqueaban, de pie. El maletín estaba abierto. Unas velas encendidas sobre la mesa despedían un olor empalagoso repugnante, como si alguien se hubiera comido una fanega de manzanas, la hubiera vomitado y hubiera cubierto los restos de canela. La mayoría de los clientes se habían largado, aunque quedaban algunos que la observaban con recelo.

Habían desplegado la güija sobre la mesa, encima de un mantel negro que antes no estaba ahí. Wallace torció el gesto al ver la teatralidad de todo aquello. Sobre el tablero había un puntero de madera, pero Desdémona no estaba tocándolo. Al lado de la güija habían colocado una pluma de ave encima de varias hojas de papel sueltas.

Desdémona, sentada en su silla con la espalda recta como un palo de escoba, miraba con fijeza una cámara instalada frente a la mesa sobre un trípode. Una lucecita roja parpadeaba en su parte superior. Sin que ella se lo indicara, Rechoncho se acercó, le retiró el chal de los hombros y lo plegó con delicadeza. Delgado sacó del maletín un vial llenó de líquido junto con un cuentagotas de cristal. Introdujo este último en el vial y presionó el dedal de goma para llenarlo de líquido. Sujetándolo sobre las manos de Desdémona, aplicó dos gotas sobre cada una antes de dejarlo a un lado. Le masajeó el dorso de las manos para que la piel absorbiera la sustancia. Olía a lavanda.

—Sí —susurró ella una vez que Delgado terminó—. Lo noto. Hay alguien aquí. Una presencia. Pásame la caja de espíritus, deprisa. —Le sonrió a la cámara—. Como ya saben mis seguidores, la güija es mi medio de comunicación preferido, pero quiero probar algo nuevo, con el permiso de los espíritus. —Deslizó el dedo a lo largo de la pluma—: La escritura automática. Si los espíritus están dispuestos, les daré todo mi permiso para que tomen el control de mis manos y escriban cualquier mensaje que consideren oportuno. ¿Verdad que es emocionante?

Rechoncho introdujo la mano en el maletín y extrajo un artilugio que Wallace no había visto en la vida. Tenía el mismo tamaño y la misma forma que un mando a distancia, pero hasta ahí llegaba la

comparación. De la parte de arriba sobresalían unos cables rígidos, cada uno de ellos coronado por una pequeña bombilla. Cuando Rechoncho pulsó un interruptor en un costado, el dispositivo cobró vida entre destellos de luces verdes. Emitió un chillido agudo y caótico plagado de interferencias. Rechoncho bajó los ojos desorbitados hacia él. Lo golpeó con suavidad contra la palma de su mano. El chillido se extinguió y las luces se apagaron.

—Qué raro —murmuró—. Nunca había hecho eso antes.

—Estás estropeando el ambiente —siseó Desdémona por la comisura de la boca, sin apartar la mirada de la cámara en ningún momento—. ¿Has cargado el maldito trasto?

Rechoncho se enjugó el sudor de la frente.

—Lo he comprobado. Tiene la batería llena. —Movió el aparato de un lado a otro en torno a sí. Wallace iba esquivándolo. Solo soltaba unos pitidos débiles cuando se acercaba a pocos palmos de él.

—¿Qué haces? —susurró una voz a su espalda—. Sea lo que sea, cuenta conmigo, sobre todo si es para liarla parda.

Al volverse, vio a Nelson con una ancha y desagradable sonrisa. No pudo evitar devolvérsela.

—Voy a jugar un poco con ella.

—Ooh —dijo Nelson—. Me parece genial.

Delgado frunció el ceño.

—¿Habéis oído algo?

—Solo el sonido de tu voz, que detesto con toda el alma —dijo Desdémona. Miró a los clientes que quedaban con cara de pocos amigos, hasta que se levantaron y se marcharon también—. Menos cháchara y más concentración.

Delgado cerró la boca de golpe mientras Rechoncho se subía a una silla y elevaba el artilugio hacia el techo.

—¡Espíritus! —invocó Desdémona con voz estridente—. ¡Os ordeno que habléis conmigo! Sé que estáis aquí. —Posó las manos sobre el puntero—. Este puntero nos permitirá comunicarnos. ¿Lo habéis entendido? No hay nada que temer. Solo quiero conversar con vosotros. No os haré ningún daño. Si preferís pluma y papel, hacedme saber vuestras intenciones. Entrad en mí. Dejad que yo sea vuestra voz.

Nada ocurrió.

Desdémona arrugó el ceño.

—Tomaos el tiempo que necesitéis.

Nada.

—Todo el tiempo que... ¿Quieres dejar de respirarme en el cogote? ¡Lo estás estropeando todo!

Delgado se enderezó y se apartó de inmediato.

—Qué raro —masculló Rechoncho, deteniéndose cerca de la chimenea. El chisme emitió otro chillido cuando lo sostuvo sobre el sillón de Nelson—. Es como si hubiera algo aquí. O lo hubiera habido. O podría haberlo. O nunca lo hubo.

—Claro que hubo algo —dijo Desdémona—. Si hubieras estudiado el dosier que te facilité, sabrías que el abuelo de Hugo residió aquí hasta su muerte. Es probable que el espíritu que percibo hoy sea el suyo. O tal vez este lugar perteneciera alguna vez a un asesino en serie, y las víctimas, mutiladas y liquidadas entre horrorosos sufrimientos, intenten contactarnos desde ultratumba. —Miró a la cámara y meneó los hombros, hinchando y deshinchando el pecho. Wallace no sabía por qué, pero no se había fijado en el rojo tan violento del pintalabios que llevaba—. Como cuando estuvimos en la mansión Herring el año pasado. Esas pobres pobres almas.

—Vaya —dijo Nelson—. A lo mejor sí que percibe cosas, después de todo.

—Regresad a la cocina —musitó Hugo al pasar por su lado con una bandeja de té. Cuando dirigió la vista hacia la cocina, Mei estaba lanzándoles miradas asesinas a través de los ojos de buey.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Desdémona—. ¿Has dicho algo, Hugo? —Se volvió de nuevo hacia la cámara—. Los seguidores de mi canal recordarán a Hugo de nuestra visita anterior. Sé que es muy popular entre algunos de vosotros. —Se rio entre dientes mientras Hugo depositaba la bandeja junto a la güija. A Wallace le entraron ganas de arrancarle los ojos a la mujer—. Es un encanto de hombre. —Le acarició el brazo con el dedo antes de que él pudiera apartarlo—. ¿Te gustaría quedarte y participar en lo que sin duda será el acontecimiento paranormal de la década? Podrías sentarte a mi lado. No me molestaría. Incluso podemos compartir silla, si quieres.

Hugo sacudió la cabeza.

—Hoy no. ¿Desea alguna cosa más, señorita Tripplethorne?

—Pues sí, deseo una cosa más —respondió ella—. Pero mis vídeos los ven menores de edad, y no querría corromper su valiosa

mente.

—Por todos los santos —dijo Wallace—. Pero ¿cómo puede existir una persona así?

Hugo emitió una tos ronca.

—Es... lo que hay. —Retrocedió un paso—. Si no se le ofrece otra cosa, me retiro. De hecho, si quedara alguien en la sala aparte de ustedes tres, les diría lo mismo. Que se retiraran.

Wallace soltó un resoplido.

—Sí, claro. Eso es justo lo que voy a hacer. Mírame, Hugo. ¿Me estás mirando? Fíjate en cómo me retiro.

Hugo se volvió hacia él.

Wallace le dedicó una peineta.

Nelson se rio antes de imitarlo.

A Hugo no le hizo gracia. Se fue detrás del mostrador, sacó un trapo y se puso a limpiar la superficie, observando a Wallace y Nelson con expresión elocuente. Cuando Desdémona y sus lacayos estaban distraídos, se señaló los ojos con dos dedos que luego apuntó hacia Wallace. «Basta», articuló con los labios.

—¿Qué has dicho? —contestó Wallace, alzando la voz—. ¡No te oigo!

Hugo exhaló el suspiro cansino de quien sufre en silencio, mientras restregaba con furia el mostrador y refunfuñaba por lo bajo. Seguramente no contribuyó a mejorar su humor que Mei siguiera frente a la ventana, pero ahora armada con un cuchillo de carnicero con el que simuló que se cortaba el cuello mientras ponía los ojos en blanco y sacaba la lengua.

Mientras Rechoncho continuaba su exploración de la tetería —aunque enseguida comprendió que no debía pasar del límite del mostrador cuando Hugo lo fulminó con la mirada—, Delgado sacó otro bloc y una pluma estilográfica del maletín. Estaba de pie al lado de Desdémona, listo para tomar algún tipo de nota. No era consciente de que *Apolo* se encontraba junto a él, con la pata levantada, meándole en los zapatos. Wallace se distrajo unos instantes contemplando el chorro de orina al que Delgado parecía totalmente ajeno, pero entonces Desdémona volvió a colocar las manos sobre el puntero y se aclaró la garganta.

—¡Espíritus! —exclamó de nuevo—. No soy más que vuestro receptáculo. Hablad a través de mí y reveladme los secretos de los

muertos. No temáis, pues solo he venido para ayudaros. —Meneando otra vez los hombros, flexionó los dedos sobre el puntero.

A Wallace se le escapó la risa por la nariz. Ladeó la cabeza a uno y otro lado para estirar el cuello e hizo crujir los nudillos.

—Muy bien. Vamos a regalarle la experiencia espectral que tan desesperada está por tener.

—Uuh —jadeó Desdémona—. Ya lo noto. —Succionó el labio inferior entre los dientes—. Un cosquilleo cálido. Como una caricia. Uuh. Uuh.

Respirando hondo, Wallace sacudió las manos antes de posarlas sobre el otro extremo del puntero, a un lado de la pluma de ave. Al principio, sus dedos la atravesaron, por lo que frunció el ceño.

—*Inespera* —susurró—. *Inespera*.

El objeto de madera adquirió solidez contra sus manos. Él dio un respingo, sorprendido, y empujó el puntero hacia un lado sin querer.

Desdémona soltó un grito ahogado y retiró las manos de golpe.

—¿Habéis... habéis visto eso?

Delgado asintió, con los ojos como platos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. —La mujer se inclinó hacia delante hasta que su rostro se encontraba a solo unos centímetros de la güija. Entonces, pareció recordar que la estaban grabando, pues alzó la vista hacia la cámara y dijo—: Ha comenzado. Los espíritus han accedido a hablar. —Volvió a poner las manos sobre el puntero—. Oh, queridos difuntos. Utilizadme. Utilizadme con todo vuestro ahínco. Comunicadme vuestro mensaje, y yo lo daré a conocer al mundo.

A Wallace no le caía bien Desdémona Tripplethorne. Ejerció presión sobre el puntero para intentar moverlo, pero Desdémona lo tenía agarrado con demasiada fuerza.

—Se mueve —masculló con la boca torcida—. Preparaos. Os juro por Dios que con esto conseguiremos cuatro millones de reproducciones y un contrato de televisión.

Delgado asintió mientras escribía a toda prisa en el bloc.

—¿Qué decimos? —le preguntó Wallace a Nelson.

Nelson contrajo el rostro un instante antes de relajarlo de nuevo, con un brillo travieso en los ojos.

—Algo terrorífico. Pasa de usar el «sí» y el «no» en el tablero. Eso es muy soso. Hazte pasar por un demonio que quiere arrancarle el

alma junto con la laringe.

—Nada de arrancar almas —dijo Hugo en voz muy alta.

Desdémona, Delgado y Rechoncho se volvieron para mirarlo.

—¿Cómo dices? —preguntó la mujer.

Hugo palideció.

—Digo que... ¿estoy pensando en incluir en la carta rebanadas de algas?

—¡En mi cocina, ni de coña! —gritó Mei desde la cocina. Se las había arreglado para encontrar un cuchillo aún más grande que el anterior y presentaba un aspecto aterrador a través del ojo de buey. Wallace estaba impresionado.

—La chica tiene razón —le dijo Desdémona a Hugo—. Eso no encajaría con el resto de la oferta. De verdad, Hugo, deberías conocer mejor a tu clientela. —Se centró de nuevo en el tablero, con la yema de los dedos apretada contra el puntero—. ¡Espíritus! ¡Llenadme de vuestro ectoplasma fantasmal! No dejéis nada al azar. Dejad que mi voz increíblemente sensual sea la vuestra. Contadme vuestros secretos. Uuuh.

—A sus órdenes, señora —dijo Wallace, y comenzó a mover el puntero. Esto requirió más concentración de la que había imaginado. Mudarse de ropa era una cosa; desplazar sillas, otra muy distinta. La pieza de madera era pequeña, pero, aun así, deslizarla le resultó más complicado de lo que esperaba. Soltó un gruñido y, si todavía hubiera sido capaz de sudar, habría tenido la frente chorreando. Desdémona jadeó cuando el puntero se movió de un lado a otro antes de comenzar a girar despacio.

—Se supone que tienes que ir deteniéndote en cada letra —dijo Nelson.

—Eso intento —espetó Wallace—. Es más difícil de lo que parece. —Se concentró, con el ceño arrugado y la lengua asomando entre los dientes. Se movió con mayor lentitud y tardó solo unos momentos más en pillarle el truco.

—«E» —susurró Desdémona.

—«E» —repitió Delgado, anotando la letra en su bloc.

—«O.»

—«O.»

Wallace se detuvo.

Desdémona puso cara de extrañeza.

—¿Eso... eso es todo? —Alzó la vista hacia Delgado—. ¿Qué ha dicho?

Delgado palideció al alargarle el bloc con manos temblorosas.

Desdémona lo estudió con los ojos entornados antes de echarse hacia atrás con un aspaviento.

—«Eo.» Dice «eo». Ay, mi madre. Es real. Realmente es real. —Carraspeó—. Quiero decir que claro que es real. Ya lo sabía. Obviamente. —Le ofreció otra gran sonrisa a la cámara, aunque más tensa que antes—. Los espíritus se comunican con nosotros. —Volvió a aclararse la garganta—. Hola, espíritus. He recibido vuestro mensaje. ¿Quiénes sois? ¿Qué deseáis? ¿Sufristeis una muerte horrible, aporreados tal vez con un mazo en un crimen pasional, y tenéis asuntos pendientes que solo yo, Desdémona Tripplethorne, de *Las sexisesiones de Desdémona Tripplethorne* (marca pendiente de registro), puedo ayudaros a resolver? ¿Quién es vuestro asesino? ¿Alguien presente en esta sala?

—¡Yo sí que te voy a asesinar! —gritó Mei desde la cocina.

—«Sí» —dijo Desdémona cuando Wallace desplazó el puntero hasta esta palabra en el tablero—. Fuiste asesinado. ¡Lo sabía! Dime, oh gran espíritu, dime quién te asesinó. Lucharé por que se te haga justicia y, una vez que haya firmado el contrato de televisión, te prometo que no te olvidaré. Dame un nombre.

El puntero se movió de nuevo.

—«D» —musitó ella—, «E», «S», «D», «E», «M», «O», «N»...

Delgado emitió un gemido ahogado.

—Parece que está deletreando «demonio».

—Desde luego tiene que estar desesperada para haber contratado a este par —comentó Nelson, observando a Rechoncho, que estaba de pie sobre una silla, subiendo su cacharro hacia el techo.

—«A» —dijo Desdémona cuando el puntero dejó de moverse—. Eso no es «demonio». Son demasiadas letras. ¿Las has apuntado todas?

Delgado asintió despacio.

—¿Y bien? —inquirió ella, impaciente—. ¿Qué dice?

El hombre volvió a mostrarle el bloc.

Escrita con mayúsculas gordas en la página estaba la palabra DESDÉMONA.

Ella se quedó mirándola con los ojos achicados, luego bajó la vista hacia la güija y la posó otra vez en el bloc, al tiempo que

Delgado le daba la vuelta, de modo que la palabra quedara enfocada por la cámara.

—Es mi nombre. —Se quedó lívida mientras apartaba las manos del puntero—. ¿Estás... estás diciendo que te asesiné yo? —Soltó una carcajada nerviosa—. Imposible. Yo jamás he asesinado a nadie.

Delgado y Desdémona se quedaron paralizados cuando el puntero comenzó a moverse sin que ella lo tocara. Fue recitando las letras en las que Wallace se detenía, para que Delgado las anotara.

—«Ya te digo que me mataste» —leyó Desdémona en el papel, y parpadeó, descolocada—. ¿Qué? No es verdad. ¿Quién eres? ¿Se trata de algún tipo de broma? —Se agachó para echar un vistazo a la parte de abajo de la mesa antes de enderezarse—. No hay imanes. Hugo. ¡Hugo! ¿Esto es cosa tuya? A mí no me vacila ni el Tato.

—Está jugando con fuerzas que escapan a su comprensión —dijo Hugo con solemnidad.

El puntero se deslizó otra vez.

—«Ja, ja» —leyó Delgado en voz alta mientras transcribía las letras—. «Apestas.»

—¿Qué tienes, diez años? —preguntó Nelson, aunque parecía estar pugnando por reprimir una sonrisa—. Tienes que asustarla más. Dile que eres Satanás y que le vas a comer el hígado.

—«Satán al habla» —dijo Delgado mientras el puntero se desplazaba—. «Te voy a comer el Líbano.»

—El hígado —dijo Nelson—. El hí-ga-do.

—No es tan fácil —masculló Wallace con los dientes apretados—. ¡Está resbaladizo!

—¿El Líbano? —preguntó Desdémona, desconcertada—. Nunca he estado en el Líbano.

El puntero se movió de nuevo.

—«Perdón» —leyó Delgado conforme apuntaba el nuevo mensaje —. «Puto autocorrector. Quería decir “hígado”.»

Hugo se llevó las manos a la cara y soltó un quejido.

Desdémona se levantó de golpe y las patas de la silla chirriaron contra el suelo. Miró en torno a sí con ojos de susto. Delgado sujetó el bloc contra su pecho, y Rechoncho se había acercado a ellos y sostenía el dispositivo por encima de la güija. Este pegó un chillido aún más fuerte, mientras las bombillas de su parte superior destellaban con fuerza.

—Estamos jugando —jadeó Desdémona— con fuerzas que no comprendemos. —Se llevó el dorso de la mano a la frente con el busto agitado y miró a la cámara—. Lo habéis visto aquí en exclusiva. Satanás ha llegado y quiere comerme el hígado. Pero no me dejaré intimidar. —Bajó la mano—. ¡Ya seas Satán o algún otro demonio, no eres bienvenido aquí! Este es un remanso de paz y de pastelillos que cuestan un riñón.

—¡Oiga! —protestó Hugo.

Wallace aceleró el movimiento del puntero.

—Tú eres la que no es bienvenida aquí —farfulló por lo bajo, al tiempo que Delgado decía lo mismo en voz alta—. Largaos de este lugar y no volváis. —Tras una pausa para pensar, añadió—: Y sé más amable con Mei o te comeré los sesos también.

—Mirad —dijo Rechoncho, apuntando con un dedo tembloroso.

Al volverse, Wallace vio que Nelson estaba de pie cerca de los apliques de la pared. Cuando apretó las manos contra ellos, las luces comenzaron a parpadear. Le guiñó un ojo a Wallace, que sonrió. Las bombillas repiquetearon.

—Largaos —dijo Wallace, desplazando el puntero más deprisa—. Largo, largo, largo. —Cuando terminó, le propinó un empujón lo más fuerte que pudo, de modo que el objeto de madera salió despedido hasta el otro extremo de la sala, fue a parar a la chimenea y comenzó a arder. La güija salió volando de la mesa y cayó al suelo con gran estrépito.

—Yo no acepté este curro para aguantar estas mierdas —dijo Rechoncho, reculando con lentitud. Cuando topó con una silla, soltó un aullido y giró en redondo.

Nelson dejó los apliques y se aproximó a la cámara. La estudió con atención y asintió para sí.

—Parece un trasto caro. —Acto seguido, la derribó de un manotazo. Se estrelló en el suelo y se le rajó el objetivo—. Ahí va.

Hugo suspiró otra vez.

—Bien, Nelson, ¡bien! —dijo Wallace.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Delgado en tono febril. Echó a correr hacia la puerta, pero Wallace le pegó una patada a una silla, que se deslizó por el suelo hasta chocar contra las espinillas de Delgado. El hombre chilló, a punto de perder el equilibrio, y el bloc se le escurrió entre las manos.

—¡No pienso tolerar esto! —exclamó Desdémona—. ¡No nos dejaremos intimidar por escoria como tú! Soy Desdémona Tripplethorne. Tengo cincuenta mil seguidores y te ordeno que...

Sin embargo, lo que fuera que Desdémona iba a exigir quedó en el aire, porque Mei salió en tromba por las puertas batientes, blandiendo los dos cuchillos por encima de la cabeza.

—¡Yo soy Satán! —bramaba—. ¡Yo soy Satán!

Lo último que Wallace vio de Desdémona, Delgado y Rechoncho fueron sus espaldas mientras huían de Té y Tentempiés El Cruce de Caronte. Delgado y Rechoncho intentaron salir por la puerta a la vez y se quedaron atascados, hasta que Desdémona los embistió y los hizo caer de bruces sobre el porche. Se pusieron a gritar cuando les pisoteó la espalda y los brazos para pasar por encima de ellos, con el vestido remangado de forma casi obscena. Tras bajar los escalones de un salto, puso pies en polvorosa por el camino sin siquiera mirar atrás, al tiempo que Delgado y Rechoncho conseguían ponerse en pie y arrancar a correr tras ella.

Se impuso el silencio en El Cruce de Caronte.

Pero no duró mucho.

Nelson se echó a reír, primero con suavidad, y luego cada vez más fuerte. Mei soltó una tos entrecortada que se convirtió en un resoplido húmedo antes de estallar en risotadas mientras bajaba los cuchillos.

Y, entonces, otro sonido que nadie había oído antes invadió los rincones y recovecos de la tetería, un sonido que hizo callar a Nelson y Mei, e impulsó a Hugo a rodear el mostrador despacio.

Wallace se reía. Se carcajeaba con más ganas que nunca, apretándose la tripa con una mano y palmeándose la rodilla con la otra.

—¡¿Habéis visto eso?! —gritó—. ¿Os habéis fijado en la cara que se les ha quedado? ¡Madre mía, ha sido alucinante!

Y siguió riéndose. Algo se le desató en el pecho, algo que ni siquiera sabía que tenía ahí, anudado y enredado. En cierto modo, se sintió más ligero. Más libre. Se le sacudieron los hombros mientras se doblaba en dos, boqueando para aspirar un aire que no necesitaba. La sensación de ligereza no remitió ni siquiera cuando la hilaridad cedió el paso a una risita floja. En todo caso, ardió con mayor intensidad, y el gancho, ese armatoste detestable que nunca lo dejaba en paz, ya no

se le antojaba un grillete que lo mantenía aprisionado. Era una de las escasas ocasiones en que sentía que tal vez había hecho algo bueno sin esperar nada a cambio. ¿Cómo era posible que nunca se lo hubiera planteado antes?

Enjugándose los ojos, se puso de pie.

Nelson lo miraba con una expresión de asombro a juego con la de su nieto. Mei fue la primera en hablar:

—Te voy a abrazar hasta que se te salten los ojos.

Esto lo dejó pasmado, sobre todo cuando recordó lo que Mei le había dicho sobre las demostraciones físicas de afecto.

—Solo tú eres capaz de hacer que eso suene como una amenaza.

Ella dejó los cuchillos sobre la mesa más cercana antes de darse unos golpecitos con los dedos en la palma de la mano. El aire que los rodeaba vibró ligeramente, y de pronto tenía a Mei encima, estrechándolo con fuerza por detrás. El aturdimiento lo paralizó, pero solo por un instante. Era un momento delicado, y no recordaba la última vez que alguien lo había abrazado. Así que alzó los brazos con cuidado y posó las manos en la parte baja de la espalda de Mei.

—Achúchame más fuerte —le dijo ella con la boca muy cerca del cuello—. No me voy a romper.

Wallace notó que le ardían los ojos. Sin saber por qué, obedeció. Estrujó a Mei con todas sus fuerzas.

Cuando abrió los ojos, vio que Hugo lo observaba con una expresión rara. Se miraron durante largo rato.

Capítulo 12

Esa noche, Wallace siguió el cable y encontró a Hugo en el patio trasero, reclinado contra la barandilla de la terraza. El cielo estaba encapotado de nubes que ocultaban las estrellas. Wallace se quedó en la puerta, vacilante, pues no sabía si sería bien recibido. Un extraño sentimiento de culpa lo asaltó, pero no dejó que se apoderara de él por completo. Había valido la pena, solo por ver aquella sonrisa en el rostro de Mei.

Antes de que pudiera dar media vuelta y entrar, Hugo habló:

—Hola.

Wallace se rascó el cogote.

—Hola, Hugo.

—¿Todo bien?

—Creo que sí. ¿Prefieres... que te deje solo? No quiero molestar ni nada.

Hugo sacudió la cabeza sin volverse.

—No, tranquilo. No me molestas.

Wallace se acercó a la barandilla, guardando cierta distancia respecto a Hugo. Le preocupaba que el barquero estuviera molesto con él, aunque no creía que algo tan trivial como utilizar una güija para espantar a una estafadora fuera un motivo para enfadarse. Por otro lado, no le correspondía decirle a Hugo cómo debía sentirse, más que nada porque era un invitado en su establecimiento. En su hogar.

—Estás pensando en disculparte, ¿verdad? —dijo Hugo.

Wallace suspiró.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco. No hace falta.

—¿No hace falta que me disculpe?

Hugo sacudió la cabeza y lo miró antes de tender la vista hacia el huerto de té.

—Has hecho lo correcto.

—Le he dicho a una mujer que era Satanás y que iba a devorarle

el Líbano. —Hizo una mueca—. Es una cosa que nunca creí que diría en voz alta.

—Siempre hay una primera vez para todo —declaró Hugo—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Vale.

—¿Por qué lo has hecho?

Wallace arrugó el ceño, cruzando los brazos.

—¿Te refieres a las trastadas que les he hecho a esos?

—Sí.

—Porque podía.

—¿Solo por eso?

En realidad, no. Pero Wallace no estaba dispuesto a reconocer por nada del mundo que no le había gustado cómo Desdémona había coqueteado con él. Habría quedado en ridículo, aunque tal vez hubiera una pizca de verdad en que lo era. No podía hacerse nada al respecto y no quería que pareciera que estaba enamorado o algo por el estilo. Solo de pensarlo, lo invadía una oleada de vergüenza y notaba que le ardían las mejillas. Era una tontería, en realidad. Aquello no tenía futuro. Él estaba muerto, y Hugo no.

Así que dijo lo primero que se le ocurrió y que no daba la impresión de que estuviera a punto de desmayarse.

—Mei. —Y en cuanto pronunció esta palabra, supo que era cierto, muy a su pesar.

—¿Qué pasa con Mei?

Wallace suspiró.

—Pues... que estaba molesta. No me ha gustado la condescendencia con que le ha hablado Desdémona. Como si considerara que Mei estaba por debajo de ella. No está bien hacer sentir inferior a alguien. —Y, como seguía siendo Wallace, agregó—: A ver, Mei quería cometer un delito, sí, pero por lo demás es buena persona, supongo.

—Veo que la tienes en un pedestal.

—Ya me entiendes.

—Creo que sí —respondió Hugo, lo que sorprendió a Wallace—. Has visto que trataban mal a alguien a quien consideras tu amiga y has sentido la necesidad de intervenir.

—Hombre, tanto como amiga...

—Wallace...

Soltó un gruñido.

—Vale, tú ganas. Somos amigos. —No le costó tanto decirlo en voz alta como se había imaginado. Se preguntó si siempre se había puesto las cosas tan difíciles a sí mismo—. ¿Por qué lo has permitido?

Esto pilló desprevenido a Hugo.

—¿A qué te refieres?

—No es la primera vez que viene. Desdémona.

—No —dijo Hugo, despacio—. Ya ha venido antes.

—Y sabes que no le cae bien a Mei. Sobre todo por haber liado a Nancy.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no le has parado los pies? —preguntó, procurando no emplear un tono de reproche. No estaba enfadado exactamente, y menos aún con Hugo, pero no entendía su actitud. A decir verdad, esperaba más de él. No sabía desde cuándo, pero así era —. Mei también es amiga tuya. ¿No te has dado cuenta de lo mucho que le ha afectado?

—Debería haber prestado más atención —admitió Hugo, con la mirada perdida en la oscuridad del bosque que los rodeaba.

—Ya conoces su historia —dijo Wallace, no muy seguro de por qué insistía tanto en el tema. Solo sabía que le parecía importante—. Lo que le ocurrió. Hace tiempo.

—Te lo ha contado.

—Sí. No le desearía eso a nadie. No quiero ni imaginar qué se siente cuando nadie te escucha y estás... —Se interrumpió al recordar cómo había gritado para que alguien lo oyera cuando se desplomó en su despacho; cómo había intentado que alguien, quien fuera, lo viese. Se había sentido invisible—. Es muy duro.

—Sí —dijo Hugo—. Supongo que lo es. —Apretó las mandíbulas —. Y no sé si sirve de mucho, pero le he pedido perdón a Mei. No debería haber permitido que esto llegara tan lejos. —Sacudió la cabeza—. Creo que una parte de mí quería ver cómo reaccionarías, incluso después de que yo te dijera que no.

—¿Por qué?

—Para saber de qué eres capaz —respondió Hugo en voz baja—. No estás vivo, Wallace, pero aún existes. Creo que no habías cobrado conciencia de eso hasta hoy.

Tratándose de Hugo, casi le pareció creíble.

—Aun así, no deberías haberle hecho eso a Mei. Ni permitir que Desdémona se entrometiera de ese modo en la vida de Nancy.

—Sí, me doy cuenta ahora. No soy perfecto. Nunca he pretendido serlo. No dejo de cometer errores, como todo el mundo, aunque hago las cosas lo mejor que puedo. Ser barquero no me exime de ser humano. En todo caso, me pone en una situación más difícil. Si me equivoco, alguien puede salir perjudicado. Solo puedo prometer que haré las cosas mejor y no permitiré que vuelva a ocurrir algo así. —Esbozó una sonrisa pesarosa—. Aunque dudo que Desdémona vuelva a aparecer, al menos durante una buena temporada. Gracias a ti.

—Ya te digo —contestó Wallace, sacando pecho—. Les he dado bien para el pelo.

—Te haría bien no pasar tanto tiempo con el abuelo.

—Eh. Es buen tío. Pero no le digas que te lo he dicho. Me lo restregaría por la cara para los restos. —Wallace alargó el brazo para tocarle la mano a Hugo hasta que recordó que no podía. Lo retiró de inmediato. Hugo, por su parte, no reaccionó. Wallace se alegró de ello, aunque recordaba lo que había sentido cuando Mei lo abrazó con todas sus fuerzas. No sabía cuándo se había adueñado de él aquella necesidad imperiosa de contacto físico.

Intentó pensar algo que decir, algo que los distrajera a ambos.

—Yo también cometía errores. Antes. —Hizo una pausa—. No, eso no es del todo cierto. Sigo cometiéndolos.

—¿Por qué? —inquirió Hugo.

Buena pregunta.

—Errar es humano, supongo. Pero yo no era como tú. No dejaba que me afectara. Ahora sé que hacía mal, pero... No sé. Siempre culpaba a los demás, convencido de que debía aprender de sus errores, más que de los míos.

—¿Y qué concluyes de eso?

Era una realidad difícil de afrontar y para la que no sabía si estaba preparado.

—No sé si era una buena persona. —Dejó flotar estas amargas palabras en el aire durante un rato.

—¿Qué hace que una persona sea buena? —preguntó Hugo—. ¿Sus actos? ¿Sus motivaciones? ¿Su altruismo?

—Tal vez todas esas cosas —aventuró Wallace—. O tal vez ninguna. Me dijiste que no tienes ni idea de qué hay al otro lado de

esa puerta, aunque has visto la cara de quienes están a punto de cruzarla. ¿Cómo sabes que el cielo o el infierno no existen? ¿Y si, cuando atraviese esa puerta, me juzgan por todas las cosas malas que he hecho y resulta que tienen mayor peso que todo lo demás? ¿Merecería acabar en el mismo lugar que alguien que ha consagrado su vida a... yo qué sé qué? Una monja, por ejemplo.

—Una monja —repitió Hugo, aguantándose la risa—. Te estás comparando con una monja.

—Anda ya —gruñó Wallace—. Sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé —dijo Hugo en tono despreocupado y juguetón—. Aunque la verdad es que daría lo que fuera por verte en hábito de monja.

Wallace suspiró.

—Estoy bastante seguro de que eso es una blasfemia.

Hugo se rio antes de ponerse serio. Parecía estar cavilando sobre algo. Wallace no quería presionarlo, así que aguardó.

—¿Puedo contarte algo? —dijo Hugo al fin.

—Sí, por supuesto. Lo que tú quieras.

—Las cosas no son siempre así —musitó Hugo—. Podría decirte que soy un hombre de creencias firmes, pero no sería del todo cierto. Es... como este lugar, el salón de té. Es un edificio robusto, los cimientos están asentados, pero creo que no haría falta gran cosa para que se viniera abajo. Un temblor. Un terremoto. Los muros se desmoronarían, el suelo se agrietaría y no quedaría más que un montón de escombros y polvo.

—Ya has tenido un terremoto —señaló Wallace.

—En efecto. Dos, de hecho.

Wallace no quería saberlo. Deseaba cambiar de tema, hablar de cualquier otra cosa para que Hugo dejara de parecer tan afligido. Pero al final se quedó callado. No sabía cuál de las dos actitudes era más cobarde.

—Cameron estaba... atribulado cuando acudió a mí —dijo Hugo —. Lo noté en cuanto entró por la puerta, siguiendo los pasos de mi segador.

—Que no era Mei.

Negó con un gesto.

—No. Fue antes de que ella llegara. —Frunció el ceño—. El otro segador no era... como ella. Trabajábamos juntos, pero discutíamos

casi a todas horas. Aun así, yo creía que él sabía lo que hacía. Llevaba ejerciendo como segador más tiempo que yo como barquero, así que me imaginaba que nunca llegaría a saber tanto como él, más que nada porque era nuevo en todo este mundo. No quería causarle problemas, y suponía que, mientras no me hiciera notar demasiado, las cosas marcharían más o menos bien.

»Trajo a Cameron. No quería estar aquí. Se negaba a creer que había muerto. Estaba enfadado, tanto que casi podía oler su rabia. No era de extrañar, claro. Es difícil aceptar una nueva realidad cuando la única vida que has conocido se ha terminado para siempre. No quiso escuchar mis explicaciones. Me dijo que este sitio era una prisión, que estaba atrapado aquí y que yo no era más que un carcelero.

El sentimiento de culpa que Wallace había estado intentando evitar afloró. Notaba sus garras clavadas en el pecho.

—No era mi intención...

—Lo sé —dijo Hugo—. No es... Tú no eres como él. Nunca lo has sido. Yo sabía que bastaría con darte un poco de tiempo para que lo comprendieras. Aunque no estuvieras de acuerdo, aunque no te gustara, lo entenderías. Y no creo que ese momento haya llegado todavía, pero llegará.

—¿Cómo...? —preguntó Wallace—. ¿Cómo lo sabías?

—El té con menta —dijo Hugo—. Estaba cargado, más que casi todos los tés que había preparado para personas como tú. No estabas enfadado. Tenías miedo y fingías estar enfadado. No es lo mismo.

Wallace pensó en su madre, en los bastones de caramelo en el horno.

—¿Qué le ocurrió a Cameron?

—Se marchó —dijo Hugo—. No pude hacer o decir nada para detenerlo. —Endureció el tono de voz—. El segador me dijo que lo dejara marchar, que aprendería la lección y volvería corriendo en cuanto viera que se le empezaba a escamar la piel. Y, como no sabía cómo actuar, le hice caso.

Wallace notó un temblor interior que le vibraba a través de la piel.

—Pero no regresó.

Hugo estaba deshecho. Se le notaba con claridad en la cara, lo que lo hacía parecer mucho más joven de lo que era.

—No, no regresó. Ya me habían advertido de lo que podía

suceder si alguien como tú se marchaba. El tipo de ser en el que se convertiría. Pero no me imaginaba que ocurriría tan deprisa. Yo quería darle espacio, dejar que tomara la decisión de volver por sí mismo. El segador me había dicho que perdía el tiempo. La única razón por la que salí en su busca fue que el vínculo entre nosotros... se rompió. El segador tenía razón, a su manera. Cuando lo encontré, era demasiado tarde. —Tras vacilar unos instantes, añadió—: Los llamamos cascarones.

Wallace arrugó el ceño.

—¿Cascarones? ¿Y eso por qué?

Hugo agachó la cabeza.

—Es... apropiado para describirlo. No es más que la cáscara vacía de lo que era. Ha perdido todo rastro de humanidad. Todo aquello que conformaba su ser, cada recuerdo, cada sentimiento..., simplemente ha desaparecido. Y no puedo hacer nada para ayudarlo a recuperarlo. Ese fue el primer terremoto que sufrí como barquero: le fallé a alguien.

Wallace tendió la mano hacia él —¿para consolarlo?—, pero se detuvo al recordar que no le era posible tocarlo. Bajó el brazo, con los dedos crispados.

—Pero eso no te detuvo.

—No —admitió Hugo—. ¿Cómo iba a detenerme? Me dije que había cometido un error y, aunque me parecía terrible, no podía permitir que le ocurriera lo mismo a otra persona. Vino el Gerente. Me dijo que eran gajes del oficio y que no estaba en mi mano ayudar a Cameron. Él había elegido su camino. Según el Gerente, era una lástima, pero yo debía centrarme en hacer lo posible por evitar que volviera a suceder. Y yo le creí. No fue sino hasta dos meses más tarde, cuando el segador me trajo a una niñita, que caí en la cuenta de lo poco que sabía.

Una niñita.

Wallace cerró los ojos. Nancy estaba ahí, a oscuras, con los ojos cansados y las arrugas del rostro muy marcadas.

—Desbordaba vitalidad —dijo Hugo, y Wallace deseó que no continuara—. Tenía el cabello hecho un desastre, pero creo que siempre lo llevaba así. Hablaba y hablaba y hablaba sin parar y hacía una pregunta tras otra. «¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿Cuándo podré irme a casa?» —Se le quebró la voz—. «¿Dónde está mi mamá?» El segador no le respondía. No era como Mei. Ella posee

una suerte de... bondad innata. A veces es un poco basta, pero hay algo de reverencial en su actitud. Es consciente de la importancia de nuestro trabajo. No queremos provocar más traumas. Tenemos que ser amables, pues no existe una época en la vida o en la muerte en la que las personas sean más vulnerables que en esta.

—¿Cómo murió? —susurró Wallace.

—Por sarcoma de Ewing. Tumores en los huesos. Luchó hasta el final. Creían que estaba mejorando, y tal vez así fue durante un tiempo, pero resultó ser demasiado para ella. —Wallace abrió los ojos a tiempo para ver a Hugo enjugarse la cara mientras se sorbía la nariz —. Estuvo aquí seis días. Su té sabía a pan de jengibre. Dijo que era porque su madre hacía unas casas y unos castillos de pan de jengibre preciosos, con puertas de gominola, torres de galleta y fosos de glaseado azul. Era... maravillosa. Nunca estaba enfadada, solo llena de curiosidad. Los niños no siempre tienen tanto miedo a la muerte como los adultos.

—¿Cómo se llamaba?

—Lea.

—Bonito nombre.

—Sí —convino Hugo—. Era muy risueña. El abuelo le tenía mucho aprecio. Todos se lo teníamos.

Aunque Wallace no quería saberlo, preguntó:

—¿Qué le ocurrió?

Hugo agachó la cabeza.

—Los niños son diferentes. Tienen lazos más fuertes con la vida. Quieren con toda el alma porque no saben ser de otra manera. La enfermedad causó estragos en el cuerpo de Lea durante años. Hacia el final, ya nunca salía de su habitación del hospital. Me contaba que un gorrión acudía a su ventana casi cada mañana. Se quedaba un rato ahí, observándola. Siempre regresaba. Ella me preguntó si tendría alas en el lugar al que iría después. Yo le dije que tendría todo lo que quisiera. Entonces me miró, Wallace. Me miró y dijo: «Todo, no. Todavía no». Y entendí a qué se refería.

—A su madre.

—Una parte de ellos perdura, porque brillan con mucha fuerza durante muy poco tiempo. Mientras yo dormía, Lea pensaba en su madre, lo que se manifestaba de alguna manera en Nancy, aunque estaba a cientos de kilómetros. —Sus palabras tomaron un cariz

amargo—. No sé muy bien cómo nos localizó, pero vino a este lugar a exigirnos que le devolviéramos a su hija. —Apesadumbrado, añadió—: Llamó a la policía.

—Qué mal.

—No encontraron nada, claro —prosiguió Hugo, con voz atragantada—. Y cuando se enteraron de lo que le había sucedida a su hija, creyeron que estaba... en fin. Que se había trastornado. ¿Y quién podía reprochárselo? Ninguno de ellos sabía que Lea estaba ahí mismo, llamando a su madre a gritos, con todas sus fuerzas. Las bombillas saltaron en pedazos. Las tazas se rompieron. Ella decía que quería irse a casa. Intenté detenerlo. Al segador. Traté de frenarlo cuando la arrastró escalera arriba, cuando la forzó a atravesar la puerta. Ella no quería irse. «Por favor, no me hagas desaparecer», suplicaba.

A Wallace se le heló la sangre.

—El segador la obligó a cruzar —dijo Hugo con una amargura palpable—. La puerta se cerró de golpe antes de que yo pudiera llegar hasta ella. Y cuando intenté abrirla de nuevo, no conseguí moverla un milímetro. Había cumplido su función y no había motivo para que volviera a abrirse. No te imaginas la rabia que me dio, Wallace. El segador alegó que había hecho lo correcto, que, si no hubiéramos intervenido, las habríamos expuesto a un sufrimiento aún mayor. Y, por encima de todo, era lo que el Gerente habría querido, lo que nos había indicado que debíamos hacer. Pero yo no le creí. Y por un buen motivo. Se supone que no debemos obligar a quienes todavía no están preparados. Ese no es nuestro deber. Estamos aquí para ayudarlos a comprender que la vida no consiste solo en vivir. Se compone de muchos aspectos y pervive incluso después de la muerte. Es hermosa hasta cuando duele. Lea habría llegado a verlo así, creo. Lo habría entendido.

—¿Qué fue de él? —preguntó Wallace con voz apagada—. Del segador.

Hugo endureció la expresión.

—La cagó. Nunca me pareció que tuviera el temperamento adecuado para un segador, pero ¿qué sabía yo? —Sacudió la cabeza—. Me aseguró que había actuado de la única manera posible y que, a la larga, me daría cuenta. Pero eso solo me enfureció aún más. Y entonces llegó el Gerente.

Wallace empezaba a formarse poco a poco una imagen más amplia de la situación.

—¿Cuál es su función?

—Es un guardián de las puertas —explicó Hugo por lo bajo—. Un dios menor. Uno de los seres más antiguos que existen. Elige la descripción que más te guste. Todas valen. Según él, es el orden en medio del caos. También es un capullo inflexible a quien no le gusta que nada altere ese orden. Vino al salón de té. El segador intentó justificarse. «Díselo, Hugo. Dile que lo que he hecho era lo correcto, que era necesario.»

—¿Se lo dijiste? —preguntó Wallace.

—No —respondió Hugo en un tono gélido que Wallace nunca había oído en él—. No le dije eso, porque, aunque en teoría los segadores deben ayudar a los barqueros, no les corresponde forzar a alguien a hacer algo para lo que no está preparado. El orden es importante, sí; el Gerente se desenvuelve mejor en él, pero también sabe que estas cosas llevan su tiempo. En cierto momento, el segador estaba a mi lado, implorando que lo escucháramos, y yo solo pensaba en lo mucho que sus ruegos se parecían a los de Lea. Al momento siguiente, ya no estaba. En un instante... había dejado de existir. El Gerente no había movido ni un dedo. Me quedé estupefacto. Horrorizado. Y no te imaginas los remordimientos que me entraron, Wallace. Eran abrumadores. Yo había causado aquello. Era culpa mía.

—No es verdad —repuso Wallace, que de pronto se había puesto furioso, aunque no sabía muy bien con qué—. Hiciste lo que pudiste. No fuiste tú quien la cagó, Hugo. Fue él.

—¿Recibió su merecido?

Wallace palideció.

—Pues...

—Según el Gerente, sí. En su opinión, fue lo mejor, porque la muerte es un proceso, y cualquier cosa que mine ese proceso constituye un perjuicio.

—Nancy no lo sabe, ¿verdad?

—No —musitó Hugo—. No lo sabe. No se enteró de nada de esto. Se alojó en un hotel durante semanas y venía todos los días, aunque cada vez hablaba menos. Creo que una parte de ella sabía que las cosas ya no eran como antes. Sus sentimientos hacia Lea se habían esfumado, porque la propia Lea se había esfumado. No estaba

preparada para la irrevocabilidad de lo ocurrido. Se había convencido a sí misma de que la muerte de su hija había sido pura casualidad; de que, de alguna manera, ella seguía allí. Tenía razón, en cierto modo, hasta que dejó de tenerla. Y ese brillo en su mirada, el mismo que había visto en los ojos de Lea, empezó a titilar hasta extinguirse.

—Sigue aquí —afirmó Wallace, sin saber qué quería decir con ello. La mujer que había visto se le antojaba un ser en absoluto distinto de él: un fantasma.

—En efecto —dijo Hugo—. Estuvo unos meses fuera y creí que todo había terminado, que de alguna forma había empezado a sanar. El Gerente trajo a Mei, y quise creer que sería para bien. Me centré en averiguar todo lo posible sobre mi nueva segadora, para cerciorarme de que no fuera como su predecesor. Tardé mucho en cobrarle confianza. Mei te contará que fui muy borde al principio, y seguramente sea verdad. Me costaba volver a confiar en alguien como ella.

—Y, sin embargo, acabaste por fiarte.

Hugo se encogió de hombros.

—Se lo ganó. Es distinta de todos los demás. Es consciente de la trascendencia de lo que hacemos y lo valora mucho. Pero, por encima de todo, es buena persona. No estoy seguro de si sabría encontrar las palabras adecuadas para explicar lo importante que es esto. Nuestra vida no siempre resulta fácil. La muerte nos rodea día tras día. O aprendes a convivir con ella, o acaba por destruirte. Mi primer segador no lo entendió. Y otras personas pagaron por ello, personas inocentes que no merecían lo que les sucedió. —Bajó los ojos, desprovistos de brillo en la penumbra, hacia sus manos—. Nancy regresó. Alquiló un piso en el pueblo y, casi todos los días, se acerca hasta aquí. No habla. Se sienta a la misma mesa. Creo que está esperando.

—¿A qué?

—A que pase algo —dijo Hugo—. Cualquier cosa que le demuestre que aquellos a quienes amamos nunca desaparecen realmente. Está encerrada en sí misma, y no puedo hacer otra cosa que estar a su lado cuando recupere la voz. Es lo mínimo que le debo. Nunca voy a presionarla ni a obligarla a hacer algo para lo que no esté preparada. ¿Cómo iba a hacerle algo así? Ya le fallé una vez. No quiero que vuelva a ocurrir.

—No fuiste tú. Tú no...

—Sí, yo sí —espetó Hugo, y Wallace por poco dio un respingo—. Podía haber hecho más. Debería haber hecho más.

—¿Cómo? —preguntó Wallace—. ¿Qué otra cosa habrías podido hacer? —Antes de que Hugo pudiera responder, prosiguió—: Tú no forzaste a Lea a cruzar la puerta. Tú no fuiste el causante de su muerte. Estabas allí cuando más te necesitaba, y ahora haces lo mismo por su madre. ¿Qué más podrías dar de ti, Hugo?

Hugo se encorvó sobre la barandilla. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

Sin pensarlo, Wallace tendió de nuevo el brazo hacia él para consolarlo.

Su mano le atravesó el hombro a Hugo.

La retiró con el rostro transido de pena.

—En realidad no estoy aquí —susurró.

—Sí que estás, Wallace.

Aunque solo eran cuatro palabras, Wallace pensaba que tal vez se trataba de lo más profundo que había oído nunca.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé —dijo Hugo—. Ojalá lo supiera. Solo puedo mostrarte el camino que discurre ante ti y ayudarte a tomar decisiones por ti mismo.

—¿Y si me equivoco?

—Entonces volveremos a empezar —dijo Hugo—. Y esperaremos que haya más suerte la próxima vez.

Wallace soltó un bufido.

—Ya estamos otra vez con lo de la fe.

Hugo se rio, con aspecto sorprendido.

—Sí, supongo que sí. Eres un hombre raro, Wallace Price.

Le vino el recuerdo fugaz de haber calificado de rara a Mei.

—Puede que eso sea lo más bonito que me han dicho nunca.

—¿En serio? Lo tendré presente. —Su sonrisa se desvaneció—. Será duro cuando te marches.

Wallace tragó saliva con dificultad.

—¿Por qué?

—Porque eres mi amigo —respondió Hugo, con toda la

naturalidad del mundo. Nadie le había dicho eso a Wallace antes, y se quedó hecho polvo. Allí, al final de todo, había encontrado al fin un amigo—. Tú...

Se acordó de lo que Nelson le había dicho.

—Encajo.

—Sí —dijo Hugo—. Encajas. No me lo esperaba.

—Deberías haberlo *inesperado* —dijo Wallace, solo porque podía.

Hugo se rio de nuevo, y se quedaron de pie, uno al lado del otro, contemplando el suave mecer de las plantas de té.

El silencio reinaba en la casa.

Wallace estaba sentado en el suelo.

Miraba las brasas agonizantes, con la cabeza de *Apolo* en el regazo. Le rascó las orejas, distraído, absorto en sus pensamientos.

No era consciente de que iba a hablar hasta que abrió la boca.

—No llegué a viejo.

—No —dijo Nelson desde su butaca—. Supongo que no. Y, si quieres, podría decirte que no es ninguna maravilla, que todos los achaques y dolores son terribles y que no se los desearía a nadie, pero sería mentira.

—No quiero.

—Ya lo suponía. —Nelson le dio unos golpecitos en el hombro con el bastón—. ¿Te habría gustado llegar a viejo?

La pregunta del millón.

—No siendo como era.

—¿Cómo eras?

—No muy bueno —farfulló Wallace. Bajó la vista hacia sus manos, que tenía apoyadas en las rodillas—. Era cruel y egoísta. No me importaba nadie aparte de mí. Es una mierda.

—¿El qué?

—Esto —dijo Wallace, atemperando su frustración—. Darme cuenta de cómo era y saber que no puedo hacer nada por cambiarlo.

—¿Qué harías si pudieras?

¿No era ese el quid de la cuestión? Cualquier respuesta a esa pregunta no haría sino confirmar que había fracasado en casi todos los aspectos de su vida. ¿Y todo para qué? ¿Al final, qué había conseguido? ¿Trajes caros y un despacho envidiable? ¿Empleados que

obedecían sus órdenes al instante? «Saltad», decía él, y eso era justo lo que hacían, no por lealtad hacia él, sino por miedo a represalias, a lo que les haría si ellos le fallaban.

Le temían, y él utilizaba ese temor contra ellos porque era más fácil que dirigirlo hacia su interior, que arrojar luz sobre sus rincones oscuros. El miedo constituía una motivación poderosa y, después de todo lo que le había ocurrido, por fin sabía lo que era. Tenía miedo de muchas cosas, pero sobre todo de lo desconocido.

Pensar en ello impulsó a Wallace a levantarse del suelo, preso de una súbita determinación. Le temblaban las manos y sentía un hormigueo en la piel, pero eso no lo disuadió.

Nelson alzó la vista hacia él con los párpados entornados.

—¿Qué haces?

—Voy a ver la puerta.

Nelson pugnó por ponerse de pie, con los ojos desorbitados.

—¿Qué? Espera, Wallace, no; no debes hacer eso sin que te acompañe Hugo.

Sacudió la cabeza.

—No pienso cruzarla. Solo quiero verla.

Esto no tranquilizó a Nelson. Se levantó con un gruñido, apoyándose en el bastón.

—No se trata de eso, chico. Debes tener cuidado. Piensa, Wallace. Estrújate las meninges como no lo has hecho en tu vida.

Wallace dirigió la mirada hacia la escalera.

—Eso hago.

Subió la escalera, y Nelson lo siguió, refunfuñando. Se detuvieron un momento en el primer piso, donde las paredes eran de color amarillo pálido y el suelo de madera no crujía bajo sus pies. Observaron a *Apolo* avanzar por el pasillo hacia la puerta cerrada del fondo, de un verde vibrante. La traspasó, meneando el rabo hasta que desapareció.

—La habitación de Hugo —le informó Nelson.

Aunque no había estado dentro, Wallace ya lo sabía. En el otro extremo del pasillo estaba el cuarto de Mei, cuya blanca puerta también estaba cerrada y en ella había colgado un letrero torcido que rezaba: HAZ QUE ESTE SEA UN GRAN DÍA. La primera noche, cuando Wallace había entrado ahí para despertarla, había sido la única vez que había

estado en la primera planta.

Pensó en volver a bajar para aguardar a que sonaran los despertadores y a que comenzara una nueva jornada.

Dio media vuelta...

... y ascendió la escalera hasta el segundo piso.

El gancho en su pecho vibraba con cada escalón que subía. Lo sentía casi caliente, y si se concentraba lo suficiente, le parecía percibir susurros en el aire que lo envolvía.

Entonces comprendió que no era a causa de Hugo, como había creído en un principio o, por lo menos, no solo de Hugo. Bueno, no le cabía duda de que Hugo formaba parte de ello, al igual que Mei, Nelson, *Apolo* y aquella estrambótica casa. Pero había algo más, algo mucho más imponente de lo que esperaba. Estaba llamándolo, instándolo a subir. Parpadeó con rapidez para combatir el ardor en los ojos, preguntándose si Lea habría oído lo mismo cuando la arrastraban hacia la puerta y ella forcejeaba por liberarse de los brazos que la sujetaban con fuerza por la cintura.

Llegó jadeando al descansillo del segundo piso. A su derecha, había un desván diáfano bañado por la luz de la luna, que entraba por la única ventana. La pared estaba cubierta de hileras de estantes con cientos de libros. Varias plantas de flores doradas, azules, amarillas y rosas pendían del techo.

A su izquierda, había un pasillo flanqueado por puertas cerradas. Varios cuadros colgaban en las paredes: puestas de sol en playas blancas, nieve cayendo a terrones en un viejo bosque, una iglesia cubierta de musgo con una vidriera aún intacta.

—Ahí vivía yo —señaló Nelson, agarrando el bastón con ambas manos—. Mi habitación es la del final del pasillo.

—¿La echas de menos?

—¿La habitación?

—La vida —dijo Wallace con aire distraído, con el gancho tirando de él hacia delante.

—A veces. Pero he aprendido a adaptarme.

—Porque sigues aquí.

—Así es —dijo Nelson—. Aquí sigo.

—¿Notas eso? —musitó, ingrávido, como si flotara, con los oídos colmados por la canción y los susurros.

Nelson parecía preocupado.

—Sí, pero no es lo mismo para mí. Ya no. Antes lo era.

Y, por primera vez, a Wallace lo asaltó la sospecha de que Nelson mentía.

Continuó su ascenso. La escalera era más estrecha, y él sabía que subía hacia la extraña torrecilla que había visto el día que llegó ahí con Mei. Parecía salida de un cuento de hadas sobre reyes, reinas y una princesa cautiva en una torre. La puerta estaría ahí, como no podía ser de otra manera. Le resultaba imposible imaginarla en cualquier otro sitio.

Daba cada paso con lentitud.

—¿Intentaste detenerlo?

—¿A quién?

Wallace no miró atrás.

—Al segador. Con Lea.

Nelson exhaló un suspiro.

—Te lo ha contado.

—Sí.

—Lo intenté —dijo Nelson, pero su voz sonó lejana, como si los separara una enorme distancia. Un sueño en torno a una fina membrana de bordes difusos—. Lo intenté con todo mi empeño, pero me faltaron fuerzas. El segador... no atendía a razones. Hice todo lo que pude. Hugo también.

La escalera se curvaba. Wallace se agarró al pasamano sin pensar. Notó el tacto liso de la madera bajo los dedos.

—¿Por qué crees que actuó así?

—No lo sé. Tal vez creyó que era lo correcto.

—¿Y lo era?

—No —dijo Nelson con hosquedad—. No debería haberle puesto la mano encima a esa niña. Ya había cumplido con su deber al traerla aquí. No tendría que haber intervenido. Wallace, ¿estás seguro de lo que haces? Podríamos volver abajo y despertar a Hugo. No le importaría. Debería estar presente en esto.

Wallace ya no estaba seguro de nada.

—Necesito verla.

Así que continuó subiendo.

A lo largo de la pared, había ventanas que él no había visto en la parte de fuera de la casa. Se rio al fijarse en el sol que entraba a raudales a través de ellas, pese a que sabía que era de noche. Se

detuvo frente a una de las ventanas para echar un vistazo al exterior. Al otro lado, debía haber vislumbrado una gran extensión de bosque, tal vez incluso el perfil de la ciudad a lo lejos, pero, en vez de ello, la ventana daba a una cocina que le resultaba familiar. Las tenues notas de una melodía navideña se colaban a través del cristal, y una mujer sacaba del horno unos bastones de caramelo caseros.

Siguió adelante.

Ignoraba cuánto había tardado en llegar a lo alto de la escalera. Se le antojaron horas, aunque sospechaba que habían sido solo un par de minutos. Se preguntó si les había sucedido lo mismo a todos los que le habían precedido, y casi deseó que Hugo estuviera allí, guiándolo de la mano. «Qué pensamiento tan curioso», pensó. Cómo le ilusionaba la idea de tomar a Hugo de la mano. No mentía cuando le dijo que le habría gustado conocerlo antes. Pensaba que quizá las cosas habrían podido ser de otra manera.

Llegó a la tercera planta.

Estaba rodeado de ventanas, aunque las cortinas estaban cerradas. Había una sillita junto a una mesa pequeña. Sobre esta descansaba un juego de té: una tetera y dos tazas. Al lado, alguien había colocado un jarrón con flores rojas.

Pero no había ninguna puerta.

Miró en torno a sí.

—No lo... ¿Dónde está?

Nelson apuntó con el dedo hacia arriba. Wallace alzó la mirada. Y allí, en el techo, encima de ellos, estaba la puerta.

No era lo que él esperaba. El miedo lo había llevado a imaginar un gran armatoste de metal, negro y siniestro, con una cerradura pesada y amenazadora. Estaba convencido de que no conseguiría reunir el valor suficiente para atravesarla.

La puerta no era así en absoluto.

Era una simple puerta. En el techo, sí, pero, por lo demás, una puerta normal y corriente. De madera, con el marco pintado de blanco. El pomo era de cristal transparente con un adorno en forma de hoja de té en el centro. Los susurros que lo habían seguido a lo largo de la escalera cesaron. La tirantez constante del gancho en el pecho había remitido. El silencio se había apoderado de la casa, como si esta contuviera la respiración.

—No es nada del otro mundo, ¿no? —comentó.

—No —dijo Nelson—. No lo parece, pero las apariencias engañan.

—¿Por qué está en el techo? Es un lugar extraño para ponerla. ¿Siempre ha estado ahí? —Como la casa en sí era extraña, no le habría sorprendido que formara parte de la construcción original, aunque no sabía adónde podía conducir aparte de al tejado.

—Ahí la puso el Gerente cuando decidió nombrar barquero a Hugo —dijo Nelson—. Hugo abre la puerta, y nosotros ascendemos hacia lo que sea que hay más allá.

—¿Qué pasaría si la abro? —preguntó Wallace, sin dejar de contemplar la puerta.

—Por favor —insistió Nelson, en tono alarmado—. Deja que vaya a buscar a Hugo.

El otro consiguió apartar la vista y mirar a sus espaldas. Nelson estaba preocupado, con el ceño fruncido, pero Wallace ya no podía hacer nada para remediarlo. Apenas era capaz de moverse.

—¿Lo notas?

No le hizo falta especificar. Nelson entendió a qué se refería.

—No en todo momento ni con tanta intensidad como antes. Pierde fuerza con el tiempo. Siempre está ahí, en un rincón de mi mente, pero he aprendido a no hacerle caso.

Wallace quería tocar la puerta, rodear el pomo con los dedos, sentir la presión de la hoja de té contra la palma de la mano. Lo visualizó con toda claridad: haría girar la hoja hasta que el pestillo se abriera con un chasquido, y entonces...

¿Qué?

No lo sabía, y el no saberlo era lo que más miedo le daba.

Retrocedió un paso y chocó con Nelson, que lo agarró del brazo.

—¿Estás bien?

—No lo sé —dijo Wallace. Tragó saliva pese al nudo que tenía en la garganta—. Creo que me gustaría volver abajo.

Nelson lo acompañó a la escalera.

Mientras descendían, las ventanas estaban oscuras. En el exterior, el bosque presentaba el mismo aspecto de siempre.

Antes de llegar al descansillo del segundo piso, echó una ojeada por la última ventana al largo camino de tierra que llevaba a la tetería, y, por algún motivo extraño, acudió a su mente por unos instantes un recuerdo que se le antojó el de otra persona. En él, estaba

al aire libre, con el rostro vuelto hacia el agradable calor del sol.

El recuerdo se esfumó, la noche volvió, y Wallace avistó a alguien de pie en el camino de tierra.

Era Cameron, que lo miraba directamente a los ojos. Extendió el brazo con la palma hacia el cielo, abriendo y cerrando los dedos, una y otra vez.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Nelson.

—Nada —dijo Wallace, apartando la vista de la ventana—. No me pasa nada en absoluto.

Capítulo 13

La mañana de su vigésimo segundo día en El Cruce de Caronte, apareció una carpeta sobre el mostrador, al lado de la caja registradora. La tetería aún no había abierto sus puertas, y Mei y Hugo estaban en la cocina, preparándose para la jornada que estaba a punto de empezar.

Nelson estaba sentado en su butaca, frente a la chimenea, con *Apolo* echado a sus pies.

Wallace recorría la sala bajando las sillas y arrimándolas a las mesas. Cada vez le costaba menos, y era lo mínimo que podía hacer para echar una mano. Nunca se había imaginado que disfrutaría realizando tareas de tan baja categoría, pero corrían tiempos extraños.

Estaba ensimismado, colocando sillas, cuando percibió un cambio muy leve en el ambiente. El aire se tornó denso, enrarecido. El reloj de la pared, que marcaba el paso de los segundos con su tictac, empezó a titubear. Cuando alzó la mirada, advirtió que el segundero avanzaba una, dos, tres veces antes de desplazarse en sentido contrario. Mientras se movía de un lado a otro, a Wallace se le erizó el vello de los brazos.

—Pero ¿qué narices...? —farfulló—. Nelson, ¿has visto...?

Se interrumpió cuando la carpeta se materializó de golpe junto a la caja registradora con un cómico pop. Volutas de humo se elevaban en torno a ella mientras se asentaba sobre el mostrador. Era delgada, como si solo tuviera dentro unos pocos papeles.

—Ay, madre —dijo Nelson—. Ya estamos otra vez.

Antes de que Wallace pudiera deducir qué quería decir con eso, Hugo y Mei salieron por las puertas batientes, y *Apolo* fue a su encuentro. Con expresión ceñuda, Hugo echó un vistazo al reloj, que tenía las manecillas paralizadas.

—Mierda —dijo Mei—. Tenía que llegar justo cuando estaba horneando magdalenas. —Rezongando, se dirigió hacia la escalera mientras se desataba el delantal y se lo quitaba por encima de la

cabeza—. ¡No dejes que se quemen! —gritó mientras subía— o me cabrearé mucho.

—Claro —dijo Hugo, posando la vista en la carpeta. La tocó con un solo dedo, que deslizó por el borde.

—¿Qué es eso? —preguntó Wallace, acercándose al mostrador.

—Vamos a recibir a un nuevo huésped —anunció Nelson, levantándose del sillón. Fue bamboleándose hasta donde estaban Hugo y Wallace, dando golpecitos en el suelo con el bastón—. Va a haber que hacerle hueco a uno más. Hacía tiempo que esto no pasaba.

—¿Otro huésped? —inquirió Wallace.

—Alguien como nosotros —contestó Nelson. Deteniéndose junto a su nieto, le echó una ojeada al dosier con un interés mal disimulado.

—Sí —dijo Hugo, tocando la carpeta con una actitud casi reverencial—. Mei irá a buscarlo y lo traerá aquí.

Wallace no sabía cómo sentirse al respecto. Se había acostumbrado a contar con toda la atención de Hugo, y la idea de que otro fantasma se la robara ocasionó que el gancho se le retorciera de forma extraña en el pecho. Hugo tenía obligaciones que cumplir. Había atendido a muchos antes que a Wallace, y atendería a muchos más después de que se marchara. Aquello era temporal. Como todo.

Le dolió más de lo que habría esperado.

—¿Para qué es? —preguntó, frotándose el pecho con una mueca —. La carpeta.

Hugo alzó los ojos hacia él.

—¿Va todo bien?

—Sí —dijo Wallace, bajando la mano.

Hugo lo observó durante un instante más de la cuenta antes de asentir.

—Es la información de la persona que va a venir. No se trata de un historial exhaustivo, claro. Una biografía entera no puede condensarse en una serie de datos. Considéralo una especie de versión resumida.

—Versión resumida —repitió Wallace—. Me estás diciendo que, cada vez que muere alguien, tú recibes una versión resumida de su vida.

—Huy —dijo Nelson, dirigiendo la vista alternativamente a uno y a otro. *Apolo* soltó un gemido, con las orejas planas contra la cabeza.

—Sí —se reafirmó Hugo—. Eso es justo lo que te estoy diciendo.

Wallace lo miró con incredulidad.

—¿Y no pensabas contarme nada de esto antes?

—¿Por qué? —preguntó Hugo—. No estoy autorizado para mostrarte lo que hay aquí dentro. Es solo para...

—Eso me da igual —espetó Wallace, aunque no era del todo cierto—. ¿Tienes un dosier sobre mí?

Hugo se encogió de hombros, lo que lo enfureció aún más.

—Lo tenía.

—¿Y qué decía? ¿Dónde está? Quiero verlo. —Esto tampoco era del todo cierto. ¿Y si lo dejaba en mal lugar? ¿Y si, en la parte superior, escrito en negrita (¡y en Comic Sans!) había un resumen muy poco halagüeño de la vida de Wallace Price? «¡No hizo casi nada bueno, pero tenía trajes bonitos!», o, peor aún, «¡Sinceramente, no era ninguna maravilla!».

—Ya no está —dijo Hugo, bajando de nuevo la mirada hacia la carpeta que descansaba sobre el mostrador—. En cuanto los leo, desaparecen.

Wallace estaba que trinaba.

—Ah, así que desaparecen, ¿no? Regresan sin más al lugar de donde salieron.

—Así es.

—Y no le ves ningún problema a eso.

—No —dijo Hugo. O lo preguntó. Wallace no lo tenía claro.

Lanzó los brazos al aire, exasperado.

—¿Quién los envía? ¿De dónde vienen? ¿Quién los redacta? ¿Son objetivos o están llenos de opiniones estúpidas y calumniosas? Eso es difamación. Hay leyes que la prohíben. Te exijo que confieses qué decían sobre mí.

—Uf —dijo Nelson—. Estoy demasiado mayor y demasiado muerto para esto. —Se alejó del mostrador hacia su butaca, arrastrando los pies—. Avisadme cuando llegue el nuevo huésped. Me pondré mis galas de domingo.

Wallace lo fulminó con la mirada.

—Cuando yo llegué, estabas en pijama.

—Tus dotes de observación son incomparables. Me alegro por ti.

Wallace acarició la idea de tirarle una silla. Al final optó por no hacerlo. No quería que eso acabara figurando en un dosier.

—Le das demasiadas vueltas —lo reprendió Hugo con suavidad

—. No hay una lista de pros y contras o de todas las acciones buenas y malas que ha realizado una persona. Solo se trata de... notas.

A Wallace le rechinaron los dientes.

—¿Qué decían mis notas?

Hugo clavó en él los ojos entornados.

—¿Tanto te importa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si alguien ha escrito algo sobre mí, quiero saberlo.

Hugo sonrió.

—¿Buscabas las reseñas de tu bufete cuando estabas vivo?

Todos los martes, a las nueve de la mañana.

—No —respondió Wallace. Se apresuró a añadir—: A menos que eso constara en mi informe. Y, si constaba, es porque tenía una muy buena razón. Cabreé a un montón de gente, y todo el mundo sabe que cuando quieres quejarte de algo, lo publicas en internet, aunque seas un embustero que no tiene ni pajolera idea de lo que habla.

—Se intuye una historia interesante ahí detrás.

Wallace lo miró con cara de pocos amigos.

—O tal vez no —dijo Hugo. Se frotó la barbilla, pensativo—. ¿Seguro que quieres saberlo?

Wallace titubeó.

—¿Tan... malo es? ¿Muy muy malo? ¡Mentira! ¡Todo mentira! Yo era una persona competente, en general. —En su fuero interno se moría de vergüenza. En otro tiempo, habría luchado con uñas y dientes para reivindicarse, pero ya no era capaz. Le parecía... en fin. «Ridículo» seguramente era la palabra más adecuada. Ridículo y sin sentido.

Nelson soltó un resoplido desde su sillón.

—Desde luego, no necesitas abuela.

Wallace lo ignoró.

—Déjalo. No quiero saberlo. Quédate ahí con tu aire de suficiencia, como siempre.

—Hieres mis sentimientos —dijo Hugo.

Wallace se sorbió la nariz.

—Lo dudo mucho. Y, además, no me importa. Mira. Fíjate en lo poco que me importa. —Dicho esto, Wallace giró sobre sus talones y reanudó su tarea. Consiguió bajar dos sillas más antes de sucumbir.

Divertido, Hugo lo miró acercarse al mostrador con grandes zancadas —. No digas nada —masculló Wallace—. Solo cuéntamelo.

—Has aguantado un minuto entero —dijo Hugo—. Es más de lo que creía que aguantarías. Me tienes impresionado.

—Estás disfrutando demasiado con esto.

Hugo se encogió de hombros.

—Con algo tengo que entretenerme, ¿a que sí, abuelo?

—Exacto —dijo Nelson mientras Wallace ponía los ojos en blanco.

Hugo se volvió hacia Wallace.

—Pero no es lo que piensas. Cuando te he dicho que no se trata de una muestra de desprecio hacia ti, no mentía. Considéralo más bien un... un borrador.

Esto no lo consoló demasiado.

—¿Escrito por quién? Y no me vengas con chorradas esotéricas como «el universo» o algo así.

—El Gerente —dijo Hugo.

Esto dejó de piedra a Wallace.

—El Gerente. Ese ser que os da tanto miedo a todos y que toma decisiones a escala cósmica.

—A mí no me da miedo...

—¿Cómo sabe de mi existencia? —inquirió Wallace—. ¿Me espiaba? —Miró alrededor con los ojos desorbitados y bajó la voz—. ¿Está escuchando cada una de las palabras que salen de mi boca en este instante?

—Seguramente —dijo Nelson—. En ese sentido, es un poco *voyeur*.

Hugo suspiró.

—Abuelo...

—¿Qué pasa? Uno tiene derecho a saber si un ser superior lo vio hacer caca o tirar comida al suelo y luego recogerla para comérsela. —Nelson se asomó por detrás del respaldo—. ¿Te hurgaste la nariz? También lo vio. No hay nada de malo en ello, supongo. Los humanos somos así de asquerosos. Forma parte de nuestra naturaleza.

—No vio nada de eso —replicó Hugo en voz muy alta—. No es así como funciona.

—Está bien —dijo Wallace—. Veo que tendré que averiguarlo por mí mismo. —Le sorprendió que Hugo no intentara impedirle que

cogiera la carpeta. La sorpresa se disipó cuando descubrió que no podía cogerla. Su mano atravesó el dosier y penetró en el mostrador. La retiró de un tirón antes de intentarlo otra vez. Y otra. Y otra más.

—Avísame cuando acabes —dijo Hugo—. Más que nada porque soy el único capaz de agarrarla y ver qué contiene.

—Sí, claro —murmuró Wallace. Se encorvó con las palmas apoyadas en el mostrador.

Hugo alargó el brazo hacia él de nuevo. Ocurría cada vez con más frecuencia, como si se le olvidara continuamente que Wallace y él no podían tocarse el uno al otro. Se quedó quieto, con la mano encima de la de Wallace. Este se preguntó cómo sería el tacto de su piel. Se imaginó que sería cálido y suave. Pero nunca lo sabría. En vez de ello, Hugo posó la mano entre las de Wallace y tamborileó con el índice. A Wallace se le crisparon los dedos. Los separaban solo unos centímetros.

—Tranquilo —dijo Hugo—. Te aseguro que tu informe no decía nada malo. Solo que eras un hombre resuelto y trabajador. Que nunca aceptabas un no por respuesta.

Un mes antes, a Wallace le habría encantado oír eso.

Ahora no estaba tan seguro.

—Soy más que eso —declaró con apatía.

—Me alegra oírte decir eso —señaló Hugo—. Opino lo mismo. —Cogió la carpeta y le dio la vuelta para abrirla. Wallace intentó inclinarse hacia él con disimulo para echar una ojeada, pero acabó cayendo a través del mostrador. Hugo lo miró por encima del dosier. La sonrisa se le notaba hasta en los ojos.

—Me caes como el culo —dijo Wallace, malhumorado, mientras se enderezaba.

—No me lo creo.

—Deberías.

—Lo tendré en cuenta.

—Virgen santa —renegó Nelson—. Mira que hay que ser obtuso para... —El resto de la frase quedó reducido a un refunfuño entre dientes.

Mei bajó la escalera vestida con el elegante traje que se había puesto para el funeral de Wallace. Se apartó el cabello de la cara con la mano.

—Lo de las magdalenas iba muy en serio, tío. Como resulte que

se han quemado, te vas a enterar. ¿A quién nos envían esta vez? —Le arrebató la carpeta a Hugo y se puso a leer, moviendo los ojos con rapidez de un lado a otro—. Vaya. Ah. Ah. Ya veo. Interesante. —Arrugó el ceño—. Esto... no va a ser fácil.

Wallace clavó una mirada hostil en Hugo.

—Has dicho que eras el único que podía tocarla.

—¿Ah, sí? —preguntó Hugo—. Pues me he equivocado. Mei también puede.

Ella le dedicó una gran sonrisa a Wallace.

—Vi la tuya. Estaba llena de detalles jugosos. Una pregunta: ¿por qué pensabas que llevar pantalones de pernera ancha molaba en 2003?

—Sois todos muy malas personas —anunció Wallace con aire ampuloso— y no quiero saber nada más de vosotros. —Dicho esto, continuó bajando sillas, negándose siquiera a mirar en su dirección.

—Ay, no —gimió Mei—. No, por favor. Todo menos eso. —Volvió a ponerle la carpeta en las manos a Hugo con brusquedad—. Muy bien. Número dos, allá vamos.

—Procura no presentarte tres días tarde —le recomendó Wallace —. Dios no quiera que no hagas bien tu trabajo.

—Qué tierno —dijo Mei—. Sí que te importa. Me has emocionado. —Se puso de puntillas y le plantó un beso a Hugo en la mejilla—. No te olvides de...

—De las magdalenas, sí, ya lo sé. No me olvidaré. —La abrazó por los hombros y la estrechó contra sí. Wallace no se puso celoso. Ni un poquito—. Ten cuidado. Este no será como los demás.

A Wallace no le gustó verlo tan preocupado.

—Lo tendré —aseguró Mei, devolviéndole el abrazo—. Regresaré en cuanto pueda.

Wallace se volvió para explicarle que el número de personas que asisten a un funeral no es indicativo de su valía, pero ella ya se había marchado.

El reloj de la pared recuperó su marcha normal, marcando el paso de los segundos con su tictac.

—Nunca entenderé cómo funciona nada de esto —comentó Wallace.

Por toda respuesta, Hugo se rio antes de darse la vuelta y atravesar las puertas de la cocina.

El salón de té estuvo concurrido todo el día. Como le faltaba Mei, Hugo no paraba quieto y apenas tenía tiempo para saludar a Wallace al pasar, y mucho menos para responder a las preguntas sobre el contenido de su informe. Esto le irritaba, aunque, si le hubieran preguntado por qué, no habría sabido explicarlo.

Fue Nelson quien puso el dedo en la llaga, para disgusto de Wallace. Este estaba perdido en sus pensamientos, sentado en el suelo, junto a la butaca del anciano.

—No va a olvidarse de ti solo porque venga alguien nuevo.

Wallace se resistió con determinación a mirarlo. Mantuvo la vista fija en la chimenea, en las llamas que crepitaban y chasqueaban.

—Eso no me preocupa en absoluto.

—Ya —dijo Nelson despacio—. Claro que no. Eso sería ridículo.

—Exacto —dijo Wallace.

Permanecieron diez minutos sentados en silencio.

—Pero si eso es lo que te preocupa, olvídate —añadió Nelson al fin—. Hugo es inteligente. Un tipo centrado. Sabe lo importante que es esto. Al menos, eso creo.

Wallace alzó la vista hacia él. Nelson sonreía, por algún motivo que se le escapaba.

—¿La persona nueva que va a venir?

—Claro —dijo Nelson—, eso también.

—¿De qué hablas?

Nelson agitó la mano como para quitar hierro al asunto.

—Solo estoy divagando, supongo. —Tras vacilar unos instantes, preguntó—: ¿Querías a tu mujer?

Wallace pestañeó.

—¿Qué?

—Tu mujer.

Wallace posó de nuevo los ojos en el fuego.

—Sí. Pero no bastó con eso.

—¿Pusiste todo de tu parte?

Quería responder que sí, que había hecho cuanto estaba en su mano para asegurarse de que Naomi supiera que era la persona más importante de su vida.

—No. La verdad es que no.

—¿Y cuál crees que era la razón? —Su tono no era de censura o de crítica. Wallace experimentó una gratitud absurda por ello.

—No lo sé —dijo Wallace, jugueteando con una hilacha de sus vaqueros. Desde que había aprendido a mudarse de ropa, no había vestido nada parecido a un traje. Se sentía mejor así, como si se hubiera liberado de una coraza exterior que no era consciente de llevar encima—. Surgieron algunos obstáculos.

—Yo quería a mi mujer —dijo Nelson, y todas las palabras que Wallace pretendía añadir murieron en su lengua—. Era una persona... llena de vida. Una auténtica fiera. No había nadie como ella en el mundo entero y, por algún motivo, me eligió a mí. Me quería. —Esbozó una sonrisa, aunque a Wallace le pareció que se sonreía a sí mismo, más que a él—. Tenía una costumbre que me sacaba de mis casillas. Cuando llegaba a casa de trabajar, lo primero que hacía era quitarse los zapatos y dejarlos junto a la puerta. Luego venían los calcetines, que también acababan en el suelo. Tras ella quedaba un rastro de prendas, esperando a que yo las recogiera. Cuando le preguntaba por qué no las ponía en el cesto de la ropa sucia como una persona normal, ¿sabes qué me contestaba?

—¿Qué? —inquirió Wallace.

—Que la vida es más importante que los calcetines sucios.

Wallace lo miró con fijeza.

—Eso... no tiene ni pies ni cabeza.

La sonrisa de Nelson se ensanchó.

—No, ¿verdad? Pero para ella tenía todo el sentido del mundo. —Le tembló la sonrisa—. Un día, regresé a casa. Era tarde. Cuando abrí la puerta, no había zapatos al otro lado, ni calcetines en el suelo, ni un rastro de ropa. Pensé que, por una vez, lo había recogido todo. Me sentí... ¿aliviado? Estaba cansado y no tenía ganas de ocuparme de su desorden. La llamé. No respondió. Recorrí la casa, habitación a habitación, pero ella no estaba. Supuse que llegaría más tarde. No sería la primera vez. Entonces sonó el teléfono. Ese fue el día en que me enteré de que mi mujer había fallecido de manera inesperada. Y tiene gracia, la verdad, porque mientras me comunicaban que había muerto, que todo había sido muy rápido y no había sufrido, yo solo podía pensar en que habría dado lo que fuera por ver sus zapatos junto a la puerta. Sus calcetines sucios en el suelo. Un rastro de ropa que llevara al dormitorio.

—Lo siento —murmuró Wallace.

—No lo sientas —dijo Nelson—. Tuvimos una buena vida. Ella me quiso, y yo procuraba hacerle saber todos los días que la quería, aunque tuviera que recoger su desorden. Es lo que había que hacer.

—¿No la echas de menos? —preguntó Wallace sin pensar. El rostro se le contrajo en una mueca de dolor—. Mierda. Me he expresado mal. Claro que la echas de menos.

—Sí —asintió Nelson—, con todas las fibras de mi ser.

—Pero sigues aquí.

—Sigo aquí —dijo Nelson—. Y sé que, cuando esté listo para marcharme de aquí, ella estará esperándome. Pero prometí que cuidaría de Hugo mientras me fuera posible. Ella lo comprenderá. ¿Qué son unos años frente a toda la eternidad?

—¿Qué tiene que pasar? —preguntó Wallace—. Para que decidas cruzar al otro lado. —Recordó lo que Nelson le había explicado cuando se encontraban bajo la puerta—. Para que decidas elevarte.

—Ah —dijo Nelson—. Esa es la gran pregunta, ¿no? ¿Qué tiene que pasar? Se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos suaves en la pierna con el bastón—. Que esté seguro de que se encuentra en buenas manos. De que su vida esté llena de alegría, incluso en medio de la muerte. No se trata tanto de lo que necesita (pues eso implicaría que le falta algo), como de lo que quiere. Hay una diferencia entre una cosa y otra. Creo que a veces se nos olvida.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó Wallace.

—Sonríe más últimamente —dijo Nelson en vez de responder—. ¿Lo sabías?

—¿En serio? —Tenía la impresión de que Hugo era una de aquellas personas que sonreían siempre.

—Me pregunto por qué será —dijo Nelson, reclinándose en su sillón—. Me muero de ganas de averiguarlo.

Wallace dirigió la vista hacia Hugo, que estaba detrás del mostrador. Este debió de notar que lo miraba, pues se volvió hacia él y desplegó una sonrisa.

—Es fácil dejarte arrastrar y caer en una espiral —susurró Wallace.

—Cierto —convino Nelson—, pero lo que de verdad importa es lo que hagas para salir de ella.

Esa tarde, el segundero del reloj empezó a titubear media hora antes del cierre de El Cruce de Caronte. Hugo colgó en la ventana un letrero que Wallace ya conocía: CERRADO POR EVENTO PRIVADO. Le aseguró que era solo por precaución.

—Es como si no estuviéramos aquí —dijo—. Cuando el reloj se ralentiza, el mundo sigue su curso en torno a nosotros. Si alguien viniera al establecimiento en un momento así, no vería más que una casa a oscuras con el letrero en la ventana.

Wallace lo siguió a la cocina. Le picaba la piel, y el gancho en el pecho le producía una sensación incómoda.

—¿Alguna vez ha intentado entrar alguien?

Hugo negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. No es cosa de magia..., creo. Más una ilusión que otra cosa.

—Para ser un barquero, hay muchas cosas que no sabes.

Hugo soltó una risita.

—¿A que es genial? No me gustaría nada saberlo todo. Ya no quedarían misterios. ¿Dónde estaría la gracia?

—Pero siempre sabríamos qué esperar. —Se percató de cómo sonaba eso en cuanto lo dijo—. Y por eso es por lo que *inesperamos*.

—Exacto —dijo Hugo, como si la frase hubiera tenido algún sentido. Wallace estaba aprendiendo que lo más fácil era dejarse llevar. Eso le permitía mantener la cordura más o menos intacta. Hugo se acercó a la alacena y estudió el contenido con expresión ceñuda. Wallace echó un vistazo por encima de su hombro. Había más tarros alineados en los estantes, cada uno con un tipo distinto de té. A diferencia de los que estaban situados detrás del mostrador, estos no presentaban etiquetas. En casi todos, las hojas estaban molidas en un polvo fino.

—*¿Matcha?* —murmuró Hugo para sí—. No, no cuadra. *¿Yaupon?* Tampoco, aunque creo que se acerca bastante.

—¿Qué haces?

—Intento dilucidar qué variedad de té es la más indicada para nuestro huésped —dijo Hugo.

—¿Hiciste lo mismo conmigo?

Asintiendo, Hugo señaló un tarro en uno de los estantes superiores, que contenía un polvo oscuro.

—Fuiste fácil. Más fácil que casi todos los anteriores.

—Hala —dijo Wallace—. Es la primera vez que alguien dice eso sobre mí. No sé cómo tomármelo.

Esto le arrancó a Hugo una carcajada de sorpresa.

—No me refería a... Anda ya, sabes perfectamente lo que quería decir.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Es un arte —aseveró Hugo—, o al menos eso me gusta pensar. Elegir el té ideal para cada persona. No siempre acierto, pero cada vez se me da mejor. —Extendió el brazo hacia un frasco y tocó el vidrio antes de retirar la mano—. Ese tampoco es el bueno. ¿Cuál podría...? Ah. ¿En serio? Lleva un tiempo pillarle el gusto. —Cogió de un estante un tarro repleto de hojas retorcidas y ennegrecidas—. Este no es mío. Dudo que pudiera cultivarlo aquí. Lo compro de importación.

—¿Qué es? —preguntó Wallace, examinando el recipiente. Las hojas parecían secas.

—*Kuding cha* —dijo Hugo, dirigiéndose hacia la encimera de enfrente para preparar la tisana—. Es una infusión china. El significado literal del nombre es «té de clavo amargo». Por lo general se elabora con hojas del árbol de cera y acebo. El sabor no es apto para todos los gustos. Es muy amargo, aunque dicen que posee cualidades medicinales. Se supone que ayuda a despejar la vista y la cabeza, así como a eliminar toxinas.

—¿Y eso es lo que le vas a dar? —quiso saber Wallace, observando cómo Hugo extraía una hoja retorcida del frasco. Su olor acre y terroso le provocó un estornudo.

—Creo que sí —respondió Hugo—. Es muy inusual. Nunca le había preparado ese té a nadie. —Se quedó mirando la hoja antes de sacudir la cabeza—. Seguramente no es nada. Fíjate en esto.

Wallace permaneció a su lado mientras vertía agua caliente en el mismo juego de tazas de té que había usado la noche que Mei llevó allí a Wallace. Se levantaron nubes de vapor cuando dejó la tetera sobre la encimera. Sujetando la hoja entre dos dedos, la bajó con delicadeza hasta el agua. Una vez sumergida, se abrió como una flor. El líquido empezó a teñirse de un extraño y oscuro tono marrón, al tiempo que la hoja se aclaraba hasta adquirir un matiz verdoso.

—¿A qué dirías que huele? —preguntó Hugo.

Wallace se inclinó hacia delante y aspiró el vapor. Le obstruyó los

orificios nasales, así que se apartó, moviendo la nariz.

—¿Hierba?

Hugo asintió, visiblemente complacido.

—Exacto. Detrás del sabor amargo, se aprecia un toque a hierbas y un regusto prolongado a miel. Sin embargo, para percibirlo tienes que profundizar más allá del amargor.

Wallace suspiró.

—Otra vez estás hablando de una cosa cuando en realidad te refieres a algo distinto.

Hugo sonrió.

—O simplemente estoy hablando de té. Es un tema lo bastante complejo como para que tenga que significar otra cosa. Pruébalo. Creo que tal vez te lleves una sorpresa. Seguramente requiera un tiempo de infusión más largo, pero te harás una idea bastante aproximada.

A Wallace le vino a la memoria la leyenda colgada en la tetería. Hugo debía de estar pensando lo mismo cuando le tendió la taza.

—Es tu segunda vez —dijo.

«Un invitado distinguido.»

Wallace tragó en seco mientras aceptaba la taza que le ofrecía Hugo. No se le escapaba que era lo más cerca que estarían nunca de tocarse. Notó la mirada de Hugo fija en él mientras ambos sujetaban la taza durante más tiempo del necesario. Al final, el barquero bajó la mano.

El agua aún era traslúcida, aunque el tono parduzco había cedido el paso a un verde más parecido al color de la hoja. Se llevó la taza a los labios.

Le vinieron arcadas cuando el té le resbaló por la garganta y le estalló, caliente, en el estómago. Era amargo, sí, pero entonces emergió el gusto a hierba y le supo como si se hubiera comido medio prado. El regusto a miel estaba ahí, pero el dulzor quedó eclipsado por el hecho de que a Wallace le repugnaba todo lo relacionado con ese brebaje.

—La leche —dijo, secándose la boca mientras Hugo recuperaba la taza—. Es asqueroso. ¿Quién narices se bebería eso por propia voluntad?

Observó a Hugo acercarse la taza a los labios. Este hizo una mueca mientras tragaba.

—Ya —dijo, bajando la taza—. Que me chifle el té no significa

que me chiflen todos los tipos de té. —Chasqueó los labios—. Ah. Ahí está la miel. Casi ha valido la pena.

—¿Alguna vez te has equivocado al elegir un té?

—¿Para los vivos que vienen aquí? Sí.

—Pero no para los muertos.

—Pero no para los muertos —admitió Hugo.

—Me parece... admirable. Extraño pero admirable.

—¿Eso es otro cumplido, Wallace?

—Eh... ¿Tú crees? —dijo Wallace, sintiéndose incómodo de repente. Se percató de que estaba más cerca de Hugo de lo que creía. Retrocedió un paso, aclarándose la garganta—. Jopé, ese sabor nunca se va.

Hugo se rio entre dientes.

—Es muy persistente. El tuyo me gustaba mucho más.

Wallace se puso más contento de la cuenta al oír esto.

—¿Eso ha sido un cumplido, Hugo?

—En efecto —se limitó a responder.

Wallace abrazó esas dos palabras y se aferró a ellas. El amargor que le inundaba la boca no era rival para la dulzura del regusto.

Hugo extrajo más hojas del frasco y las depositó en un platito, junto a la tetera y las tazas.

—Ya está. ¿Qué impresión da?

—Como si hubieras salido y recogido lo primero que has encontrado en el suelo.

—Perfecto —dijo Hugo en tono alegre—. Eso significa que hemos...

En la parte delantera del establecimiento, el tictac del reloj titubeó ruidosamente antes de detenerse por completo, con el segundero temblando.

—Ya están aquí —anunció Hugo.

Wallace no sabía muy bien qué se suponía que debía hacer.

—¿Quieres que me...? —Agitó la mano, a modo de explicación.

—Puedes acompañarme fuera, si quieres —dijo Hugo, recogiendo la bandeja—, aunque sí te pido que dejes que lo atienda yo y que aclare cualquier pregunta que tenga. Si te dirige la palabra, puedes responderle, pero con voz neutra y tranquila. No queremos que se altere más de lo que ya debe de estar.

—Estás preocupado —observó Wallace. No sabía cómo había

podido pasar por alto la tensión en torno a sus ojos, la rigidez con que sujetaba la bandeja—. ¿Por qué?

Hugo vaciló unos instantes.

—La muerte no siempre es rápida —dijo—. Sé que tú no estás de acuerdo, pero tuviste suerte. La experiencia no es igual para todo el mundo. A veces es violenta y terrible, y persigue a las víctimas durante mucho tiempo. Unos quedan hundidos, otros se llenan de ira, y algunos... algunos se obsesionan tanto que se olvidan de todo lo demás. Aunque no lo creas, nos llegan más personas así de las que te imaginas.

Se lo creía. Le pareció que entendía lo que Hugo pretendía expresar, pero no se atrevió a preguntárselo. El mundo podía ser un lugar hermoso —como demostraban los cuadros de las paredes del salón de té, con sus pirámides, castillos y cascadas que parecían precipitarse desde alturas imposibles—, pero también brutal y tenebroso.

Hugo se volvió hacia las puertas de la cocina.

—Vienen por el camino. ¿Confías en mí?

—Sí —dijo Wallace de inmediato y reprimiendo el impulso de cerrarle el paso a Hugo para impedirle salir de la cocina. Ignoraba qué se avecinaba, pero le daba mala espina.

—Bien —dijo Hugo—. Observa. Escucha. Cuento contigo, Wallace.

Atravesó las puertas mientras Wallace, inmóvil, lo seguía con la mirada.

Capítulo 14

Wallace se detuvo un momento en el vano de la puerta y frunció el ceño. Las luces estaban encendidas, como de costumbre, pero parecían... más tenues, como si alguien hubiera cambiado las bombillas. *Apolo* gimoteaba con las orejas caídas mientras Nelson le acariciaba la cabeza para intentar tranquilizarlo.

—No pasa nada —le decía—. Todo saldrá bien.

Hugo había dejado el té sobre una de las mesas altas, que no era la misma que había utilizado para recibir a Wallace. Este se acercó al viejo y al perro, mientras Hugo se quedaba junto a la mesa, con las manos entrelazadas a la espalda.

Presentaba un aspecto distinto, allí de pie. Era algo sutil y, de no ser porque Wallace había observado a Hugo desde su llegada a ese lugar, quizá no habría reparado en ello. Pero el caso es que lo observaba y tomaba nota de todos los pequeños cambios. Lo percibía en la posición de los hombros de Hugo, en la cuidada inexpresividad de su rostro, que, sin embargo, no denotaba falta de interés. Wallace recordó el día que había llegado y se preguntó si Hugo se había colocado en la misma postura.

Cuando consiguió despegar la vista de él, la desplazó por la sala, intentando centrarse en algo, en cualquier cosa que lo distrajera.

—¿Qué les pasa a las luces? —le preguntó a Nelson. Dirigió la mirada a la puerta—. ¿Has bajado la intensidad?

Nelson negó con un gesto.

—Esto va a ser duro.

A Wallace no le gustó cómo sonaba eso.

—¿Duro?

—La mayoría de la gente no quiere estar muerta —murmuró Nelson, deslizando el dedo por el morro de *Apolo*—, pero aprende a aceptarlo. A veces necesitan tiempo, como tú. Pero algunos se niegan incluso a planteárselo. «Los placeres violentos desembocan en la violencia y encuentran la muerte en su propio triunfo, como el fuego y

la pólvora.»

—Shakespeare —dijo Wallace, volviéndose hacia Hugo, que no había apartado los ojos de la puerta.

—Obviamente —dijo Nelson. Alzó el brazo, le agarró la mano a Wallace y le dio un fuerte apretón. Este no intentó zafarse. Supuso que el viejo lo necesitaba. Era lo menos que podía hacer por él.

El suelo del porche crujió cuando alguien subió los escalones. Wallace aguzó el oído, pero no captó ninguna voz. Le pareció extraño. Cuando Mei había ido a buscarlo a él, se había pasado todo el camino de palique, aunque solo fuera para responder a las innumerables preguntas de Wallace. El hecho de que nadie hablara le producía inquietud.

Se oyeron tres golpes en la puerta. El aldabón. Tras unos instantes de silencio, la puerta se abrió.

Mei fue la primera en entrar, con una sombría sonrisa fijada en la boca que no se reflejaba en sus ojos. Estaba más pálida de lo normal, con los labios reducidos a una fina línea que apenas dejaba entrever el blanco de los dientes. Inspeccionó la sala, empezando por Hugo y continuando con Nelson, Wallace y *Apolo*. Este hizo amago de levantarse para acercársele, pero ella sacudió la cabeza y, con un gemido, el can volvió a posarse sobre las patas traseras. Nelson volvió a apretarle la mano a Wallace.

Si alguien le hubiera preguntado a Wallace a quién esperaba ver entrar tras ella, no habría sabido qué contestar. El té le había proporcionado una pista, pero no era muy grande, y no encontraba el modo de hacerla encajar en el panorama general. Aquel gusto amargo, áspero y penetrante, seguido del sabor a hierba como de haberse zampado un prado entero y rematado por el dulzor de la miel, tan empalagoso que se pegaba a la garganta.

Tal vez se trataba de una persona enfadada, más de lo que lo había estado él. De alguien que entraría gritando, lleno de rabia por lo injusto que era todo aquello. A Wallace le parecería de lo más comprensible. ¿Acaso no había hecho él lo mismo? Pensaba que instalarse con firmeza en la negación y la ira formaba parte del proceso.

Pensara lo que pensase, el hombre que entró esa noche en El Cruce de Caronte no era como esperaba. Para empezar, era más joven, de unos veintipocos años. Vestía una camisa negra ancha y unos

vaqueros con las rodillas rotas. Llevaba las largas y rubias greñas echadas hacia atrás, como si hubiera estado pasándose las manos por ellas. Tenía los ojos negros y brillantes, y su rostro parecía una máscara tirante extendida sobre los huesos. Con aire perturbador, paseó la vista por la sala en penumbra que tenía ante sí y la posó solo un momento en Nelson y *Apolo*. Se quedó mirando largo rato a Wallace. Torció los labios como si pugnara por contener una sonrisa aterradora. Se frotó el pecho con una mano, y Wallace se sorprendió al advertir que ahí no había un gancho ni un cable que lo uniera a Hugo. No sabía por qué no se lo había planteado antes. ¿Tenía Nelson un gancho? ¿Y *Apolo*? ¿Y Mei?

Ella cerró la puerta. El pestillo encajó con un chasquido rotundo que no le gustó nada a Wallace.

—Este es Hugo, el barquero del que te he hablado —dijo Mei—. Está aquí para ayudarte. —Evitando cualquier contacto con el hombre, se dirigió hacia Hugo. Mantenía una expresión inmutable, sin mirar en ningún momento a Wallace o a Nelson. Se detuvo al lado de Hugo. No intentó tocarlo.

El hombre permaneció cerca de la puerta.

—Hola —dijo Hugo.

El hombre se contorsionó ligeramente.

—Hola. Me han contado cosas sobre ti. —Su tono era más desenfadado de lo que Wallace había imaginado, aunque se percibía en él un trasfondo de algo más oscuro, más siniestro.

—¿Ah, sí? —preguntó Hugo con desparpajo—. Nada malo, espero.

El hombre sacudió la cabeza despacio.

—Qué va. Era bueno. —Ladeó la cabeza—. Todo lo que me han contado era bueno. Demasiado bueno, para serte sincero.

—Mei siempre me pone por las nubes —dijo Hugo—. He intentado quitarle esa costumbre, pero no me escucha.

—No, ya lo veo —dijo el hombre, y entonces apareció la sonrisa. La máscara se tensó aún más, marcando los afilados pómulos. A Wallace se le heló la sangre—. No escucha para nada. ¿Y tú?

—Lo intento —dijo Hugo, con las manos aún enlazadas tras la espalda—. Sé que es duro descubrir lo que has descubierto. Saber que nada volverá a ser igual. Llegar aquí, a un lugar que nunca habías visto con personas que no conoces. Pero te prometo que te ayudaré en

todo cuanto esté en mi mano.

—¿Y si no quiero tu ayuda?

Hugo se encogió de hombros.

—La necesitarás. Y no lo digo a la ligera. Has emprendido un viaje muy distinto de todos los que has realizado. Esto es solo un alto en el camino.

El hombre volvió a echar un vistazo alrededor.

—Según ella, esto es un salón de té.

—Lo es.

—¿Es tuyo?

—Sí.

Señaló a Nelson y Wallace con un movimiento brusco de la cabeza.

—¿Y estos?

—Mi abuelo Nelson y mi amigo Wallace.

—¿Son...? —Cerró los ojos un instante antes de abrirlos de nuevo —. ¿Son como tú o como yo?

Wallace se mordió la lengua. No eran como él en absoluto. El recién llegado irradiaba una frialdad que impregnaba la sala y le provocaba escalofríos.

—Como tú, en cierto modo —dijo Hugo—. Ellos tienen que completar su propio viaje.

—¿Sabes cómo me llamo? —inquirió el hombre.

—Alan Flynn.

Al hombre le tembló la piel de debajo del ojo derecho.

—Ella dice que estoy muerto.

—Es verdad —dijo Hugo, moviéndose por fin. Sacó las manos de detrás de la espalda y las posó sobre la mesa que tenía delante, que dio una pequeña sacudida, de modo que las tazas tintinearon sobre la bandeja—. Y lo siento mucho.

Alan alzó la vista al techo.

—Lo sientes —dijo con aire divertido—. Tú lo sientes. Pero ¿por qué? No es culpa tuya.

—No —convino Hugo—. No es culpa mía. Aun así, lo siento. Me imagino cómo te sientes. No pretendo entender todo por lo que estás pasando...

—Mejor —dijo el hombre, cortante—. Porque no tienes ni idea.

Hugo asintió.

—¿Te apetece un té?

Alan hizo una mueca.

—Nunca he sido muy fan del té. Es soso. —Se frotó el pecho de nuevo—. Y un peñazo.

—No lo es —repuso Hugo—. Eso te lo aseguro.

Alan no parecía convencido, pero dio un paso cauteloso hacia la mesa. Las luces de los apliques parpadearon con un débil zumbido eléctrico.

—Estás aquí para ayudarme. —Avanzó otro paso—. Eso es lo que has dicho. —Y otro más.

—Así es —dijo Hugo—. No tiene por qué ser hoy o mañana, pero pronto, cuando estés preparado, responderé a todas las preguntas que pueda. No lo sé todo. Ni pretendo saberlo. Soy un guía, Alan.

—¿Un guía? —preguntó Alan, adoptando un deje sardónico—. ¿Y adónde se supone que vas a guiarme?

—A lo que viene después.

Alan llegó a la mesa. Intentó apoyar las manos en ella, pero la atravesó. La boca se le curvó hacia abajo mientras las retiraba.

—¿Esto es el infierno o el purgatorio? Esta mujer no estaba muy dispuesta a darme detalles —dijo en un tono de mofa seco y mordaz.

—Ni el infierno ni el purgatorio —respondió Hugo mientras Mei entrecerraba los ojos—. Tampoco un lugar intermedio.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Alan.

—Eso tendrás que averiguarlo por ti mismo. Yo no tengo esas respuestas, Alan. Ojalá las tuviera, pero no. No te mentiría sobre eso ni sobre ninguna otra cosa. Te lo prometo, y también que haré todo lo posible por ayudarte. Pero, antes, ¿quieres una taza de té?

Alan bajó la mirada hacia la bandeja que estaba sobre la mesa. Alargó la mano para tocar el tarro con las hojas, pero se le crisparon los dedos y bajó el brazo de nuevo.

—Esas hojas... Nunca había visto un té como ese. Creía que venía en esas bolsitas con un cordel. Mi padre, él... —Sacudió la cabeza—. Da igual.

—El té viene en todo tipo de variedades y formas —dijo Hugo—. Hay muchas clases distintas, más de las que podrías imaginar.

—¿Y crees que me voy a beber tu té?

—No es obligatorio —dijo Hugo—. Es una ofrenda de bienvenida. He descubierto que el acto de compartir té tiene la propiedad de unir

más a las personas.

Alan soltó un bufido de burla.

—Lo dudo. —Respiró hondo, inclinando la cabeza a un lado y otro—. Morí desangrado, ¿lo sabías? En un callejón. Oía a la gente pasar a solo unos metros de distancia. Grité para captar su atención. Pasaron de mí. —Se quedó con la mirada perdida. Las luces volvieron a parpadear—. Les pedí ayuda. Les supliqué que me ayudaran. ¿Alguna vez te han apuñalado?

—No —dijo Hugo en voz baja.

—A mí sí —dijo Alan, llevándose la mano al costado—. Aquí. —La desplazó hasta su pecho, cerrando los dedos—. Aquí. —Luego se tocó un lado del cuello—. Y aquí. Le... le debía un dinero que no tenía. Traté de explicárselo, pero él... sacó la navaja, y le dije que se lo conseguiría, que se fiara de mí, que podía reunir la suma. Pero ya se lo había dicho antes, una y otra vez, así que... —Entornó los párpados—. Acerqué la mano a la cartera para darle los pocos pavos que llevaba encima. Sabía que no serían suficientes, pero tenía que intentarlo. Debió de creer que iba a coger un arma, porque... me apuñaló sin más. Yo no sabía qué estaba pasando. Al principio no me dolió. Qué raro, ¿no? Vi cómo me clavaba la navaja, pero no me dolió. A pesar de toda la sangre que brotó, no me parecía real. Entonces me flaquearon las piernas y me desplomé sobre un montón de basura. Acabé con un envoltorio de comida rápida sobre la cara. Olía a rayos.

—No te lo merecías —dijo Hugo.

—¿Acaso se lo merece alguien? —Sin esperar respuesta, continuó —: Se largó con siete dólares y una tarjeta de débito para la que no tenía el PIN. Traté de arrastrarme, pero las piernas no me respondían. Tampoco los brazos. Y la gente que andaba por la acera simplemente... pasaba de largo. No es justo.

—No —dijo Hugo—. Nunca lo es.

—Ayúdame —dijo Alan—. Ayúdame.

—Te ayudaré. Te prometo que haré lo que pueda.

Alan asintió, casi aliviado.

—Bien. Tenemos que encontrarlo. No sé dónde vive, pero si regresamos, puedo localizar...

—Ya te lo he dicho —lo interrumpió Mei—. No podemos regresar. —Parecía intranquila. Wallace se preguntó qué había ocurrido que la había asustado tanto—. Solo puedes seguir avanzando.

A Alan le irritaron estas palabras. Le lanzó una mirada asesina a Mei, enseñando los dientes.

—Eso dices tú, sí. Pero veamos qué opina aquí tu jefe, ¿no? Ya has dicho bastante. No me gusta cuando hablas. No me dices lo que quiero oír.

Hugo agarró la tetera y comenzó a verter agua caliente en las tazas de la bandeja. Se elevaron volutas de vapor. El barquero dirigió la vista hacia Wallace y Nelson, arqueando una ceja. Este último negó con la cabeza. Hugo llenó tres tazas antes de volver a dejar la tetera sobre la bandeja.

—¿Qué harías? —preguntó mientras extraía unas hojas de té del tarro y dejaba caer una en cada taza—. ¿Qué harías si dieras con él, si supieras dónde está?

Alan dio un respingo, arrugando la frente y cerrando los puños.

—Le haría daño, como me hizo él a mí.

—¿Por qué?

—Porque se lo merece por lo que me hizo.

—¿Y eso te haría sentir mejor?

—Sí.

—Ojo por ojo.

—Sí.

—Este té se llama *kuding cha* —dijo Hugo—. Es diferente de los otros tés que tengo en el establecimiento. No recuerdo cuándo lo preparé por última vez. No es para todo el mundo. Se dice que posee propiedades medicinales. Algunos incluso juran que funciona.

—Ya te he dicho que no quiero té.

—Lo sé —contestó Hugo—. Y, aunque quisieras, no podría dártelo todavía. Tiene que infusionar un rato, ¿sabes? Un buen té requiere paciencia. No proporciona una satisfacción instantánea, a diferencia de las bolsitas con cordel. Estas aportan un placer fugaz, que se pasa en un abrir y cerrar de ojos. En cambio, este tipo de té hace apreciar el esfuerzo que inviertes en él. Cuanto más rato infusiona, más fuerte es el sabor.

—El reloj no se mueve —observó Alan.

—No —dijo Hugo—. Se ha detenido para darnos todo el tiempo que necesites. —Cogió una taza y la dejó más cerca de Alan—. Espera un poco más, luego pruébalo y dime qué te parece.

Una lágrima le resbaló a Alan por la mejilla.

—No me escuchas. —Se volvió hacia la puerta.

—No puedes irte —le advirtió Mei. Dio un paso hacia él, pero Hugo la retuvo. «Espera», articuló con los labios. Ella suspiró, encorvando los hombros.

—Sí que puedo —replicó Alan—. La puerta está justo ahí.

—Si te vas —dijo Hugo—, empezarás a descomponerte y el proceso se acelerará a medida que te alejes. Fuera de estas paredes está el mundo de los vivos, un mundo al que ya no perteneces. Lo siento mucho, Alan. Sé que tal vez no lo creas, pero lo siento de verdad. No te mentiría, y menos aún sobre algo tan importante. Si te marchas, solo empeorarás las cosas. Perderás todo aquello que te hace ser quien eres.

—Ya lo he perdido —espetó Alan.

—No es verdad —dijo Hugo—. Sigues aquí. Sigues siendo tú. Y yo puedo echarte una mano. Puedo indicarte el camino y ayudarte a cruzar al otro lado.

Alan volvió a mirar al frente.

—¿Y si no quiero cruzar?

—Tarde o temprano querrás cruzar —aseveró Hugo—. Pero no hay prisa. Tenemos tiempo de sobra.

—Tiempo —repitió Alan, bajando los ojos hacia la taza—. ¿Ya está listo?

—Está listo. —Hugo parecía aliviado, pero Wallace aún estaba receloso.

—¿Y puedo tocar la taza?

—Sí. Pero ten cuidado, estará caliente.

Alan asintió. Acercó una mano temblorosa hacia la taza. Mei y Hugo lo imitaron. Wallace recordó cómo había sido esa experiencia para él, el aroma a menta en el aire, la cabeza que le iba a mil por hora, buscando una manera de salir de aquella situación. Sabía que a Alan le estaría pasando lo mismo.

Hugo y Mei aguardaron a que Alan tomara el primer sorbo. Este tragó y puso mala cara.

Hugo bebió de su propia taza.

Mei también y, si no le gustó el sabor, lo disimuló muy bien.

—Estoy muerto —declaró Alan, con la vista fija en su taza. La removió con suavidad. Se derramó un poco de té sobre la mesa.

—Sí —dijo Hugo.

—Me han asesinado.

—Sí.

Depositó la taza en la bandeja. Estiró las manos. Inspiró profundamente y exhaló despacio.

De pronto, barrió la superficie de la mesa con el brazo y tiró la tetera, que se hizo añicos contra el suelo en medio de un charco de té. Retrocedió un paso, con el pecho agitado. Alzó las manos hacia los lados de su cabeza y se la apretó con fuerza antes de doblarse en dos con un alarido. Wallace nunca había oído un sonido igual. Ardía como si el agua caliente del té le hubiera escaldado la piel. El grito se prolongaba más y más sin que la voz de Alan se entrecortara en ningún momento. Las luces de los apliques emitieron un fuerte destello antes de apagarse y sumir la tetería en la oscuridad. Con un gruñido, *Apolo* se apostó delante de Nelson y Wallace, con el lomo erizado y la cola tiesa.

Alan intentó volcar las mesas, las sillas, cualquier cosa que tuviera a su alcance. Se puso aún más furioso al ver que las sillas apenas se movían y las mesas no se movían en absoluto. Les lanzó patadas, pero fue inútil. Recorrió la sala con paso airado. Cuando se les acercó demasiado, *Apolo* le gruñó. Wallace se levantó como un resorte y se interpuso entre Nelson y Alan, pero este, con mirada llameante, hizo caso omiso de ellos, pues intentaba en vano causar toda la destrucción posible.

Acabó por cansarse y, con el cabello colgándole sobre la cara, se agachó y apoyó las manos en las rodillas, con los ojos desorbitados.

—Esto no es real —masculló—. Esto no es real. Esto no es real.

Hugo dio un paso hacia él. Wallace trató de impedírselo, pero Nelson lo agarró del brazo para refrenarlo.

—No lo hagas —le susurró el viejo al oído—. Sabe lo que hace. Confía en él.

Hugo se detuvo a menos de un metro de Alan, contemplándolo con expresión afligida. Se acuclilló frente a Alan, que se inclinó hasta acabar de rodillas, con las manos en el suelo, meciéndose adelante y atrás.

—Es real —musitó Hugo—. Te lo aseguro. Y tienes razón: no es justo. En realidad, nunca lo es. No te culpo por creer lo contrario. Pero, si me dejas, me esforzaré por demostrarte que hay más cosas buenas en este mundo de las que jamás creíste posible.

El hombre se enderezó hasta sentarse sobre sus talones y echó la cabeza hacia atrás. Profirió otro alarido, y se le marcaron las venas en el cuello de puro alivio.

El grito parecía no acabar jamás.

Cuando Hugo les pidió que se retiraran alegando que Alan necesitaba espacio, Wallace intentó protestar. No le gustaba la idea de que Hugo se quedara a solas con el recién llegado. Muy en el fondo sabía que el barquero era perfectamente capaz de manejar la situación, pero la mirada enloquecida de Alan le parecía casi propia de un animal. Mei le paró los pies antes de que pudiera decirle a las claras a Hugo que no pensaban irse. Inclinó la cabeza en dirección al fondo de la casa.

—No te preocupes —dijo Nelson, aunque en un tono de preocupación—. Hugo sabrá ocuparse de él.

Apolo se negaba a moverse. Nada de lo que Mei hiciese o dijese lo inducía a deponer su actitud. Hugo sacudió la cabeza.

—No pasa nada. Que se quede. Si os necesito, ya os avisaré. —Intercambió una mirada con Mei que Wallace no supo cómo interpretar. Alan le gruñía al suelo, con gotas de baba en los labios.

Lo último que vio Wallace fue a Hugo, sentado frente al hombre con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas.

Siguió a Nelson, que caminaba detrás de Mei arrastrando los pies. Recorrieron el pasillo hacia la puerta trasera. Hacía más frío que las noches anteriores, como si la primavera hubiera perdido las riendas de forma temporal. Wallace se desanimó al percatarse de que no sabía en qué fecha estaban. Creía que era miércoles y que ya estaban en abril. En aquel lugar el tiempo pasaba sin que se diera cuenta. Estaba tan abstraído en la existencia que le había tocado vivir ahí, que no había reparado en ello. Llevaba casi cuatro semanas en El Cruce de Caronte. Según Mei, nadie había permanecido allí más de dos semanas. Y, a pesar de todo, nadie lo había presionado para que cruzara la puerta. Nadie se la había mencionado siquiera desde los primeros días.

—¿Va todo bien? —le preguntó Nelson a Mei, que caminaba de un lado a otro por la terraza. Extendió el brazo y la tomó por la muñeca—. Eso ha tenido que ser complicado.

Ella suspiró.

—Lo ha sido. Sabía que podía resultar difícil. El Gerente me lo

dejó claro. No es la primera persona asesinada con la que he lidiado.

—Pero es la primera vez que te has visto en esa situación estando sola —dijo Nelson por lo bajo.

—Me apaño bien.

—Lo sé. No lo he dudado ni un segundo. Pero está bien no estar bien. —Ella se dejó caer contra él y le apoyó la cabeza en el hombro —. Lo has hecho genial. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias —murmuró ella—. Estaba casi convencida de que atendería a razones. Al menos en un primer momento.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Wallace, tendiendo la mirada hacia el huerto de té que se extendía más abajo. A nadie se le había ocurrido encender las luces, y la luna estaba oculta tras las nubes. Las plantas de té parecían muertas en la oscuridad.

—Cerca de donde lo han asesinado —dijo ella—. Estaba... gritando, intentando captar la atención de alguien. Se ha mostrado tan aliviado al percatarse de que yo lo había oído...

Si Alan se parecía mínimamente a Wallace, ese alivio sin duda le había durado poco.

—¿Tú lo sabías?

—¿Que si sabía qué?

Wallace no volvió la vista hacia ellos. Estaba tirando del hilo de una idea que sabía que más le valía dejar de lado, pero esta se resistía a abandonar su mente. Inquieto por ello, eligió sus palabras con cuidado.

—¿Había muerto ya cuando recibisteis el informe?

Se impuso un momento de silencio.

—Sí, Wallace —respondió ella al fin—. Claro que había muerto. De lo contrario, no nos lo habrían enviado.

Él asintió con rigidez y se aferró a la barandilla de la terraza.

—Y vosotros... ¿qué? ¿Os lo creéis ciegamente?

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó Nelson.

No estaba seguro. Siguió tirando del hilo.

—Os mandan los informes. Nuestros informes. Pero solo cuando ya estamos muertos.

—Sí —dijo Mei.

—¿Por qué no los recibís antes? —le preguntó a la negrura de la noche—. ¿Qué le impide al Gerente o a quien sea enviarlos antes de que ocurra?

Sabía que las miradas estaban puestas en él. Las sentía clavadas en la espalda, pero no podía darse la vuelta. Estaba pasándolo mal y no quería que se lo vieran en la cara.

—Esto no funciona así —dijo Mei pausadamente—. No podemos..., Wallace. Nadie habría podido hacer nada por salvarte... por salvarlo.

—Ya —dijo Wallace con amargura—. Porque estaba predestinado a morir desangrado en un callejón.

—Así son las cosas —dijo Nelson.

—Una mierda, en mi opinión.

—La muerte es una mierda —convino Mei. Caminó hacia él, haciendo crujir la madera del suelo con cada paso—. A mí no me verás intentando convencer a alguien de lo contrario, tío. No es... Existe un orden detrás de las cosas. Un proceso por el que todos debemos pasar. No es posible interponerse en el camino de la muerte...

—Un orden —se mofó Wallace—. Me estás diciendo que ese hombre forma parte de un orden. Ese hombre que sufría sin que nadie se parara a echarle una mano. Es en eso en lo que crees. Esa es tu fe. Tu orden.

—¿Y qué habrías querido que hiciera? —quiso saber ella, apoyándose en la barandilla junto a él—. No podemos evitar la muerte. Nadie puede. No hay manera de vencerla. Todo el mundo muere, Wallace. Tú, Nelson, Alan, yo, Hugo... Todos. Nada dura para siempre.

—Y una leche —espetó Wallace, de pronto fuera de sí—. El Gerente la habría evitado si le hubiera dado la gana. Podría haberos avisado de lo que iba a ocurrirle a Alan. Podría haberos prevenido, y entonces vosotros habríais podido...

—Jamás —dijo Mei, escandalizada—. No interferimos con la muerte. No podemos.

—¿Por qué no?

—Porque siempre está ahí. Hagas lo que hagas, lleves la vida que lleves, ya sea buena, mala o algo intermedio, la muerte siempre estará ahí, esperándote. Desde el momento de nacer, empiezas a morir.

Él exhaló un suspiro de cansancio.

—Espero que seas consciente de lo deprimente que suena eso.

—Lo soy —dijo ella— porque es cierto. ¿Preferirías que te

mintiera?

—No, pero... ¿Qué sentido tiene todo esto, entonces? ¿Qué sentido tiene nada? Si nada de lo que hacemos importa, ¿por qué esforzarnos? —Sabía que estaba ofuscado. Ofuscado y nervioso. Tenía la piel fría como el hielo y sabía que no era debido a la temperatura ambiente. Apretó las mandíbulas para que no le castañetearan los dientes.

—Porque se trata de tu vida —dijo Nelson, colocándose al otro lado de él—. La vida es ni más ni menos lo que tú haces con ella. No, no siempre es justa. No, no siempre es buena. Te quema y te desgarra, y a veces te aplasta hasta dejarte irreconocible. Algunos luchan contra eso. Otros... no pueden, aunque supongo que no es culpa suya. Rendirte es fácil. Sobreponerte, no tanto. Pero tenemos que creer que, si lo conseguimos, podemos avanzar otro paso. Podemos...

—¿Seguir adelante? —replicó Wallace—. No es lo que has hecho tú. Aún estás aquí, así que no me vengas con esas chorradas. Di lo que quieras, pero eres de un hipócrita que tira de espaldas.

—Y en eso estriba la diferencia entre tú y yo —dijo Nelson—. En que yo nunca he pretendido no serlo.

Wallace se desinfló.

—Joder —farfulló—. No debería haber dicho eso. Lo siento. No lo merecías. Ninguno de los dos lo merecíais. Yo... —Se volvió hacia Mei—. Estoy orgulloso de ti. No te lo había dicho antes, aunque debería, pero es cierto. No me imagino haciendo lo que haces tú, lo duro que debe de resultarte. Y tratar con personas como él... —Tragó en seco—. Como yo... —Sacudió la cabeza—. Necesito un momento, ¿vale?

Se apartó de ellos, con los pensamientos arremolinándose en la cabeza como una impetuosa tormenta.

Recorrió las filas de plantas, dejando que sus dedos acariciaran las hojas superiores y con cuidado de evitar las más delicadas. Dirigió la mirada más allá, al bosque. Se preguntó cuánto podía alejarse antes de que se le empezara a escamar la piel. ¿Qué sentiría si se rindiera, si se dejara llevar? Esta posibilidad no lo asustaba tanto como debería. A juzgar por lo que había visto, quedaría condenado a una existencia hueca y oscura, la carcasa de una vida pasada.

Y, sin embargo, no dejaba de pensar en ello, en encontrar una manera de arrancarse el gancho del pecho y subir, subir, subir por

entre las nubes hacia las estrellas. O correr y correr hasta que no pudiera más. Fue una idea efímera, pues si lo hacía tal vez acabaría perdido y convertido en lo que Hugo más temía: un cascarón. ¿Cómo le afectaría ver a Wallace con los ojos sin vida y una expresión vacía? Lo consumiría la culpa, y Wallace no podía hacerle algo así en aquellos momentos. Ni nunca.

Hugo era importante. No por su condición de barquero, sino porque era Hugo.

Wallace se dispuso a volver a la terraza con otra disculpa en la punta de la lengua. Se quedó paralizado al oír un suspiro, una exhalación larga y susurrante como el viento al soplar entre hojas secas. Las sombras que lo rodeaban se espesaron y el brillo de las estrellas se debilitó, hasta que todo quedó sumido en la negrura.

Algo se movió a su derecha.

Cuando Wallace volvió la vista hacia allí, su espinazo se convirtió en un bloque de hielo.

Cameron estaba de pie entre las plantas de té, a muy pocos metros de distancia. Iba vestido como entonces, con pantalones sucios, zapatillas de deporte desgastadas, sin camisa. Su tez era de un gris enfermizo. Su boca abierta dejaba al descubierto una lengua gruesa y dientes negros.

Wallace no tuvo tiempo de reaccionar, de emitir sonido alguno. Cameron se abalanzó hacia él con las manos extendidas como garras. Lo asió del brazo, y Wallace sintió que todo lo que constituía su ser se desvanecía cuando aquellos dedos de piel correosa y fría se hincaron en su carne.

—No, por favor, no —musitó mientras Mei llamaba a Hugo a gritos.

Cameron se inclinó hasta que su rostro se encontraba a pocos centímetros del de Wallace, mirándolo con ojos que semejaban negros pozos de tinta. Le enseñó los dientes mientras un gruñido ronco le brotaba de la garganta.

Los tenebrosos colores nocturnos del mundo empezaron a fundirse en torno a Wallace, derritiéndose como la cera. Pensó en soltarse y huir, pero era un impulso lejano, casi imperceptible. Se había convertido en una planta de té, con las raíces hundidas en la tierra y las hojas esperando a que las cosecharan.

Intensos destellos cruzaban su campo visual, como si las estrellas

más brillantes del firmamento surcaran la oscuridad. En cada una de ellas, percibía una imagen fugaz, un eco. Vio a Cameron y, acto seguido, él era Cameron. Una sensación discordante, áspera, chirriante. Luminosa, entumecedora, terrible. Una sensación...

Cameron se rio. Frente a él estaba sentado un hombre que era como el sol. Por la borrosa periferia pasó un violinista de cuyas cuerdas emanaba una música dulce y cálida. Cameron no habría preferido estar en ningún otro lugar. Amaba a ese hombre, lo amaba con la última fibra de su ser.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó el hombre.

—A que te quiero, simplemente —dijo Cameron.

Otra estrella. Las notas del violín se apagaron. Era joven. Más joven. Estaba dolido. Había dos personas de pie delante de él, un hombre y una mujer, ambos de aspecto adusto.

—Nos has decepcionado mucho —dijo la mujer.

—¿Por qué eres así? —dijo el hombre—. ¿Por qué eres tan ingrato, joder? ¿Es que no sabes todo lo que hemos hecho por ti? ¿Y así nos lo pagas?

Qué hirientes, qué devastadoras le resultaron estas palabras. Afligido y preso de las náuseas, deseaba prometerles que podía mejorar, convertirse en la persona que ellos querían que fuera, pero no sabía cómo, él...

Una tercera estrella. El hombre y la mujer se esfumaron, pero su desdén permaneció, como una infección que le corroía la sangre y los huesos.

El hombre que era como el sol apareció de nuevo, pero su luz perdía intensidad. Discutían. Daba igual sobre qué; el caso es que se levantaron la voz, se lanzaban dardos y pedradas, cada palabra era como un gancho al hígado. No quería eso. Lo sentía, lo sentía mucho, no sabía qué mosca le había picado, él hacía lo que podía...

—Te juro que hago lo que puedo, Zach, no puedo...

—Lo sé —dijo Zach. Suspiró, desalentado—. Intento ser fuerte. De verdad que lo intento. Tienes que hablar las cosas conmigo, ¿vale? Abrirte a mí. No tenerme a dos velas. No podemos seguir así. Nos está matando.

—Nos está matando —susurró Cameron mientras la lluvia de estrellas continuaba en torno a ellos.

Wallace veía retazos de una vida que no era la suya. Había

amigos y risas, días sombríos en los que Cameron apenas conseguía levantarse de la cama, una acritud que se apoderaba de él mientras asistía junto a su madre a los últimos suspiros de su padre, postrado en una cama de hospital. Lo odiaba y lo quería, y esperaba y esperaba y esperaba a que su pecho dejara de moverse. Cuando por fin sucedió, un alivio brutal mitigó su pena.

Años. Wallace vio pasar a toda velocidad años en los que Cameron estaba solo, años en los que no estaba solo, años en los que se contemplaba en el espejo preguntándose si las cosas serían más fáciles algún día mientras sus ojeras florecían como moretones. Era un muchacho que iba en bici en el calor del verano. Tenía catorce años y se daba el lote con torpeza con una chica cuyo nombre no recordaba. Tenía diecisiete cuando besó a un chico por primera vez y notó el roce de su barba de pocos días contra la piel, ardiente como un relámpago. Tenía cuatro, seis, diecinueve y veinticuatro, y luego estaba ahí Zach, Zach, Zach, el hombre sol, y qué vuelco le dio el corazón en cuanto lo avistó en el otro extremo del salón. No sabía qué lo atrajo de él tan de repente, pero los sonidos de la fiesta se atenuaron a su alrededor cuando se le acercó, con el pulso acelerado. Cameron se sentía incómodo y cohibido, pero consiguió pronunciar su nombre cuando el hombre sol se lo preguntó y después sonrió, oh, Dios, con qué sonrisa.

—Hola, Cameron —dijo—. Me llamo Zach. No te había visto por aquí. ¿Qué te parece?

Le parecía bien. Cojonudo, le parecía.

Al final, estuvieron juntos tres años. Tres años buenos, felices, aterradores con sus altibajos, pestañeando despacio en la claridad de la mañana al despertar el uno al lado del otro, abrazándose con la piel aún tibia por el sueño. Tres años de peleas, pasión y viajes a las montañas nevadas y al mar más azul, donde el agua estaba calentita.

Fue hacia el final del tercer año cuando Zach anunció:

—No me encuentro bien. —Trató de sonreír, pero sus labios se separaron en una mueca. Entonces se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó.

En un momento, todo iba bien.

Al momento siguiente, Zach se le había ido.

La destrucción que siguió fue catastrófica. Todo lo que habían construido juntos se vio arrasado hasta los cimientos, y Cameron quedó gritando entre los escombros. Aullaba y bramaba contra lo

injusto que era todo, y nada, absolutamente nada, podía sacarlo de ese estado. Se fue apagando hasta quedar reducido a una sombra que vagaba por el mundo solo por la fuerza de la costumbre.

—Oh, no, por favor, no —gimió Wallace, pero era demasiado tarde, pues eso ya formaba parte del pasado, ya había sucedido, era un hecho consumado.

Otra estrella brilló a lo lejos, pero no era de Cameron.

Pertenecía a Wallace.

—¿Cuál es el máximo de tiempo que se ha quedado alguien aquí?

—¿Por qué? ¿Estás pensando en echar raíces?

—No, solo es una pregunta.

—Ah, ya. Bueno, sé que Hugo alojó a alguien aquí durante dos semanas. Fue un... caso difícil. Los suicidios suelen serlo.

—Cameron, lo siento mucho —dijo.

—Sigo aquí —dijo Cameron—. Sigo aquí.

Las estrellas estallaron, y él se vio arrastrado lejos, muy lejos.

Wallace irguió la cabeza con brusquedad. Estaba en el huerto de té. Mei le sujetaba el brazo.

—¿Wallace? ¡Wallace! Mírame. Todo va bien. Estoy contigo.

Él forcejeó para soltarse.

—No, déjame, no lo entiendes... —Al mirar hacia atrás, vio a Hugo de pie frente a Cameron entre las plantas de té, cerca de aquella que tenía diez años y de la que estaba tan orgulloso. El Cameron que había vislumbrado entre las estrellas había cedido el paso al espantoso cascarón. Tenía los ennegrecidos dientes al descubierto y los ojos inexpresivos como un animal.

—Cameron —dijo Hugo en un susurro apagado.

Cameron crispó los dedos a sus costados. De su boca abierta no emergió sonido alguno.

Mientras Mei ayudaba a Wallace a subir a la terraza entre los furiosos ladridos de *Apolo* y ante la mirada ojiplática de Nelson, Cameron giró sobre sus talones y se alejó con paso lento hacia los árboles.

Lo último que Wallace vio de él antes de que desapareciera en la espesura fue su espalda.

Hugo echó a andar hacia la casa. Parecía desolado.

Wallace nunca más quería volver a verlo así.

Mientras las nubes se apartaban de la luna, se miraron el uno al

otro en aquel pequeño rincón del mundo.

Capítulo 15

Alan intentó marcharse.

No pasó mucho tiempo antes de que se le empezara a escamar la piel.

Regresó con expresión descompuesta.

—¿Qué me está ocurriendo? —exigió saber—. ¿Qué me habéis hecho? —Se llevó las manos al pecho como para intentar arrancarse algo—. Sea lo que sea esto, no lo quiero. Es una cadena. ¿No veis que es una cadena?

Hugo suspiró.

—Te lo explicaré lo mejor que pueda.

Wallace dudaba que fuera a bastar con eso.

Al día siguiente, Té y Tentempiés El Cruce de Caronte abrió sus puertas a la hora habitual, temprano por la mañana.

Los parroquianos acudieron como de costumbre. Entre sonrisas y carcajadas, tomaban té, bollitos y magdalenas. Sentados en sus sillas, se espabilaban poco a poco, listos para iniciar una nueva jornada en aquella población de las montañas.

No veían al hombre enfadado que andaba de un lado a otro del salón de té y se paraba delante de cada uno de ellos para gritarles. Una mujer se limpió la boca con delicadeza sin percatarse de que Alan le estaba vociferando al oído. Un niño se ensució la punta de la nariz con nata montada, ajeno a que tenía a Alan detrás con el rostro desencajado de rabia.

—A lo mejor deberíais cerrar el garito —murmuró Wallace, observándolo a través de los ojos de buey.

Mei tenía bolsas oscuras bajo los ojos. Ni ella ni Hugo habían dormido, pues Alan se había pasado la noche armando jaleo.

—No puede hacerle daño a nadie —dijo ella en voz baja—. ¿Qué sentido tendría?

—Yo he movido sillas y reventado bombillas, y sin estar ni la mitad de enfadado que él. ¿De verdad quieres correr ese riesgo?

Ella suspiró.

—Hugo sabe lo que se hace. No permitirá que eso pase.

El barquero estaba apostado tras el mostrador con una sonrisa forzada. Saludaba a cada cliente como si fuera un amigo de toda la vida, pero había algo raro en su actitud, aunque la mayoría de ellos parecía no darse cuenta. En todo caso, la bandada de señoras mayores le aconsejó que se cuidara más.

—Descansa —lo reprendieron—. Se te ve agotado.

—Eso haré —aseguró Hugo, mirando a Alan, que intentaba volcar una mesa sin éxito.

No fue sino hasta que Alan se encaminó hacia Nelson que Wallace salió a la zona de mesas por primera vez esa mañana.

—Oye —dijo—. Oye, Alan.

El aludido giró en redondo con los ojos llameantes.

—¿Qué? ¿Qué coño quieres?

Wallace no lo sabía. Su intención solo era mantener a Alan apartado de Nelson. En el fondo no creía que fuera capaz de hacerle daño, pero no quería arriesgarse. Hugo echó a andar hacia ellos, pero Wallace sacudió la cabeza, como rogándole en silencio que no se acercara. No soportaba la idea de que Hugo se pusiera en peligro de nuevo.

Se volvió otra vez hacia Alan.

—Déjalo ya.

Esto sorprendió al hombre, lo que mitigó un poco su rabia.

—¿Qué?

—Que lo dejes —repitió Wallace con firmeza—. No sé qué te imaginas que estás haciendo, pero ¿crees que mejora en algo tu situación?

—¿Qué leches sabrás tú? —Alan se dio la vuelta para alejarse.

—Soy como tú —respondió Wallace de inmediato, aunque le dio la sensación de que mentía—. Estoy muerto, así que sé de lo que hablo. —Ni él mismo se creía una palabra, pero mientras Alan se lo creyera, todo iría bien.

El otro se detuvo y miró hacia atrás con los ojos entornados.

—Entonces ayúdame a hacer algo al respecto. No sé qué fue aquello de anoche, pero no podemos quedarnos atrapados aquí.

Quiero irme a casa. Tengo una vida. Necesito...

—Tienes dos opciones. Puedes quedarte aquí, en esta casa, o dejar que Hugo te acompañe al piso superior y cruzar la puerta.

—Me parece que hay una tercera opción: averiguar cómo pirarme de aquí. No parar hasta verme libre de todo esto.

Wallace titubeó un momento.

—Aquí nadie tiene la intención de hacerte daño —dijo al fin—. Nunca la han tenido. Ese no es el propósito de este lugar. Es una estación de paso. Un alto en el camino por el que transitamos todos.

Alan sacudió la cabeza.

—¿Quieres quedarte aquí? Tú mismo. Me importa un carajo lo que hagas. ¿El viejo cabrón que está ahí sentado quiere quedarse también? Bien por él. Pero yo no quiero. Yo no pedí que...

—Ninguno de nosotros lo pidió —le soltó Wallace—. ¿Crees que es fácil para nosotros? Te moriste. No quiero ni imaginar lo que sentiste. Pero eso no significa que tengas que portarte como un gilipollas. —Ay, la hipocresía. Wallace se avergonzó en su fuero interno al recordar todo lo que les había dicho y hecho a Hugo, Mei y Nelson, tres personas que solo intentaban ayudarlo. Les debía mucho, pero se lo había tirado todo a la cara solo porque tenía miedo. ¿Cómo se atrevía a echarle la bronca a Alan cuando él se había portado igual? Detestaba la comparación, pero era clavada a la realidad, ¿o no?—. ¿Quieres irte? Pues vete. A ver hasta dónde llegas. Tal vez llegues más lejos que yo, pero dará igual. Quedarás reducido a la nada. No serás nada. ¿De verdad es eso lo que quieres? —Alan hizo ademán de responder, pero Wallace lo atajó—: Yo creo que no. Y, muy en el fondo, creo que lo sabes. Utiliza la cabeza por una puta vez.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se alejó con paso furioso, dejando atrás a Alan.

—Todo ha ido a pedir de boca —murmuró Nelson cuando Wallace posó la mano en el respaldo de su sillón.

Wallace suspiró.

—No sé si tenía derecho a decirle nada de lo que le he dicho.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que... Él es igual que yo. —Las palabras le salieron con más facilidad de la que esperaba—. Me veo reflejado de un modo que no me gusta porque me muestra cómo era antes. Qué digo: me muestra cómo soy. No sé... Tengo un batiburrillo en la cabeza. ¿Cómo

puedo decirle que no se comporte como un capullo en su situación cuando yo reaccioné exactamente de la misma manera?

—Sí, eso hiciste —dijo Nelson, impasible.

—Hice mal —susurró Wallace, avergonzado—. Estaba asustado, más de lo que lo había estado nunca, pero eso no justifica el modo en que os traté. —Sacudió la cabeza—. Mei me dijo algo la noche que me trajo aquí. Que debería pensar antes de hablar. No le hice caso. —Apesadumbrado, miró a Nelson—. Siento haberme portado así contigo. No espero que me perdones, pero tenía que decírtelo de todos modos.

Nelson lo observó un buen rato. Wallace resistió el impulso de desviar la mirada.

—Está bien —dijo Nelson al cabo—. Te lo agradezco. Mei tiene razón. Suele tenerla, pero con esto dio de lleno en el clavo. Y si hay esperanza para ti, también la habrá para Alan.

—No sé si bastará con eso —reconoció Wallace.

—Tal vez no. Pero también es posible que sí. Hugo hará cuanto esté en su mano por ayudarlo. No se le puede pedir más. Pero me alegro de que estés aquí. Y sé que no soy el único.

Wallace dirigió la vista hacia Hugo, que estaba entregándole a un cliente una taza llena de té, con la misma sonrisa fija de antes.

Sin embargo, parecía tener ojos solo para Wallace.

El resto del día transcurrió más tranquilo que como había comenzado. Alan se quedó junto a la ventana rehuyendo el trato con los demás. Tenía los hombros rígidos y, de vez en cuando, se llevaba la mano al abdomen, el pecho o el cuello. Wallace se preguntó si sufría algún tipo de dolor fantasma. Esperaba que no. No quería ni imaginar lo molesto que debía de ser eso.

Cuando se marchó el último cliente del día, Hugo cerró la puerta tras de sí y le dio la vuelta al letrero de ABIERTO para que indicara CERRADO. Mei estaba limpiando la cocina con su espantosa música a todo volumen.

—Wallace —dijo Hugo—. ¿Podemos hablar un momento?

Wallace miró con recelo a Alan, que seguía de pie al lado de la ventana.

—Tranquilo —dijo Nelson—. Ya me ocuparé de él si hace falta.

Aunque me veáis viejo, puedo plantarle cara y darle la del pulpo al más pintado.

Wallace le creyó.

Siguió a Hugo por el pasillo hacia la puerta trasera. Creyó que saldrían a la terraza como casi todas las noches, pero el barquero se detuvo hacia el final del corredor. Se reclinó contra la pared, frotándose la cara con las manos. Llevaba el pañuelo —que ese día era de un naranja encendido— torcido en la cabeza. A Wallace le entraron ganas de ponérselo bien. De pronto le entraron ganas de muchas cosas imposibles.

Hugo fue el primero en hablar:

—Las cosas van a ser un poco distintas en los próximos días —anunció como pidiendo disculpas.

—¿A qué te refieres?

—A Alan. Necesito ayudarlo, animarlo a hablar, si es posible. —Suspiró—. Lo que significa que tú y yo no podremos charlar como solemos hacer por las noches, a menos que sea después de...

—Eh, oye, no —dijo Wallace, pese a la pequeña llama de celos que ardía en su interior—. Lo entiendo. Él... Tienes que cumplir con tu deber. No te preocupes por mí. Sé qué es lo importante aquí.

—Tú lo eres —replicó Hugo, visiblemente frustrado—. Tanto como él.

Wallace parpadeó.

—¿Gracias?

Hugo asintió con un gesto enérgico y la mirada fija en el suelo que los separaba.

—No quiero que creas que no lo eres. Me... me gusta conversar contigo. Es una de mis partes favoritas del día.

—Ah —dijo Wallace. Notó que se le encendían las mejillas. Se aclaró la garganta—. A mí... esto... también me gustan nuestras conversaciones.

—¿De veras?

—Sí.

—Me alegro.

—Yo también —declaró Wallace. No sabía qué más decir.

Hugo se mordisqueó el labio inferior.

—Actúo como si supiera lo que hago. Y me gusta pensar que el trabajo se me da bien, incluso cuando me viene grande. Es... diferente.

Cada persona lo es. Resulta complicado, pero la muerte siempre resulta complicada. Algunas veces nos llegan personas como tú, y otras...

—Os llega un Alan.

—Sí —admitió él, aliviado—. Y eso me obliga a esforzarme más, pero cuando consigo conectar con ellos, sé que ha valido la pena. No quiero que nadie de los que vienen aquí dé media vuelta y haga lo que hizo Cameron. Que crea que no hay esperanza, que no le queda nada.

—Cameron es... —¿Qué? Wallace no estaba muy seguro de qué intentaba expresar. Se le antojaba demasiado sobrecogedor. Se abrió paso a través de ello hasta la verdad—. Se quitó la vida.

Hugo lo miró, extrañado.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

No habían tenido tiempo de hablar sobre lo sucedido en el huerto de té, de todo lo que había visto y sentido. De todo lo que Cameron le había mostrado.

—Me vinieron imágenes cuando me tocó. Estrellas, fragmentos de su ser. Destellos, recuerdos. Experimenté su felicidad, su pena y todos los sentimientos intermedios. Y una parte de él sabía que yo lo veía todo.

Hugo se desplomó contra la pared como si le hubieran cedido las piernas.

—Ay, Dios. Eso no es... El Gerente dijo... —Dejó caer la cabeza—. ¿Me... me mintió?

—No lo sé —se apresuró a responder Wallace—. No sé por qué te diría lo que te dijo, pero... —Pugnó por encontrar las palabras adecuadas—. Pero ¿y si no están tan perdidos como crees? ¿Y si una parte de ellos pervive?

—Entonces eso significaría que... No sé qué significaría. —Hugo irguió la cabeza con los ojos tristes y la boca curvada hacia abajo—. Me desviví por conectar con él, por hacerle comprender que el final de su vida no lo definía, que, aunque no viera otra salida, aquello había pasado y ya nadie podía hacerle daño.

—Perdió a alguien —susurró Wallace. El hombre sol.

—Lo sé. Pero nada de lo que le dije lo convenció de que volverían a encontrarse. —Miró hacia la puerta que daba al huerto.

—¿Alguna vez se ha recuperado alguien después de convertirse en un cascarón?

Hugo negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. No hay muchos. —Los labios se le torcieron en un gesto de amargura—. Al menos, eso me aseguró el Gerente.

—Entiendo —dijo Wallace—. Pero, suponiendo que eso sea cierto, ¿por qué no hay cientos o miles? Es imposible que él sea el primero. ¿Por qué no vi a ninguno en la ciudad, cuando acababa de morirme?

—No lo sé —respondió Hugo—. El Gerente dijo que... No importa lo que dijera. Ya no. Y menos aún si... Wallace, ¿tienes idea de lo que eso significa? —Se apartó de la pared de un empujón.

—Pues... ¿no?

—Necesito pensarlo más a fondo. No puedo... Ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío. Pero gracias.

—¿Por qué?

—Por ser quien eres.

—No soy gran cosa —dijo Wallace, sintiéndose incómodo de repente—. Tampoco era una maravilla antes, como bien sabes.

Parecía que Hugo iba a ponerse a discutir, pero, en vez de ello, llamó a Mei.

La música sonó más fuerte por unos instantes cuando ella salió por las puertas y se aproximó a toda prisa por el pasillo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Nos atacan? ¿A quién tengo que hostiar?

—Necesito que me hagas un favor —dijo Hugo sin apartar la mirada de Wallace.

Ella desplazó la vista del uno al otro con curiosidad.

—Vale. ¿De qué se trata?

—Quiero que le des un abrazo a Wallace de mi parte.

El aludido se puso a balbucear.

—Vaya —dijo Mei—. Cómo me alegro de haber venido corriendo para esto. —Se dio unos golpecitos en la palma con los dedos. Surgió un pequeño resplandor que se apagó tan deprisa como había aparecido—. ¿Por alguna razón en particular?

—Porque yo no puedo —dijo Hugo—. Y me gustaría.

Mei vaciló, pero solo por un momento. Acto seguido, Wallace se tambaleó hasta topar con la pared mientras ella lo achuchaba, estrechándolo por la cintura, con la cabeza apoyada en su pecho.

—Abrázame tú también —le exigió—. Si no, queda raro. Los deseos del jefe son órdenes.

—Esto ya es bastante raro —farfulló Wallace, pero obedeció. La sensación le gustó. Más de lo que esperaba. No era lo mismo que había sentido después de expulsar a Desdémona. Era... algo más.

—De parte de Hugo —dijo ella, aunque no hacía falta.

—Lo sé —musitó él.

Alan parecía a punto de protestar. Tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados, a la defensiva. Pero daba la impresión de que estaba escuchando.

—Conseguirá conectar con él —afirmó Nelson, observando a su nieto y a su nuevo huésped.

Wallace no estaba tan seguro. Creía en Hugo, pero no sabía cómo reaccionaría Alan. No estaba muy de acuerdo con la idea de que salieran los dos solos, aunque solo fuera al jardín trasero.

—¿Y si no lo consigue?

—Pues entonces no lo conseguirá —respondió Nelson—. Y, aunque no será por culpa suya, cargará con el sentimiento de culpa, como le ocurrió con Cameron y Lea. Empático como él solo. Así es nuestro Hugo.

—Ella no ha venido hoy.

Nelson sabía a quién se refería.

—Ya volverá. A veces tarda un par de días o más, pero Nancy siempre acaba por volver.

—¿Se le pasará?

—No lo sé. Quisiera pensar que sí, pero hay algo... —Tosió contra el dorso de la mano—. Hay algo en la muerte de un hijo que te destroza por dentro.

Wallace se sintió como un idiota. Era de esperar que el viejo lo comprendiera. Hugo había perdido a sus padres, lo que implicaba que Nelson había perdido a un hijo o una hija. Le entraron remordimientos por no haber tenido la delicadeza de preguntárselo antes.

—¿A quién perdiste?

—A mi hijo —dijo Nelson—. Un buen hombre. Testarudo pero bueno. Un muchachito muy serio, aunque con el tiempo aprendió a sonreír. La madre de Hugo se cuidó bien de eso. Eran tal para cual. Recuerdo la primera vez que nos habló de ella. Le brillaban los ojos de

ilusión. En ese momento, supe que ella lo había encandilado por completo, aunque yo ni siquiera la conocía. Mis temores resultaron infundados. Era una mujer maravillosa, llena de esperanza y alegría. Pero, por encima de todo, era paciente y amable. Hugo reúne lo mejor de los dos. Siempre los veo reflejados en él.

—Ojalá los hubiera conocido —dijo Wallace, observando como Alan avanzaba en pos de Hugo por el largo pasillo en dirección a la terraza trasera, al tiempo que *Apolo* se ponía a ladrar fuera.

—Les habrías caído bien —dijo Nelson—. Te habrían puesto a parir, claro, pero tú habrías pillado la broma. —Sonrió—. Qué ganas tengo de volver a verlos, de tomar el rostro de mi hijo entre mis manos y decirle lo orgulloso que estoy de él. Creemos que nos sobra tiempo para esas cosas, pero nunca es suficiente para todo lo que deberíamos decir. —Le dirigió una mirada traviesa—. Más te vale no olvidarlo.

—No tengo ni idea de qué quieres decir.

Nelson soltó una risita.

—No, claro. —Se puso serio—. ¿Le dirías algo a alguna de las personas que dejaste atrás si pudieras?

—Ninguno me haría caso.

Nelson sacudió la cabeza despacio.

—Y yo voy y me lo creo.

Alan fue el primero en volver a entrar. Se le veía apabullado. Asustado. Su presencia cargó el ambiente en la tetería, y el espacio pareció reducirse, como si las paredes hubieran empezado a acercarse entre sí. Wallace no sabía si se trataba de proyecciones suyas, o de algo que emanaba del propio Alan. Casi sintió pena por él mientras le daba la vuelta a otra silla para colocarla encima de la mesa. Eso de la empatía no era tan bonito como lo pintaban.

Mei interrumpió su tarea, escoba en mano.

—¿Todo bien? —le preguntó a Alan.

Él no la escuchó. Estaba contemplando a Wallace, boquiabierto. A Wallace no le gustó.

—¿Qué pasa?

—La silla —dijo Alan—. ¿Cómo lo haces?

Wallace parpadeó.

—Ah, ya. Gracias a la práctica, supongo. No es tan difícil como parece, cuando le pillas el tranquillo. Se tarda en aprender a concentrarse...

—Tienes que enseñarme.

Eso no le pareció una buena idea en absoluto. La cabeza se le llenó de imágenes de caos, de clientes gritando y sillas volando a su alrededor, arrojadas por una mano invisible.

—A mí me llevó mucho tiempo, seguramente más del que tú vas a...

—Puedo aprender —insistió Alan—. Tan difícil no será.

Mei apoyó la escoba en el mostrador y les lanzó una mirada antes de encaminarse por el pasillo hacia la terraza trasera.

—Bueno —dijo Wallace—. No sé... exactamente por dónde empezar.

—Yo sí —dijo Nelson desde su butaca—. Le enseñé todo lo que sabe.

Alan no parecía muy convencido.

—¿Tú? ¿En serio? Anda ya.

—En serio —dijo Nelson con sequedad—. Pero no te lo creas si no quieres. Es más, con esa actitud, por mí como si no te crees nada.

—No te necesito —dijo Alan—. Aquí Wallace puede enseñarme. ¿A que sí, Wallace?

Wallace negó con la cabeza.

—No. El experto es Nelson. Si quieres saber algo, debes acudir a él.

—Es demasiado viejo para...

Nelson se esfumó de su butaca.

Alan se atragantó con la lengua.

Y perdió pie cuando Nelson apareció detrás de él y le barrió las piernas con el bastón. Alan cayó de espaldas con tal violencia que las luces de los apliques parpadearon unos instantes.

—No soy tan viejo como para no poder enseñarte un par de trucos, mocoso insolente —dijo Nelson con toda tranquilidad—. Y si sabes lo que te conviene, cerrarás el pico o te demostraré lo que de verdad soy capaz de hacer. —Se dirigió de vuelta hacia su sillón, no sin antes guiñarle el ojo a un Wallace patidifuso.

—No, espera —dijo Alan, apoyándose en las manos para levantarse mientras la sala dejaba de darle vueltas alrededor—. Yo...

—Apretó los dientes—. Haré lo que me digas.

Nelson lo estudió con ojo crítico.

—Te creeré cuando lo vea. Tu primera tarea consistirá en quedarte aquí sentado sin hablar. Como digas una sola palabra antes de que yo te dé permiso, no te enseñaré una mierda.

—Pero...

—Que. No. Hables.

Alan cerró la boca de golpe, aunque parecía indignado por ello.

—Ve a ver cómo están —le indicó Nelson a Wallace mientras se sentaba de nuevo—. Yo me ocupo de todo aquí.

Wallace no lo puso en duda. Sabía lo mucho que dolían sus bastonazos.

Miró hacia atrás solo una vez mientras se alejaba a paso veloz por el pasillo.

Alan no se había movido.

Tal vez era cierto que iba a hacer lo que le mandara Nelson.

—... y no tienes por qué tolerar esos insultos —decía Mei acaloradamente cuando Wallace salió al fresco del atardecer—. Me da igual quién se crea que es, pero a ti nadie te habla así. Que le den a ese tío. Que le den en todo su careto de idiota.

Hugo desplegó una sonrisa irónica.

—Gracias, Mei. Tan incisiva como siempre.

—Que esté cabreado y asustado no le da derecho a portarse como un capullo. Díselo, Wallace.

—Sí —dijo Wallace—. Aunque seguramente no soy el más indicado para decírselo, porque yo también era un capullo.

Mei soltó un bufido.

—«Eras.» Esa sí que es buena. —Acto seguido, agregó—: ¿Has dejado a Nelson a solas con él?

Él alzó las manos ante sí.

—No te preocupes por eso. Nelson ya lo ha metido en cintura. Si temo por alguien es por Alan.

Hugo emitió un gemido.

—¿Y ahora qué ha hecho el abuelo?

—Algo así como... karate de fantasmas.

Mei se rio.

—Venga ya, ¿y me lo he perdido? Tengo que ir a ver si vuelve a hacerlo. Tú te haces cargo aquí, ¿no, Wallace? —Sin esperar respuesta, se puso de puntillas y besó a Hugo en la mejilla antes de volver a entrar. Wallace la oyó llamar a voces a Nelson antes de cerrar la puerta.

—Menudo incordio —murmuró Hugo.

Wallace se le acercó.

—¿Quién? ¿Nelson o Mei?

—Sí —respondió Hugo antes de bostezar con un sonoro crujido de la mandíbula.

—Deberías irte a la cama —dijo Wallace—. Descansa un poco. Creo que estará más tranquilo esta noche. —Con un poco de suerte, Nelson lo convencería de estarse calladito durante al menos unas horas.

—Eso haré. Solo... necesitaba despejarme un poco la cabeza.

—¿Y cómo ha ido la cosa?

Hugo iba a encogerse de hombros, pero cambió de idea.

—Ha ido.

—¿Así de bien?

—Está furioso. Me lo ha dejado claro. Clarísimo. Y, por más que me esfuerce, no puedo quitarle la furia. Es suya. Lo máximo que puedo hacer es asegurarme de que sepa que no tiene por qué aferrarse a ella para siempre.

Wallace parecía escéptico, en el mejor de los casos.

—¿Crees que te escuchará?

—Eso espero. —Hugo esbozó una sonrisa cansada—. Es demasiado pronto para saberlo. Pero si la cosa empieza a salirse de madre... —Una expresión indescifrable le asomó al rostro—. Bueno, digamos que conviene evitar que eso pase en la medida de lo posible.

—El Gerente.

—Sí.

—No te cae bien.

Hugo tendió la vista hacia la oscuridad.

—Los seres como él no pretenden caer bien. Mientras el trabajo se lleve a cabo, todo lo demás no importa. No es que tenga sentimientos encontrados al respecto precisamente, pero...

—Te da miedo —dijo Wallace con una certeza repentina.

—Es un ser cósmico que supervisa la muerte —repuso Hugo con

frialdad—. Claro que me da miedo. Le da miedo a todo el mundo. En cierto modo se trata de eso.

—Y, a pesar de todo, cuando te ofreció el empleo, lo aceptaste.

Hugo sacudió la cabeza.

—Eso no tiene nada que ver. Lo acepté porque quería. ¿Cómo no iba a aceptarlo? ¿Prestar ayuda a la gente cuando más la necesita, cuando cree que todo está perdido? Era evidente que aceptaría.

—Como Jesucristo —dijo Wallace con solemnidad—. Te sabes al dedillo el papel de salvador.

Hugo rompió a reír.

—Vale, vale. Me ha quedado claro, Wallace. —Dejó de reírse—. Y luego está el hecho de que podría ser un mentiroso, a juzgar por lo que dijo sobre los cascarones, y eso me da aún más miedo. Me lleva a preguntarme qué más me oculta.

—¿Has averiguado algo al respecto?

—Todavía no. Aún le estoy dando vueltas. Todo llegará. Pero a su debido tiempo.

Se quedaron callados, apoyados en la barandilla.

—Creo que acabará por entrar en razón —dijo Hugo al fin—. Alan. Debo tener cuidado con él. Ahora mismo está muy vulnerable, pero sé que puedo conectar con él. Solo necesita tiempo para asimilarlo todo. Y, una vez que esté mejor y pueda enseñarle a cruzar al otro lado, recuperaremos la normalidad. —Empezó a alargar el brazo hacia Wallace, pero se detuvo y crispó los dedos.

—Ya —dijo Wallace—. La normalidad.

—No me... Siempre se me olvida. —Arrugó la frente con el semblante transido de tristeza mientras respiraba agitadamente por la nariz—. Que estás...

—Lo sé —dijo Wallace.

Hugo contrajo las facciones, angustiado.

—Estoy perdiendo el norte. No dejo de pensar que estás... — Sacudió la cabeza. Se encaminó hacia la puerta llamando con un silbido a *Apolo*, que le ladró desde el huerto de té.

—Hugo —dijo Wallace antes de que el barquero alcanzara la puerta abierta.

Este se detuvo, pero no se volvió.

Wallace alzó la vista hacia las estrellas.

«¿Le dirías algo a alguna de las personas que dejaste atrás si

pudieras?»

—Si las cosas fueran distintas —dijo—, si yo fuera yo, y tú fueras tú... ¿Crees que algún día podrías llegar a verme como alguien a quien podrías...?

Creía que Hugo no le contestaría. Que atravesaría el umbral sin decir palabra, dejando a Wallace solo y sintiéndose como un tonto.

Se equivocaba.

—Sí —dijo el barquero antes de entrar.

Wallace lo vio desaparecer a través del vano, con la cara ardiéndole como el sol.

Capítulo 16

—¿Estás seguro de lo que haces? —murmuró Wallace, mirando a Alan con desconfianza.

Hacía tres días que había llegado el nuevo huésped, y Wallace aún no sabía cómo cogerlo. Desde que Nelson lo tumbó de espaldas, él había... Bueno, no había cambiado exactamente. Había adquirido la costumbre de observar todos sus movimientos y, aunque no hacía muchas preguntas, Wallace tenía la sensación de que estaba atento a cada detalle, no tanto como un animal acorralado esperando el momento de atacar, pero casi. El hecho de que no le quitara ojo a Wallace, mientras este bajaba las sillas por la mañana a fin de que el salón de té estuviera listo para recibir a sus clientes, tampoco lo tranquilizaba mucho, desde luego. Cada vez que Wallace agarraba una silla diferente, notaba la mirada de Alan clavada en él. Le provocaba escalofríos.

—No me imagino lo que debe de sentir —dijo Nelson en voz baja, por si Alan intentaba escuchar a hurtadillas—. Ya sé que no es un tipo muy refinado, pero...

—No pasa nada si te pones hiperbólico. De verdad. Te lo juro. No te cortes.

—... pero a las víctimas de asesinato les cuesta más entender que la existencia que conocían se acabó. —Nelson sacudió la cabeza—. No murió por propia voluntad ni porque le fallara el organismo, sino porque otra persona le arrebató la vida. Eso es una profanación. Debemos andar con pies de plomo, sobre todo Hugo.

Inquieto, Wallace dejó en el suelo la última silla, mientras Mei cantaba en la cocina a pleno pulmón. Al volver la mirada hacia los ojos de buey, vio por un instante a Hugo, que iba de un lado a otro. No habían tenido ocasión de volver a hablar desde aquella última noche en la terraza, aunque Wallace no sabía muy bien qué más podían decirse. Hugo tenía que centrarse en Alan, y Wallace estaba muerto. Nada iba a cambiar eso. Habría sido absurdo pensar lo

contrario, o al menos eso se decía Wallace. Las declaraciones carecían de sentido frente a la vida o la muerte.

Wallace nunca había sido muy aficionado a preguntarse «¿qué pasaría si...?».

El problema es que, por otro lado, era un mentiroso, pues cada vez le costaba más pensar en otra cosa que no fuera «¿qué pasaría si...?».

Y eso resultaba peligroso, porque la noche anterior había estado sentado al amor del fuego, casi sin prestar atención a lo que Nelson hablaba con Alan. El viejo le decía que antes de pensar siquiera en aprender a hacer lo que Wallace y él sabían hacer, tenía que despejar la mente y centrarse. Wallace estaba muy muy lejos. Era un día soleado, y él se encontraba en un pueblo minúsculo. Estaba perdido. Tenía que parar a pedir indicaciones. Se topó con un curioso letrerito junto a un camino de tierra que anunciaba TÉ Y TENTEMPIÉS EL CRUCE DE CARONTE. Enfilaba el sendero. A veces iba en coche. Otras veces, iba a pie. Llegaba a la casa situada al final del camino de tierra y le maravillaba que un armatoste como ese pudiera existir sin venirse abajo. Entraba por la puerta.

Y allí, detrás del mostrador, había un hombre con un pañuelo de un color llamativo en la cabeza y una sonrisa discreta en los labios.

Lo que ocurría a continuación variaba, aunque el espíritu que subyacía era el mismo. Unas veces, el hombre de detrás del mostrador le sonreía.

—Hola, te estaba esperando —le decía—. Me llamo Hugo, ¿y tú?

Otras veces, Hugo ya sabía su nombre; daba igual cómo; en aquellas pequeñas ensoñaciones, la lógica estaba de más.

—Wallace —decía—, me alegra mucho que estés aquí. Tienes pinta de que te sentaría bien un té de menta.

—Sí —respondía Wallace—. Eso estaría genial. Gracias.

Entonces Hugo le servía una taza y luego se servía otra para él. Salían con ellas a la terraza trasera y se reclinaban sobre la barandilla. En varias versiones de esta fantasía, permanecían callados, tomando su té a sorbos y, simplemente..., existiendo el uno junto al otro.

Pero también había otras versiones.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —le preguntaba Hugo.

—No lo sé —respondía Wallace—. No he pensado mucho en ello. Ni siquiera sé cómo he llegado aquí. Me había perdido. Qué curioso,

¿no?

—Pues sí. —Hugo se volvía hacia él con una sonrisa serena—. A lo mejor es el destino. A lo mejor es aquí donde debes estar.

Esa versión de Wallace a la que le corría sangre por las venas nunca sabía qué decirle a esa versión de Hugo que no soportaba el peso de la muerte sobre los hombros. Le ardía la cara y bajaba la vista hacia su té, farfullando entre dientes que en realidad no creía en el destino.

Hugo se reía.

—No pasa nada. Ya creeré yo por los dos. Bébete el té antes de que se enfríe.

Se sobresaltó cuando Nelson chasqueó los dedos a pocos centímetros de sus narices.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde estabas? —preguntó Nelson, divertido.

—En ningún sitio —respondió Wallace, con el rostro acalorado.

—Huy, huy, huy —dijo Nelson—. ¿Te preocupa algo? ¿Quieres charlar de ello?

—No tengo ni idea de qué me hablas.

Nelson suspiró.

—No sé qué es peor, que te creas eso o que lo hayas dicho sin creértelo.

—Da igual.

Nelson sonrió con tristeza.

—Sí, supongo que tienes razón.

El día transcurrió como de costumbre, aunque algo parecía haber cambiado en el ambiente de la tetería. No era que Alan estuviera amenazando a alguien. Por el contrario, apenas hablaba. Vagaba por el local como el día anterior, escuchando conversaciones ajenas, estudiando a los clientes. En ocasiones, se inclinaba frente a ellos casi hasta rozarles la punta de la nariz con la suya. Nadie notaba nada, y Alan, lejos de enfadarse por ello, mostraba una alegría que no resultaba aterradora o amenazante. Era casi como un regocijo infantil, y, por primera vez desde que había llegado a la tetería, sus sonrisas parecían sinceras. Wallace vislumbraba en él al hombre que debía de haber sido antes de que sus decisiones lo llevaran a aquel callejón.

—Es como cuando era niño —le comentó Alan a Nelson—. Sabes que muchos sueñan con ser superhéroes, ¿no? Con lanzar rayos láser por los ojos o poseer la capacidad de volar. Pues yo siempre quise el poder de la invisibilidad.

—¿Por qué? —preguntó Nelson.

Alan se encogió de hombros.

—Porque si la gente no te ve, no sabe qué estás haciendo y puedes salirte con la tuya casi siempre.

Y, en el tercer día tras la llegada de Alan, Nancy reapareció en El Cruce de Caronte.

Entró por la puerta como solía, con los labios apretados y unas ojeras que parecían moretones. Se acercó a su mesa de siempre y se sentó sin dirigirle la palabra a nadie, aunque unos pocos parroquianos la saludaron con una inclinación de la cabeza.

Hugo regresó a la cocina, y las puertas aún no habían dejado de oscilar cuando se abrieron de nuevo para dar paso a Mei, que se apostó frente a la caja registradora.

—Pobrecilla —murmuró Nelson desde su butaca—. Sigue sin pegar ojo. No sé cuánto más aguantará así. Ojalá pudiéramos hacer más por ella.

—Espero que su estado no tenga nada que ver con Desdémona —dijo Wallace—. Me parece increíble que...

—¿Y esa quién es?

Se volvieron hacia Alan. Estaba en el centro de la sala, junto a una mesa ocupada por un grupo numeroso de personas de una edad próxima a la suya. Había estado rondándolos desde que habían llegado. Se detuvo con la mirada fija en la mesa cercana a la ventana y en la mujer que se había sentado ahí.

Hizo amago de dar un paso hacia ella. Wallace reaccionó casi sin darse cuenta. Alan parpadeó cuando apareció delante de él y le puso una mano contra el pecho. Bajó la mirada con el ceño fruncido, y Wallace retiró la mano.

—¿Qué haces?

—Déjala en paz —dijo Wallace con frialdad—. Me da igual lo que le hagas a cualquiera de los demás que están aquí, pero a ella ni te le acerques.

Alan entrecerró los ojos.

—¿Por qué? —Echó un vistazo por encima del hombro de

Wallace antes de mirarlo de nuevo—. Si ni siquiera puede verme. ¿Qué coño importa? —Empezó a rodear a Wallace, pero se detuvo cuando este lo asió de la muñeca.

—Es territorio prohibido.

Alan se soltó el brazo con un tirón.

—Lo percibes, ¿verdad? Es como... un faro. Se está abrasando por dentro. Noto el sabor en la boca. ¿Qué le pasa?

Wallace estuvo a punto de responderle con malos modos que no era asunto suyo. Corrigió el rumbo en el último momento, aunque la idea de apelar a la humanidad de Alan le parecía tan absurda como ridícula.

—Está llorando la pérdida de alguien. Su hija murió de una enfermedad. Fue... terrible. Los detalles son lo de menos. Ella viene aquí porque no tiene otro sitio adonde ir. Hugo se sienta con ella, y los demás los dejamos en paz.

Se llevó una sorpresa agradable al ver que Alan asentía.

—Está perdida.

—Sí —dijo Wallace—. Y que encuentre o no su camino no depende de nosotros. Me importa un carajo a quién te acerques, pero a Nancy déjala tranquila. Aunque ninguno de ellos pueda oírnos, no queremos correr el riesgo de que su situación vaya a peor.

—A peor —repitió Alan—. Crees que soy el único capaz de empeorar las cosas. —Ladeó la cabeza—. ¿Le ha contado Hugo lo que pasa aquí? ¿Es por eso por lo que viene, porque sabe que él ayudó a su hija a cruzar?

—No —dijo Wallace—. No se lo ha contado. No lo tiene permitido. Forma parte de su trabajo como barquero.

—Pero sí que ayudó a la niña a cruzar —señaló Alan—. Y, de algún modo, una parte de ella lo sabe, pues, de lo contrario, no estaría aquí. Si Hugo le miente, ¿en qué lo convierte eso? Y, si una parte de ella lo sabe, eso significa que no es como los demás. A lo mejor puede vernos. A lo mejor me ve a mí.

Wallace se interpuso de nuevo en el camino de Alan cuando este intentó pasar por su lado.

—No te ve. Y, aunque te viera, no vas a hacerle pasar por eso. No sé lo que se siente al ser tú. Nunca comprenderé del todo lo que te sucedió, ni qué supuso para ti. Pero ni se te ocurra intentar utilizarla para sentirte mejor.

Alan abrió la boca para replicar, pero se detuvo cuando Hugo salió por las puertas de la cocina. Aunque el barullo de la tetería proseguía a su alrededor, Hugo clavó la vista en Wallace y Alan, con una bandeja de té en las manos. Mei, de puntillas, le cuchicheaba algo al oído. Él permaneció imperturbable. Mei los miró y, si Wallace no la hubiera conocido bien, no le habría dado mayor importancia a su cara inexpresiva. Pero el caso es que la conocía bien, por lo que notó que no estaba contenta.

Hugo rodeó el mostrador con una sonrisa forzada. Respondía a todo aquel que lo saludaba con una inclinación de la cabeza.

—Por favor, no os acerquéis a ella —murmuró por la comisura de la boca cuando pasó junto a Wallace y Alan, y siguió adelante sin detenerse.

Nancy contemplaba la vista desde la ventana cuando Hugo depositó la bandeja sobre la mesa. Ella no reaccionó cuando él vertió el té en la taza. El barquero se la colocó delante antes de tomar asiento frente a ella y apoyar las manos entrelazadas en la mesa, como de costumbre.

Alan los observaba, esperando.

Como no ocurría nada, preguntó:

—¿Qué está haciendo?

—Estar a su lado —dijo Wallace, deseando que Alan dejara correr el tema—. Aguardar a que ella esté preparada para hablar. A veces la mejor manera de ayudar a alguien es quedarse callado.

—Y una mierda —farfulló Alan, cruzando los brazos y mirando a Hugo con rabia—. ¿El tío la cagó o qué? Tiene una cara de culpable que no puede con ella. ¿Qué hizo?

—Si le apetece, ya te lo explicará. No insistas.

Y, maravilla de maravillas, Alan pareció hacerle caso, a su manera. Alzó las manos con resignación antes de encaminarse con grandes zancadas al otro extremo de la sala, donde había un pequeño grupo de mujeres sentadas a una mesa.

Wallace exhaló un suspiro de alivio antes de volver de nuevo los ojos hacia Mei.

Ella asintió, mirándolo, y puso cara de exasperación.

—Ya —dijo él—. Esta juventud de hoy en día...

Ella se llevó la mano a la boca y tosió, pero Wallace alcanzó a entrever la curva de su sonrisa.

Y ese debería haber sido el final de la cuestión. Ahí debería haber acabado todo, con Nancy sentada sin hablar, Hugo esperando sin presionarla y la taza de té intacta ante ella. Al cabo de una hora (o quizá dos), ella se levantaría con un chirrido de las patas de la silla contra el suelo, y Hugo le prometería que estaría ahí siempre para cuando ella se sintiera preparada.

Y entonces ella se marcharía. Tal vez regresaría al día siguiente, al otro y al otro, o tal vez estaría ausente durante un par de días.

Nancy permaneció sentada en su silla, y Hugo enfrente de ella. Al cabo de una hora, ella se levantó.

—Estaré aquí, siempre. Cuando estés lista, aquí me encontrarás.

Ella se encaminó hacia la puerta.

Fin de la historia.

Salvo porque Alan gritó.

—¡Nancy!

Las luces de los apliques resplandecieron con fuerza. Nancy se paró en seco, con la mano en el pomo.

—¡Nancy! —gritó Alan de nuevo, de modo que Wallace quedó paralizado por el aturdimiento.

Con expresión ceñuda, Nancy se volvió en la dirección de la que había procedido la voz.

En el centro de la sala, Alan saltaba agitando los brazos como un loco y repitiendo su nombre a gritos, una y otra vez. Las mesas que lo flanqueaban se movieron como si alguien hubiera chocado con ellas, ocasionando que el té se agitará en las tazas y las magdalenas cayeran de costado.

—¿Qué coño pasa? —preguntó un hombre, mirando fijamente la mesa—. ¿Has sentido eso?

—Sí —dijo su acompañante, una joven con brillo de labios color rosa chicle—. Ha dado una sacudida, ¿verdad? Casi como si...

Las mesas brincaron de nuevo cuando Alan dio un paso hacia Nancy, que apretó el pomo con más fuerza hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, y su voz resonó por todo el establecimiento, provocando que todos se volvieran a mirarla.

—Sí —jadeó Alan—. Sí, estoy aquí. La hostia, estoy aquí. Escúchame, tienes que...

Wallace no se paró a pensar.

En un momento era una planta de té, inmóvil. Al momento siguiente, volvía a estar plantado frente a Alan, tapándole la boca con la mano y notando el roce de los dientes contra la palma.

—Basta —siseó.

Alan forcejeó con él, intentando apartarlo de un empujón, pero Wallace era más alto y, aunque estaba delgado como un palillo, se mantuvo firme. Por encima de su mano, los ojos de Alan relampagueaban de ira.

—¿Te encuentras bien, cielo? —le preguntó a Nancy una mujer que se había vuelto en su silla para mirarla.

Nancy no le dedicó ni una ojeada. Mantenía la vista fija en dirección a Wallace y Alan, aunque nada parecía indicar que pudiera verlos. Abrió la boca como para decir algo más, pero sacudió la cabeza antes de salir y cerrar de un portazo.

Alan pegó un berrido contra la mano que le cubría la boca antes de propinarle a Wallace un empellón con todas sus fuerzas. Este se tambaleó hacia atrás y se golpeó con una silla, desplazándola unos centímetros. El hombre que estaba sentado en ella miró en torno a sí con ojos de susto.

—Me ha oído —bramó Alan—. Me ha oído. Ella me… —Sin terminar la frase, se abalanzó hacia la puerta.

—Si sales por esa puerta, te perderás —le advirtió Hugo—. Y no sé cómo recuperarte.

Alan se detuvo, con el pecho agitado.

El silencio se impuso en todos los rincones y recovecos de El Cruce de Caronte. Todas las miradas se volvieron lentamente hacia Hugo. Nelson soltó un gemido, con el rostro oculto entre las manos, mientras *Apolo* le gruñía a Alan.

—¡Claro! —exclamó Mei en tono animado—. Porque si no te terminas tu taza de té antes de marcharte, te pasarás el resto del día lamentándote por lo que has perdido. Y no sabemos cómo recuperarlo, porque el té recalentado es lo peor. ¿Verdad que sí, Hugo?

Hugo no respondió. Contemplaba a Alan sin pestañear.

—Por todos los santos, hazle caso —dijo Nelson, irritado—. Sé que no tienes ni una pizca de sentido común, pero no seas idiota. Te han avisado de lo que te pasará si te largas. ¿Eso es lo que quieres? Tú mismo. Adelante. Pero luego no esperes que alguno de nosotros corra a salvarte.

Los hombros de Alan formaban una línea tensa. La nuez se le movió en la garganta cuando tragó en seco, con los ojos húmedos y ausentes.

—Ella me ha oído —musitó.

—¡Eh, escuchad! —dijo Mei en voz muy alta—. Acabo de descubrir que es el Día Nacional del Té y los Bollitos Gratis. Eso hay que celebrarlo. Si a alguien le apetece una taza de té o un bollito gratis, que se pase por aquí y yo se lo pongo.

Se oyeron varios chirridos de sillas contra el suelo cuando casi todos los parroquianos se levantaron para acercarse al mostrador. Al fin y al cabo, las opciones eran seguir contemplando al extraño propietario de El Cruce de Caronte o conseguir algo de comer o de beber por la cara. Parecía una decisión obvia.

Al final, Alan se dio por vencido, aunque Wallace aún notaba la rabia y la desesperación que rezumaba. Dio media vuelta, se dirigió hacia el rincón más apartado de la tetería y apoyó la frente en la pared, temblando.

—No lo atosiguéis —dijo Nelson por lo bajo—. Creo que está aprendiendo lo que significa todo esto. Dadle tiempo. Acabará por entrar en razón. Estoy convencido de ello.

Nelson se equivocaba.

El resto del día transcurrió de forma confusa.

Alan no se movió del rincón. No dijo una palabra. Wallace lo dejó solo.

Mei, de pie detrás de la caja registradora con los brazos cruzados, permanecía vigilante, siempre vigilante. Sonreía cada vez que alguien se acercaba al mostrador a hacer su pedido, pero era una sonrisa artificial, lánguida.

Nelson se quedó en su butaca, con el bastón sobre las piernas, los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

Hugo había desaparecido en el interior de la cocina, con *Apolo* a la zaga, gimoteando. Wallace quería seguirlos, pero se quedó paralizado, con los pensamientos agolpándose en su mente.

«Me ha oído. Me ha oído.» Eso había dicho Alan.

Y tenía razón. Wallace había sido testigo de ello.

No sabía qué hacer con esa información, ni siquiera si debía

hacer algo con ella.

¿Acaso importaba?

Detestaba estar tan obsesionado y casi esperanzado con ello. Mei le había dicho que Nancy era un poco como ella, aunque ni por asomo tan poderosa. Él no sabía si esta facultad estaba relacionada con la muerte de su hija —si se trataba de una manifestación sobrenatural de su dolor— o si siempre la había tenido. Una parte siniestra de él se preguntaba si habría alguna manera de aprovecharse de ello para hacerse ver, oír y...

Reprimió estos pensamientos, horrorizado.

No.

Él no era... Él jamás haría una cosa así. No era como Alan. Ya no.

¿O sí?

Volvió la mirada hacia la cocina.

Mei observaba cada paso que daba mientras atendía a una pareja joven. El hombre le sonrió a su amiga, y ambos se sonrojaron.

—Es nuestra segunda cita —explicó él, casi como si le costara creérselo.

—La tercera —lo corrigió la mujer, propinándole un golpecito con el hombro—. Lo de aquella vez en el colmado también cuenta.

—Ah —dijo el hombre y sonrió de nuevo—. La tercera vez, entonces.

Wallace atravesó las puertas dobles y entró en una cocina vacía.

Frunció el ceño. ¿Adónde habían ido? No había oído el ruido del motor del escúter al arrancar, así que dudaba que Hugo se hubiera marchado y, aunque lo hubiera hecho, *Apolo* lo habría tenido difícil para seguirlo. Debían de estar por ahí cerca.

Se dirigió a la puerta y echó un vistazo a la terraza trasera. Aunque el aire primaveral aún era bastante frío, las plantas de té y el bosque de detrás del establecimiento estaban más lozanos de lo que Wallace los había visto desde que había llegado. ¿Cómo sería aquel lugar en pleno verano? Suponía que verde, tan verde que hasta percibiría su sabor. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que estaba ansioso por verlo así. Fuera de El Cruce de Caronte, el mundo seguía su curso.

Allí, recostado contra la barandilla, estaba Hugo.

Apolo se encontraba sentado a sus pies, con una pata encima de la otra. Con la cabeza erguida, movía nerviosamente las orejas

enhiestas, y parpadeaba despacio, mirando a Hugo.

Que estaba empapado en sudor y respiraba con dificultad.

Alarmado, Wallace salió a toda prisa del edificio.

Hugo no abrió los ojos mientras Wallace se acercaba con paso lento, guardando las distancias. Daba la impresión de que intentaba recuperar el control, inspirando por la nariz y espirando por la boca. Llevaba el pañuelo —que ese día era morado con estrellitas amarillas — torcido sobre la cabeza.

Apolo volvió la vista hacia Wallace y emitió otro gemido.

—No pasa nada —le aseguró Wallace—. Todo va bien.

Se detuvo en medio de la terraza para no acercarse más de la cuenta. Decidió no tocar las sillas y sentarse ahí mismo, en el suelo.

Aguardó.

Pasaron largo rato así, pero Wallace no quería presionar a Hugo, sobre todo en ese estado. No ayudaría en absoluto. Así que se quedó sentado, con la cabeza gacha, tabaleando con el dedo sobre las tablas del suelo para que Hugo supiera que estaba ahí. Tic, tic, tic. Era un sonido leve, suave, pero también una forma de contacto, un recordatorio. Tic, tic, tic. «No estás solo, estoy aquí contigo. Respira, respira.» Sabía lo que estaba ocurriendo. Ya lo había presenciado antes.

Hugo aspiraba el aire a bocanadas irregulares, con el pecho subiendo y bajando a trompicones, el rostro crispado y los ojos desenfocados, aturdidos. Wallace no se movía, no intentaba hablar con él. Seguía dando golpecitos en el suelo a un ritmo constante, como un metrónomo.

Debió de dar unos cien golpes antes de que Hugo abriera la boca.

—Estoy bien —dijo con voz ronca.

—Vale —dijo Wallace con naturalidad—. Pero si no lo estás, tampoco pasa nada. —Vaciló un momento antes de añadir—: Los ataques de pánico no son una broma.

Hugo abrió los ojos, vidriosos y húmedos. Soltó un ligero quejido mientras se frotaba la cara.

—Eso es quedarte corto. ¿Cómo sabías lo de...? —Señaló con un gesto de la mano a Wallace y la distancia que los separaba.

—Le daban a Naomi cuando era más joven.

—¿Tu esposa?

—Exesposa —dijo Wallace de forma automática—. Ella... Yo no

los entendía ni sabía qué los ocasionaba. Me lo explicó, pero creo que no la escuché con demasiada atención. Sufría pocos y muy espaciados, pero cuando le daban, eran terribles. Yo trataba de ayudarla, de decirle que respirara hondo, pero ella... —Sacudió la cabeza—. Me decía que era como si una docena de manos la arañasen, la ahogaran, le estrujaran los pulmones. Los ataques eran irracionales, caóticos, decía, como si su cuerpo luchara contra ella. Y a pesar de todo, yo creía que podría superarlos a base de voluntad, si de verdad quería.

—Ojalá la cosa funcionara así.

—Ojalá —se limitó a decir Wallace—. *Apolo* te ayuda.

El perro golpeteó el suelo con la cola al oír su nombre.

—Desde luego —dijo Hugo. Parecía agotado—. Aunque suspendió las pruebas para ser perro de asistencia, él lo sabe. Me puse peor después de... Bueno, después de todo lo que pasó. No sabía cómo evitarlos ni cómo combatirlos. Ni siquiera encontraba las palabras adecuadas para explicar la sensación que me producían. «Caótica» se acerca bastante, creo. La ansiedad es... una traición, una confabulación de mi cerebro y mi cuerpo contra mí. —Esbozó una sonrisa débil—. *Apolo* es un buen chico. Él sabe cómo actuar en esos casos.

—Puedo volver a entrar —dijo Wallace—, si quieres estar solo. Algunos lo prefieren, aunque a Naomi le gustaba que me quedara a su lado. Sin tocarla, pero lo bastante cerca para que ella supiera que no estaba sola. Yo daba golpecitos en la pared o el suelo, solo para que ella fuera consciente de que, aunque callado, seguía allí. Me parece que eso la ayudaba, así que me la he jugado a que también funcionaría contigo.

—Te lo agradezco. —Hugo volvió a cerrar los ojos—. Es muy duro.

—¿El qué?

Hugo se encogió de hombros.

—Esto. Todo.

—Eso es demasiado...

—¿Vago?

—Iba a decir amplio.

Hugo se rio.

—Supongo que tienes razón.

—No sabía que te afectara tanto —reconoció Wallace.

—Se trata de la muerte, Wallace. Claro que me afecta.

—No, ya lo sé. No me refería a eso. —Hizo una pausa, pensativo —. Supongo que me imaginaba que ya te habías acostumbrado.

Hugo volvió a abrir los ojos. Los tenía más despejados.

—No sé si algún día me acostumbraré. —Se rebulló con un gruñido para colocarse en una posición más cómoda—. No me gusta que me afecte tanto, pero no siempre puedo evitarlo. Sé qué representa lo que hago. Sé que mi trabajo es importante. Pero lo que quiero no siempre coincide con lo que mi cuerpo hace.

—Eres humano —susurró Wallace.

—Lo soy —convino Hugo—, con todo lo que eso implica. El hecho de que sea barquero no borra los otros aspectos de mi personalidad, defectos incluidos. —A continuación, preguntó—: ¿Qué es lo que quieres?

Wallace lo miró con extrañeza.

—Asegurarme de que estés...

Hugo negó con la cabeza.

—No te estoy preguntando eso, sino qué es lo que quieres, Wallace. Qué esperas obtener de tu estancia aquí, de mí. De este lugar.

—No... lo sé. —Sus propias palabras lo desconcertaban. Quería muchas muchas cosas, pero todas le parecían de lo más banales. Y ahí estaba el problema, ¿no? Había construido su vida sobre la base de cosas intrascendentes que solo eran importantes porque él deseaba que lo fueran.

Hugo no se mostró decepcionado por su respuesta. En todo caso, esta pareció tranquilizarlo aún más.

—No pasa nada por no saber. En cierto modo, eso facilita las cosas.

—¿Por qué?

Hugo se apoyó las manos en el regazo. *Apolo* descansó el hocico sobre las patas delanteras, aunque mantuvo la vista fija en Hugo, parpadeando lentamente y con el rabo arqueado en torno a las patas traseras.

—Porque cuesta más convencer a alguien de lo que necesita cuando no coincide con lo que quiere. A menudo hacemos la vista gorda frente a la realidad porque no nos gusta.

—Alan.

—Lo intento —aseguró Hugo—. De verdad que lo intento. Pero

no sé si estoy logrando conectar con él. Solo han pasado unos días, pero lo noto aún más distante que cuando llegó aquí. —Sus labios se curvaron hacia abajo—. Es como revivir el episodio con Cameron, pero peor, porque ahora no hay nadie tratando de sabotear mi labor.

Wallace se sobresaltó.

—Lo que les pasa no es culpa tuya.

—¿Ah, no? Los dos acudieron a mí porque se supone que soy el único capaz de ayudarlos. Sin embargo, haga lo que haga, diga lo que diga, no me escuchan. Y no los culpo por ello. Es como los ataques de pánico. Por más que intente explicártelos, si tú no has sufrido uno, te será imposible entender lo chungos que pueden llegar a ser. Del mismo modo, aunque vivo rodeado por la muerte, soy incapaz de comprender qué consecuencias tiene sobre quienes la sufren, porque nunca me he muerto.

—Eres mejor que la mayoría —dijo Wallace.

Hugo lo miró, achicando los ojos.

—¿Otro cumplido, Wallace?

—Sí —dijo él, jugueteando con los bajos deshilachados de sus vaqueros.

—Ah. Gracias.

—Yo jamás podría ser tú.

—Claro que no —dijo Hugo—. Porque eres tú mismo, y no tienes que ser ninguna otra persona.

—No me refería a eso. Tú te dedicas a lo que te dedicas, y yo ni siquiera soy capaz de imaginar el precio que pagas por ello. Ese don que tienes... escapa a mi entendimiento. Creo que jamás sería lo bastante fuerte para trabajar como barquero.

—Te subestimas.

—O soy consciente de mis limitaciones —replicó Wallace—. También de mis puntos fuertes, aunque debería haberme replanteado algunas de las decisiones que tomé. —Hizo una pausa—. O, mejor dicho, muchas de esas decisiones.

Hugo echó la cabeza hacia atrás y se dio un golpe suave contra la barandilla.

—Pero ¿no consiste en eso la vida? Nos lo replanteamos todo porque está en nuestra naturaleza. Las personas con ansiedad y depresión simplemente tendemos a hacerlo más.

—Tal vez sea el caso de Alan —aventuró Wallace—. No estoy

diciendo que entienda todo lo que le pasa, porque no es así, pero el mundo que conoce ha desaparecido. Todo ha cambiado. Más tarde o más temprano, te verá tal como eres. Es solo cuestión de tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo fe en ti —aseveró Wallace, sintiéndose frágil y vulnerable—. Y en todo lo que representas. No hay nadie como tú. No sé si habría llegado tan lejos sin ti. Ni siquiera quiero imaginar qué habría sido de mí si me hubiera tocado otro barquero. O barquera. ¿Barquere?

Hugo se rio, algo sorprendido.

—Tienes fe en mí.

Wallace asintió y agitó la mano con un gesto incómodo.

—Si esto no es más que una estación de paso, un alto en el camino, tú eres lo mejor de este lugar. —Se quedó callado un momento. Luego añadió—: ¿Hugo?

—¿Sí?

—Yo también deseo cosas.

—¿Como cuáles?

La sinceridad era un arma que podía usarse para apuñalar, desgarrar y derramar sangre sobre la tierra. Wallace lo sabía; se había manchado las manos con ella varias veces. Pero en esa ocasión, era distinto. Estaba utilizándola contra sí mismo, y se había abierto en canal, dejando expuestas las terminaciones nerviosas.

Tal vez por eso dijo:

—Desearía haberte conocido antes. No a alguien como tú, sino a ti.

Hugo inspiró con brusquedad. Por unos instantes, Wallace temió haberse pasado de la raya.

—Yo desearía lo mismo —dijo Hugo, sin embargo.

—Qué tontería, ¿no?

—No, a mí no me lo parece.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—No lo sé —dijo Hugo—. Lo que podamos, supongo.

—Aprovechar al máximo el tiempo que nos queda —susurró Wallace.

—Nadie podría pedirnos más —dijo Hugo.

El sol prosiguió su lenta travesía por el cielo.

La última clienta del día se despidió con un pizpireto gesto de la mano. Mei volvía a estar en la cocina, y Nelson en su butaca. *Apolo* permanecía cerca de Hugo, como para cerciorarse de que no sufriera una recaída. Alan seguía de pie en el rincón, con la cabeza hundida entre los hombros. Lo habían dejado en paz, pero Wallace sabía que esta situación no duraría, porque Nancy volvería antes o después. Tenían que dejarle muy claro que debía dejarla tranquila. Wallace no estaba muy ansioso por mantener esa conversación.

Hugo le dio la vuelta al letrero de la ventana.

Se disponía a cerrar con llave cuando se quedó de piedra.

—Ay, no —jadeó—. Justo ahora no.

—¿Qué pasa? —preguntó Nelson—. No me digas que viene otro huésped. Ya estamos un poco hacinados aquí. —Miró a Alan con mala cara.

—No es eso —dijo Hugo, tenso.

A lo lejos, Wallace oyó el ruido sordo de un coche que se aproximaba por el camino. Se dirigió a una ventana. Vio unos faros que se acercaban.

—¿Quién es?

—El inspector de Sanidad —dijo Hugo.

De repente, Nelson se materializó junto a Wallace, que pegó un chillido de susto. Sin inmutarse, el viejo echó un vistazo por la ventana.

—¡¿Otra vez?! Pero si estuvo aquí hace solo un par de meses. Te lo juro, Hugo, ese tipo te la tiene jurada. ¡Deprisa! Apaga todas las luces y echa el cerrojo. A lo mejor se larga.

Hugo suspiró.

—Ya sabes que no puedo hacer eso. Simplemente volvería mañana, y de peor humor. —Se volvió hacia Nelson—. No le toquéis las narices esta vez.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Abuelo...

—Está bien —dijo Nelson, mosqueado—. Tendré un comportamiento ejemplar. —Bajó la voz de modo que solo Wallace pudiera oírlo—. Pero te aseguro que, como intente algo, le meteré su pluma por el culo.

A Wallace se le crispó el rostro.

—¿Puedes hacer eso?

—Joder si puedo. Y además, se lo tendría merecido. Prepárate para conocer a la mayor escoria con que te has topado en la vida.

—Conozco a cientos de abogados.

Nelson puso cara de impaciencia.

—Él es peor.

Wallace no estaba seguro de a quién esperaba ver bajar de aquel pequeño utilitario, pero desde luego no a la persona que apareció. Era un hombre más joven, aproximadamente de la edad de Hugo. Era apuesto a su manera un tanto fría, aunque su bigote estilo Dalí hacía que a Wallace le entraran ganas de arrearle un puñetazo en la cara. Lucía un traje elegante como los que usaba Wallace cuando aún vivía, perfectamente ajustado a su figura y complementado con una corbata de cuadros, además de una monstruosa mueca de desprecio. Wallace observó como se inclinaba para sacar una tabla sujetapapeles del vehículo. Acto seguido, extrajo una pluma estilográfica del bolsillo interior de la americana y se llevó la punta a la lengua antes de ponerse a garabatear notas.

—¿Qué escribe? —preguntó Wallace.

—Ni puñetera idea —dijo Nelson—. Seguramente algo malo. Se fija hasta en el más mínimo detalle para utilizarlo contra Hugo. Una vez intentó vender la moto de que teníamos ratas detrás de las paredes. ¿Te lo puedes creer? Ratas. El tío asqueroso.

—¿Y de quién fue la culpa? —preguntó Hugo, apartándose de la puerta sin haber echado el cerrojo.

—Mía —dijo Nelson con desparpajo—. Pero pretendía asustarlo, no hacerle creer que teníamos una plaga de roedores. —Alzó la voz—. ¡Mei! ¡Mei! Tenemos compañía.

La interpelada salió en tromba de la cocina, con una olla cubierta de espuma de detergente en una mano y un cuchillo de carnicero en la otra.

—¿Quién? ¿Nos atacan?

—Sí —dijo Nelson.

—¡No! —exclamó Hugo—. Nadie nos ataca. Es el inspector de Sanidad.

Mei soltó un grito ahogado.

—¿Otra vez? Pues sí que es un ataque. ¡Cerrad la puerta con llave! ¡A lo mejor piensa que no estamos! —Blandió el cuchillo hasta

que vio que Alan la observaba con recelo. Entonces, se lo escondió detrás de la espalda—. No tengo un cuchillo. Son imaginaciones tuyas.

—Estás dejando el suelo perdido de agua —le informó Hugo—. Eso nos va a restar puntos.

Con un gruñido, Mei giró sobre sus talones y regresó a toda prisa a la cocina.

—Entretenlo todo lo que puedas. Me aseguraré de que todo esté en orden aquí antes de que entre.

—¿No debería estar en orden ya? —preguntó Wallace.

—Claro que lo está —afirmó Nelson mientras el inspector de Sanidad arrancaba una escama de la pintura levantada en la barandilla de la escalera—. Pero él no lo verá así. Tendrías que haber visto la cara que puso la primera vez que vino. Creía que iba a darle un ataque al corazón cuando vio a *Apolo*. —Miró a Wallace—. ¿Sigue siendo demasiado pronto o...?

Wallace lo fulminó con la mirada.

—No eres tan gracioso como te crees.

—Sí que lo soy.

Wallace volvió a echar una ojeada por la ventana.

—No entiendo qué tiene de malo. Seguro que solo quiere asegurarse de que la tetería esté limpia, ¿no? ¿Por qué habría de tenérsela jurada a Hugo? —Lo asaltó un pensamiento espantoso—. Cielo santo, ¿es porque es negro? Qué barbari...

—Qué va —dijo Nelson—. No se trata de algo tan sórdido. —Inclinándose hacia delante, bajó la voz—. Una vez le pidió salir a Hugo. Hugo lo rechazó. Esto no le gustó nada, y por eso nos hace la vida imposible desde entonces.

A Wallace le tembló el párpado inferior derecho.

—¿Qué?

Nelson le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sabía que entenderías mi punto de vista.

—¡Mei! —gritó Wallace—. ¡Necesitamos ese cuchillo!

La interpelada volvió a salir en tromba, esta vez con un cuchillo en cada mano.

—¡Que dejéis los cuchillos! —rugió Hugo.

Ella dio media vuelta y volvió a la cocina con grandes zancadas.

La puerta de Té y Tentempiés El Cruce de Caronte se abrió.

—Humm —dijo el inspector de Sanidad mientras miraba

alrededor con el gesto torcido—. No hemos empezado con buen pie, ¿a que no, Hugo? —preguntó imitando el acento británico de la manera más atroz posible. Wallace sintió de inmediato un desdén profundo hacia él, aunque intentó convencerse de que su ojeriza no tenía nada que ver con que, al parecer, ese individuo quería beneficiarse a Hugo. Aunque el hombre no podía verlo, Wallace decidió mantener una actitud digna del profesional que era.

—Harvey —saludó Hugo con voz neutra.

—¡¿Harvey?! —exclamó Wallace—. ¿Se llama Harvey? ¡Qué ridiculez!

Hugo tosió con brusquedad.

Harvey se quedó mirándolo.

Hugo alzó la mano.

—Perdona. Se me ha metido algo en la garganta.

—Ya lo veo —dijo Harvey—. Debe de ser el polvo que lo cubre todo en este lugar. Espero de verdad que te hayas esforzado más por mantener las cosas limpias esta vez. —Se sorbió la nariz con delicadeza—. Al menos ya no tenemos que preocuparnos por ese chucho. ¿Caspa de perro en un lugar donde se sirve comida? Un puto horror, en mi opinión.

Apolo ladró, enfadado, y salpicó el suelo de babas.

—Es de Seattle —susurró Nelson—. Hizo un viaje a Londres hace unos años y regresó hablando con ese acento. Nadie sabe por qué.

—Porque es un payaso, por eso —dijo Wallace.

Hugo mantuvo la entereza, a pesar de los insultos contra su perro.

—Estoy seguro de que lo encontrarás todo tal como debe estar; igual que la última vez que viniste, en febrero. A propósito, ¿qué te trae por aquí tan pronto?

Harvey garabateaba frenéticamente en su tabla.

—Soy un inspector de Sanidad. Estoy inspeccionando. Y me corresponde a mí juzgar si todo está como debe estar. Esa es la gracia de las inspecciones sorpresa. No te dan tiempo a barrer bajo la alfombra las... infracciones. —Se acercó a las vitrinas, ajeno a los tres fantasmas (y el perro fantasma) que lo observaban con distintos grados de aversión. Wallace no sabía muy bien por qué Alan parecía tan irritado, a no ser que ese fuera su estado natural.

Harvey se detuvo frente a las vitrinas y se inclinó para echarles

un vistazo. Estaban inmaculadas, como siempre, y las bombillas bañaban los pocos pastelitos que sobraban del día en una luz suave y cálida.

—Mei estará en la cocina, supongo. Dile que cese sus actividades de inmediato. No quiero pensar que está ocultando pruebas de crímenes contra la humanidad, como es su costumbre.

El rostro de Mei apareció tras uno de los ojos de buey con expresión de rabia absoluta.

—¿Crímenes? ¡¿Crímenes?! Ven aquí y dímelo a la cara, pedazo de...

—Está ocupándose de las tareas que suele realizar al final de la jornada —dijo Hugo con amabilidad—. Como bien sabes.

—Claro que sí —masculló Harvey. Se enderezó y llevó de nuevo la pluma a la tabla—. Yo no soy el enemigo, Hugo. Me entristecería mucho que clausuraran este establecimiento. No sé cómo le irían las cosas a Mei en la calle si yo me viera obligado a ordenar el cierre de tu salón de té. Es bastante... frágil.

Hugo se plantó frente a las puertas dobles a tiempo para impedir que Mei saliera de sopetón por ellas. Soltó un leve quejido cuando las puertas le golpearon la espalda, pero, por lo demás, permaneció impávido.

Harvey arqueó una ceja.

Hugo se encogió de hombros.

—Hoy está llena de energía.

—¿Energía? Ya te daré yo energía...

Harvey exhaló un sonoro suspiro.

—Calma, calma. Aunque sea inspector de Sanidad, me gusta pensar que mi cargo me capacita también para emitir dictámenes sobre salud mental. La de esta chica parece muy precaria. Recomiendo que se lo haga mirar cuanto antes.

—¿Cómo es que nadie le ha arreado un puñetazo en la cara? —quiso saber Wallace.

—Hugo no nos deja —explicó Nelson.

—Ni más ni menos —dijo Hugo, impasible.

—¿Me das la razón? —preguntó Harvey, descolocado—. Vaya, muchas gracias, Hugo. Creo que es la primera vez que estás de acuerdo conmigo. —Sonrió, y Wallace notó que se le erizaba la piel—. Eso te sienta bien. —Se acercó al mostrador como paseándose—. Y

estar conmigo te sentaría todavía mejor...

—¡Pero por favor! —exclamó Wallace—. ¿De verdad le funciona eso con alguien? Hugo, pégale una patada en los huevos.

—No sé si puedo hacer eso —dijo Hugo sin apartar la vista de Harvey.

—¿Por qué no? —inquirieron Harvey y Wallace a la vez.

—Ya sabes por qué.

Harvey suspiró a la vez que Wallace lanzaba los brazos al aire con exasperación.

—Ya te rendirás a mis encantos —dijo Harvey—. Espera y lo verás. Y ahora, volvamos al tema que nos ocupa. Necesito meter mano a varios asuntos. —Subió y bajó las cejas.

—Ahí va —se escandalizó Wallace—. Eso es acoso sexual. Vamos a ponerle una demanda de aúpa y va a perder hasta los calzoncillos, ya lo veréis. Redactaré el escrito en cuanto... Ah. Ya. Estoy muerto. Me cago en todo. ¡No dejes que meta mano a los bollitos!

Hugo enarcó las cejas casi hasta el pañuelo de la cabeza.

Harvey colocó un dedo en el mostrador y lo deslizó por la superficie antes de retirarlo y examinarse la yema.

—Impecable —dijo—. Eso está bien. Yo siempre digo que, en casa limpia, los ángeles bailan de gusto.

Wallace ahogó una carcajada al ver que *Apolo* estaba al lado de Harvey con la pata alzada. Un chorrito de orina cayó sobre los zapatos del inspector. Con aspecto satisfecho, el perro se alejó dando saltitos sin que Harvey se hubiera enterado de nada.

—Buen chico —lo arrulló Nelson—. Sí que lo eres. Sí que lo eres. Te has meado en el señor malo como un chico muy bueno.

—Echemos un vistazo a la cocina, ¿te parece? —dijo Harvey—. No estaría de más que le pidieras a Mei que se retirara de las instalaciones. Que mi orden de alejamiento contra ella quedara suspendida solo por falta de pruebas no le da derecho a acercarse a menos de tres metros de mí, sobre todo después de lo que sucedió el año pasado.

—Le volcó un bol entero de glaseado en la cabeza —le informó Nelson a Wallace—. Dijo que había sido sin querer. Era mentira.

Wallace experimentó una oleada de afecto desmedido hacia Mei por razones que nada tenían que ver con la situación. Empezó a seguirlos a la cocina cuando Hugo abrió la puerta, pero se detuvo al

oír una respiración entrecortada detrás de sí. Al volverse, vio a Alan apartarse de su rincón con los puños apretados y una extraña inexpresividad en el rostro.

—Se le parece mucho —dijo Alan sin dirigirse a nadie, con la vista fija en Harvey—. Es idéntico a él.

—¿A quién? —preguntó Wallace.

Alan lo ignoró.

Los apliques de la pared chisporrotearon con un ronroneo eléctrico.

Harvey miró hacia atrás.

—¿Qué ha sido eso? ¿Ratas mordisqueando los cables, Hugo? Sabes que eso... no... —Con el ceño arrugado, se frotó el pecho—. Vaya. ¿Hace calor aquí dentro? Es como si...

La frase quedó inconclusa cuando la tabla y la pluma se le cayeron de las manos y repiquetearon en el suelo. Dio un paso vacilante hacia atrás con el rostro lívido.

A Hugo se le desorbitaron los ojos.

—¡Alan, no!

Demasiado tarde. Antes de que nadie pudiera reaccionar, las bombillas de las paredes y el techo estallaron a la vez, y los cristales les llovieron encima. Harvey dio una sacudida, como un títere movido por hilos, con la cabeza echada hacia atrás. Sus brazos se alzaron a los costados, con las manos torcidas y los dedos temblorosos.

Alan avanzó otro paso, rechinando los dientes.

Harvey se elevó a un palmo del suelo, de modo que los zapatos quedaron apuntando hacia abajo. Alan levantó la mano hacia sí, con la palma hacia el techo. Wallace vio como doblaba todos los dedos menos el índice, y lo movía adelante y atrás como haciéndole señas a alguien para que se acercara.

Harvey flotó hacia él mientras Hugo llamaba a Mei a voces.

El blanco de los ojos de Harvey resplandecía en la penumbra. Se detuvo frente a Alan, suspendido en el aire.

—Eres idéntico a él —susurró de nuevo Alan—. Ese hombre, el del callejón. Casi podrías ser tú.

Hugo rodeó el mostrador al tiempo que las puertas de la cocina se abrían de golpe para dar paso a Mei, que se golpeteó la palma de la mano con los dedos.

—No os acerquéis —dijo Alan, y Wallace gritó al ver que Hugo y

Mei salían despedidos de su lado hasta estrellarse contra paredes opuestas. *Apolo* se abalanzó sobre Alan, enseñando los dientes, pero soltó un gemido cuando este agitó la otra mano. El perro se golpeó con violencia contra el suelo cercano a la chimenea y alzó la cabeza, aturdido.

Nelson, que estaba junto a Wallace, se desvaneció, solo para reaparecer detrás de Alan. Con un gruñido, alzó el bastón por encima de la cabeza. Wallace profirió un rugido de rabia cuando Alan echó el brazo hacia atrás y le propinó un codazo en el vientre a Nelson, que se tambaleó hacia atrás y dejó caer el bastón.

Alan se volvió de nuevo hacia Harvey, que permanecía flotando en el aire frente a él.

—Esto se acerca mucho más a lo que me imaginaba que podía hacer un fantasma —dijo en un tono casi amistoso—. No resulta tan difícil como creía. Lo he conseguido gracias a la rabia. No hay más. Puedo utilizar ese poder porque estoy cabreado.

Harvey se ahogaba, y le resbalaba saliva por la barbilla.

—No hagas eso —suplicó Hugo, forcejeando contra lo que lo mantenía inmovilizado contra la pared—. Alan, no puedes hacerle daño.

—Ya lo creo que puedo —repuso el otro—. Puedo hacerle mucho daño.

—Él no es tu asesino —espetó Mei—. No fue él quien te apuñaló. Él no sería capaz...

—Da igual —dijo Alan—. Me servirá para desahogarme. ¿No es ese el propósito de todo esto? Encontrar la paz. Esto me ayudará a encontrarla.

Wallace Price nunca había sido lo que la mayoría de la gente consideraría un hombre valiente. En una ocasión, había visto como atracaban a alguien en un andén del metro y se había alejado, diciéndose para sus adentros que no quería meterse en líos y que sin duda todo saldría más o menos bien. Apenas había sentido una punzada de culpa. El atracador se había llevado un bolso, y Wallace sabía que nada de lo que contenía supondría una pérdida irreparable.

La valentía entrañaba la posibilidad de morir. Y lo más gracioso es que Wallace tuvo que esperar a estar muerto para volverse valiente.

Gritando su nombre, Hugo se precipitó hacia delante, pero Wallace no le prestó atención.

En vez de eso, arremetió con el hombro por delante, preparándose para el impacto. Aun así, se llevó una buena sacudida al colisionar contra el costado de Alan. Le castañetearon los dientes en las encías y estuvo a punto de morderse la lengua. Sin apenas emitir sonido alguno, Alan cayó de espaldas. Wallace perdió el equilibrio a su vez y fue a parar encima de su rival. Moviéndose con la mayor rapidez posible, se dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre la cintura de Alan. Harvey se desplomó y se quedó tumbado, inmóvil. Hugo y Mei también dieron con su cuerpo en el suelo, pues la fuerza que Alan ejercía sobre ellos había cesado.

A este le brillaron los ojos en la oscuridad cuando alzó la vista hacia Wallace.

—Te arrepentirás de haber hecho eso.

Antes de que Wallace pudiera reaccionar —en realidad no había pensado de antemano qué haría después; ¿qué pretendía, estrangular a un muerto hasta matarlo?—, el aire que lo rodeaba se revolvió, y él se vio lanzado hacia atrás. Soltó un grito ahogado cuando la parte baja de su espalda chocó contra una de las vitrinas y el cristal se agrietó bajo su peso.

Alan se puso de pie despacio y apuntó a Wallace con el dedo.

—De verdad que te arrepentirás de haber...

De pronto, se interrumpió.

Wallace parpadeó.

Esperó a que Alan terminara su amenaza.

No lo hizo.

Parecía... paralizado.

—Esto... —dijo Wallace—. ¿Qué ha pasado?

Nadie le respondió.

Se volvió hacia su izquierda.

Mei estaba a medio incorporarse, con el cabello colgándole delante de la cara.

No se movía.

Wallace dirigió la vista al frente. Nelson había empezado a levantarse apoyándose en el bastón, pero también se había quedado a medias..., inmóvil.

Wallace se volvió hacia su derecha.

Apolo estaba plantado frente a Hugo, enseñando los dientes con actitud agresiva. En cuanto al propio Hugo, estaba reclinado contra la

pared, con una expresión de ira mezclada con desesperación.

Wallace se apartó de la vitrina ayudándose con los brazos, y le sorprendió no encontrar resistencia alguna.

—¿Chicos? —dijo, y su voz resonó monótona en la penumbra de la tetería—. ¿Tenéis idea de qué está pasando?

Nadie le respondió.

Fue entonces cuando se percató de que el segundero del reloj no se movía. Ni siquiera temblaba.

Se había parado.

Todo se había parado.

—Ay, no —susurró Wallace.

No sabía qué sucedía. La única ocasión en que el reloj se había parado fue cuando un fantasma nuevo llegó a El Cruce de Caronte, pero el tiempo no se había detenido dentro del establecimiento.

—¿Hugo? —musitó, dando un paso hacia él—. ¿Estás...?

Alzó la mano para protegerse los ojos cuando un intenso resplandor azul apareció en el exterior. Su fulgor inundó las ventanas, proyectando sombras larguísimas. La luz destellaba una y otra vez. Wallace dio un paso hacia el frente del establecimiento, pero se llevó la mano al pecho.

El gancho. El cable.

Parecían inertes.

Estaban inertes.

—¿Qué está pasando? —susurró.

Se dirigió a la ventana más cercana y echó un vistazo hacia fuera, con los ojos entrecerrados a causa del deslumbrante brillo que iluminaba el bosque y hacía danzar las sombras.

En el camino de tierra había una figura borrosa. Cuando la luz se atenuó, la figura cobró nitidez, lo que permitió a Wallace identificarla.

Recordó la imagen fugaz que había vislumbrado en el bosque la noche que intentó huir, la silueta de una bestia extraña que había preferido atribuir a un efecto de las sombras.

No lo era.

Era real.

Y estaba allí.

Allí, en el camino, había un ciervo.

Capítulo 17

Era más grande que cualquier ciervo que Wallace hubiera visto en fotografías. Incluso desde lejos, daba la impresión de que los superaba en altura a todos. Mantenía la cabeza erguida, y las astas, con sus numerosas y puntiagudas ramificaciones, semejaban una corona de hueso. Cuando el ciervo se acercó a la tetería, Wallace vio que de los cuernos pendían flores cuyas raíces se hundían en el terciopelo de la cornamenta y en cuyas corolas se apreciaban tonos de ocre, fucsia, azul celeste, escarlata, amarillo canario y magenta. En la punta de las astas brillaban unas diminutas luces blancas, como si los apéndices óseos estuvieran repletos de estrellas.

Wallace estaba paralizado, y de la boca le brotó un gemido, como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago.

El ciervo dilató los ollares, y sus ojos parecían agujeros negros cuando hundió los cascos en la tierra. Tenía el pelaje pardo con manchas blancas en el lomo y en el voluminoso pecho. La cola oscilaba de un lado para otro. Cuando el animal bajó la cabeza, varios pétalos cayeron flotando hasta el suelo.

—Oh. Oh. Oh —dijo Wallace.

El ciervo levantó la cabeza con brusquedad, como si lo hubiera oído. Emitió un balido suave, un sonido largo y lastimero que ocasionó que a Wallace se le hiciera un nudo en la garganta.

—Hugo —dijo—. Hugo, ¿estás viendo eso?

Hugo no respondió.

El ciervo se detuvo a pocos metros de los escalones de la entrada. Las flores que le crecían en las astas se plegaron sobre sí mismas como para cerrarse ante la noche. El animal se irguió sobre las patas traseras. Tenía el vientre completamente blanco.

Y entonces desapareció, como si se hubiera producido un salto de fotogramas, un fallo técnico en la realidad. En un momento el ciervo estaba ahí, y al momento siguiente, ya no.

En su lugar había un muchacho.

Un niño.

De unos nueve o diez años, tenía la tez marrón dorado y los ojos de un extraño tono violeta. Una cabellera larga y enmarañada, castaña y entreverada de blanco, se le rizaba en torno a las orejas, con flores abiertas entretejidas con los mechones. Vestía camiseta y vaqueros. Wallace tardó unos instantes en distinguir en la oscuridad las palabras de la camiseta.

SOLO UN CHAVAL DE TOPEKA

El chiquillo iba descalzo. Flexionó los dedos de las manos y de los pies y ladeó la cabeza a derecha e izquierda antes de alzar la vista de nuevo y posarla directamente en Wallace. Cuando asintió con la cabeza, este sintió que se le obstruía la garganta.

El muchacho empezó a subir la escalera.

Wallace reculó dando traspiés para apartarse de la ventana. Consiguió no caerse, aunque poco le faltó. Miró en torno a sí, desesperado, en busca de alguien, quien fuera, que estuviera viendo lo mismo que él. Hugo y Mei estaban igual que antes. *Apolo* y Nelson, también. Y Alan, tres cuartos de lo mismo.

Wallace estaba solo.

El muchacho llamó a la puerta.

Una vez.

Dos.

Tres veces.

—Márchate —dijo Wallace con un hilillo de voz—. Por favor, vete.

—No puedo, Wallace —replicó el chiquillo en un tono alegre y casi melodioso. No estaba cantando exactamente, pero tampoco hablaba con normalidad. Wallace percibía su presencia, densa, poderosa y etérea, incluso a través de la puerta—. Es hora de que tengamos una pequeña charla.

—¿Quién eres? —murmuró Wallace.

—Ya lo sabes —dijo el muchacho con la voz amortiguada—. No te haré daño. No sería capaz de una cosa así.

—No te creo.

—Es comprensible. No me conoces. Solucionemos eso, ¿te parece?

El pomo giró.

El chico entró en El Cruce de Caronte. Las tablas del suelo

crujieron bajo sus pies. Mientras cerraba despacio la puerta detrás de sí, las paredes del lugar empezaron a ondularse como la superficie de un estanque agitada por la brisa. Wallace se preguntó qué sucedería si intentaba tocarlas, si se hundiría en ellas y se ahogaría.

El niño le dirigió una inclinación de la cabeza a Wallace antes de pasear la vista por la sala. Al mirar a Alan, ladeó la cabeza y arrugó la frente.

—Pues sí que está enfadado, ¿no? Qué curioso. El universo es más inmenso de lo que te puedes imaginar, una realidad imposible de aprehender y, sin embargo, él solo conoce la rabia y la pena. El dolor y el sufrimiento. —Suspiró, sacudiendo la cabeza—. Nunca lo entenderé, por mucho que lo intente. Es ilógico.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Wallace, con la espalda contra el mostrador. Pensó en salir por piernas, pero dudaba que pudiera llegar muy lejos. Además, no quería abandonar a Hugo, Mei, Nelson y *Apolo*, y menos aún en ese estado en que no podían defenderse.

—No les haré daño —aseguró el chiquillo, y por un terrorífico instante, Wallace se preguntó si era capaz de leerle la mente—. Nunca le he hecho daño a nadie.

—No te creo —dijo de nuevo Wallace.

—¿No? —El niño crispó el rostro—. ¿Por qué?

—Porque sé lo que eres.

—¿Y qué soy, Wallace?

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Wallace susurró:

—Eres el Gerente.

Su respuesta pareció complacer al muchacho.

—En efecto. Es un título bastante ridículo, pero supongo que resulta adecuado. Mi nombre verdadero es mucho más complicado, y dudo que tu lengua humana sea capaz de pronunciarlo. Si lo intentaras, la boca se te haría papilla. —Alzó la mano, se arrancó una flor de la cabeza y se la llevó a la boca. Sus párpados se agitaron antes de cerrarse mientras chupaba los pétalos—. Ah. Así está mejor. Me cuesta asumir esta forma y mantenerla durante mucho rato. Las flores me ayudan. —Levantó la mirada hacia los tiestos colgados del techo —. Has estado regando esas plantas.

—Es mi trabajo —dijo Wallace con voz débil.

—¿De veras? —Tocó la maceta con el dedo. Las hojas crecieron,

los tallos se alargaron. Cayeron pequeños regueros de tierra al suelo, y los diminutos granos y motas de polvo reflejaron la luz del fuego que ardía cada vez con menos fuerza en la chimenea—. ¿Sabes cuál es mi trabajo?

Wallace sacudió la cabeza, con la lengua pastosa.

—Todo —dijo el chico—. Mi trabajo es hacerlo todo.

—¿Eres Dios? —preguntó Wallace, atragantándose.

El muchacho soltó una risita cantarina.

—No, claro que no. No hay un Dios, al menos como tú lo imaginas. Es una invención humana, capaz de brindar una paz profunda o castigar con una ira violenta. Esta dicotomía solo existe en la mente humana, porque lo creasteis a vuestra imagen y semejanza, por supuesto. Pero me temo que no es más que un cuento de hadas en un libro de ficción. La realidad es infinitamente más complicada. Cuéntame, Wallace, ¿qué hacías aquí?

Guardaba las distancias, cosa que Wallace agradeció en su fuero interno.

—Aquí vivo.

—¿En serio? —preguntó el chico—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Me trajeron ellos.

El niño asintió.

—En efecto. Mei es buena gente. Un poco cabezota, pero así tienen que ser los segadores a la vista de todo lo que se ven obligados a aguantar. No hay nadie más como ella en el mundo. Lo mismo puede decirse de Hugo. Y de Nelson. Y de *Apolo*. Incluso de Alan y de ti, aunque no exactamente por los mismos motivos. —Se dirigió a una de las mesas y agarró una silla. La bajó con un gruñido. Era más grande que él, y Wallace temió que se le cayera sobre la cabeza. Esto no sucedió, y el chaval la depositó en el suelo antes de encaramarse a ella y sentarse. Le quedaron colgando las piernas, que comenzó a mecer adelante y atrás. Entrelazó las manos sobre su regazo y se puso a juguetear con los pulgares—. Me alegro de conocerte al fin, Wallace. Sé muchas cosas sobre ti, pero es un placer verte cara a cara.

Una nueva oleada de pánico recorrió a Wallace.

—¿Por qué estás aquí?

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Por qué está aquí cada uno de nosotros?

Wallace entornó los ojos.

—¿Siempre respondes a una pregunta con otra?

El chico se rio de nuevo.

—Me caes bien. Siempre me has caído bien, incluso cuando eras... Ya sabes. Un cabronazo.

Wallace pestañeó.

—¿Disculpa?

—Un cabronazo —repitió el chaval—. Tuviste que morirte para descubrir tu humanidad. Es para partirse, si lo piensas bien.

Wallace notó que una llamarada de rabia le ardía en el pecho.

—Ah, me alegro de que todo esto te parezca tan divertido.

—Eso sobraba. No pretendo ser frívolo. Ya no eres el mismo de antes. ¿Cuál crees que es la razón?

—No lo sé —dijo Wallace.

—No tiene nada de malo no saber. —El chiquillo echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla y contempló el techo, que brillaba con luz trémula, al igual que las paredes, como si fueran líquidas en vez de sólidas—. De hecho, podría argumentarse que es mejor. Sea como fuere... Eres toda una curiosidad. Y por eso cuentas con toda mi atención.

—¿Se han quedado así por tu culpa? —exigió saber Wallace—. Como les hayas hecho daño, te...

—¿Qué me harás? —preguntó el chaval.

Wallace se quedó callado.

El muchacho asintió.

—Te he dicho que no iba a haceros daño a ti ni a ellos. En cierto modo, están dormidos. Cuando terminemos, se despertarán y las cosas volverán a ser como siempre han sido y serán. ¿Te gusta estar aquí?

—Sí.

El muchacho miró en derredor con un movimiento rígido, como si los huesos del cuello se le hubieran fundido en uno solo.

—Visto desde fuera, no parece nada del otro mundo, ¿verdad? Una casa estrambótica compuesta de muchas ideas distintas que parecen incompatibles entre sí. Da la impresión de que debería derrumbarse hasta los cimientos. No debería poder tenerse en pie y, sin embargo, no temes que el techo se te desplome sobre la cabeza. —De pronto, preguntó—: ¿Por qué has intervenido para protegerlos? El Wallace Price del mundo de los vivos no habría movido un dedo salvo en beneficio propio.

—Son mis amigos —adujo Wallace, abrumado de irrealidad. Le daba la sensación de que aquella sala estaba sumida en la bruma y la insonoridad. Solo percibía con claridad cristalina la imagen y la voz del Gerente, un foco de atención, el centro de todo.

—¿De veras? —preguntó el chico—. No tenías muchos. —Frunció el ceño—. En realidad, no tenías ninguno.

Wallace desvió la mirada.

—Lo sé.

—Y entonces te moriste —señaló el muchacho— y viniste a parar aquí. A este lugar. A esta... estación de paso. Una parada en un viaje mucho más largo. Y eso fue justo lo que hiciste, ¿verdad? Te paraste.

—No quiero cruzar la puerta —dijo Wallace, levantando la voz y desgarrándose en dos—. No puedes obligarme.

—Podría —dijo el niño—. Me sería fácil. No requeriría el menor esfuerzo por mi parte. ¿Quieres que te lo demuestre?

Un miedo reluciente y vítreo envolvió a Wallace y le hincó las garras en las costillas.

—No lo haré —añadió el chico—, porque no es lo que necesitas. —Al mirar a Hugo, su expresión se suavizó—. Es un buen barquero, Hugo, aunque a veces se deja llevar por los sentimientos. Cuando lo descubrí, estaba enfadado y confundido. Iba a la deriva. No entendía el mecanismo de las cosas y, sin embargo, en su interior brillaba una luz muy potente pero en peligro de apagarse. Le enseñé a canalizar esa fuerza. Las personas como él son muy poco comunes. Es posible encontrar belleza en el caos si uno sabe dónde buscarla. Pero no te estoy contando nada que no sepas, ¿verdad? Tú también la ves.

Wallace tragó en seco.

—Él es diferente.

—Sería una forma de expresarlo, desde luego. —El chico lanzó otra patada al aire con ambas piernas y se reclinó en la silla, apoyándose las manos en la tripa—. Pero sí, lo es.

La rabia invadió de nuevo a Wallace, desplazando el miedo.

—Y tú le has hecho esto.

El chiquillo arqueó una ceja.

—¿Perdona?

Wallace cerró los puños.

—He oído hablar de ti.

—Ay, señor —dijo el otro—. Esto promete. Adelante, cuéntame

qué has oído.

—Tú seleccionas a los barqueros.

—En efecto —dijo el muchacho—, pero no creas que los elijo al tuntún. Algunas personas... ¿cómo te lo diría?... despiden un brillo intenso. Hugo resultó ser una de ellas.

Wallace apretó las mandíbulas.

—Se supone que eres un... una cosa...

—Oye, un respeto.

—... una cosa todopoderosa que decide sobre la vida y la muerte, que delega sus responsabilidades en otros...

—Bueno, sí. Soy el Gerente. Gerencio cosas.

—... y le cargas a alguien como Hugo el peso de la muerte. Lo obligas a ver y hacer cosas que...

—Para el carro —dijo el chico, enderezando la espalda con rapidez—. No te embales. Yo no obligo a nadie a hacer nada. Cielo santo, Wallace, ¿qué han estado diciéndote sobre mí?

—Que eres cruel —espetó Wallace— y despiadado. ¿Cómo pudiste pensar que endosarle una responsabilidad así a un hombre que acababa de perder a su familia era algo aceptable?

—Humm —dijo el chaval—. Me parece que en algún momento se ha producido un malentendido. No es como tú dices en absoluto. Se trata de una decisión libre, Wallace. Todo se reduce a eso. Yo no obligué a Hugo a hacer nada. Simplemente le expuse las opciones que tenía y dejé que decidiera por sí mismo.

Wallace golpeó las manos contra el mostrador.

—Sus padres acababan de morir. Estaba sufriendo. Estaba llorando su muerte. Y tú abriste una puerta para mostrarle que existía algo más allá de la realidad que conocía. Era obvio que aceptaría lo que le ofrecieras. Te aprovechaste de él cuando se encontraba en la situación más vulnerable posible, cuando sabías perfectamente que no estaba en sus cabales.

—Vaya —dijo el muchacho. Miró a Wallace con los ojos entornados—. Tienes una actitud muy protectora con él.

Wallace palideció.

—Es que...

El chico asintió como si le bastara con esta respuesta.

—No me lo esperaba. No sé por qué. Pero, después de todo lo que he visto, me parece maravilloso que aún pueda sorprenderme alguien

como tú. Le has cobrado mucho cariño.

—A todos ellos —dijo Wallace—. Les tengo cariño a todos.

—Porque son tus amigos.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no te fías de que Hugo sea capaz de elegir por sí mismo?

—Sí que me fío —replicó Wallace.

—¿En serio? Pues me da la impresión de que estás cuestionando sus decisiones. Deberías distinguir entre asumir una actitud protectora y dudar de alguien a quien consideras tu amigo.

Wallace no respondió. Aunque detestaba reconocerlo, el Gerente no iba del todo descaminado. ¿Acaso no debía confiar en que Hugo supiera lo que le convenía?

El muchacho asintió como si Wallace estuviera dándole tácitamente la razón con su silencio. Se bajó de la silla antes de girarse para levantarla. Le dio la vuelta y la colocó de nuevo sobre la mesa. Cuando terminó, se limpió las manos en los vaqueros. Le echó una ojeada al inspector de Sanidad y suspiró.

—La gente es de lo más extraña. Justo cuando crees que lo tienes todo controlado, vas y metes la pata hasta el fondo. —Por algún motivo absurdo, en su voz se apreciaba algo que casi parecía afecto.

Se volvió de nuevo hacia Wallace y dio una palmada.

—Bueno, manos a la obra. El tiempo es limitado. Bueno, para mí no; para todos vosotros. Sígueme, si eres tan amable.

—¿Adónde vamos?

—A mostrarte la verdad —dijo el chiquillo. Se acercó a Alan, alzó la vista hacia él y esbozó una sonrisa triste. Alargó el brazo para tocarle la cadera y sacudió la cabeza—. Ah, sí. Este. Siento que hayas pasado por todo eso. Haré lo posible por mejorar las cosas.

Y entonces, antes de que Wallace pudiera impedírselo, frunció los labios, hinchó los carrillos y sopló un fino chorro de aire sobre Alan. Wallace observó estupefacto como un gancho se materializaba en el pecho de este, y un cable se alargaba hasta unirlo a Hugo. El Gerente cerró los dedos en torno al garfio y tiró con fuerza de él para liberarlo. El cable que conectaba a Alan con Hugo se difuminó. El Gerente dejó caer el gancho y, en el momento en que este tocó el suelo, quedó reducido a polvo, al igual que el cable—. Ya está —dijo—. Así está mejor. —Dio media vuelta y se adentró en la casa.

Wallace bajó la vista hacia su propio garfio, que seguía uniéndolo a Hugo. El cable despidió un destello débil, y el gancho se estremeció en su pecho. Se disponía a tocarlo solo como confirmación de que continuaba ahí, de que era real, cuando Alan se elevó unos centímetros del suelo y, pese a seguir paralizado, se quedó flotando en el aire. El niño se volvió hacia Wallace desde la entrada del pasillo.

—¿Vienes, Wallace?

—¿Y si no quiero?

El chico se encogió de hombros.

—Pues no vengas. Pero preferiría que me acompañaras.

Wallace dio un traspié hacia atrás cuando Alan empezó a ascender hacia el techo.

—¿Adónde lo llevas?

—A casa —se limitó a decir el muchacho. Se alejó por el pasillo. Wallace miró a Alan a tiempo para ver sus pies desaparecer a través del techo, entre ondas concéntricas que se desplazaban hacia fuera.

Hizo lo único que podía.

Siguió al Gerente.

Sabía adónde iban y en su vida había estado tan asustado, pero aun así subió la escalera. Cada peldaño le costaba más que el anterior.

Pasó por el primer piso. Por el segundo. Las ventanas estaban negras, como si toda la luz se hubiera extinguido en el mundo.

Se detuvo cerca del descansillo del tercer piso y echó una ojeada entre los balaustres. El Gerente se encontraba de pie bajo la puerta. Alan emergió a través del suelo y quedó suspendido en el aire, junto a él.

—No voy a forzarte a cruzar la puerta —dijo el muchacho con afabilidad—. Si es eso lo que crees.

—¿Y a Alan? —preguntó Wallace, subiendo los escalones que faltaban.

—El caso de Alan es distinto. Haré con él lo que debo hacer.

—¿Por qué?

El muchacho se rio.

—Cuántas preguntas. «Por qué, por qué, por qué.» Me haces gracia, Wallace. Pues porque se está convirtiendo en un peligro. Obviamente.

—Vas a obligarlo a atravesar la puerta.

El chiquillo lo miró por encima del hombro.

—Sí.

—¿Y eso es justo?

La pregunta pareció desconcertar al niño.

—¿La muerte? ¿Por qué no iba a ser justa? Naces, sí. Vives, respiras, bailas y sufres, pero al final mueres. Todo el mundo muere. Todas las cosas mueren. La muerte purifica. Borra el dolor de toda una vida mortal.

—Cuéntale eso a Alan —gruñó Wallace—. Está sufriendo. Está lleno de ira...

El muchacho se volvió, con expresión ceñuda.

—Porque sigue encallado aquí. No ve las cosas como debería. No todo el mundo se adapta tan bien como tú. —Se mordisqueó el labio inferior—. O como Nelson o *Apolo*. También me caen bien. De lo contrario, no estarían aquí.

—¿Y Lea? —saltó Wallace—. ¿Qué pasa con ella? ¿Dónde estabas cuando te necesitaba? ¿Y cuando Hugo te necesitaba? —Lo asaltó un pensamiento crudo y terrible—. ¿O es que no querías venir por lo que le sucedió a Cameron?

El chico encorvó la espalda.

—Nunca he pretendido ser perfecto, Wallace. La perfección constituye un defecto en sí. Lo de Lea... no debería haber ocurrido de aquella manera. El segador se pasó de la raya y pagó un precio muy alto por ello. —Sacudió la cabeza—. Soy gerente, Wallace. Pero ni siquiera yo puedo gerenciar a todo el mundo en todo momento. El libre albedrío es fundamental, aunque a veces lo complica todo. Yo no interfiero salvo cuando no queda otro remedio.

—Entonces, ¿se supone que ellos tienen que sufrir como consecuencia de tus limitaciones?

El chico suspiró.

—Entiendo por dónde vas. Gracias por los comentarios, Wallace. Los tendré en cuenta para mejorar.

—¡¿Comentarios?! —exclamó Wallace, indignado—. ¿Para ti no son más que eso?

—Si no son comentarios, entonces es que me estás diciendo lo que puedo y no puedo hacer. Te concedo el beneficio de la duda, porque prefiero creer que no puedes ser tan tonto. —Alzó el rostro hacia la puerta, que vibró contra el marco de modo que las hojas y flores talladas en la madera cobraron vida de repente. La hoja de

cristal en el pomo centelleó—. Me caes bien —dijo de nuevo el niño sin mirarlo. Levantó la mano hacia la puerta con los dedos curvados —. Por eso te voy a explicar cómo se desarrollarán las cosas. —Torció la mano con brusquedad.

El pomo en el techo giró.

El pestillo se descorrió con un chasquido, y la hoja de cristal relumbró.

La puerta se abrió despacio, bajando hacia ellos.

Hugo le había descrito lo que había visto y lo que sentía cuando la puerta se abría. Aun así, Wallace no estaba preparado para lo que sucedió a continuación. De ella salió un chorro de luz tan intensa que tuvo que apartar la mirada. Le pareció oír cantos de pájaros al otro lado, pero los susurros de la puerta eran tan fuertes que no estaba seguro de ello. Alzó la cara a tiempo para ver al Gerente empujar con suavidad las plantas de los pies de Alan. Antes de que Wallace pudiera abrir la boca, Alan ascendió con rapidez y atravesó el vano de la puerta. La luz emitió un fuerte destello antes de apagarse. La puerta se cerró de golpe. En solo unos segundos, todo había terminado.

—Encontrará la paz —aseguró el muchacho—. Y, con el tiempo, volverá a encontrarse a sí mismo. —Se dio la vuelta y se deslizó hasta el suelo, con las piernas cruzadas frente a él.

—¿Qué has hecho? —musitó Wallace.

—Lo he ayudado a proseguir su viaje —dijo el chico—. A veces me encuentro con algunas personas que necesitan que los encarrilen por el buen camino.

—¿Y qué pasa con el libre albedrío?

El chiquillo desplegó una gran sonrisa que le heló el corazón a Wallace.

—Eres más listo de lo que suponía. ¡Y muy divertido! Considéralo... Humm. Ah. Considéralo un empujoncito en la dirección correcta. No puedo permitir que se transforme en un cascarón. No me gusta imaginar el efecto que eso tendría sobre Hugo una segunda vez. La primera supuso un golpe muy duro para él. Por eso he permitido que Nelson y *Apolo* se quedaran aquí durante todo ese tiempo, para evitar que abandonara su vocación.

—O sea que solo gozamos de libre albedrío... ¿hasta cuándo? ¿Hasta que afecta al orden que mantienes?

El Gerente soltó una risita.

—¡Exacto! Bien pensado, Wallace. El orden es fundamental. Sin él, iríamos dando tumbos en la oscuridad. Lo que me lleva a ti. Has estado mucho tiempo aquí, más que cualquier otro excepto Nelson y *Apolo*. ¿Y para qué? ¿Tienes al menos una idea? ¿Cuál es tu objetivo?

Wallace sentía que le ardía la sangre.

—Yo...

—Sí —dijo el Gerente—. Ya lo suponía. Deja que te ayude a responder a esa pregunta. Tu presencia aquí te convierte en una distracción, cosa que no pasa con Nelson o con *Apolo*. Un barquero distraído tiende a cometer errores. Hugo tiene una misión que resulta ser mucho más importante que sus sentimientos. —Crispó el gesto—. Qué cosa tan terrible, los sentimientos. He observado y he esperado, permitiendo que se desarrollara esta farsa de hogar pequeño y feliz, pero es hora de pasar página para asegurarnos de que Hugo cumpla con las obligaciones para las que fue contratado. —Hizo una mueca—. Y por eso te diré lo que va a pasar a continuación.

Esto le dio mala espina a Wallace.

—¿Qué?

Con la cabeza ladeada, el muchacho escrutó el rostro de Wallace.

—A ver cómo te lo explico de modo que lo entiendas. Cómo... te... lo... ¡Ah! —Dio una palmada—. Eres abogado. —Torció los labios —. Bueno, eras. En cierto modo, nos parecemos. La muerte, querido amigo, es la ley, y yo soy el juez. Hay leyes y normativas. Claro, la burocracia que lo rodea todo puede resultar un poco tediosa, y la monotonía es mortal de necesidad, pero precisamos del imperio de la ley para saber cómo comportarnos, cómo actuar. —La sonrisa se desvaneció de su semblante—. Y, sin embargo, siempre me salen con eso de «por qué». «Por qué, por qué, por qué.» Detesto esa pregunta más que ninguna otra. —De pronto, se puso a imitar la voz de una mujer asustada—. «¿Por qué tengo que partir?» —Su voz se tornó más grave y frágil para asemejarse a la de un anciano—. «¿Por qué no se me concede más tiempo?» —Su voz cambió de nuevo para sonar como la de un niño—. «¿Por qué no puedo quedarme?»

—Basta —pidió Wallace, ronco—. Por favo22r, basta.

Cuando el Gerente habló de nuevo, había recuperado su timbre normal.

—He oído toda clase de preguntas. —Arrugó el ceño—. Las detesto, pero en este momento las detesto más que nunca, pues soy yo

quien pregunta por qué. ¿Por qué sigue aquí Wallace Price? ¿Por qué no sigue adelante? —Sacudió la cabeza como si estuviera decepcionado—. Y eso me lleva a preguntarme por qué debería importarme lo más mínimo. ¿Quieres saber qué he descubierto?

—No —murmuró Wallace.

—He descubierto que eres una aberración, un fallo en un sistema que había funcionado muy bien. ¿Y qué debe hacer con los fallos una persona que está al mando, Wallace? ¿Qué debe hacer para que las cosas sigan marchando como es debido?

Erradicarlos. Borrarlos de la ecuación. Cambiar la pieza para que la máquina funcione sin problemas. A Wallace le vino un recuerdo lejano: el de Patricia Ryan, sentada frente a él en su despacho.

—Exacto —dijo el Gerente como si Wallace hubiera expresado sus pensamientos en voz alta. Tamborileó con los dedos sobre su rodilla. Tenía las plantas de los pies sucias—. Y por eso he tomado una decisión ejecutiva. —Sonrió de oreja a oreja, y el violeta de sus ojos se revolvió como un líquido—. Una semana. Te doy una semana más para que pongas en orden tus asuntos. Esto no está pensado para ser una morada eterna, Wallace. Las estaciones de paso como esta existen para que podáis rehaceros y aceptar lo inevitable. Tú has cambiado en las semanas posteriores a tu llegada. Eres muy diferente del hombre al que vi huir a altas horas de la noche.

—Pero...

El chico alzó la mano.

—No he terminado. Por favor, no vuelvas a interrumpirme. No me gusta que me interrumpan. —Cuando vio que Wallace cerraba la boca de golpe, continuó—: Has contado con tiempo de sobra para procesar la vida que llevaste en este mundo. No fuiste un hombre bueno, Wallace, ni siquiera un hombre justo. No fuiste tan cruel como me consideras a mí, pero casi. No reconozco a ese hombre en ti. Ya no. La muerte te ha abierto los ojos. Veo la bondad que late en tu interior y lo que estás dispuesto a hacer por las personas que te importan. Porque sí que te importan, ¿no?

—Sí —dijo Wallace con voz áspera.

—Me lo imaginaba. Y lo cierto es que entiendo por qué. No cabe duda de que son... únicos.

—Sé que lo son. No hay nadie como ellos.

El chico soltó otra carcajada.

—Me alegra que al menos estemos de acuerdo en eso. —Se puso serio—. Una semana, mi querido Wallace. Te doy una semana más. Dentro de siete días, volveré. Te traeré a esta puerta y me aseguraré de que la cruces, porque así tiene que ser.

—¿Y si me niego?

El muchacho se encogió de hombros.

—Pues mala suerte. Espero que no lo hagas, pero no puedo prometerte que esto vaya a continuar así durante mucho tiempo. No es aquí donde debes estar. No en estas circunstancias. Tal vez en otra vida habrías podido abrirte paso hasta este lugar y aprovechar tu estancia al máximo.

—No quiero marcharme —dijo Wallace—. No estoy preparado.

—Ya lo sé —dijo el niño, por primera vez en un tono irritado—. Y por eso te doy una semana en lugar de obligarte a largarte ahora mismo. —Se le ensombreció el rostro—. No tomes mi oferta por lo que no es. No hay ningún vacío legal, ninguna prueba de último momento que puedas esgrimir ante el tribunal para lucir tus dotes de abogado. Puedo forzarte a hacer cosas, Wallace. No quiero, pero puedo.

—Pues... tal vez sería distinto —dijo Wallace, aturdido—. He cambiado. Tú mismo lo has reconocido, y...

—No —dijo el chiquillo, sacudiendo la cabeza—. No es lo mismo. Tú no eres Nelson, el abuelo que guio los pasos de Hugo tras la muerte de sus padres. Ni eres *Apolo*, que ayudaba a Hugo a respirar cuando se le colapsaban los pulmones en el pecho. Eres un forastero, una anomalía. Las opciones que te he expuesto (cruzar la puerta o arriesgarte a perder todo lo que has conseguido) son las únicas opciones que te quedan. Eres una disrupción, Wallace, y aunque he hecho ciertas... concesiones por aquello de ser magnánimo, no cometas el error de pensar que haré la vista gorda por ti. Esto ha sido siempre un arreglo temporal.

—¿Y qué hay de Cameron y de todos los que son como él? —quiso saber Wallace.

El muchacho se mostró sorprendido.

—¿Los cascarones? ¿Qué más te dan?

«Sigo aquí. Sigo aquí.»

—No se ha ido —dijo Wallace—. Sigue aquí. Una parte de él existe todavía. Si lo ayudas, haré todo lo que quieras.

El muchacho negó con un movimiento lento de la cabeza.

—No he venido a negociar contigo, Wallace. Creía que ya habías superado esa etapa. Te has adentrado en el legendario país de la aceptación, o al menos en esas estabas. No te eches atrás ahora.

—No lo pido por mí —espetó Wallace—, sino por él.

—Ah —dijo el niño—. ¿De veras? ¿Y qué pretendes que haga? ¿Curarlo? Él ya sabía a lo que se exponía cuando decidió salir del recinto. —Se levantó y se limpió las manos en la parte delantera de los vaqueros—. Me alegro de que hayamos tenido esta conversación. Ha sido un placer conocerte, y te aseguro que no es algo que diga a menudo. —Hizo una mueca—. Los humanos sois desordenados y sucios. Prefiero guardar las distancias en la medida de lo posible. Facilitáis las cosas cuando me dais la razón, como has hecho tú.

—¡Yo no te he dado la razón en nada! —gritó Wallace.

El chico hizo un puchero.

—Vaya. Bueno, seguro que acabas por convencerte. Una semana, Wallace. ¿Cómo aprovecharás el tiempo que te queda? Estoy deseando averiguarlo. Díselo a los demás. O no se lo digas, si no quieres. No es asunto mío. Y no te preocupes por el inspector de Sanidad. No recordará nada. —El chaval se despidió de Wallace con un gesto desenfadado—. Nos vemos pronto.

Acto seguido, desapareció.

Wallace notó las rodillas débiles, flojas, así que se agarró de la barandilla para mantenerse en pie mientras oía un griterío procedente de la planta baja. Cerró los ojos cuando Hugo se puso a llamarlo a voces, desesperado.

—Aquí estoy —susurró—. Sigo aquí.

Capítulo 18

—Alan —dijo Hugo—. Wallace, ¿dónde está Alan?

Wallace alzó la vista hacia la puerta del techo.

—Ha cruzado.

Hugo estaba desconcertado.

—¿Qué? ¿Por su cuenta? ¿Cómo?

Wallace sacudió la cabeza.

—No lo sé. Pero se ha ido. Ha encontrado la manera de pasar al otro lado y se ha ido.

Hugo fijó los ojos en él.

—No me... ¿Te encuentras bien?

Wallace logró esbozar una sonrisa, aunque notó que le pesaba en los labios.

—Claro.

—Creo que me he quedado en blanco un momento —dijo Harvey, en la planta baja—. Me disculparéis si me voy a casa, ¿verdad? Tengo una jaqueca atroz. —Con la cara pálida, se dirigió hacia la puerta—. Asegúrate de que este lugar cumpla todos los requisitos higiénico-sanitarios, Hugo. De lo contrario, las consecuencias no te van a gustar.

Salió y cerró la puerta tras de sí con suavidad.

—Hay que joderse —masculló Mei—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo Nelson, frotándose la frente con las manos—. Me siento como recién despertado. Qué raro, ¿no?

Hugo permanecía en silencio. No le quitaba el ojo a Wallace.

Y Wallace desvió la mirada.

Siete días.

«¿Cómo aprovecharás el tiempo que te queda?»

Wallace caviló sobre ello el primer día, mientras el sol ascendía

en el cielo.

No lo sabía.

En la vida se había sentido tan perdido.

Wallace sabía que la pena poseía el poder de consumir a una persona, de corroerla hasta dejarla en los huesos. Sí, la forma externa de la persona permanecía, si bien las mejillas se hundían y aparecían bolsas oscuras bajo los ojos. Aunque deshecha y en carne viva, conservaba un aspecto humano reconocible. El proceso se desarrollaba en etapas, unas más breves que otras, pero todas bien definidas.

Para Wallace Price, las etapas fueron las siguientes:

El primer día de los que le quedaban lo pasó en negación.

El salón de té abrió sus puertas como siempre, temprano por la mañana. Los bollitos y magdalenas dispuestos en las vitrinas despedían un aroma cálido y espeso. El té, una vez infusionado, se servía en tazas para ser bebido a sorbos pausados. Los clientes sonreían, se carcajeaban, se abrazaban como si no se hubieran visto en años, palmeándose las espaldas y sujetándose por los hombros.

Wallace los observaba a través de los ojos de buey de la cocina, atormentado por la envidia porque ellos eran libres de marcharse cuando quisieran. Le sorprendía aquel resentimiento que le carcomía la mente. Lo refrenaba para que no estallara de golpe con un rugido, por más que en el fondo le hubiera gustado.

—No es real —murmuró para sí—. Nada de esto es real.

—¿Qué has dicho?

Miró hacia atrás. Mei estaba junto al fregadero con cara de preocupación. Él sacudió la cabeza.

—Nada.

Ella no le creyó.

—¿Qué te pasa?

Él profirió una risotada.

—No me pasa nada. Estoy muerto. ¿Qué me va a pasar?

Ella vaciló un instante.

—¿Ha ocurrido algo, con Alan o...?

—Ya te lo he dicho. Cruzó la puerta. No sé cómo ni por qué. Ni siquiera sé cómo llegó ahí. El caso es que se largó.

—Eso nos contaste, pero... —Sacudió la cabeza—. Sabes que

puedes hablar con nosotros, ¿verdad? Siempre que lo necesites.

Él se dirigió a la puerta trasera y la dejó sola en la cocina.

Caminó entre las plantas de té, acariciando las hojas con los dedos.

La primera noche la pasó con ira.

Vaya si estaba iracundo.

Les soltó un exabrupto a Nelson y *Apolo*, que andaban rondándolo. El anciano alzó las manos, y el perro se quedó con el rabo entre las piernas.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Nelson.

—No es asunto tuyo —espetó Wallace—. ¿No puedes dejarme en paz ni un puto segundo?

Nelson, dolido y con los hombros rígidos, se llevó a *Apolo*.

—Deberías ir al médico.

Wallace parpadeó, extrañado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Para que te extraiga el palo que llevas metido en el culo.

Antes de que Wallace pudiera responder, tenía a Hugo enfrente, con expresión ceñuda.

—Vamos fuera.

Wallace puso mala cara.

—No me apetece.

—A la voz de ya. —El barquero se dio la vuelta y enfiló el pasillo sin mirar atrás para ver si Wallace lo seguía.

Este se planteó la posibilidad de quedarse donde estaba.

Optó por no hacerlo.

Hugo estaba en la terraza, con el rostro alzado hacia el cielo.

—¿Qué quieres? —gruñó Wallace, deteniéndose cerca de la puerta.

—Grita —dijo Hugo—. Quiero que grites.

Esto descolocó a Wallace.

—¿Qué?

Hugo no lo miró.

—Grita. Chilla. Ruge. Lo más fuerte que puedas. Sácalo todo. Te sentirás aliviado, créeme. Cuanto más tiempo tengas ese veneno dentro, más te intoxicará. Más vale que lo expulses mientras aún estés

a tiempo.

—No pienso gritar...

Hugo respiró hondo y lanzó un alarido profundo que retumbó por el bosque que los rodeaba. Era como si todos los árboles bramaran a la vez. Se le quebró la voz hacia el final y, cuando por fin calló, se quedó jadeando. Se secó las gotas de saliva de los labios con el dorso de la mano.

—Te toca.

—Eso ha sido una memez.

—¿Confías en mí?

Wallace se encorvó.

—Sabes que sí.

—Pues entonces hazlo. No sé qué es lo que ha causado esta regresión, pero no me gusta.

—Y crees que gritarle a la nada me hará sentir mejor.

Hugo se encogió de hombros.

—Mal no te hará.

Wallace suspiró antes de reunirse con Hugo frente a la barandilla. Notó los ojos del barquero puestos en él mientras levantaba la vista hacia las estrellas. Nunca se había sentido tan insignificante como en ese momento. Le dolía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Vamos —lo animó Hugo en voz baja—. Que yo te oiga.

Wallace se preguntó en qué momento había llegado al extremo de no ser capaz de negarle nada a Hugo.

Así que gritó con todas sus fuerzas.

Puso en ese grito todo lo que tenía dentro. Sus padres, diciéndole que se avergonzaban de él. Su madre, exhalando sus últimos estertores y su padre a su lado, aunque lo sentía como un extraño. Cuando este falleció dos años después, Wallace no derramó una sola lágrima. Se dijo que ya había llorado bastante por los dos.

Luego estaba Naomi. La había querido. La había querido de verdad. No había sido suficiente, y ella no se merecía a la persona en la que él se había convertido. Recordó los últimos buenos momentos que habían pasado juntos, cuando él casi había logrado convencerse de que conseguirían sacar adelante su relación. Había sido un error pensar eso. La sentencia de muerte ya estaba dictada, y ellos simplemente habían hecho caso omiso de ello durante el mayor tiempo posible, con la esperanza de que no supusiera el fin. Viajaron a

la costa, los dos solos, para alejarse de todo durante un par de días. Durante el trayecto en coche iban tomados de la mano, y las cosas casi volvieron a ser como antes. Se rieron. Corearon las canciones que sonaban por la radio. Como habían alquilado un descapotable, el viento les alborotaba el cabello y el sol los bañaba en su resplandor. No hablaron del trabajo, de hijos, de dinero o de discusiones pasadas. En el fondo él sabía que aquella era su última oportunidad.

No había sido suficiente.

Habían aguantado un solo día antes de reñir de nuevo. Las heridas que él creía que habían cicatrizado hacía tiempo se reabrieron y volvieron a sangrar.

Se pasaron el trayecto de vuelta en silencio, Naomi con los brazos cruzados, Wallace fingiendo no ver la lágrima que le resbalaba a ella por la mejilla desde debajo de las gafas de sol.

Una semana después, ella le presentó los papeles de divorcio. Él no le puso trabas. Así todo resultaría más sencillo. Ella estaría mejor. Era lo que los dos querían.

Él se ahogaba, sin percatarse de que se había hundido bajo la superficie.

Así que, ahí en la terraza, gritó tan fuerte como pudo. Las lágrimas le ardían en los ojos, y casi logró convencerse de que eran fruto del cansancio. De su boca salían despedidos salivazos. Le dolía la garganta.

Cuando no fue capaz de seguir gritando, ocultó el rostro entre sus manos, con los hombros convulsos.

—Así es la vida, Wallace —dijo Hugo—. Incluso cuando te mueres, la vida sigue. Existes. Eres real. Eres fuerte y valiente, y me alegra mucho haberte conocido. Y ahora, dime qué sucedió con Alan. Cuéntamelo todo. Sin escatimar detalles.

Wallace se lo contó todo.

El tercer estadio del duelo era la negociación, y también se produjo la primera noche.

Pero no fue Wallace quien negoció.

Fue Hugo.

Negoció a gritos, exigiéndole al Gerente que diera la cara para explicarle qué narices había querido decir. Mei lo miraba,

enmudecida. No había dicho esta boca es mía desde que Hugo les había revelado la verdad a Nelson y a ella. El viejo aún estaba boquiabierto, con las manos entrelazadas con fuerza en torno a su bastón.

—Te estoy invocando —espetó Hugo mientras deambulaba por la estancia principal del salón de té, con la mirada clavada en el techo—. Necesito hablar contigo. Sé que estás ahí. Siempre estás ahí. Me lo debes. Nunca te pido nada, pero te pido que estés aquí ahora. Te escucharé. Te juro que te escucharé.

Apolo lo seguía en sus incesantes idas y venidas, con las orejas alerta, oyendo el tono cada vez más airado de su dueño.

Wallace intentaba contener a Hugo diciéndole que no pasaba nada, que todo estaba bien, que él siempre había sabido que las cosas terminarían así.

—Esto no podía durar para siempre —dijo—. Lo sabes. Tú mismo me lo advertiste. Es solo una parada, Hugo. Un alto en el camino.

Pero Hugo no le prestaba atención.

—¡Gerente! —gritaba—. ¡Da la cara!

El Gerente no se presentó.

Cuando faltaba poco para que el reloj marcara la medianoche, Mei convenció a Hugo de que necesitaba dormir. Él protestó amargamente, pero al final dio el brazo a torcer.

—Ya lo resolveremos mañana —le aseguró a Wallace—. Algo se me ocurrirá. No sé qué, pero encontraré la solución. No irás a ninguna parte si no quieres.

Wallace asintió.

—Acuéstate. Tienes que madrugar.

Hugo sacudió la cabeza. Refunfuñando entre dientes, subió la escalera, con *Apolo* a la zaga.

Mei aguardó a que la puerta se cerrara de golpe en el piso de arriba antes de volverse hacia Wallace.

—Hará lo que pueda —dijo por lo bajo.

—Lo sé —dijo Wallace—, pero no sé si debería.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué?

Suspirando, él desvió la vista.

—Tiene una misión que cumplir. Nada es más importante que eso. No puede echarlo todo por la borda solo por mí.

—No está tirando nada por la borda —repuso ella con brusquedad—. Está luchando por ofrecerte el tiempo que necesitas, para que decidas por ti mismo cuando estés preparado. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Acaso importa?

—¿A qué leches viene esa pregunta?

—Estoy muerto —dijo él—. De eso no hay marcha atrás. Un río solo fluye en una dirección.

—Pero...

—Es lo que hay. Me lo habéis enseñado todos. Al principio no os escuchaba, pero he aprendido la lección. Y eso me ha convertido en mejor persona. ¿No es de eso de lo que se trata?

Ella se sorbió la nariz.

—Oh, Wallace. Ahora se trata de mucho más que eso.

—Tal vez —dijo él—. A lo mejor si las cosas fueran distintas, podríamos... —No fue capaz de terminar la frase—. Aún queda tiempo. Lo mejor que puedo hacer es aprovecharlo al máximo.

Al poco rato, Mei se fue a dormir.

El repetido tictac del reloj señalaba el paso inacabable de los segundos, los minutos y las horas.

—Me gusta que estés aquí —dijo Nelson.

Wallace irguió la cabeza de golpe.

—¿Qué?

Nelson esbozó una sonrisa triste.

—Cuando llegaste, creía que no eras más que un visitante más. Que te quedarías unos pocos días y luego verías la luz. —Soltó una risita—. Perdón por la expresión. Es un topicazo, ya lo sé. Creía que Hugo haría eso que sabe hacer y que tú proseguirías tu camino sin dramas ni aspavientos, aunque tú lo negabas en redondo. Que serías como todos los que habían pasado antes por aquí.

—Lo soy.

—Quizá —admitió Nelson—, pero eso no le quita mérito a lo que has hecho durante tu estancia aquí, al esfuerzo que has realizado para convertirte en una persona mejor. —Se acercó al otro arrastrando los pies y apoyó el bastón en la mesa en la que este estaba reclinado. Wallace no se inmutó cuando el anciano le tomó la cara entre las manos. Las tenía calentitas—. Siéntete orgulloso de lo que has logrado, Wallace. Te has ganado ese derecho.

—Tengo miedo —susurró Wallace—. No es mi intención, pero no puedo evitarlo.

—Lo sé —dijo Nelson—. Yo también. Pero mientras estemos juntos, podemos ayudarnos el uno al otro hasta el final. Nuestra fuerza será la tuya. No te llevaremos a hombros porque no te hace falta, pero estaremos a tu lado. —Hizo una breve pausa—. ¿Puedo preguntarte algo?

Wallace asintió mientras Nelson bajaba las manos.

—Supongamos que las cosas son de otra manera y tú aún estás... aquí. No sé cómo. Digamos que emprendes un viaje por tu cuenta y tus pasos te traen a nuestra pequeña aldea. Vienes a parar a esta tetería, y Hugo es el mismo que ahora, y tú también. ¿Qué harías?

A Wallace se le escapó una carcajada llorosa.

—Seguramente la liaría parda.

—Claro que sí. Pero eso es lo bonito del asunto, ¿no crees? La vida es un lío, terrible y maravillosa a la vez. ¿Qué harías si tuvieras delante a Hugo y nada te lo impidiera, ni la vida ni la muerte ni ninguna otra cosa? ¿Qué harías?

Wallace cerró los ojos.

—Todo.

La depresión sobrevino la segunda mañana, aunque duró poco. Wallace se dejó invadir por la tristeza que se removía en su interior, pues recordaba que Hugo le había dicho que la pena no era solo para los vivos. Contempló la salida del sol desde la terraza trasera. Oía a Hugo y Mei trastear en la cocina. Hugo había querido cerrar el salón de té ese día, pero Wallace le había insistido en que siguiera con su rutina normal. Tenía a Mei de su parte, así que al final Hugo cedió, aunque de mala gana.

El sol que se colaba entre los árboles derritió la fina capa de escarcha que cubría el suelo. Wallace se agarró de la barandilla mientras la luz se alargaba hacia él. Los rayos le tocaron primero las manos. Luego, las muñecas, los brazos y, por último, la cara. Su calor le infundió tranquilidad. Esperaba que en el lugar adonde fuese siguieran existiendo el sol, la luna y las estrellas. Se había pasado gran parte de la vida con la cabeza inclinada hacia abajo. Le parecía justo que la eternidad le permitiera alzar el rostro hacia el cielo.

La tristeza disminuyó, pero no desapareció del todo. Continuaba burbujeando bajo la superficie, pero él había pasado a flotar sobre ella. Sabía que se trataba de una pena distinta, pero que no por eso dejaba de ser suya.

La aceptaba.

«¿Cómo aprovecharás el tiempo que te queda?»

Y entonces lo supo.

—¿Se te ha ido la olla? —le soltó Mei. Estaba en la cocina, fulminando a Wallace con la mirada como si fuera el ser más idiota que hubiera visto en la vida. Hugo estaba en la concurrida sala, ocupándose de la caja registradora.

Wallace se encogió de hombros.

—Seguramente. Pero, aun así, creo que es lo correcto.

Ella lanzó los brazos al aire.

—Nada que tenga que ver con Desdémona Tripplethorne es correcto. Es un espanto de persona y, cuando por fin estire la pata, me encargaré de...

—¿Ayudarla como a todos los demás si te la asignan a ti?

Mei se desinfló.

—Claro que la ayudaré. Pero te aseguro que no voy a dar saltos de alegría por ello. Y no puedes obligarme a darlos.

—Ni se me pasaría por la cabeza. Sé que la tienes atravesada, Mei, y por una muy buena razón. Pero tú dijiste que Nancy confía en ella, por el motivo que sea. Si se lo dijerais Hugo o tú, tal vez no os haría caso. Con Desdémona por lo menos tendríamos una oportunidad. Y si mi plan da resultado, no estará mucho tiempo aquí. —Sacudió la cabeza—. Pero no pienso hacerlo si no me das tu visto bueno.

—¿Por qué?

Al final iba a obligarlo a decirlo.

—Porque eres importante.

Ella dio un respingo, y una sonrisa se le dibujó poco a poco en la cara.

—¿Soy importante?

—Vete por ahí —gruñó él.

Aunque ella se volvió en otra dirección, Wallace advirtió que

estaba contenta.

—A Hugo no le va a hacer ninguna gracia.

—Lo sé. Pero el objetivo de todo esto es ayudar al mayor número de personas posible, ¿no? Y Nancy necesita ayuda, Mei. Está en un callejón sin salida, y eso la está matando. Tal vez mi idea no funcione ni ayude a mejorar nada. Pero ¿y si funciona? ¿No crees que merece que lo intentemos al menos?

Mei se enjugó los ojos.

—Creo que me caías mejor cuando eras un capullo.

Él se rio.

—Tú también me caes bien, Mei.

Cuando ella arremetió contra él, la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

—No —dijo Hugo.

—Pero...

—No.

—Ya te lo dije —farfulló Mei, empujando las puertas dobles para salir—. Yo me encargo de la caja.

—Ella lo necesita, Hugo —dijo Wallace mientras las puertas se cerraban—. Necesita algo, cualquier cosa que le demuestre que no todo está perdido, aunque lo parezca.

—Es muy vulnerable —dijo Hugo—. Frágil. Si la cosa saliera mal, no quiero ni imaginar cómo le afectaría.

—Hay que intentarlo. Se lo debemos —dijo Wallace. Alzó la mano para atajar la réplica de Hugo—. No solo tú, Hugo. Todos nosotros. Lo que les sucedió a Lea y a ella no fue culpa tuya. Sé que crees que lo fue y que deberías haber hecho más, pero los actos del otro segador son responsabilidad suya, no tuya. Aun así, el peso de la pena es muy grande. Lo sabes mejor que nadie. Y te aplastará si no haces nada por evitarlo. La está aplastando a ella. Si yo estuviera en su lugar, esperaría que alguien hiciera lo mismo por mí, ¿tú no?

—Tal vez ni siquiera se preste a ello —murmuró Hugo, negándose a mirarlo a la cara. Tenía el ceño fruncido, las cejas juntas y la espalda encorvada—. La primera vez no pasó nada.

—Lo sé —dijo Wallace—, pero esta vez será distinto. Conociste a Lea, al menos durante una breve temporada. Hablabas con ella. Te

preocupabas por ella.

Creyó que Hugo seguiría negándose a pesar de todo.

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo en cambio.

La tercera tarde, Hugo colgó en la ventana el cartel de CERRADO POR EVENTO PRIVADO.

—¿Estás seguro de esto? —susurró Nelson, siguiendo con la mirada a su nieto, que iba y venía por la tetería, dejándolo todo listo para los invitados.

—Tan seguro como puedo estarlo —respondió Wallace, también en susurros.

—Un asunto delicado requiere de manos delicadas.

—¿No nos ves capaces de hacerlo?

—No estoy diciendo eso. A veces eres algo bruto y a veces astuto, pero has aprendido a comportarte con un poco de gentileza, Wallace. Con gentileza y amabilidad.

—Gracias a vosotros —dijo Wallace—. A Mei, a Hugo y a ti.

Nelson desplegó una gran sonrisa.

—¿Tú crees?

Sí, lo creía.

—Ojalá...

Pero el deseo de Wallace, fuera cual fuese, quedó sin expresar, pues unas luces inundaron las ventanas.

—Ya están aquí —dijo Mei, mientras Hugo se dirigía de nuevo a la cocina—. ¿Estás convencido de esto?

—Que me caiga muerto ahora mismo si no lo estoy —dijo Wallace, y Nelson se rio entre dientes a su lado.

Se oyó el ruido de unas puertas de coche que se abrían y cerraban, seguido de la sonora voz de Desdémona, aunque él no alcanzó a distinguir las palabras. Sabía con quién estaba hablando. Si habían seguido las instrucciones de Hugo, habían llegado en coches separados. Era ahora o nunca.

Rechoncho abrió la puerta. Desdémona entró la primera, con la frente en alto y un atuendo tan ridículo como el de la otra ocasión. Llevaba un vertiginoso sombrero negro adornado con encajes, y la ensortijada cabellera rojiza recogida hacia atrás en una gruesa trenza que le colgaba sobre el hombro. Iba embutida en un vestido de rayas

negras y blancas que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Sus piernas estaban enfundadas en medias rojas, y sus botas tenían pinta de que acabasen de sacarles brillo.

—Sí —jadeó mientras entraba en el salón de té pavoneándose y quitándose los guantes—. Lo percibo. Igual que la última vez. Los espíritus están activos. —Volvió la cabeza despacio para recorrer la sala con la vista, que pasó de largo a Nelson y Wallace—. Creo que hoy haremos progresos. Mei, qué alegría ver que sigues... viva.

Mei le lanzó una mirada asesina.

—El saqueo de tumbas está prohibido.

Desdémona pestañeó.

—Perdona, ¿cómo dices?

—No sé qué sepulcro habrás profanado para conseguir ese vestido, pero...

Nancy apareció en el vano de la puerta. Rechoncho y Delgado la seguían, apiñados, con cara de que prefiriesen estar en cualquier otro lado. Nancy sujetaba la correa de su bolso con fuerza. Tenía una expresión crispada y la respiración, superficial y acelerada. Parecía agotada, pero llena de una determinación que Wallace no había visto antes en ella. Se adentró en la tetería con paso lento, mordiéndose el labio como si estuviera nerviosa.

Hugo salió por las puertas cargado con una bandeja de té.

—Hugo —dijo Desdémona, dándole un repaso de arriba abajo—. Me sorprendió recibir tu invitación, sobre todo después de que me devolvieras la güija por correo sin incluir siquiera una nota. Ya era hora de que aprendieras a apreciar mi trabajo. En este mundo hay más cosas de las que vemos. Me parece alentador que por fin empieces a comprenderlo.

—Desdémona —la saludó Hugo a su vez, depositando la bandeja sobre una mesa—. Me fío de tu palabra. —Se volvió hacia Nancy—. Gracias por venir. Sé que es un poco más tarde de lo habitual para ti, pero solo pretendo ayudar.

Nancy echó una ojeada a la bandeja antes de mirar de nuevo a Hugo.

—Eso dices —respondió con voz áspera y rasposa, como si hubiera perdido la costumbre de hablar. Wallace se estremeció al oírla —. Desdémona dice que nos has invitado a venir.

—En efecto —dijo Hugo—. No puedo prometer resultados y,

aunque no los haya, quiero que sepas que siempre serás bienvenida.

Por toda respuesta, ella asintió con un movimiento tenso.

Rechoncho y Delgado se pusieron manos a la obra con los preparativos. Delgado sacó una cámara de un modelo más nuevo que la anterior, que se había roto. La instaló sobre el trípode y la enfocó hacia el lugar donde se sentaría Desdémona. Rechoncho, provisto del mismo chirimbolo que la otra vez, lo encendió. Este emitió un chillido casi de inmediato, entre intensos destellos de sus indicadores. Se quedó mirándolo con el ceño fruncido y se golpeó la palma con él antes de sacudir la cabeza.

—Ni siquiera sé por qué uso este estúpido trasto —masculló antes de agitarlo por toda la sala.

Delgado sacó la güija de su bolsa y la dispuso sobre la mesa con un puntero nuevo. El anterior había acabado en la chimenea, donde había quedado reducido a ceniza y humo, gracias a Wallace. Dejó junto al tablero la pluma de ave y unas hojas de papel sueltas.

Desdémona le acercó una silla a Nancy.

—Siéntate aquí, cariño. Así aparecerás en plano sin taparme.

—Ay, madre —murmuró Nelson mientras Mei soltaba una risita burlona.

Nancy obedeció, con el bolso bien agarrado sobre el regazo. Sin mirar a ninguno de los presentes, rechazó con cortesía el té que Hugo le ofrecía, al tiempo que Desdémona tomaba asiento a su lado.

La médium le sonrió.

—Sé que no logramos establecer contacto del todo la última vez que estuvimos las dos aquí. Pero eso no significa que esta vez tenga que ocurrir lo mismo. Cuando vinimos hace un par de semanas, los espíritus estaban... activos. No creo que ninguno de ellos fuera el de Lea, pero tú no estabas con nosotros. Tu presencia aquí nos ayudará a concentrarnos. Tengo la sensación de que hoy obtendrás las respuestas que buscas. —Alargó el brazo para tocarle el codo a Nancy—. Si en algún momento quieres hacer una pausa o poner fin a la sesión, no tienes más que decirlo.

Nancy hizo un gesto afirmativo. Bajó los ojos hacia la güija.

—¿Crees que esta vez conseguiremos algo?

—Eso espero —dijo Desdémona—, ya sea mediante el tablero o bien a través de la escritura automática. Pero si no lo conseguimos, volveremos a intentarlo. Te acuerdas de lo que tienes que hacer,

¿verdad? Dirígeme tus preguntas a mí y procura que, en la medida de lo posible, puedan responderse con un sí o un no. Preguntaré todo lo que tú quieras y, si todo sale bien, la energía espiritual fluirá a través de mí. Sé paciente, sobre todo si otro espíritu intenta tomar la palabra primero.

—De acuerdo —susurró Nancy y se sorbió la nariz.

Desdémona se volvió hacia Delgado.

—¿Todo listo?

—Tan listo como puede estarlo —farfulló Delgado mientras pulsaba un botón en la cámara. Se oyó un pitido, y una luz roja comenzó a parpadear. El hombre extrajo un bloc y un bolígrafo de su bolsa. Miró en derredor, nervioso, como recordando la última vez que habían estado ahí y el caos que se había desatado.

—Como ya hemos comentado —le dijo Desdémona a Nancy—, no transmitiremos la sesión en vivo, a petición tuya. Publicaremos el vídeo más tarde, no sin que antes tú des el visto bueno a la versión editada. Omitiremos cualquier imagen que no quieras que mostremos.

Nancy apretó más el bolso entre sus manos.

—¿Alguna pregunta antes de comenzar? No te cortes. Puedes preguntarme todo lo que quieras. No empezaré hasta que estés lista.

Nancy negó con la cabeza.

Desdémona sacudió los hombros, inspirando por la nariz y espirando por la boca. Después de hacerse crujir los nudillos, posó las manos sobre el puntero, en medio del tablero.

—¡Espíritus! ¡Os ordeno que habléis conmigo! Sé que estáis aquí. Este puntero nos permitirá comunicarnos. ¿Lo habéis entendido? No hay nada que temer. No hemos venido a haceros daño. Si preferís la pluma, dadme una señal.

El puntero no se movió. Tampoco la pluma.

—No pasa nada —le dijo la médium a Nancy—. Lleva un poco de tiempo. —Volvió a alzar la voz—. Estoy aquí con Nancy Donovan. Cree que el espíritu de su hija, Lea Donovan, mora en este lugar por razones que no tengo muy claras, pero da igual. Si Lea Donovan anda por aquí, necesitamos comunicarnos con ella. Si hay otros espíritus presentes, os pedimos que os hagáis a un lado y le concedáis un momento a Lea para que diga lo que tiene que decir.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Nelson en voz baja.

—Sí —respondió Wallace—. Hay que esperar.

Durante la hora siguiente, Desdémona probó con toda clase de preguntas, algunas amables y persuasivas, otras más contundentes y agresivas. Nada cambió. El puntero seguía inmóvil.

Desdémona estaba cada vez más frustrada, Delgado disimuló un bostezo con el dorso de la mano mientras Rechoncho se paseaba por la sala con el detector de espíritus, que permanecía en silencio.

Al cabo de un rato, Desdémona se reclinó en la silla con un suspiro.

—Lo siento —murmuró, contemplando la güija, malhumorada—. De verdad creía que pasaría algo. —Esbozó una sonrisa forzada—. Esto no siempre da resultado. Los espíritus pueden ser seres veleidosos. Solo hacen lo que quieren cuando les da la gana.

Nancy asintió, pero Wallace se percató de lo decepcionada que estaba. El dolor que irradiaba le partía el alma. Le rogó en silencio que aguantara solo un poco más.

Nancy se quedó inmóvil mientras Delgado y Rechoncho guardaban la güija y la cámara. Desdémona tomó a Nancy de las manos y le dijo por lo bajo que no podía rendirse, que volverían a intentarlo en cuanto fuera posible.

—Hay que darle tiempo al tiempo —musitó—. Encontraremos la manera.

Nancy movió la cabeza afirmativamente con el rostro laxo e inexpresivo.

Mientras los demás se encaminaban hacia la puerta, ella se levantó de la silla, sujetando el bolso contra su pecho como si fuera un escudo. Delgado y Rechoncho se marcharon sin mirar atrás. Desdémona se detuvo un momento en el vano, mirando a Hugo.

—Sabes que hay algo aquí.

Hugo no contestó.

—Vamos, cielo —le dijo Desdémona a Nancy—. Puedes seguirnos hasta el pueblo en el coche, para que nos aseguremos de que llegas a salvo.

Mei ladeó la cabeza como desconcertada, desplazando la vista entre las dos mujeres.

Hugo se aclaró la garganta.

—Quisiera hablar un momento en privado con Nancy, si ella me lo permite.

Desdémona entrecerró los ojos.

—Todo lo que tengas que decirle puedes decírselo en mi presencia.

—Si es lo que ella quiere, de acuerdo —dijo Hugo—. Si prefiere que hablemos a solas, pero luego decide compartir lo que yo le diga, por mí bien, también.

—¿Nancy? —preguntó Desdémona.

La aludida escudriñó el rostro de Hugo antes de asentir.

—No... no te preocupes. Marchaos. No me entretendré mucho.

Desdémona, vacilante, parecía a punto de protestar. En vez de eso, suspiró.

—Está bien. Si estás segura...

—Lo estoy —afirmó Nancy.

Desdémona le dio un apretón en el hombro antes de salir de la tetería.

Se impuso el silencio y todos se quedaron esperando hasta que el coche arrancó con un rugido del motor. El rumor se perdió a lo lejos, mientras el tictac del reloj seguía sonando.

—¿Y bien? —preguntó Nancy con voz trémula—. ¿Qué querías?

Hugo respiró hondo y exhaló despacio.

—Tu hija no está aquí.

Nancy reculó como si le hubiera propinado una bofetada. Los ojos se le arrasaron en lágrimas de rabia.

—¿Qué?

—No está aquí —repitió Hugo con suavidad—. Se ha ido a un lugar mejor, donde ya nada puede hacerle daño.

—Cómo te atreves —susurró Nancy—. Pero ¿cómo puedes ser tan cruel? —Retrocedió un paso hacia la puerta—. Creía que ibas a... —Sacudió la cabeza, furiosa—. No pienso quedarme aquí y dejar que me trates así. —Un sollozo le agitó el pecho—. Ni hablar. —Tras dirigirle una última mirada de indignación, se volvió hacia la puerta.

Cuando llevó la mano al pomo, Wallace supo que era ahora o nunca. Alan —el temeroso y desventurado Alan— le había mostrado el camino. Las llamas consumían a Nancy, alimentadas por su pena. Debido a su peculiar naturaleza —tal vez similar a la de Mei, tal vez no—, cuando Alan había aullado su nombre, ella lo había oído.

Y esa fue la razón por la que Wallace gritó:

—¡Nancy!

Se quedó paralizada, con la espalda rígida y los hombros

encogidos junto a las orejas.

—¡Nancy!

Ella se dio la vuelta lentamente, con lágrimas derramadas en las mejillas.

—¿Habéis... habéis oído eso?

—Sí —dijo Hugo, alzando las manos como para apaciguar a un animal asustado—. Te aseguro que no tienes nada que temer.

Ella soltó una carcajada llorosa y áspera.

—No eres quién para decirme qué tengo que...

Se le escapó un grito ahogado cuando Wallace agarró una silla y la levantó del suelo. Se puso muy pálida y se llevó la mano al cuello. Wallace no se le acercó con la silla, pues no quería asustarla más de lo que ya estaba.

En vez de ello, la llevó por detrás del mostrador hacia la pizarra.

—Cuidado, Wallace —le advirtió Nelson—. No te pases. No está preparada.

—Lo sé —dijo Wallace con los dientes apretados y apartando a codazos a *Apolo*, que no paraba de brincar en torno a él, tratando de averiguar qué pretendía hacer con esa silla. Al parecer quería ayudar, pues le pegó un mordisco a una pata antes de distraerse con su propia cola.

Wallace la dejó en el suelo antes de mirar hacia atrás. Nancy estaba inmóvil, con la boca abierta de par en par ante la visión de una silla que flotaba en el aire. Con un gruñido, él se encaramó sobre el asiento.

—Pido disculpas por esto —masculló antes de pasar la mano por la pizarra. Todo lo que estaba escrito en ella (las especialidades del día, los precios, la cita sobre el té y la familia) quedó reducido a un borrón blanco.

—Madre del amor hermoso —susurró Nancy—. ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

Wallace cogió una tiza que estaba en la repisa de la pizarra. Escribió una palabra:

GORRIÓN.

Nancy emitió un sollozo sofocado antes de acercarse corriendo.

—¿Lea? Ay, Dios santo. ¿Lea?

Debajo de GORRIÓN, Wallace escribió: NO, NO SOY TU HIJA. NO ESTÁ AQUÍ. OJALÁ ESTUVIERA. SE HA IDO A UN LUGAR MEJOR.

—¿Es una broma? —inquirió Nancy con la voz pastosa y los ojos húmedos—. ¿Cómo diablos sabes lo del gorrión? Se... se posaba fuera de su habitación en el hospital. Siempre... ¿Quién eres?

Wallace borró las palabras antes de escribir de nuevo entre chirridos de la tiza contra la pizarra.

ESTOY MUERTO. HUGO CUIDA DE MÍ.

—Entonces, ¿qué haces hablando conmigo? —preguntó Nancy, enjugándose la cara con rabia—. No era contigo con quien quería contactar.

LO SÉ. PERO ESPERO QUE, AL LEERME, ENTIENDAS QUE EXISTE ALGO MÁS ALLÁ DE LO QUE CONOCES.

—¡¿Por qué habría de creerte?! —exclamó Nancy—. Basta. Deja de jugar conmigo. Me haces daño. ¿Es que no lo ves? Me haces mucho daño. —Se le entrecortó la voz.

EL ÁRBOL GENEROSO.

—¿Qué?

—Hugo —musitó Wallace—. No... no puedo. Es demasiado. Te cedo el testigo. —La tiza resbaló entre sus dedos y se hizo pedazos en el suelo. Estuvo a punto de caerse de la silla, pero Nelson, que estaba a su lado, lo aferró por las piernas para evitar que se desplomara. Se sentó con brusquedad, pues sentía que le fallaban las fuerzas.

—No —gimió Nancy, dando un paso titubeante hacia atrás—. No, no, vuelve. ¡Vuelve!

—Nancy —dijo el barquero.

Nancy se volvió, blanca como un cadáver.

—Era su libro favorito —dijo Hugo con voz suave, y Wallace enderezó la espalda en la silla, mientras Nelson le sujetaba la mano con firmeza. *Apolo*, sentado junto a ellos, movía el rabo de un lado para otro. Mei estaba pálida, con la mano en la garganta—. Le encantaban las voces que ponías cuando se lo leías. Incluso cuando ya había aprendido a leer, te pedía a ti que se lo leyeras. Había algo en tu voz, algo cálido y hermoso que ella quería oír a todas horas.

—Es imposible que sepas eso —dijo ella, enronquecida—. Era algo entre ella y yo. Algo nuestro. —Sonaba como si se ahogara.

—Ella me lo contó —dijo Hugo—. Estaba muy contenta. Me habló de las manzanas que recolectabais en otoño y de cómo te reías cuando comía más de las que recogía.

Nancy se tapó la boca con la mano.

Hugo se le acercó con paso lento y pausado.

—Por otro lado, también estaba triste, porque te echaba de menos. —Se le quebró la voz, pero se esforzó por continuar—. Su cuerpo estaba cansado. Había luchado con todo su empeño, pero se vio superada. Era valiente gracias a ti. Era valiente por ti. Tú le enseñaste lo que era la alegría, el amor y el fuego. La llevabas al zoo porque ella quería ver osos polares. La llevabas al museo porque quería tocar huesos de dinosaurio. Bailabais en el salón de casa. Poníais la música a todo volumen y os poníais a bailar. En cierta ocasión, tiró un jarrón sin querer. Le dijiste que no tenía importancia y que no se sintiera mal por algo que podía reponerse.

Nancy se deshizo en sollozos. El monstruo de la pena le reptaba por el pecho, intentando arrastrarla a las profundidades.

—Resiste —susurró Wallace—. Por favor, no te dejes vencer.

—Ella te quería —prosiguió Hugo—. Y te sigue queriendo. Venga lo que venga después, eso nunca cambiará. Algún día volverás a verla. No habrá más dolor. No habrá más sufrimiento. Conoceréis la paz porque estaréis juntas. Pero hoy no es ese día.

—¿Por qué? —dijo Nancy en un tono de desesperación tal, que Wallace agachó la cabeza—. ¿Por qué no puedo estar con ella? ¿Por qué tiene que doler tanto? ¿Por qué no puedo respirar?

Hugo se detuvo delante de ella. Dudó unos instantes antes de tocarle brevemente la mano. Nancy no la retiró.

—No se ha ido. No del todo. Solo... ha proseguido su viaje.

—¿Quién eres? —susurró ella.

—Alguien a quien le importas —respondió Hugo—. Te... te mentí. Antes. La primera vez que viniste. No era mi intención herirte ni hacer que te sintieras peor. Yo ayudo a las personas como ella. Las ayudo a cruzar. Y eso... —Tragó con dificultad—. Y eso es lo que hice... lo que hicimos. Le indicamos el camino por donde debía continuar. Las vidas no se acaban. Siguen adelante. —Tras una pausa, añadió—: ¿Recuerdas qué fue lo último que le dijiste?

Nancy se dobló sobre sí misma, abatida.

—Sí.

—Le dijiste: «Vete. Vete a donde tengas que irte. Al centro de la Tierra. A las estrellas. A la...».

—A la luna, para comprobar si está hecha de queso —musitó ella.

Hugo sonrió.

—La enfermedad ha desaparecido.

Nancy echó un vistazo a la pizarra, a las palabras emborronadas, antes de mirar de nuevo a Hugo.

—¿Esto lo has hecho tú?

Él sacudió la cabeza.

—No he sido yo, sino alguien muy importante para mí. Y cada una de las palabras escritas es verdad.

Ella lo observó durante largo rato.

—«Aquí estaré. Cuando estés lista, aquí me encontrarás.» Es lo que me dices siempre.

Él asintió.

—¿Por qué? —inquirió ella, temblando—. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque no sé ser de otra manera.

Por un momento, Wallace temió que todo aquello fuera demasiado para ella, que la hubieran llevado al límite. Le sorprendió ver que Nancy erguía la espalda.

—Me apetecería tomar una taza de té, si es posible —le dijo a Hugo.

—De acuerdo —dijo Hugo—. Siempre he pensado que el té es un buen punto de partida. Y, cuando estés preparada, si algún día lo estás, ya sabes dónde encontrarme. —Inclinó la cabeza en dirección a la mesa sobre la que descansaba la bandeja de té—. ¿Leche o azúcar?

—No, solo está bien.

Wallace contempló a Hugo mientras servía té en dos tazas, una para ella, otra para él. Le pasó una a Nancy antes de coger la suya. Observó como ella se acercaba la taza al rostro y aspiraba profundamente. Empezaron a temblarle las manos, pero no se derramó ni una gota.

—¿Es...?

—Pan de jengibre —dijo Hugo—. El favorito de Lea.

Otra lágrima rodó por la mejilla de Nancy. Bebió con avidez, y el líquido le acariciaba la garganta con cada trago. Tomó otro sorbo antes de dejar la taza en la bandeja. Dio un paso para apartarse de Hugo.

—Y ahora, quisiera marcharme. Ya he visto bastante por un día.

Mei se abalanzó hacia ella, la tomó del brazo y la acompañó a la puerta. Nancy se detuvo antes de que Mei pudiera abrírsela. Volvió la

mirada hacia Hugo mientras recuperaba poco a poco el color de la cara.

—¿Qué eres?

—Soy Hugo —respondió él—. Llevo un salón de té.

—¿Y ya está?

—No —admitió él.

Nancy hizo ademán de añadir algo más, pero sacudió la cabeza cuando Mei le abrió la puerta. Bajó del porche a toda prisa, volviendo la vista atrás solo una vez. Unos momentos después, los faros de su coche iluminaron el interior del establecimiento mientras el vehículo daba marcha atrás despacio y giraba antes de alejarse.

Mei cerró la puerta, se dio la vuelta y se recostó contra ella. Se sorbió la nariz, enjugándose los ojos.

Hugo corrió hacia Wallace.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Extendió los brazos hacia él y pareció entristecerse cuando sus manos lo traspasaron. Wallace sintió lo mismo—. Has...

Wallace sonrió con languidez.

—No te preocupes. Lo que pasa es que... Estoy bien. De verdad. Me ha costado más energía de lo que esperaba. Pero lo has conseguido. Sabía que lo lograrías. ¿Crees que ha servido de algo?

Hugo lo miró boquiabierto.

—¿Que si creo que ha servido de algo?

—Eso... te he preguntado, sí.

Hugo sacudió la cabeza.

—Wallace, le hemos infundido esperanza. Ella... tiene ahora una posibilidad, tal vez. —A Wallace le asombró advertir que Hugo tenía los ojos llorosos—. Mei, necesito que...

—No —dijo Wallace antes de que Mei pudiera moverse—. Esto no va de mí. Este es tu momento, Hugo. El mérito es tuyo. —Se volvió hacia Mei—. ¿Me haces un favor?

—Sí —dijo ella—. Claro.

—Necesito que abraces a Hugo de mi parte. Porque yo no puedo, y es lo que más deseo en el mundo.

Al barquero se le desorbitaron los ojos de un modo muy cómico cuando Mei se arrojó sobre él, le ciñó la cintura con las piernas y le echó los brazos al cuello. Tardó un segundo en reaccionar, pero entonces abrió los brazos y la estrechó contra sí, hundiéndole la cara

en el cabello y notando la suya contra su cuello. *Apolo* daba gritos de emoción, danzando en torno a ellos con la lengua colgando.

—Lo hemos conseguido, jefe —susurró Mei—. Madre mía, lo hemos conseguido.

Con un orgullo profundo, Wallace observó a Nelson aproximarse a ellos y, como no podía tocarlos, se inclinó por la segunda mejor opción: hacerles compañía a su nieto y a Mei.

Wallace sonrió y cerró los ojos.

Capítulo 19

Aceptación.

Resultó más fácil de lo que Wallace esperaba.

Era distinta de la que había sentido antes de conocer al Gerente, de aquello a lo que se había resignado.

Tenía la mente despejada.

No creía que hubiera alcanzado la paz; todavía no. Aún estaba asustado. Como para no estarlo. Lo desconocido siempre generaba temor. Su vida, la poca que había tenido, siempre había seguido un orden muy estricto. Se levantaba. Se duchaba. Se vestía. Se tomaba dos tazas de un café imbebible. Se iba a trabajar. Se reunía con los socios. Se reunía con los clientes. Comparecía en el juzgado. Nunca había sido muy dado al teatro. «Solo me importan los hechos, señoría.» Se sentía cómodo frente a los jueces y frente a los abogados de la parte contraria. Casi siempre ganaba. A veces no. Había altibajos, reveses y victorias. Regresaba a casa cuando ya hacía rato que el día había tocado a su fin. Cenaba un plato precocinado sentado delante del televisor. Cuando estaba de humor para darse un capricho, se tomaba una copa de vino. Luego se iba al despacho que tenía en casa y trabajaba hasta la medianoche. Cuando terminaba, se duchaba de nuevo antes de meterse en la cama.

Y así, un día tras otro.

Esa era la vida que conocía, la vida con la que se sentía cómodo, la que se había labrado. Incluso después de que Naomi lo dejara y cuando parecía que todo se venía abajo, él había conseguido mantenerse a flote a base de pura fuerza de voluntad. Ella se lo perdía, se decía a sí mismo. La culpa era de ella.

Había aceptado su situación.

—Eres un varón blanco —le dijo su ayudante en la fiesta de Navidad de la oficina, con las mejillas coloradas de beber muchos cócteles Manhattan—. Caerás de pie, como siempre.

Él se había reído a carcajadas, lo que la había sorprendido.

También estaba un poco achispado. Seguramente ella no lo había visto reír jamás.

Ojalá pudiera verlo ahora.

Ahí, en El Cruce de Caronte, tres días antes del regreso previsto del Gerente, Wallace corría por el jardín trasero mientras la noche cedía el paso al alba, mientras *Apolo* lo perseguía en una especie de pilla-pilla, ladrando animadamente. Por un momento, le preocupó que las plantas de té sufrieran algún daño, pero entonces recordó que tanto el perro como él estaban muertos. A las plantas no les pasaría nada mientras él no quisiera.

—Te pillé —dijo, apretando los dedos entre las orejas de *Apolo* antes de arrancar a correr de nuevo.

Se rio cuando el chucho le saltó encima y lo derribó golpeándole la espalda con las patas delanteras. Se dio un costalazo en el suelo, pero logró rodar a tiempo para recibir varios lametones espectaculares en la cara.

—¡Puaj! —exclamó—. Cómo te apesta el aliento.

A *Apolo* no pareció importarle.

Wallace dejó que la escena se alargara unos momentos más antes de apartar al can de un empujón. Este se agazapó sobre las patas delanteras, torciendo las orejas, listo para jugar de nuevo.

—¿Alguna vez tuviste un perro? —le preguntó Nelson desde su atalaya en la terraza trasera.

Wallace negó con la cabeza mientras se levantaba.

—Estaba demasiado ocupado. Me parecía un poco cruel conseguir uno para luego pasarme casi todo el día fuera. Y más aún viviendo en la ciudad.

—¿Y cuando eras más joven?

—Mi padre era alérgico. Teníamos un gato, pero era un cabronazo.

—Así suelen ser. Él es un buen chico. Cuando supimos que le había llegado la hora, me preocupé. No sabíamos qué les pasaba a los perros al morir. Cuando se van, se llevan consigo un pedazo de nuestra alma. Pensé... No sabía qué efecto tendría sobre Hugo. —Señaló las plantas de té con un movimiento de la cabeza—. Hacia el final, *Apolo* apenas podía andar. Hugo tuvo que tomar una decisión difícil: dejarlo como estaba, sufriendo, o hacerle el regalo definitivo. Fue una decisión más fácil para él de lo que yo imaginaba. El

veterinario vino y extendieron una manta en el jardín. Fue rápido. Hugo se despidió. *Apolo* sonrió como sonríen los perros, como si supiera lo que ocurría. Respiró una vez, y luego otra, y otra. Y entonces... ya no respiró más. Se le cerraron los ojos. El veterinario dijo que ya estaba. Pero no veía lo que veíamos nosotros.

—*Apolo* seguía aquí —dijo Wallace mientras el perro le empujaba la rodilla con la cabeza, animándolo a reanudar el juego.

—Así es —dijo Nelson—. Lleno de energía y vitalidad, como si todos los achaques y las trampas de la vida se hubieran desvanecido sin más. Hugo intentó llevarlo a la puerta, pero *Apolo* se negó. Es terco como él solo.

—Me recuerda a alguien que conozco.

Nelson se rio.

—Supongo, aunque podría decirse lo mismo de ti. —Se puso serio —. Al menos por como eras antes. Wallace, no tienes por qué...

—Lo sé —dijo Wallace—, pero ¿qué alternativa me queda?

Nelson se quedó callado un buen rato, y Wallace casi se convenció a sí mismo de que la conversación había concluido. Pero no era así. El viejo sonrió con tristeza.

—Nunca es suficiente, ¿verdad? El tiempo. Siempre creemos que tenemos tiempo de sobra, pero cuando de verdad cuenta, se nos queda muy corto.

Wallace se encogió de hombros mientras *Apolo* daba saltos alrededor de los arbustos de té.

—Entonces lo aprovechamos al máximo.

Nelson no respondió.

Se pasó el día en la cocina con Mei. Se había recuperado lo suficiente de la sesión con Nancy para poder sacar bandejas de pastelitos del horno y retirar las teteras del fuego. Si alguien hubiera echado un vistazo a través de los ojos de buey, habría visto utensilios de cocina flotando en el aire como si tal cosa.

—¿Por qué no simplemente calientas el agua en el microondas? —preguntó mientras vertía el agua en una tetera de cerámica.

—Madre mía —dijo Mei—. Procura que Hugo no te oiga decir eso nunca. No, ¿sabes una cosa? He cambiado de opinión. Díselo, pero espérate a que yo esté delante. Quiero ver la cara que pone.

—No le haría mucha gracia, ¿no?

—Que no le haría mucha gracia, dice. El té es una cosa seria,

Wallace. El agua para el té no se calienta en el condenado microondas. No me seas cutre, tío. —Recogió la bandeja que había preparado Wallace y salió de espaldas por las puertas—. Aun así, díselo. Quiero grabar su reacción. —Las puertas se cerraron tras ella.

Wallace se acercó a los ojos de buey y echó una ojeada a la zona de mesas. Estaba tan concurrida como siempre. Era la hora del almuerzo, y casi todas las mesas estaban ocupadas. Mei zigzagueó entre la gente como toda una experta antes de depositar la bandeja sobre una mesa. Él dirigió la vista hacia el rincón más apartado. La mesa de Nancy estaba vacía. Esto no le sorprendió. Creía que ella volvería, pero seguramente no antes de que él se marchara. No sabía si lo que habían hecho había sido suficiente. No era tan iluso para creer que había aplacado su dolor, pero esperaba que al menos contara con los cimientos para empezar a reconstruir su vida si quería.

Hugo se encontraba detrás de la caja registradora, sonriente, aunque era una sonrisa distante. Había estado muy callado esa mañana, como absorto en sus pensamientos. Wallace no quería presionarlo, así que lo dejó estar.

La puerta principal del establecimiento se abrió, y entró una pareja joven con el cabello alborotado por el viento y los ojos brillantes. Ya habían estado antes ahí, y el hombre había anunciado que era su segunda cita cuando en realidad era la tercera. Sostuvo la puerta para que pasara su amiga, que se rio cuando él ejecutó una ligera reverencia.

—Pase usted, reina mía —lo oyó decir Wallace, a pesar del barullo que reinaba en la sala.

—Qué raro eres —dijo ella con afecto.

—Solo te mereces lo mejor.

La mujer lo tomó de la mano y lo llevó hasta el mostrador. Él le plantó un beso en la mejilla mientras ella pedía por los dos.

Entonces Wallace supo qué debía hacer a continuación con el tiempo que le quedaba.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Hugo esa noche, cuando la tetería ya había cerrado.

Wallace les había pedido a Mei y Nelson un poco de privacidad. Los dos habían accedido, aunque el viejo había subido y bajado las

cejas en un gesto insinuante mientras Mei se lo llevaba a rastras a la cocina, con *Apolo* a la zaga.

—Tal vez, pero yo creo que sí. Si no te ves capaz, le pediré a Mei que...

Hugo sacudió la cabeza.

—No, lo haré. ¿Qué quieres que diga?

Wallace se lo explicó. Era algo breve y sencillo. Le parecía insuficiente, pero no sabía qué más añadir.

Si aún hubiera tenido un corazón, lo habría sentido latir en la garganta mientras Hugo ponía el teléfono en modo manos libres después de marcar el número que le había proporcionado. No sabía si contestaría alguien. A ella le aparecería un número desconocido en la pantalla, por lo que seguramente ignoraría la llamada, como hacía casi todo el mundo.

No fue así.

—¿Hola?

—Quisiera hablar con Naomi Byrne —dijo Hugo.

—Soy yo. ¿Con quién hablo, por favor? —Las últimas dos palabras sonaron más lejanas, y Wallace supo que se había apartado el teléfono de la cara para echar un vistazo al número con el ceño fruncido. Era como si Wallace la viera con toda claridad en los recovecos de su mente.

—Señorita Byrne, me llamo Hugo. No nos hemos visto nunca, pero soy un conocido de su marido.

Hubo un largo silencio.

—Exmarido —dijo ella al fin—. Si se refiere a Wallace.

—Al mismo.

—Pues lamento ser yo quien se lo diga, pero Wallace falleció hace un par de meses.

—Lo sé —dijo Hugo.

—¿Ah, sí? Como hablaba usted de él en tiempo presente, he dado por sentado que... No importa. ¿En qué puedo ayudarle, Hugo? Me temo que no dispongo de mucho tiempo. Tengo que asistir a una cena de negocios.

—No le robaré mucho tiempo —dijo Hugo, alzando la vista hacia Wallace, que asintió.

—¿Era usted cliente suyo? Si se trata de un tema legal, le aconsejo que llame al bufete. Seguro que estarán encantados de

ayudarle...

—No —dijo Hugo—. No fui cliente suyo. Supongo que podríamos decir que él es...

—«Era» —siseó Wallace—. «Era.»

Hugo puso cara de exasperación.

—Él era cliente mío, a su manera.

Se impuso un silencio aún más largo.

—¿Es usted su psicólogo? No reconozco el prefijo. ¿Desde dónde llama? —Acto seguido, agregó—: ¿Y por qué llama?

—No —dijo Hugo—. No soy psicólogo. Tengo un salón de té.

Naomi se rio.

—Un salón de té. Y dice que Wallace era cliente suyo. Wallace Price, nada menos.

—En efecto.

—No recuerdo haberlo visto tomarse un té en la vida. Perdone mi escepticismo, pero no era precisamente el tipo de persona a la que le gusta el té.

—Lo sé —dijo Hugo mientras Wallace soltaba un quejido—, pero te sorprenderá saber que le pilló el gusto de todos modos.

—¿En serio? Qué... raro. ¿Por qué habría de...? Da igual. ¿Qué es lo que quieres, Hugo?

—Era cliente mío, pero también un amigo. Lamento tu pérdida. Sé que debió de ser duro.

—Gracias —dijo Naomi con rigidez, y Wallace supo que estaba devanándose los sesos para intentar descubrir qué se traía Hugo entre manos—. Si de verdad lo conocías, sin duda sabrás que nos divorciamos.

—Sí, lo sé —dijo Hugo.

Ella empezaba a perder la paciencia.

—¿Va a alguna parte esta conversación, o hemos terminado? Oye, te agradezco la llamada, pero...

—Él te quería. Mucho. Y sé que las cosas se pusieron difíciles y que os fuisteis cada uno por vuestro lado por una buena razón, pero no se arrepintió de uno solo de los momentos que pasasteis juntos. Él quería que lo supieras. Esperaba que hubieras encontrado de nuevo la felicidad, que gozaras de una vida plena. Sentía mucho todo lo sucedido.

Naomi se quedó callada. Wallace habría creído que había colgado

de no ser porque aún la oía respirar.

—Dilo —susurró—. Por favor.

—Me habló del día de vuestra boda —dijo Hugo—. Me aseguró que no había visto una persona tan hermosa como estabas tú en ese momento. Era feliz. Y, aunque la situación cambió, nunca olvidaría el modo en que le sonreíste en aquella pequeña iglesia. —Se rio por lo bajo—. Dijo que le entró pánico justo antes de la ceremonia y que tuviste que hablar con él a través de una puerta para intentar tranquilizarlo.

Otro silencio.

—Dijo... dijo que no conseguía anudarse bien la corbata. Que más valía suspenderlo todo.

—Pero no lo suspendisteis.

Naomi se sorbió la nariz.

—No. No lo suspendimos, porque solo era algo para que Wallace y yo... Ay, señor. Tenías que llamarme para estropearme el maquillaje, ¿verdad?

A Hugo se le escapó una risita.

—No era mi intención.

—No, supongo que no. ¿Por qué me llamas ahora para contarme esto?

—Porque él creía que merecías oírlo. Sé que estuvisteis mucho tiempo sin hablar antes de su fallecimiento, pero el hombre que conozco... que conocí era distinto del que tú recuerdas. Aprendió a ser bondadoso.

—No parece propio de Wallace en absoluto.

—Lo sé —dijo Hugo—, pero a veces las personas cambian cuando se encuentran cara a cara con la eternidad.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Lo que oyes.

—Lo conocías —dijo ella en un tono que denotaba incertidumbre.

—Sí.

—Lo conocías bien.

—Sí.

—Y te contó lo que sucedió entre nosotros.

—Exacto.

—Así que decidiste llamarme sin más, por puro altruismo.

—Sí.

—Oye..., Hugo te llamabas, ¿no? No sé qué pretendes conseguir con esto, pero no...

—Nada. No pretendo nada. Solo quería decirte que te tenía cariño. A pesar de todo lo que había ocurrido, a fin de cuentas, te tenía cariño.

Ella no respondió.

—Eso es todo —dijo Hugo—. Es todo lo que tenía que decirte. Te pido disculpas por interrumpirte. Gracias por...

—Tú le tenías cariño.

Hugo dio un respingo. Miró a Wallace antes de apartar la vista.

—Le tengo cariño, sí.

—Erais amigos —dijo ella, casi como si le divirtiera la situación —. ¿Solo amigos?

—¡Cuelga! —exclamó Wallace, atacado de los nervios—. ¡Por lo que más quieras, cuelga el teléfono! —Intentó pegarle un manotazo al móvil, pero Hugo, más rápido, lo apartó del mostrador y lo sujetó fuera de su alcance.

—Solo amigos —dijo Hugo, doblando la esquina a toda prisa para evitar que Wallace tocara el teléfono. Este le soltó un gruñido, ansioso por hacer cuanto fuera necesario para terminar con aquel nuevo infierno lo antes posible.

—¿Estás seguro? Porque (y sí, es alucinante que yo sepa esto) suenas como el tipo de tío al que Wallace le tiraría la caña. Él creía que no me daba cuenta, pero se derretía cada vez que...

—¡Yo no me derrito! —bramó Wallace.

—¿De veras? —le dijo Hugo al teléfono—. ¿Así que se derretía?

—Sí. Era vergonzoso. Yo tenía un amigo que hablaba un poco como tú, con la misma cadencia. Wallace bebía los vientos por él. Lo negaba, claro, pero no me sorprendería que le pasara lo mismo contigo.

—Se me ocurren las peores ideas del mundo —masculló Wallace —. Todo es un espanto.

—Está bien saberlo —le dijo Hugo a Naomi—. Pero no, solo éramos amigos.

—Aunque eso ya no tiene importancia, ¿no? —preguntó ella—. Porque él ya no está.

Wallace se detuvo, con las manos apoyadas en el mostrador. Agachó la cabeza y apretó los ojos.

—No estoy tan seguro —dijo Hugo al fin—. Creo que una parte de él pervive.

—Una idea bonita, pero nada más. ¿Lo...? —Expulsó el aire por la boca con brusquedad—. ¿Lo querías? Dios, no puedo creer que esté manteniendo esta conversación. No te conozco. Ni siquiera me importa si estabais...

—No lo estábamos —se limitó a decir Hugo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Lo sé —dijo él, y a Wallace le entró frío y calor a la vez—. No sé cómo responderla.

—Con un sí o un no. No es tan difícil. Aunque, al no decir que no, me lo estás diciendo todo. —Se sorbió la nariz de nuevo—. No estuviste en el funeral.

—No me notificaron.

—Fue... rápido. Para él. Me han dicho que no sufrió. Se fue en un instante, como si nunca hubiera estado ahí.

—Pero lo estaba —dijo Hugo, sin apartar la vista en ningún momento de Wallace—. Lo estaba.

Ella soltó una carcajada, aunque sonó más bien como un sollozo.

—Sí que estaba, ¿verdad? Para bien o para mal. Hugo, no sé quién eres. No sé de qué conocías a Wallace, aunque ni loca me creo que fuera por el té. Lo... siento. Siento tu pérdida. Gracias, pero, por favor, no vuelvas a llamarme. Estoy lista para pasar página. Es más, ya lo he hecho. No sé qué más decir.

—No hace falta que digas nada más —aseguró Hugo—. Te agradezco que me concedieras estos minutos.

El teléfono emitió un pitido cuando ella cortó la llamada.

El silencio se apoderó de la tetería.

Wallace lo interrumpió.

—No puedes... Hugo.

—Lo sé —dijo el barquero en un tono que delataba una extraña vulnerabilidad. Cuando Wallace alzó la mirada hacia él, lo vio juguetear con su pañuelo de la cabeza, verde con estampado de perros blancos—. Pero es mío. Es para mí. Y eso no puedes quitármelo.

—No pretendo quitártelo —saltó Wallace—. Lo que pasa es que... Estás... —Su pecho se estremeció—. Estás poniendo las cosas más difíciles. Por favor, no me hagas esto. No lo soporto. No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Hugo—. ¿Tan terrible es?

—¡Porque estoy muerto! —gritó Wallace.

Dejó a Hugo ahí, en la zona de mesas del salón de té, mientras las sombras se iban alargando.

Capítulo 20

El día siguiente fue duro.

Wallace caminaba de un lado a otro como animal enjaulado, rumiando, mientras los demás lo esquivaban.

—Dos días —farfullaba—. Dos días más.

Se estremecía. Se sacudía. Temblaba.

Y no podía hacer nada por evitarlo.

Miró a través de la ventana que daba a la parte delantera.

Allí, aparcado frente al establecimiento como siempre, estaba el escúter de Hugo, de color verde manzana con bandas blancas en las ruedas. Un pequeño adorno colgaba del retrovisor, un fantasma caricaturesco con un bocadillo que rezaba «¡Buu!». El asiento era pequeño, pero estaba provisto de unos asideros de metal en la parte de atrás.

Wallace recordaba la sensación del sol en la piel cuando se encontraba en la terraza trasera. Otra vez. Otra vez. Necesitaba sentirlo otra vez. Era una trivialidad, pero cuanto más pensaba en ella, más le costaba desterrarla de su mente. El sol. Quería sentir el sol. Lo estaba llamando; el gancho vibraba en su pecho y el cable brillaba con más intensidad que nunca. Unos susurros le acariciaban los oídos, pero no eran como las voces de la puerta, sino tranquilos y confortadores. Lo embargaba una sensación apremiante.

Fue a la cocina a hablar con Mei, que lo miró con recelo como si temiera que le fuera a arrancar la cabeza a mordiscos. Él se sentía culpable.

—¿Podrías encargarte de la tetería esta tarde?

Ella asintió despacio.

—Supongo. ¿Por qué?

—Necesito salir de aquí.

Esto pareció alarmarla.

—¿Qué? Wallace, sabes lo que te pasará si intentas...

—Lo sé. Pero no iré muy lejos. Tengo claro cuánto rato aguanté

la primera vez. Sobreviviré.

Ella no estaba muy convencida.

—No puedes correr ese riesgo, y menos ahora que falta tan poco para que... —No le hizo falta terminar la frase. Ambos sabían a qué se refería.

Él profirió una sonora carcajada.

—Si no ahora, ¿cuándo? Por cierto, me llevo a Hugo.

Mei parpadeó, perpleja.

—¿Te lo llevas adónde?

Él desplegó una gran sonrisa. La sensación de estar fuera de sus cabales lo abrasaba por dentro.

—Ni idea. ¿A que es maravilloso?

Hugo escuchó la explicación de Wallace. Como no le respondió de inmediato, este temía que fuera a negarse.

—¿Estás seguro? —dijo el barquero al fin.

Wallace asintió.

—Tú sabrás cuándo debemos dar media vuelta, ¿verdad? Hasta dónde podemos llegar.

—Es peligroso.

—Necesito hacer esto —dijo Wallace sin rodeos—. Y quiero que sea contigo.

Fue una frase poco afortunada. Hugo asumió una expresión circunspecta.

—¿Has cambiado de idea? Anoche parecías bastante convencido de que no querías oírme hablar de mis sentimientos.

—Tengo miedo —reconoció Wallace—. Y no sé cómo dejar de tenerlo. Pero si se acerca el fin, si esto es lo que me queda, entonces quiero hacerlo. Contigo.

Hugo suspiró.

—¿De verdad es lo que quieres?

—Sí.

—Necesito preguntarle a Mei si...

—Ya está —dijo Mei, sacando la cabeza entre las puertas de la cocina. Wallace soltó un resoplido al ver a Nelson asomado por debajo de sus brazos. Habían estado escuchando la conversación, como no podía ser de otra manera—. Yo me encargo, jefe. Consiéntele al

hombre su capricho. Os hará bien a los dos. Aire fresco y toda la pesca. Deja el garito en nuestras manos.

—Ni siquiera sabemos si podrá montar —dijo Hugo.

Wallace sacó pecho.

—No hay nada que no pueda hacer.

Había algo que no podía hacer.

—¿Qué leches pasa? —gruñó mientras atravesaba el escúter y caía al suelo por quinta vez.

—La gente está mirando —murmuró Hugo por un lado de la boca.

—Huy, usted perdone. —Wallace se levantó del suelo ayudándose con los brazos—. Ni que pudieran verme. Deben de creer que estás hablándole a tu escúter como un chiflado.

Hugo cruzó los brazos y dirigió una mirada hostil a sus pies.

Wallace examinó la moto con expresión ceñuda. Aquello habría tenido que resultarle fácil, como mover las sillas.

—*Inespéralo* —farfulló para sí—. *Inespéralo*. *Inespéralo*.

Levantó la pierna una vez más y la pasó por encima del asiento. Bajó el trasero muy despacio, consciente de lo ridículo que estaba, pero ya no le importaba. Iba a conseguirlo aunque fuera lo último que hiciera.

Lanzó un cacareo de triunfo cuando notó la presión del asiento de atrás del escúter contra las posaderas y los muslos.

—¡Toma ya! ¡Soy el mejor fantasma del mundo!

Se volvió hacia Hugo, que luchó por reprimir una sonrisa.

—Te vas a caer y...

—¿Me voy a matar? Algo me dice que no es algo de lo que deba preocuparme. Anda, sube. Vamos, vamos, vamos. —Dio unas palmaditas en el asiento, frente a sí.

Resultó bastante más incómodo de lo que Wallace había imaginado. La moto era pequeña, a diferencia de Hugo y Wallace. Tragando en seco, evitó deliberadamente mirarle el culo a Hugo mientras levantaba la pierna por un lado y se acomodaba en el asiento. El escúter emitió un crujido cuando Hugo lo enderezó y levantó la pata de cabra con el talón. Estaban tan tan pegados el uno al otro que las piernas de Wallace desaparecían dentro de Hugo. El

cable entre ellos estaba tenso. Su cercanía creaba una intimidad extraña, y Wallace se preguntó qué sentiría si abrazara al barquero por la cintura y lo estrechara con todas sus fuerzas.

Pero, en vez de intentarlo, se echó hacia atrás, se agarró de los asideros que tenía a los lados y apoyó los pies en los estribos.

Hugo volvió la cabeza.

—No iremos muy lejos.

—Lo sé.

—Y me avisarás cuando empieces a estar mal.

—Sí.

—Lo digo en serio, Wallace.

—Te lo prometo —dijo con absoluta sinceridad. Los susurros que había oído en la casa sonaban más fuertes, tanto que ya no podía ignorarlos. No sabía hacia dónde intentaban atraerlo, pero no era hacia la puerta. Por el contrario, lo incitaban a alejarse de la tetería.

Hugo giró la llave. El motor del escúter gimió y el asiento vibró de un modo agradable debajo del cuerpo de Wallace. Su risa se convirtió en un chillido cuando empezaron a avanzar despacio y luego aceleraron, dejando tras de sí una estela de polvo.

Wallace notó el tirón en el momento en que las ruedas tocaron el asfalto. Apretó los dientes ante aquella sensación. Nunca la había experimentado antes. Por fin la conocía. Bajó la mirada hacia sus brazos para ver si se le había empezado a desprender la piel. Aún no, pero faltaba poco.

Creía que Hugo se dirigiría hacia el pueblo y tal vez recorrería la calle principal antes de volver a la tetería.

Se equivocaba.

Avanzaron en la dirección opuesta, dejándolo todo atrás. El bosque se espesaba cada vez más a los lados de la carretera, y los árboles se mecían en la fresca brisa, entrechocando las ramas como si fueran huesos. El sol descendía ante ellos en un cielo teñido de rosa, naranja y tonos de azul que a Wallace le asombraba que existieran, intensos y oscuros como las profundidades abisales.

Nadie los seguía; ningún coche los adelantó. Era como si las únicas dos personas del mundo circularan por un tramo de carretera que conducía a ninguna parte y a todas partes a la vez.

—Más rápido —le dijo a Hugo al oído—. Por favor, ve más rápido.

Hugo obedeció, arrancándole un gemido lastimero a la moto. No estaba diseñada para correr, pero daba igual. No hacía falta más. El viento les azotaba el cabello y se inclinaban con cada curva mientras la carretera discurría borrosa bajo sus pies, y destellos de líneas blancas y amarillas cruzaban a toda velocidad el campo visual de Wallace.

No fue sino hasta unos minutos más tarde cuando la piel de Wallace comenzó a levantarse y descascararse, dejando un rastro de escamas. Hugo lo vio con el rabillo del ojo.

—Estoy bien —aseguró Wallace antes de que el barquero pudiera hablar—. Te lo juro. Sigue, sigue, sigue.

Hugo siguió.

Wallace se preguntó qué pasaría si no se detuvieran. Tal vez si se alejaban lo suficiente, Wallace se dejaría llevar hacia la nada, dejando tras de sí los fragmentos de su ser. No un cascarón, ni un fantasma. Solo motas de polvo a lo largo de un tramo de una carretera de montaña, cenizas esparcidas como si él hubiera sido alguien alguna vez.

Y tal vez lo había sido, no para el mundo en general, no para mucha gente en un contexto amplio, pero ¿y allí, en ese lugar, con Hugo, Mei, *Apolo* y Nelson? Sí, pensaba que tal vez había sido alguien después de todo, una lección sobre lo inesperado. ¿Acaso no era eso lo importante? ¿No era esa la gran respuesta al misterio de la vida? Aprovechar al máximo lo que tenemos mientras lo tengamos; lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo.

Desde que había muerto, Wallace nunca se había sentido tan vivo.

Hugo parecía tener un destino en mente. Se desvió por una carretera que Wallace habría pasado por alto de haber ido solo. Serpenteaba a través del bosque por una pendiente. Apenas notaba la tirantez de la piel a punto de escamarse. Un bucle oscuro titilaba en un rincón de su mente, pero lo tenía controlado. Los susurros se debilitaban.

A un lado de la carretera había una pequeña zona de parada de emergencia, un simple rectángulo de grava. Hugo condujo el escúter hacia allí. A Wallace se le escapó un grito ahogado al ver lo que había al otro lado del quitamiedos.

La zona de parada estaba al borde de un precipicio. Aunque era

una caída abrupta, las copas de los árboles que crecían más abajo se alzaban ante ellos. El sol se estaba poniendo, y cuando la moto se detuvo, Wallace bajó de un salto y se encaminó a paso veloz hacia el quitamiedos. Con las prisas, estuvo a punto de correr a través de él, pero logró frenar con un patinazo justo a tiempo.

—Eso no habría acabado bien —dijo, bajando la vista y notando cómo lo recorría una sensación vertiginosa y excitante.

Oyó que Hugo apagaba el motor y dejaba el escúter apoyado sobre la pata de cabra antes de apearse a su vez.

—No podemos quedarnos mucho rato. Cada vez estás peor.

Tenía razón. Las escamas eran cada vez más grandes. El bucle en su mente era más fuerte. Le dolía la mandíbula. Le temblaban las manos.

—Solo unos minutos —musitó. Hugo se colocó a su lado frente al quitamiedos—. ¿Por qué aquí? ¿Qué significa este lugar para ti?

—Mi padre solía traerme —dijo Hugo, con el rostro bañado en la luz agonizante del día—. Cuando era niño. Era aquí donde hablábamos de todas las cosas importantes. —Sonrió con tristeza—. Aquí fue donde me dio la charla sobre sexo. Aquí fue donde me dijo que estaba castigado por haber suspendido álgebra. Fue aquí donde le revelé que era *queer*. Me contestó que, de haberlo sabido, la charla sobre sexo habría sido muy distinta.

—¿Era un buen tipo?

—Era un buen tipo —asintió Hugo—. El mejor, de hecho. Se equivocaba, pero siempre asumía la responsabilidad de sus errores. Le habrías caído bien. —Hizo una pausa—. Bueno, tal como eres ahora. No quería mucho a los abogados.

—Nadie nos quiere. En ese sentido somos bastante masoquistas.

Permanecieron el uno al lado del otro mientras el sol descendía y la sombra de Hugo se alargaba tras ellos.

—Cuando ya no esté —dijo Wallace—, por favor no me olvides. No muchas personas se acordarán de mí, al menos con cariño. Quiero que tú seas una de ellas. —Se le empezaron a desintegrar las uñas.

Hugo tragó con dificultad.

—¿Cómo podría olvidarte?

A Wallace le parecía que sería muy fácil.

—¿Me lo prometes?

El ocaso refulgía con fuerza. Wallace lamentó no haber dedicado

más tiempo a alzar la mirada al cielo.

—¿Crees que volveremos a vernos?

—Eso espero.

Era la mejor respuesta que habría podido desear.

—Pero dentro de mucho tiempo. Tienes un deber que cumplir. —Parpadeó para mitigar el ardor que sentía en los ojos—. Y gracias a ti... —Pero no llegó a terminar la frase. El bucle se hizo más profundo. Tiraba de él. Lo atraía. Lo arrastraba. El cable destelló—. Oh —gimió Wallace, tambaleándose.

—Tenemos que regresar —dijo Hugo, preocupado—. Ahora mismo.

—Sí —susurró Wallace mientras el sol se hundía bajo el horizonte.

Durante el trayecto de regreso, se sentía como si flotara. Hugo conducía la moto a todo gas, pero Wallace no estaba preocupado. Tampoco tenía miedo, al menos no como antes. Una cierta serenidad, próxima al alivio, se había apoderado de él.

—¡Aguanta! —le gritó Hugo, pero su voz parecía proceder de muy lejos. Los susurros habían vuelto y sonaban cada vez más fuertes e insistentes.

Se le despejó la cabeza cuando enfilaron el camino que llevaba a la tetería. Para entonces, sus manos y sus brazos habían desaparecido, y le parecía que había perdido también la nariz. Soltó un gruñido al tiempo que cobraban forma de nuevo, y los fragmentos iban encajando en su sitio como piezas de un complicado puzle. Se le escapó un grito ahogado cuando Hugo dio un giro brusco a la derecha. Creyó que iban a estrellarse y, durante un instante de desesperación, se preguntó por qué no le había insistido a Hugo en que se pusiera un casco. Pero esta idea desapareció en cuanto vio de reojo la causa de que el barquero hubiera perdido el control.

Cameron.

De pie, en medio del camino.

«Sigo aquí.»

Las ruedas derraparon, levantando piedras y polvo. Ante ellos se erguía un árbol viejo y enorme, de cuya agrietada corteza manaban gotas de savia, como si llorara. Wallace alargó los brazos a través de

Hugo, asió el manillar y apretó los frenos con todas sus fuerzas. Con un chirrido, el escúter se bamboleó. La rueda trasera se despegó unos instantes del suelo antes de volver a caer pesadamente en el momento en que la moto se detenía, con el neumático delantero a solo unos centímetros del árbol.

—La madre que me parió —masculló Hugo. Bajó la vista mientras Wallace retiraba las manos—. Si no hubieras...

Wallace se había apeado del escúter antes de que Hugo finalizara la frase. Se volvió hacia el camino.

Cameron tenía el rostro alzado hacia las estrellas, con la boca abierta de modo que dejaba al descubierto los negros dientes. Tenía los brazos laxos a los costados, con los dedos colgando. Enderezó la cabeza como si se sintiera observado por Wallace, y posó en él los ojos apagados y fríos.

El gancho en el pecho de Wallace vibró con una intensidad que no había sentido nunca antes. Era casi como si estuviera vivo. Los susurros se habían convertido en una tormenta que se arremolinaba en torno a él, y aunque las palabras resultaban ininteligibles, Wallace supo entonces qué significaban y por qué lo había asaltado el impulso de salir de la tetería, para empezar.

Era Cameron quien lo llamaba.

A su espalda, Hugo bajó la pata de cabra del escúter antes de apagar el contacto, pero Wallace no podía permitirse una distracción. No en ese momento.

—Cameron —dijo—. Veo que sigues ahí. Y te oigo; vaya si te oigo.

Cameron parpadeó despacio.

Wallace recordó cómo se había sentido en el huerto de té, rodeado por los brazos de Cameron. La alegría. La rabia. Los momentos alegres del hombre sol, de Zach, Zach, Zach. La pena desgarradora que se había apoderado de él cuando todo estaba perdido. Más tarde le habían contado que su extraña unión había durado solo unos segundos, pero él la había experimentado como una vida entera de picos y valles. Él era Cameron, había visto todo lo que Cameron había visto, había sufrido con él las extraordinarias injusticias de la existencia. En un primer momento no había entendido los matices; todo había sido demasiado intenso, demasiado rápido. No creía que fuera capaz de entenderlos ahora en su totalidad, pero veía

los fragmentos con más claridad que antes.

Pese a que Hugo le gritaba que no lo hiciera, Wallace alargó el brazo y tomó a Cameron de la mano.

—Muéstramelo —susurró.

Y Cameron se lo mostró.

Los recuerdos acudieron como fantasmas.

—No me encuentro bien —dijo Zach.

Intentó sonreír.

No lo consiguió.

Puso los ojos en blanco.

En un momento estaba vivo, y al momento siguiente, ya no.

Pero no había sucedido tan deprisa, ¿o sí? No, habían sucedido más cosas, muchas más, que Wallace no había podido analizar la primera vez. Ahora, le venían imágenes fugaces, como de secuencias entrecortadas, rollos de película que saltaban de un fotograma a otro. Él era Cameron, pero a la vez no lo era.

Se llamaba Wallace Price. Había vivido. Había muerto. Y, a pesar de todo, había seguido adelante, siempre adelante, pero eso era algo insignificante, algo secundario, algo que ya no existía, pues Cameron, que había tomado las riendas, le enseñó todo lo que estaba oculto bajo la superficie.

—Zach —musitó Wallace mientras Cameron decía «¿Zach? ¡¿Zach?!» y se abalanzaba hacia él. Pero no conseguía (¿conseguían?) sujetar a Zach antes de que se desplomara y su cabeza impactara contra el suelo con un terrible golpe sordo.

Wallace ya no tenía el control y estaba atrapado en los recuerdos sangrantes que lo rodeaban como un universo infinito: Cameron al teléfono, gritándole a la operadora de urgencias que no sabía qué le pasaba, no sabía qué hacer, «ayúdanos, por lo que más quieras, ayúdanos».

—Ayúdanos —murmuró Wallace—. Por favor.

Tras otro salto, brusco y chirriante, Cameron abría con violencia la puerta delantera, los sanitarios entraban a toda prisa, pasando por su lado bajo las luces destellantes de una ambulancia y un coche de bomberos parados frente a la casa.

Cameron les exigía que le explicaran qué le pasaba a Zach, mientras lo tendían en una camilla con ruedas y hablaban sobre pupilas dilatadas e hipotensión. Zach tenía los ojos cerrados, el cuerpo

inerte, y Wallace sentía el horror de Cameron como propio; su mente bramaba «¿QUÉ ESTÁ PASANDO? ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?» una y otra vez.

Se encontraba en la parte de atrás de la ambulancia cuando le desabrocharon la camisa a Zach y le preguntaron si sabía que tuviera antecedentes de alguna enfermedad, si consumía drogas, si había tomado una sobredosis, «tiene que decírnoslo todo para que sepamos cómo ayudarlo».

Le costaba pensar.

—No —decía en tono de incredulidad—. En la vida ha consumido drogas. Ni siquiera le gusta tomar aspirinas. No está enfermo. Nunca ha estado enfermo.

Se encontraba en el hospital, aturdido como si le hubieran sumergido todo el cuerpo en hielo, rodeado de amigos y familiares de Zach cuando el médico salió e hizo añicos todo su mundo. Una rotura. Una fisura. Hemorragia subaracnoidea aneurismática.

Daño cerebral.

Daño cerebral.

Daño cerebral.

—Pero pueden ayudarlo, ¿verdad? —dijo Cameron—. Pueden curarlo, ¿no? Pueden conseguir que se ponga bien, ¿verdad? —Y gritó y gritó, mientras varias manos lo sujetaban por los hombros, por los brazos, para impedir que embistiera al médico, que retrocedía despacio.

Se llevaron a Zach a quirófano de inmediato.

Murió en la mesa de operaciones.

Cameron se puso su mejor traje para el funeral.

Se aseguró de que Zach también estuviera bien vestido.

Un coro entonó un cántico luminoso y maravilloso sobre Dios y su designio divino, y Wallace aullaba para sus adentros, pero no en su propia piel, sino en la de Cameron. Gritaba en silencio, implorando que aquello no fuera más que un sueño, que no fuera real. «¡Despierta! —rugía Cameron en su cabeza—. ¡Por favor, despierta!»

El sacerdote hablaba de dolor y aflicción, de que nunca somos capaces de comprender por qué alguien tan lleno de vida se nos va tan pronto, pero que, aunque Dios aprieta, no ahoga.

Todos rompieron a llorar.

Excepto Cameron.

Y no porque no lo intentara. Trató de forzar las lágrimas a caer, de forzarse a sentir algo, lo que fuera, menos aquel frío entumecedor que se había adueñado de él.

El féretro estaba abierto.

Le faltó valor para contemplar el cuerpo que yacía dentro.

—¿Estás seguro? —le preguntó una amiga—. ¿No quieres despedirte antes de que...? —Un sollozo húmedo ahogó sus palabras.

Cameron se encontraba de pie junto a una fosa en el suelo mientras el mismo sacerdote pronunciaba con voz monótona un sermón interminable sobre Dios, sus designios y el misterioso e ignorante mundo. Miró cómo introducían a Zach en esa fosa, pero seguía sin sentir más que frío. El frío le embargaba los sentidos y, por más que Wallace lo intentaba, no conseguía ahuyentarlo.

Varias personas se quedaron con él por la noche. Le hicieron compañía durante varias semanas seguidas.

—Cameron, tienes que comer —le decían.

—Cameron, tienes que ducharte —le decían.

—Cameron, salgamos un poco, anda. Así tomas el fresco —decían.

—¿Seguro que estarás bien tú solo? —le dijeron, por último.

—Sí, estaré bien —les aseguró—. Estaré bien.

No estuvo bien.

Duró cuatro meses.

Cuatro meses vagando por la casa como un fantasma, yendo de una habitación a otra, llamando a Zach, reclamándole: «Íbamos a hacer tantas cosas... ¡me lo prometiste!».

Y las lágrimas seguían sin aparecer.

Tenía frío todo el rato.

Había días en que no podía levantarse de la cama, en que le faltaban fuerzas para hacer otra cosa que no fuera darse la vuelta, taparse la cabeza con el edredón, perseguir los aromas de Zach, que olía a humo de leña, tierra y árboles, tantos árboles...

Hacia el final, sus amigos regresaron.

—Estamos preocupados por ti —le dijeron—. Queremos cerciorarnos de que estarás bien.

—Estaré bien —afirmó él—. Estaré bien.

El último día, se levantó.

El último día, se comió un bol de cereales. Lavó el bol y la

cuchara en el fregadero antes de guardarlos.

El último día, deambuló por la casa, pero no dijo una palabra.

El último día, se rindió.

Lo cierto es que no sufrió.

No sintió más que un entumecimiento.

Y entonces dejó de existir.

Aunque en realidad no fue así, ¿verdad?

No.

Porque estaba de pie junto a su cuerpo, observando cómo se le escapaba la vida.

—Ah —dijo—. Esto es el infierno.

Y seguía estando solo.

Hasta que llegó un hombre. Se identificó como segador. Lucía una sonrisa que no se extendía hasta sus ojos. La curva de sus labios no denotaba amabilidad.

—Voy a llevarte a otro lugar —anunció el segador—. Te prometo que todo cobrará sentido. Aunque has renunciado a la vida como si no valiera nada, cuidaré de ti.

Se encontraba frente a una tetería, al atardecer, mirando un letrero en la ventana.

CERRADO POR EVENTO PRIVADO.

Hugo lo esperaba dentro. Le ofreció un té.

Cameron rehusó.

—Mis condolencias —le dijo Hugo—. Por todo lo que has perdido.

El segador soltó un bufido.

—Él solo se lo buscó.

Estas palabras fueron veneno para los oídos de Cameron.

Sabía que había una puerta, pero no se fiaba de ella. El segador le había dicho que podía conducir a casi cualquier sitio. No sabía qué había al otro lado. Hugo tampoco. Nadie lo sabía.

—Podría no haber más que una oscuridad eterna —aventuró el segador una noche, a altas horas, cuando Hugo dormía—. Podría no haber nada de nada.

Cameron huyó de la tetería.

La piel se le escamó.

El cable se rompió y desapareció.

El gancho en su pecho se desvaneció.

Logró llegar hasta el pueblo antes de caer de rodillas en medio de la calle.

Su último pensamiento lúcido fue sobre Zach, sobre aquella sonrisa que era como el sol, y Wallace sabía que su deseo de sentir lo mismo no procedía solo de su interior. Era la enérgica bocanada final del hombre cuya mente ahora compartía y que se aferraba al sol antes de que le fuera arrebatada su humanidad.

—No es justo —dijo Wallace allí, en el bosque, en el momento presente—. Nada de eso es justo.

—Ayúdame —suplicó Cameron.

Wallace bajó la vista a su pecho, que le ardía como si estuviera en llamas.

Un objeto curvo de metal sobresalía de su esternón. En la punta estaba sujeto el grueso y brillante cable que lo unía a Hugo. Un vínculo, una amarra, una cuerda de salvamento tendida entre los vivos y los muertos que impedía que estos se alejaran flotando hacia la nada.

Wallace alzó la mano hacia el gancho y se debatió unos instantes.

—Ahora lo tengo claro. A veces lo importante no es lo que hemos hecho o los errores que hemos cometido, sino las personas, lo que estamos dispuestos a hacer por los demás. Los sacrificios que hacemos. Ellos me lo enseñaron. Aquí, en este lugar.

—Por favor —susurró Cameron—. No quiero seguir perdido.

—*Inespéralo* —dijo Wallace.

Al agarrar el gancho, notó el calor del metal contra las palmas y los dedos, pero no le quemaba. Tiró con todas sus fuerzas, lo que le provocó un dolor lacerante que le hizo apretar los dientes. Los ojos se le arrasaron en lágrimas, y profirió un grito cuando el garfio se soltó. Al quedar libre al fin de ese peso, lo recorrió una oleada de alivio tan grato como el sol y las estrellas.

Alzó el gancho por encima de su cabeza.

Y se lo clavó en el pecho a Cameron.

Abrió los ojos de golpe cuando una bofetada salvaje le volvió la cabeza hacia un lado.

—¡Ay! Pero vamos, no me jodas.

Pestañeó al ver que Mei lo miraba con furia desde arriba. Se

hallaban en la tetería, y Wallace estaba tumbado en el suelo.

—¡Hijo de puta! —le espetó Mei—. ¿Qué coño pensabas que estabas haciendo?

Él se incorporó, frotándose la mejilla, que aún le ardía.

—Pero ¿qué...? —Se le desorbitaron los ojos—. Ay, la hostia.

—Exacto, gilipollas. «Ay, la hostia.» ¿Tienes idea de lo que...?

—¿Ha funcionado? —preguntó él, desesperado—. ¿Ha funcionado?

Ella suspiró, encorvando la espalda.

—Compruébalo tú mismo. —Se agachó, lo asió del brazo y lo ayudó a levantarse. Él pegó un chillido de sorpresa cuando salió disparado hacia arriba y los pies se le despegaron del suelo, como si no pesara nada. Con los ojos como platos, miró hacia abajo. Dio un grito ahogado al ver que flotaba en el aire, a un palmo de altura. Agitó los brazos hacia arriba, con la intención de impulsarse hacia abajo. No dio resultado. Mei lo fulminó con la mirada cuando volvió a intentarlo —. Sí, es culpa tuya. Menos mal que tenemos la correa de *Apolo* porque, de lo contrario, te habrías ido volando. —Le señaló el tobillo con el dedo. Estaba atado con una correa para perros. Él la recorrió con la vista hasta que advirtió que Nelson la sujetaba por el otro extremo.

—Pero ¿qué me pasa? —musitó.

Nelson se inclinó hacia delante y le dio un beso en el dorso de la mano con sus labios secos y agrietados.

—Pero qué hombre tan tonto. Qué hombre tan tonto y maravilloso. Estás suspendido en el aire porque ya nada te mantiene unido a la tierra. Pero no te preocupes. Te tengo bien agarrado. No permitiré que te vayas flotando. *Inespéralo*, Wallace, y confía en que no te soltaremos.

Apolo le olisqueó el tobillo y lamió la correa con frenesí como para asegurarse de que Wallace aún estaba allí.

—Aquí estoy —musitó Wallace en tono suave y distraído—. Sigo aquí.

En cuanto irguió la cabeza, todo lo demás se esfumó. Mei, *Apolo*, Nelson, la correa, la tetería, el hecho de que no notaba el contacto con el suelo. Todo.

Y es que había un hombre de pie junto a Hugo, frente a la chimenea, con la cabeza gacha. Era apuesto, aunque tenía las mejillas

hundidas y el contorno de los ojos enrojecido, como si hubiera estado llorando. El cabello de color claro le colgaba a los lados del rostro. Llevaba unos vaqueros y un grueso jersey con las mangas demasiado largas para sus brazos.

—¿Cameron? —preguntó Wallace con la voz entrecortada.

El hombre alzó la cabeza. Le tembló la sonrisa.

—Hola, Wallace.

Se apartó de Hugo con paso vacilante. Una lágrima le resbaló por la cara.

—Me... me has encontrado.

Wallace asintió, enmudecido.

Y, un instante después, se encontraba preso de un asfixiante abrazo de oso, con el rostro de Cameron apretado contra el estómago mientras él se elevaba en el aire hasta donde se lo permitía la correa. No fue igual que en las ocasiones anteriores. No percibió imágenes fugaces de una vida extinguida. Cameron no estaba frío, como antes. Tenía la piel ardiendo como con fiebre, y los hombros se le estremecían mientras lo estrechaba tan fuerte como podía. Wallace, indefenso, no podía hacer otra cosa que agarrarse del pelo del hombre con la mayor delicadeza posible.

—Gracias —susurró Cameron contra su vientre—. Por Dios santo, gracias. Gracias, gracias.

—Sí —dijo Wallace con la voz ronca—. Sí, por supuesto.

Capítulo 21

Al día siguiente, Té y Tentempiés El Cruce de Caronte no abrió al público como de costumbre. Los postigos estaban cerrados, las luces apagadas y la persiana en la ventana de la puerta principal bajada. Quienes acudieron a tomar su té con pastelitos como todas las mañanas se quedaron con un palmo de narices al ver la puerta cerrada y un letrero en la ventana.

QUERIDOS Y APRECIADOS AMIGOS:

EL CRUCE DE CARONTE PERMANECERÁ CERRADO DURANTE DOS DÍAS POR REFORMAS MENORES. ¡LES ATENDEREMOS ENCANTADOS CUANDO REABRAMOS!

HUGO Y MEI

Wallace flotaba unos metros por encima de la terraza trasera, contemplando a *Apolo* corretear entre las plantas de té en persecución de un grupo de ardillas ajenas a su presencia. Se rio por lo bajo cuando el chucho tropezó con sus propias patas y cayó al suelo para acto seguido levantarse y lanzarse de nuevo a través de los arbustos. Wallace apenas notaba en el tobillo la tensión de la correa, que estaba atada a la barandilla de la terraza para impedir que se alejara flotando.

Bajó la vista hacia el hombre que estaba de pie junto a él, con los hombros más o menos a la misma altura que las rodillas de Wallace.

—Casi no me acuerdo de qué sentía al ser... un cascarón —dijo Cameron, lo que no sorprendió en absoluto a Wallace—. Me vienen fogonazos, pero no soy capaz de interpretarlos, y menos aún de reconstruirlos en la memoria.

—Seguramente sea mejor así. —Wallace no sabía qué le podría suceder a una persona si recordaba la época que había pasado como cascarón. Nada bueno.

—Dos años —susurró Cameron—. Según Hugo, fueron más de

dos años.

—No se lo puedes echar en cara. Él no lo sabía. Le aseguraron que no había solución posible cuando alguien...

—No se lo echo en cara —dijo Cameron. Wallace le creyó—. Tomé la decisión por mí mismo. Él me advirtió de lo que ocurriría si me marchaba, pero no le hice caso.

—Tampoco contribuyó a mejorar la situación que el segador intentara obligarte —dijo Wallace con amargura.

Cameron suspiró.

—Ya, pero eso no fue culpa de Hugo. Él solo quería ayudar, y yo no se lo permití. Estaba tan enfadado con todo... Creía que había encontrado la manera de poner fin a esos sentimientos. Descubrir que todo aquello no había terminado fue como recibir un jarro de agua fría. El sufrimiento sigue y sigue. ¿Tú sabes lo que es eso?

—Sí, lo sé. —Se apresuró a matizar—: Tal vez no tan a fondo como lo sabes tú, pero te entiendo.

Cameron alzó la mirada hacia él.

—Sí que me entiendes, ¿no?

—Creo que sí. Es muy fuerte caer en la cuenta de que seguimos existiendo después de que nuestro corazón deja de latir, que el dolor de la vida puede seguirnos en la muerte. No te culpo por lo sucedido. No creo que nadie pueda culparte por ello. Y tú no deberías sentirte culpable tampoco. Procura salir reforzado de todo ello, pero no permitas que vuelva a consumirte. Es más fácil decirlo que conseguirlo, lo sé.

—Pero ¿tú te has visto? —señaló Cameron—. Estás...

Wallace se rio, pese al nudo que se le había formado en la garganta.

—Lo sé. Pero no quiero que te preocupes por eso. Creo... creo que me has ayudado a aprender la lección que necesitaba.

—¿Y qué lección es esa? —preguntó Cameron.

Wallace levantó la mirada hacia el cielo, inclinándose hacia atrás hasta quedar casi paralelo al suelo. Las nubes, aquellas cosas blancas y algodonosas, se deslizaban en lo alto, sin un destino prefijado. Alzó las manos, a contraluz del cálido sol.

—Que tenemos que decir adiós, por mucho que nos asuste.

—He perdido mucho tiempo. Zach debe de estar enfadado conmigo.

—Pronto lo averiguarás. ¿Lo quieres?

—Sí —respondió Cameron con una firmeza tan tangible que Wallace casi percibió su sabor en la garganta, como si fuesen los rescoldos humeantes y chispeantes de una hoguera apagada.

—¿Y él te quiere a ti?

Cameron soltó una carcajada llorosa.

—Sí, contra todo pronóstico. Yo no era la compañía más agradable del mundo, pero él sabía coger lo peor de mí y arrastrarlo hacia la luz. —Bajó la cabeza—. Tengo miedo, Wallace. ¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si he tardado demasiado?

Wallace se dio la vuelta en el aire para mirar a Cameron, que no proyectaba sombra. Tampoco él, pero daba igual. Estaban allí. Eran reales.

—¿Qué son un par de años frente a toda la eternidad?

Cameron se sorbió la nariz.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo Wallace—. Lo creo.

Durante el resto del día, fue como si el tiempo transcurriera a trompicones. Hugo pasó buena parte de él con Cameron. Durante un breve rato, Wallace sintió unos celos terribles, pero los superó enseguida. Cameron necesitaba a Hugo más que él. Wallace había tomado su decisión.

—¿Qué se siente? —le preguntó Mei. Estaban en la cocina, y la joven iba y venía entre uno de los hornos y los fogones. Que el establecimiento estuviera cerrado, le había dicho ella, no implicaba que no hubiera trabajo.

—¿El qué? —La correa estaba atada a la parte inferior del frigorífico, tan corta que los pies le rozaban el suelo.

Ella titubeó unos instantes.

—Hugo me ha contado que tú... —Se señaló el pecho con un gesto.

Él se encogió de hombros.

—Me sentí como me sentí.

—Wallace.

—A la deriva —dijo al fin.

Ella le tomó de la mano y tiró de él con suavidad de modo que

sus pies toparon con el suelo.

—Yo soy tu ancla.

Él le sonrió.

—Lo sé.

—No dejaré que te vayas flotando. No eres un globo.

Él se rio casi hasta quedarse sin aliento.

No sabía qué tramaban.

Debía de haber supuesto que algo se traían entre manos. No eran el tipo de personas que dejaban estar las cosas.

Wallace vagó por la planta baja de la tetería, con *Apolo* tirando alegremente de la correa para que no se elevara demasiado, y él esforzándose por hacer oídos sordos a los tenues susurros que sonaban en un rincón de su mente. No eran como los de Cameron, sino más contundentes. Procedían de la puerta y, aunque no alcanzaba a distinguir las palabras, su cadencia, tan similar a la del habla, lo asustaba y lo embelesaba en la misma medida. Flotaba por la tetería como un barquito en un vasto océano. Sus pies nunca tocaban el suelo.

Nelson lo observaba desde su butaca frente a la chimenea.

—Lo notas, ¿verdad? —dijo cuando *Apolo* lo arrastró hasta él.

—¿El qué? —inquirió Wallace, abstraído y descentrado.

—La puerta. Te está llamando.

—Sí —musitó Wallace, girando perezosamente en el aire.

—El gancho con el cable. Antes tenías uno.

Wallace parpadeó despacio, volviendo en sí. Al menos un poco.

—Tú también, claro. No se me había ocurrido preguntártelo. ¿Qué es?

—No lo sé —reconoció Nelson—. No muy bien. Siempre ha estado ahí. Creo que es una manifestación del vínculo que nos une a Hugo y nos recuerda que no estamos solos.

—Ya no está —murmuró Wallace, bajando la mirada hacia las crepitantes llamas. Cerró los ojos. Hugo estaba ahí, sonriendo en la oscuridad.

—Tal vez —dijo Nelson—, pero lo que representaba sigue ahí. Eso no te lo podrán arrebatar jamás. ¿Recuerdas lo que te dije sobre la distinción entre necesitar y querer? No te necesitamos, porque eso

implicaría que tienes que arreglar algo en nuestro interior. Nunca hemos estado estropeados. Te queremos, Wallace. Hasta el último trocito, hasta la última migaja. Porque somos familia. ¿Ves la diferencia?

Wallace rio con suavidad.

—Pero si aún no me he tomado mi tercera taza de té.

Nelson dio unos golpecitos en el suelo con el bastón.

—No, supongo que no. ¿Qué te parece si ponemos remedio a eso?

Wallace abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

Nelson miró hacia la cocina y asintió.

Hugo y Mei salieron por las puertas dobles. Hugo llevaba una bandeja con varias tazas de aspecto familiar y una tetera de barro. Cameron los seguía, con los ojos brillantes.

Hugo depositó la bandeja sobre una mesa y les hizo señas a los demás para que se acercaran.

—Cameron —dijo—, tengo algo para ti.

El interpelado parpadeó, perplejo.

—¿Para mí? Creía que esto era para... —Dirigió la vista hacia Wallace.

Este sacudió la cabeza.

—No, esto es para ti. Tu primera taza.

Nelson se levantó de su sillón y tiró de la correa para quitársela a *Apolo*. Este, creyendo que estaban jugando, le dio un tirón en la dirección contraria. Wallace iba dando bandazos de un lado a otro con una sonrisa tan amplia que creyó que el rostro se le partiría en dos. El perro acabó por soltar la correa y se puso a ladrarle a Wallace a los pies mientras Nelson lo conducía hacia la mesa.

—¿Ha estado en infusión el tiempo suficiente? —preguntó Wallace mientras el aroma a... ¿azahar? Sí, el aroma a azahar inundaba la tetería.

—Sí —respondió Hugo. Con manos temblorosas, levantó la tetera. Mei le posó la mano en el dorso de la suya para calmarlo. Él sirvió té en cada una de las tazas. Cuando terminó, vertió un poco más en un pequeño cuenco con la misma decoración que las tazas. Dejó la tetera sobre la mesa antes de coger el cuenco y colocarlo en el suelo, junto a *Apolo*, que se sentó delante a esperar, con la cabeza ladeada—. Ya está listo.

Cameron vaciló unos momentos antes de inclinarse sobre la tetera e inspirar a fondo.

—Ah. Eso es... —Alzó los ojos muy abiertos hacia Hugo—. Reconozco ese olor. Teníamos... un naranjo en el jardín trasero. Era... A Zach le gustaba tumbarse debajo y contemplar la luz del sol a través de las ramas. —Cerró los párpados mientras tragaba en seco—. Huele a casa.

—Hugo sabe lo que hace —aseveró Wallace—. Esto se le da bien. —Desplazó la mirada por todos los presentes—. ¿Cómo era aquello?

Entendieron a qué se refería.

—«La primera vez que alguien comparte el té contigo, eres un desconocido» —dijo Mei.

—«La segunda vez que alguien comparte el té contigo —añadió Nelson—, eres un invitado distinguido.»

Hugo asintió.

—«Y la tercera vez que alguien comparte el té contigo, te conviertes en miembro de la familia.» Es una frase balti. Me aprendí estas palabras de memoria porque hay algo especial en el hecho de compartir el té. Me lo enseñó el abuelo. Decía que tomar el té con alguien es un acto íntimo y silencioso. Profundo. Los diferentes sabores se mezclan, y la fragancia es intensa. Es un acto sencillo, pero cuando bebemos, lo hacemos juntos. —Le entregó una taza a cada uno. Primero a Cameron. Luego, a Mei. Después a Nelson. Wallace fue el último. El líquido se removió cuando este cogió la taza de manos del barquero. Los dedos de uno y otro estaban muy cerca, pero sin llegar a tocarse, sin tocarse nunca. Con sumo cuidado, Wallace giró en el aire y apuntó con los pies al suelo mientras Nelson ataba la correa a la pata de una mesa—. Por favor, bebed conmigo.

Aguardó a que empezara Cameron. Este se llevó la taza a la boca y aspiró de nuevo, parpadeando antes de cerrar los ojos. Sus labios se curvaron en una sonrisa serena antes de beber. Mei fue la siguiente, luego Nelson y después Hugo. *Apolo* se sumó también, bebiendo a lengüetazos del cuenco.

Wallace alzó la taza hasta sus labios e inhaló el perfume del azahar con especias. Casi se vio a sí mismo tendido en la hierba, levantando la mirada hacia un árbol cargado de frutos, con las hojas mecidas por la fresca brisa y los rayos de sol colándose entre la fronda. Tomó varios tragos largos, y el té se deslizó por su garganta,

infundiéndole calor desde dentro.

Una vez que vació la taza, Wallace se sintió igual que antes.

Aunque...

Aunque esto no era del todo cierto, ¿o sí?

Porque se había bebido su tercera taza de té. Desvió la vista hacia el proverbio balti colgado encima del mostrador.

Desconocido. Invitado. Miembro de la familia.

Ahora él formaba parte de ellos tanto como ellos formaban parte de él.

Dejó la taza donde estaba antes, temeroso de que se le cayera de las manos. Aunque repiqueteó sobre la mesa, los restos del té no se derramaron. Cameron lo imitó. Se quedó mirando su taza con una expresión de admiración.

—Oigo... —Alzó la mirada hacia el techo—. ¿Oís eso? Suena... suena como una canción. Es lo más hermoso que he oído jamás.

—Sí —dijo Nelson en voz baja mientras *Apolo* ladraba.

—Yo también —dijo Wallace.

Mei negó con la cabeza.

Hugo parecía frustrado, pero Wallace no esperaba que fuera capaz de oír lo mismo que ellos. No estaba destinado a sus oídos, al menos no todavía.

—Me está llamando —susurró Cameron.

Wallace sonrió.

Se quedaron de pie en torno a la mesa, con Wallace flotando entre ellos, tomando té hasta que no quedaron más que los posos.

Hugo lo encontró en la terraza trasera, flotando en posición horizontal, contemplando el cielo nocturno con las manos detrás de la cabeza. Mei había atado la correa a la barandilla después de que él se lo pidiera, y le había dejado claro que tenía prohibido desatarla por la razón que fuera. Las estrellas despedían un brillo tan intenso como de costumbre. Se extendían hasta el infinito. Wallace se preguntó si habría estrellas en el lugar al que iba. Esperaba que sí. Tal vez Hugo y él podrían alzar la mirada hacia el mismo cielo a la vez.

El barquero se sentó a su lado, abrazándose las piernas, con las rodillas contra el pecho.

—¿Otra sesión, doctor? —preguntó Wallace agarrándose a la

correa y tirando de ella para acercarse a Hugo. Su trasero topó con el suelo de la terraza. Extendió los brazos hacia atrás para sujetarse del borde y no elevarse otra vez.

Con un resoplido, Hugo sacudió la cabeza.

—No sé si me queda algo por contarte.

—¿Y Cameron?

—Está con el abuelo y Mei. —Se aclaró la garganta—. Está... en fin. Mañana.

—¿Qué pasa mañana? —Era una pregunta trascendental, pero más en ese momento que nunca.

—Va a cruzar.

Wallace volvió la cabeza hacia Hugo.

—¿Tan pronto?

El barquero asintió.

—Sabe lo que quiere.

—Y quiere cruzar.

—Sí. Le he dicho que no hay prisa, pero no ha querido ni planteárselo. Cree que ha perdido demasiado tiempo. Quiere irse a casa.

—A casa —murmuró Wallace.

—A casa —convino Hugo, con un nudo en la garganta—. Será a primera hora de la mañana. —Observó a Wallace durante largo rato —. Podemos ayudarlos. Si... si funcionó con Cameron, tal vez funcione con otros. —Tendió la mirada hacia las plantas de té—. Aunque al Gerente no le parecerá bien.

Wallace rio entre dientes.

—No, supongo que no. Pero, por encima de todo, es un burócrata. Y lo que es peor, un burócrata aburrido. Necesitaba lo que le he dado.

—¿Y qué le has dado?

—Un mazazo al sistema.

—Un mazazo al sistema —repitió Hugo, rumiando las palabras—. Pues... —Sacudió la cabeza—. ¿Me acompañas? Quiero mostrarte algo.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás. Vamos.

Wallace se empujó con suavidad y comenzó a ascender sobre la terraza. Dio una sacudida cuando la correa se tensó. Osciló de un lado

a otro, parpadeando. Se preguntó qué pasaría si se soltara de la correa, si seguiría subiendo y subiendo hasta ocupar un lugar entre las estrellas. Era un pensamiento terrible y maravilloso a la vez.

En vez de ello, Hugo tiró de él hacia la casa, con cuidado de que Wallace no se golpeara la cabeza con el dintel.

El tictac del reloj marcaba el paso de los segundos.

Mei y Cameron estaban sentados en el suelo, frente a la chimenea. *Apolo* yacía panza arriba, con las patas en el aire. Nelson estaba en su butaca. Permanecieron callados mientras Hugo subía la escalera con Wallace flotando tras él, sin tocar el suelo con los pies en ningún momento.

Suponía que el barquero lo conduciría hasta la puerta para seguir especulando sobre lo que significaba, sobre lo que había al otro lado. Le sorprendió ver que Hugo se dirigía hacia una de las puertas cerradas del primer piso.

Era la puerta de su habitación, la única en la que Wallace no había estado.

Hugo se detuvo un momento, con la mano en el pomo. Volvió la mirada hacia Wallace.

—¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Para mí.

Wallace se rio.

—Por supuesto.

Hugo abrió la puerta y se hizo a un lado. Le indicó a Wallace con una seña que entrara.

Agarrándose del marco, se impulsó hacia el interior de la alcoba, agachando la cabeza.

Era más pequeña de lo que imaginaba. Sabía que el dormitorio principal estaba en el segundo piso, y que había pertenecido a Nelson y su esposa antes de que fallecieran.

La habitación estaba limpia y ordenada. Sin duda Harvey, el inspector de Sanidad, le habría dado su visto bueno. No había una sola mota de polvo, ni el menor atisbo de desorden ni un solo objeto fuera de su lugar.

Como en la planta baja, las paredes estaban cubiertas de pósteres y cuadros de lugares remotos. Un bosque interminable de árboles vetustos. Una estatua antigua a la orilla de un río verde. Cintas de

colores vivos sobre un pintoresco mercado abarrotado de personas con vestimentas largas y sueltas. Casas con techumbre de paja. El sol saliendo sobre un campo de trigo. Una isla en medio del mar, con una casa extraña encaramada en un acantilado.

Pero no todas las imágenes eran de sueños inalcanzables.

En el centro de la pared, un hombre y una mujer que se parecían a Hugo sonreían en un retrato enmarcado. Debajo había otra fotografía, de un perro sarnoso con cara de pocos amigos al que Hugo estaba bañando. Al lado, Hugo y Nelson aparecían de pie frente a la tetería, con los brazos cruzados sobre el pecho y una gran sonrisa en la cara. Debajo había una foto de Mei en la cocina, con el rostro salpicado de harina y los ojos centelleantes, amenazando a la cámara con una pala de servir.

Y había más y más; más de una docena de imágenes que narraban la historia de una existencia vivida con fuerza y amor.

—Esto es maravilloso —dijo Wallace mientras estudiaba la imagen de un joven Hugo sentado sobre los hombros de un adulto que debía de ser su padre. Tenía un bigote poblado y una chispa de astucia en la mirada.

—Me ayudan a recordar —dijo Hugo en voz baja, cerrando la puerta tras de sí—. Todo lo que tengo. Todo lo que he tenido.

—Volverás a verlos.

—¿Tú crees?

Wallace asintió.

—A lo mejor los encuentro yo primero. Podría... yo qué sé. Hablarles de ti. Contarles todo lo que has hecho. Se pondrán muy orgullosos de ti.

—Esto no me resulta fácil —dijo Hugo.

Wallace se dio la vuelta en el aire. Hugo frunció el ceño, y unas arrugas le surcaron la frente. Se llevó la mano a la cabeza para quitarse el pañuelo.

—¿Qué no te resulta fácil?

—Esto —dijo Hugo, señalando el espacio que los separaba a los dos—. Lo nuestro. Me paso la vida hablando, hablando y hablando. Recibo a personas como tú y les hablo del mundo que dejan atrás y de lo que les espera. Les digo que no tienen nada que temer y que volverán a encontrar la paz incluso en sus momentos más bajos.

—¿Y cuál es el problema?

Hugo sacudió la cabeza.

—No sé qué hacer contigo. No sé cómo decir lo que quiero decir.

—No tienes por qué hacer nada...

—Por favor, no —dijo Hugo con aspereza—. No digas eso. Sabes que no es verdad. —Dejó caer el pañuelo al suelo—. Quiero hacerlo todo contigo. —A continuación, en un susurro, como si decirlo en voz alta pudiera hundirlos del todo, Hugo añadió—: No quiero que te vayas.

Cinco palabritas. Cinco palabras que nadie le había dicho antes a Wallace Price. Eran quebradizas, y él las asimiló y atesoró en su interior.

Hugo se quitó el delantal por encima de la cabeza y lo tiró al lado del pañuelo. Se descalzó. Sus calcetines eran blancos, con un agujero en uno de los dedos.

—Yo... —dijo Wallace.

—Lo sé —dijo Hugo—. Quédate conmigo. Solo esta noche.

Wallace estaba destrozado. Si hubieran sido personas diferentes, aquello habría podido representar el principio de algo. Un comienzo, en vez de un final. Pero no eran personas diferentes. Eran Wallace y Hugo, un muerto y un vivo. Un enorme abismo se abría entre ellos.

Hugo apagó la luz, de modo que la habitación quedó en penumbra. Se acercó a la cama. Era sencilla, con somier de madera y un colchón grande. Las sábanas y el edredón eran azules. Las almohadas parecían blandas. El lecho crujió cuando Hugo se sentó en él con las manos colgando entre las piernas.

—Por favor —dijo por lo bajo.

—Solo esta noche —dijo Wallace.

Bajó la vista hacia sus pies, suspendidos por encima de las tablas del suelo. Crispó el rostro, y los zapatos desaparecieron. No se molestó en quitarse nada más. No iba a dormir.

Hugo alzó la vista mientras Wallace flotaba hacia él. El barquero tenía una expresión extraña, y Wallace se preguntó por qué lo había elegido a él, qué había hecho en vida para merecer ese momento.

Hugo asintió y se deslizó hacia atrás sobre la cama, estirándose hacia el lado más alejado. Agarró la correa, que pendía sobre él, y la ató al cabecero.

Wallace se inclinó hacia abajo y posó las manos sobre la cama, deseando poder acostarse junto a Hugo. Cerró los dedos sobre el suave

edredón. Contrajo los brazos para descender hasta apretar la cara contra la sábana y respiró hondo. Olía a Hugo, a cardamomo, canela y miel. Con un suspiro, se desplazó hasta quedar flotando por encima de Hugo, que tenía la cabeza apoyada en la almohada y observaba a Wallace con los ojos brillando en la oscuridad.

Al principio guardaron silencio. Wallace quería decir muchas cosas, pero no sabía por dónde empezar.

Hugo sí. Siempre lo sabía.

—Hola.

—Hola, Hugo —dijo Wallace.

El barquero acercó la mano hacia Wallace con los dedos abiertos. Wallace hizo lo mismo, y sus palmas quedaron a solo unos centímetros de distancia. No podían tocarse. Al fin y al cabo, Wallace estaba muerto. Pero era agradable. A pesar de todo. Wallace se imaginó que sentía el calor que irradiaba la piel de Hugo.

—Creo que ya sé por qué te trajeron a mí —dijo el barquero.

—¿Por qué? —preguntó Wallace.

Hablaban en un tono bajo, suave. Íntimo.

Hugo bajó la mano para descansarla de nuevo sobre la cama, y a Wallace le embargó una pena infinita.

—Haces que me lo replantee todo. Por qué las cosas tienen que ser así. Cuál es mi papel en este mundo. Me haces desear cosas que no puedo tener.

—Hugo... —Se desgarró por dentro.

—Ojalá la situación fuera distinta —musitó el barquero—. Ojalá estuvieras vivo y el azar te trajera hasta aquí. Sería un día como cualquier otro. Tal vez soleado, tal vez lluvioso. Yo estoy detrás del mostrador. La puerta se abre. Levanto la mirada. Entras tú. Tienes el ceño arrugado, porque no sabes qué demonios haces en una tetería en medio de la nada.

Wallace se rio con un bufido.

—Eso suena bastante creíble.

—A lo mejor solo estás de paso —prosiguió Hugo—. Estás perdido y necesitas ayuda para orientarte. O tal vez has venido para quedarte. Te acercas al mostrador. Yo te saludo y te doy la bienvenida a El Cruce de Caronte.

—Te digo que nunca he probado el té. Tú te indignas.

Hugo sonrió, a su pesar.

—Hombre, tanto como indignarme...

—Sí, sí, por mucho que intentes negarlo, te enfadarías un montón. Pero tendrías paciencia.

—Te preguntaría qué sabores te gustan.

—Menta. Me gusta la menta.

—En ese caso, tendría el té ideal para ti. Créeme, es bueno. ¿Qué te trae por aquí?

—No lo sé —dijo Wallace, atrapado en una fantasía en la que todo era hermoso y nada podía hacerle daño. Ya había estado ahí antes, en secreto. Pero ahora que la estaba compartiendo, no quería que acabara nunca—. He visto el letrero en el camino y he probado suerte.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Gracias por probar suerte.

Wallace luchó por no cerrar los ojos. No quería perderse ese momento. Se obligó a memorizar cada milímetro del rostro de Hugo, la sinuosidad de sus labios, los pelitos de la barbilla que había pasado por alto al afeitarse aquella mañana.

—Tú prepararías el té, lo pondrías en una tetera pequeña y la colocarías en una bandeja. Yo estaría sentado a la mesa cercana a la ventana.

—Yo te llevaría la bandeja —continuó Hugo—. Habría una segunda taza, por si me pides que me siente contigo.

—Y yo te lo pido.

—Me lo pides —convino Hugo—. «Siéntate un ratito —me dices —. Tómate una taza de té conmigo.»

—¿Y tú aceptas?

—Sí. Me siento enfrente de ti. Todo lo demás se desvanece. Solo quedamos tú y yo.

—Me llamo Wallace.

—Y yo Hugo. Encantado de conocerte, Wallace.

—Tú sirves el té.

—Te paso la taza.

—Espero a que te sirvas tú.

—Los dos bebemos al mismo tiempo —dijo Hugo—. Y me doy cuenta del momento exacto en que te llega el sabor a la lengua, porque abres mucho los ojos. No esperabas que tuviera ese sabor.

—Me recuerda a cuando era más joven. Cuando las cosas tenían sentido.

—Resulta agradable, ¿a que sí?

Wallace asintió, sintiendo que le ardían los ojos.

—Muy agradable. Hugo, yo...

—Y tal vez simplemente nos quedamos ahí sentados, dejando pasar la tarde —dijo Hugo—. Charlamos. Tú me hablas de la ciudad, de la gente que va con prisas a todas partes. Yo te hablo de los árboles en invierno, con las ramas combadas hacia abajo por el peso de la nieve amontonada. Tú me hablas de las cosas que has visto, los lugares que has visitado. Y yo te escucho, porque quiero conocerlos también.

—Puedes conocerlos.

—¿De veras?

—Sí —respondió Wallace—. Puedo mostrártelos.

—¿En serio?

—A lo mejor decido quedarme —dijo Wallace, que nunca había hablado más en serio—. En este pueblo. En este lugar.

—Podrías venir todos los días y probar diferentes tipos de té.

—Hay muchos que no me gustan.

Hugo se rio.

—No, porque eres muy maniático. Pero descubro los que te gustan y me aseguro de tenerlos siempre a mano.

—Con la primera taza, soy un desconocido.

—Con la segunda, un invitado distinguido.

—Y entonces me tomo una más —dijo Wallace—. Y luego otra, y otra. ¿En qué me convierte eso?

—En un miembro de la familia —dijo Hugo—. Te conviertes en uno más.

—Hugo...

—¿Sí?

—No me olvides. Por favor, no te olvides de mí.

—¿Cómo voy a olvidarte? —dijo Hugo.

—¿Ni siquiera cuando ya no esté?

—Ni siquiera cuando ya no estés. No pienses en ello ahora. Aún nos queda tiempo.

Era cierto.

No lo era.

A Hugo le pesaban los párpados. Luchó contra ello, pestañeando despacio, pero era una batalla perdida.

—Creo que estaría bien —dijo, arrastrando un poco las palabras —. Que vinieras aquí. Que te quedaras. Tomaríamos el té y charlaríamos y, un día, te diría que te quiero. Que no puedo imaginar la vida sin ti. Que me has hecho desear más de lo que jamás pensé que podía tener. Un extraño y bonito sueño.

Cerró los ojos y ya no los volvió a abrir. Respiraba despacio, con los labios entreabiertos.

Al cabo de un rato, Wallace dijo:

—Y yo te diría que me habéis hecho más feliz que nunca. Mei, Nelson, *Apolo* y tú. Que, si pudiera, me quedaría con vosotros para siempre. Que yo también te quiero. Claro que te quiero. ¿Cómo no iba a quererte? Si es que mírate. No hay más que mirarte. Un extraño y bonito sueño.

Se pasó el resto de la noche suspendido por encima de Hugo, velando su descanso, esperando.

Capítulo 22

—¿Me acompañarás a la puerta? —dijo Cameron a la mañana siguiente, la séptima y última.

Wallace bajó la vista hacia Cameron, parpadeando sorprendido.

—¿Quieres que te acompañe?

El otro asintió.

—Yo no... No puedo. Todavía no. Aún no voy a cruzar.

—Lo sé —dijo Cameron—, pero creo que me ayudaría que estuvieras ahí.

—¿Por qué? —preguntó Wallace con una sensación de impotencia.

—Porque tú me salvaste. Y tengo miedo. No sé cómo voy a subir esa escalera. ¿Y si las piernas no me responden? ¿Y si no puedo?

Wallace pensó en todo lo que había aprendido desde la primera vez que puso un pie en El Cruce de Caronte. Lo que le había enseñado Hugo. Y Mei. Y Nelson y *Apolo*.

—Cada paso te acerca un poco más a casa.

—Entonces, ¿por qué me resulta tan difícil?

—Porque así es la vida —dijo Wallace.

Cameron se mordisqueó el labio inferior.

—Él estará ahí.

Zach.

—Así es.

—Me gritará.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo Cameron—. Así sabré que aún me quiere. —Tenía los ojos húmedos—. Espero que me grite con todas sus fuerzas.

—Hasta que creas que se te van a reventar los tímpanos —dijo Wallace, dándole unas palmaditas en la cabeza—. Y después ya nunca se separará de ti.

—Eso estaría bien. —Desvió la mirada—. Te encontraré. Cuando vengas. Quiero presentártelo. Tiene que conocerte y enterarse de lo

que has hecho por mí.

Wallace no podía. Lo veía todo borroso. Los colores se fundían a su alrededor. Alguien había cortado sus amarras, y estaba flotando a la deriva, lejos, cada vez más lejos.

—En ese caso, sí —dijo Wallace—. Estaré ahí cuando te vayas.

Cameron abrazó a Mei.

Abrazó a Nelson.

Le acarició la cabeza a *Apolo*.

—¿Me va a doler? —preguntó.

—No —dijo Hugo—. No duele.

Se volvió hacia Wallace y le tendió la mano.

—¿Vamos allá?

Wallace no se lo pensó dos veces. Le dio la mano a Cameron, que se la apretó con fuerza, como para evitar que se alejara flotando.

Mei, Nelson y *Apolo* se quedaron en la planta baja.

—¡Cuento con que bajes enseguida, Wallace! —gritó Nelson—. Aún no he terminado contigo.

—Lo sé —dijo Wallace, dándole un apretón en la mano a Cameron para que se detuviera. Volvió la vista hacia ellos—. No tardaremos mucho.

Nelson no parecía muy convencido, pero Wallace no podía hacer nada al respecto en aquel momento.

Hugo los guio escalera arriba hasta el primer piso.

—¿Oís eso? —dijo Cameron—. Está cantando.

Luego al segundo piso.

—Oh —dijo Cameron con lágrimas resbalándole por las mejillas —. Suena tan fuerte... —Miraba por las ventanas al pasar junto a ellas, sin parar de reír. Wallace no sabía qué veía, pero, fuera lo que fuese, no estaba destinado a sus ojos.

El tercer piso.

Se detuvieron en el rellano.

Las flores talladas en la madera de la puerta se abrieron en el techo, encima de ellos.

Las hojas crecieron.

—Cuando estés preparado, retira el gancho y suéltalo. Yo abriré la puerta. Cuando tú me digas —le indicó Hugo.

Cameron asintió y alzó la mirada hacia Wallace, que flotaba por encima de sus cabezas. Le dio otro apretón en la mano antes de bajarlo hasta la altura de sus ojos.

—Lo sé —susurró—. Cuando me rescataste, cuando me clavaste tu gancho en el pecho, lo sentí. Te pertenecen, Wallace. Y tú a ellos. Asegúrate de que les quede claro. No sabes cuándo se te volverá a presentar la oportunidad.

—Así lo haré —respondió Wallace, también en un susurro.

Cameron inspiró y espiró una, dos, tres veces.

—Hugo... —dijo.

—Estoy aquí.

—He encontrado el camino de regreso. He tardado un poco, pero lo he conseguido. Gracias por creer en mí. Creo que estoy preparado. —Dicho esto, agarró el gancho que Wallace no podía ver. Torciendo el gesto, se lo arrancó del pecho. Con un jadeo de alivio, abrió la mano.

—Ya no está —dijo Hugo en voz baja—. Es el momento.

—Lo noto —dijo Cameron, levantando la vista hacia la puerta—. Me elevo. Por favor, Hugo, abre la puerta.

Hugo así lo hizo. Alargó el brazo hacia arriba y sus dedos rozaron el pomo. Lo asió y le dio la vuelta.

Sucedió lo mismo que con Alan. Del techo manó un torrente de luz tan intensa que Wallace tuvo que apartar la mirada. Los susurros cedieron el paso a cantos de pájaros. Wallace oyó que Cameron soltaba un grito ahogado cuando sus pies se despegaron del suelo. Se colocó la mano a modo de visera para intentar entrever a Cameron en medio de aquel resplandor cegador.

—Dios mío —jadeó Cameron mientras ascendía hacia el vano—. Oh, Wallace. Es... el sol. Es el sol. —Entonces, un instante antes de atravesar la puerta, una alegría inmensa y poderosa se reflejó en su voz cuando dijo—: Hola, amor. Hola, hola, hola.

Lo último que Wallace vio de él fueron las suelas de sus zapatos.

La puerta se cerró de golpe tras él.

La luz se extinguió.

Las flores se plegaron sobre sí mismas.

Las hojas se encogieron a medida que la puerta encajaba en el marco.

Cameron se había ido.

Se quedaron de pie bajo la puerta durante lo que parecieron horas, con la correa colgando de la mano de Hugo mientras Wallace flotaba en el aire. Casi había llegado la hora. Aún no, pero faltaba poco.

Tomaron el té como si fuera un día común y corriente, y la mañana dio paso a la tarde mientras ellos fingían que nada cambiaba.

Se reían. Se contaban anécdotas. Nelson y Mei le recordaron a Wallace la pinta que tenía en bikini. Nelson comentó que, si hubiera sido un par de décadas más joven, tal vez se habría planteado tirarle los tejos a Wallace, para gran disgusto de Hugo. Wallace obligó a Nelson a mostrarle el disfraz de conejo. Era bastante llamativo. La cesta con huevos de colores chillones no ayudaba a mejorar el conjunto, y menos aún cuando le aleteaban las orejas y meneaba la nariz. A Nelson no le hizo falta pelar los huevos para que Wallace supiera que estaban rellenos de coliflor.

Wallace tenía que agarrarse de la parte inferior de la mesa para no ascender más. Aunque intentaba hacerlo con discreción, los demás se daban cuenta. Todos lo sabían. Había renunciado a llevar la correa, pues no quería que nada lo distrajera durante lo que sucedería más tarde.

Mientras el sol surcaba el cielo, Wallace reflexionó sobre la vida que había llevado antes de llegar a ese lugar. No había sido nada excepcional. Cometió errores. No fue amable. Y sí, hubo momentos de crueldad sin paliativos. Podía haber hecho más. Debería haber sido mejor persona. Pero creía que, al final, había marcado la diferencia con la ayuda de los demás. Recordaba la expresión de Nancy la última vez que se había marchado de la tetería. La voz de Naomi durante aquella llamada telefónica. El alivio en el rostro de Cameron cuando el cascarón en el que se había convertido se desvaneció y el muerto recuperó la vitalidad.

Wallace había ayudado más a los demás tras su muerte que a lo largo de toda su vida, pero no lo había hecho solo.

Tal vez eso era lo importante. Aún había cosas de las que se arrepentía. Suponía que siempre las habría. Eso ya no tenía remedio. Había descubierto en su interior al hombre en quien creía haberse convertido antes de que el peso de la vida se abatiera sobre él. Era

libre. Los grilletes de una existencia mortal habían desaparecido. Nada lo retenía allí. Ya no.

Dolía, pero era un dolor bueno.

Hugo intentaba mantener las apariencias, pero a medida que se acercaba el atardecer, se ponía cada vez más nervioso. Se sumió en el silencio, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, como a la defensiva.

—¿Hugo? —dijo Wallace, mientras Mei y Nelson callaban. Wallace se sujetó a la mesa.

El interpelado sacudió la cabeza.

—No es momento para eso —le dijo Wallace—. Quiero que seas fuerte por mí.

Hugo apretó las mandíbulas en un gesto de terquedad.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero?

Nelson suspiró.

—Sé que esto es difícil para ti. No creo que...

Hugo soltó una carcajada ronca mientras cerraba los puños.

—Lo sé. Lo que pasa es que... no sé qué hacer.

Mei le apoyó la cabeza en el hombro.

—Lo que debes —musitó—. Y estaremos ahí, contigo. Con vosotros dos. En cada paso del camino. —Alzó la vista hacia Wallace —. Has resultado ser un tío bastante legal, Wallace Price.

—No tanto como tú, Meiying... ¿Cómo diablos te apellidas?

Ella se rio entre dientes.

—Freeman. Me lo cambié el año pasado. El mejor nombre que he tenido nunca.

—Ya te digo —convino Nelson.

Wallace tenía mucho más que decirles a todos, pero, antes de que pudiera continuar, *Apolo* soltó un gruñido y se acercó a la ventana que daba a la parte delantera de la tetería. Las manecillas del reloj comenzaron a titubear conforme el tiempo se ralentizaba.

—No —murmuró él cuando un haz de luz azul inundó El Cruce de Caronte—. Es demasiado pronto. Por favor, dame más tiempo.

Apolo emitió un aullido largo y lastimero mientras la luz perdía intensidad. El reloj se paró por completo y las agujas quedaron inmóviles.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta: toc, toc, toc.

Hugo se levantó despacio de su silla y avanzó hacia la puerta

andando pesadamente. Agachando la cabeza, llevó la mano al pomo.

Abrió.

El Gerente estaba de pie en el porche. Llevaba una camiseta que decía SI TE PAREZCO GUAPO, ESPERA A VER A MI TÍA. Del cabello le colgaban flores que se abrían y se cerraban continuamente.

—Hugo —saludó el muchacho—. Me alegro de volver a verte. Veo que lo llevas bien. Al menos dadas las circunstancias.

El barquero retrocedió un paso, pero no contestó.

El Gerente entró en el salón de té. Las tablas del suelo crujían bajo sus pies, y las paredes y el techo empezaron a ondularse como en la ocasión anterior. Los miró uno a uno, y fijó la vista en Mei por unos instantes antes de desplazarla a Nelson y *Apolo*, que le gruñó, pero sin atreverse a acercarse.

—Buen chico —dijo el muchacho.

Por toda respuesta, el perro le ladró con fiereza.

—Bueno, casi siempre. Mei, te mueves en el oficio de segadora como pez en el agua. Sabía que no me equivocaba al asignarte a Hugo. Me tienes impresionado.

—Si te soy sincera, me importa tres cojones lo que te...

—Hala —dijo el chiquillo—. Eso sobraba. Al fin y al cabo, soy tu jefe. Detestaría tener que añadir una nota negativa a tu expediente permanente. —Se sorbió la nariz—. Nelson. Sigues aquí, por lo que veo. Qué... previsible.

—Ya te digo, joder —refunfuñó el viejo. Apuntó al Gerente con el bastón—. Y si crees que vas a obligar a nadie a hacer algo contra su voluntad, ya puedes olvidarte. No te lo permitiré.

El muchacho se quedó mirándolo un buen rato.

—Qué interesante. Me he llegado a creer esa amenaza, pese a su escasa consistencia. Por favor, no olvides que poca cosa puedes hacer contra mí para impedir lo inevitable. Yo soy el universo. Tú, una mota de polvo. Me caes bien, Nelson. Por favor, no me hagas cambiar de opinión.

Nelson lo observó con recelo, pero no contestó.

El Gerente se aproximó a la mesa. Wallace permanecía inmóvil mientras Hugo cerraba la puerta. El pestillo encajó con un chasquido.

El niño se detuvo junto a la mesa que Wallace tenía delante e inspeccionó la tetera y las tazas. Deslizó el dedo por el pitorro de la tetera. Tras recoger una gota de líquido de la punta, se la llevó a la

lengua.

—Menta —dictaminó, con aire divertido—. Bastones de caramelo, ¿no es así, Wallace? Tu madre los horneaba en invierno. Qué curioso que guardes un recuerdo tan reconfortante de alguien a quien llegaste a despreciar.

—No la desprecio —repuso Wallace con sequedad.

El chico arqueó una ceja.

—¿De veras? ¿Y por qué no? Era, en el mejor de los casos, distante. Tu padre también. Dime, Wallace, ¿qué vas a hacer cuando vuelvas a verlos? ¿Qué les dirás?

No había pensado en ello. No sabía lo que eso revelaba sobre él.

El muchacho asintió.

—Ya veo. Bueno, supongo que es más asunto tuyo que mío. Siéntate, Hugo, para que podamos comenzar.

Hugo regresó a la mesa y tiró de la silla hacia atrás antes de volver a sentarse, con el semblante inexpresivo y frío. A Wallace no le gustaba nada verlo así.

El chiquillo dio una palmada.

—Así me gusta. Esperad un momento. —Se dirigió a la mesa más cercana, cogió la silla y la arrastró hasta la mesa en la que estaban ellos. Tras apretujarla entre Mei y Nelson, se encaramó a ella y se acomodó de rodillas. Apoyó las manos sobre la mesa y el mentón sobre las manos—. Ya está. Ahora podemos hablar de igual a igual. Quisiera una taza de té. Siempre me ha gustado tu té, Hugo. ¿Me pones una?

—No —respondió Hugo.

El muchacho parpadeó despacio, de modo que sus negras pestañas resaltaron como el hollín contra el dorado de su piel.

—¿Cómo has dicho? —preguntó en un tono agudo y dulce, como una cuchilla bañada en caramelo.

—No te voy a dar té —dijo Hugo.

—Ah. —El niño ladeó la cabeza—. ¿Por qué no?

—Porque vas a escucharme y no quiero que te distraigas.

—¡Huuuy! —exclamó el chico—. ¿En serio? La cosa pinta interesante. Cuentas con toda mi atención. Adelante. Te escucho. —Le lanzó una mirada taimada a Wallace antes de posarla de nuevo en Hugo—. Pero yo en tu lugar me daría prisa. Me parece que aquí nuestro amigo Wallace las está pasando canutas para quedarse

sentado. No me gustaría que se fuera flotando mientras tú... ¿cómo decís vosotros?... me das para el pelo.

Hugo entrelazó las manos sobre la mesa frente a sí, juntando las yemas de los pulgares.

—Me mentiste.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué, exactamente?

—Cameron.

—Ah —dijo el Gerente—. El cascarón.

—Sí.

—Ha cruzado la puerta.

—Porque lo ayudamos.

—¿De veras? —Se tamborileó con los dedos en la mejilla—. Fascinante.

A Wallace le entraron ganas de gritar, pero mantuvo la boca cerrada. No debía dejarse dominar por los sentimientos en un momento en que había tanto en juego. Y confiaba en Hugo con cada fibra de su ser. Él sabía lo que hacía.

—Dejaste que se quedara como estaba —declaró Hugo con voz neutra—. Me dijiste que no podíamos hacer nada.

—¿Yo dije eso? —Al Gerente se le escapó una risita—. Supongo que sí. Me alegra que estuvieras prestando atención.

—Habrías podido intervenir en cualquier momento para ayudarlo.

—¿Y por qué habría de hacer eso? —inquirió el Gerente con aparente perplejidad—. Él eligió por sí mismo. Como le dije a Wallace, el libre albedrío es fundamental. Es de vital importancia para...

—Hasta el momento en que tú decides que no lo es —dijo Hugo con rotundidad—. Esto no es un juego. No tienes derecho a escoger cuándo intervienes y cuándo no.

—¿Ah, no? —preguntó el niño. Paseó la vista alrededor como diciéndoles a los demás «¿os podéis creer a este tío?». Clavó la mirada en Wallace por un momento antes de posarla de nuevo en Hugo—. Pero, solo por curiosidad, me gustaría que me explicaras qué es lo que yo, ser eterno de polvo y estrellas, debería haber hecho.

Hugo se inclinó hacia delante, con expresión glacial.

—Él estaba sufriendo. Perdido. Mi segador anterior lo sabía. Disfrutaba con ello. Y, a pesar de todo, tú no hiciste nada. No moviste un dedo ni cuando Cameron se transformó en un cascarón. No

decidiste hacer algo al respecto hasta que ocurrió lo de Lea. No deberías haber tardado tanto.

El muchacho hizo un gesto burlón.

—Tal vez no, pero todo salió bien al final. La madre de Lea está en vías de recuperación. Cameron se encontró a sí mismo otra vez y prosiguió su viaje hacia el vasto y desconocido más allá. Todos contentos. —Desplegó una sonrisa—. Deberíais estar orgullosos de vosotros mismos. Felicidades a todos. ¡Albricias! —Y rompió a aplaudir.

—¿Podrías haberlo ayudado? —preguntó Mei.

El Gerente se volvió lentamente hacia ella.

Ella no apartó la mirada.

—Bueeenooo... —dijo el Gerente, alargando varias sílabas la palabra—. A ver, claro, si nos ponemos puntillosos, puedo hacer prácticamente cualquier cosa que me apetezca. —Entornó los ojos. A Wallace le bajó un escalofrío por la espalda cuando al chico se le entrecortó la voz—. Podría haber evitado que tus padres murieran, Hugo. Podría haber hecho que el corazoncito de Wallace siguiera latiendo a ritmo de *jazz*. Podría haber agarrado a Cameron por el pescuezo el día que decidió huir y obligarlo a cruzar la puerta por la fuerza.

—Pero no lo hiciste —dijo Hugo.

—No lo hice —convino el chico—, porque las cosas deben seguir un orden, un plan sobre el que la gente de vuestro rango no tiene ni idea. Haríais bien en recordarlo. No sé si me gusta el tono en que me habláis. —Hizo un mohín, sacando el labio inferior—. No es muy amable.

—¿Y en qué consiste ese plan? —inquirió Wallace.

El muchacho lo miró de nuevo.

—¿Perdona?

—El plan —repitió Wallace—. ¿En qué consiste?

—En algo que supera con creces tu capacidad de comprensión. Es...

—Ya —dijo Wallace—. ¿Qué hay al otro lado de la puerta?

Fue algo sutil que duró solo una fracción de segundo, pero Wallace alcanzó a ver la expresión de perplejidad antes de que desapareciera.

—Pues todo, claro está.

—Concreta más. Dime algo que no sepamos ya.

Adelantó aún más el labio inferior.

—Ay, Wallace. No tienes nada que temer. Ya te lo he dicho. Descubrirás que...

—Ya. ¿Sabes qué? Me parece que no tienes ni idea —dijo Wallace. Se inclinó hacia delante mientras Mei inspiraba con brusquedad y Nelson daba golpecitos en el suelo con el bastón—. Creo que te gustaría saberlo. Intentas imitarnos. Intentas hacernos creer que nos comprendes, pero ¿qué vas a comprender? Careces de nuestra humanidad. No sabes lo que supone tener un corazón que late, ni lo que se siente cuando se rompe. Tú no sabes lo que significa estar feliz, lo que significa llorar a alguien. A lo mejor una parte de ti tiene celos de todo lo que somos y tú jamás podrás ser, y, aunque no me creas, desearía que pudieras serlo, más de lo que te imaginas. Porque yo sé que hay algo al otro lado de esa puerta. Lo he percibido. He oído los susurros. Lo he oído cantar. He visto la luz que irradia. ¿Eres capaz de imaginar siquiera lo que es eso?

—Cuidado, Wallace —dijo el Gerente, y el mohín cedió el paso a una expresión acerada—. No olvides con quién estás hablando.

—Lo sabe —dijo Hugo por lo bajo—. Todos lo sabemos.

El Gerente miró a Hugo con el ceño fruncido.

—¿De verdad? Eso espero.

—¿Qué son los cascarones? —Wallace hizo una pausa, más concentrado que nunca—. ¿Manifestaciones de una vida basada en el miedo? —Parecía ir bien encaminado, pero no conseguía obtener una visión clara—. Son... ¿qué? Más vulnerables a...

—Una vida basada en el miedo —repitió el Gerente de forma pausada—. Eso es... vaya. —Fijó los ojos entornados en Wallace—. Lo has deducido tú solo, ¿no? Bien hecho. Sí, Wallace. Se trata de aquellos que han vivido presos del miedo y la desesperación, y son más... ¿cómo lo has expresado? Vulnerables. No conocen más que el pavor, y no consiguen librarse de él en la otra vida. Aunque no afecta a todos de la misma manera, las personas como Cameron a veces son incapaces de aceptar su nueva realidad. Huyen de ella y... en fin. Ya sabes lo que pasa después.

—¿Cuántas hay? —preguntó Hugo.

El Gerente dio un respingo.

—¿Qué?

Hugo lo miró con fijeza, sin apenas parpadear.

—Personas como Cameron. Personas que han sido llevadas ante los barqueros de todo el mundo y que han perdido el rumbo. ¿Cuántas hay?

—No sé qué tiene que ver eso con...

—¡Ahí está todo el meollo de la cuestión! —exclamó Wallace—. No se trata de una persona en particular, sino de todos nosotros, de lo que hacemos por los demás. La puerta no discrimina. Está ahí para todos aquellos que poseen el valor suficiente para contemplarla. Algunos se descarrían, pero no es culpa suya. Están asustados. Dios santo, claro que lo están. ¿Cómo no iban a estarlo? Todo el mundo pierde el norte en algún momento, y no solo a causa de sus errores o decisiones, sino porque son terrible y maravillosamente humanos. Y lo único que he aprendido sobre lo que significa ser humanos es que no podemos hacerlo solos. Cuando estamos perdidos, necesitamos ayuda para volver a encontrar nuestro camino. Y ahora tenemos la oportunidad de conseguir algo importante, algo que no se ha hecho jamás.

—¿«Tenemos»? —dijo el Gerente—. ¿No querrás decir «tienen»? Porque, por si se te ha olvidado, estás muerto.

—Ya lo sé —dijo Wallace—. Ya lo sé.

El chico frunció el ceño.

—Ya te lo dije antes, Wallace. No hago tratos. No negocio. Creía que ya lo habías asimilado. —Exhaló un profundo suspiro—. Me decepcionas mucho. Te lo dejé muy claro. Y hablas de los cascarones como si supieras algo de ellos.

—Los he visto —dijo Wallace—. De muy cerca. A Cameron. Vi cómo era, a pesar de aquello en lo que se había convertido.

—Uno —puntualizó el Gerente—. Has visto a uno.

—Con eso basta —dijo Hugo—. Y sobra, de hecho. Porque si los demás cascarones se parecen mínimamente a Cameron, merecen una oportunidad, como todos nosotros. —Desplazó la vista por todos los que estaban alrededor de la mesa—. Nosotros podemos conseguirlo.

El Gerente se quedó callado un rato largo. Wallace pugnaba por no removerse inquieto. Apenas logró reprimir un grito de alivio cuando el Gerente volvió a hablar.

—Habéis captado mi atención. No la desperdiciéis.

Había llegado el momento del alegato final, pero no fue Wallace

quien lo pronunció. No era el más indicado. Dirigió la vista hacia la única persona que sabía más de la vida y la muerte que cualquier otro de los presentes. Hugo enderezó la espalda, inspiró a fondo y espiró despacio.

—Los cascarones. Tráenoslos. Deja que los ayudemos. No merecen quedarse como están. Deben tener la oportunidad de encontrar el camino a casa, como todo el mundo. —Miró a Wallace, que seguía sujetándose a la mesa con todas sus fuerzas. Cada vez le costaba más. Su trasero se elevó unos centímetros de la silla, sus pies se despegaron del suelo y sus rodillas se apretaron contra la parte inferior de la mesa. Y si aguzaba mucho el oído, si se esforzaba de verdad, volvía a percibir los susurros de la puerta. El final se acercaba.

El Gerente lo miró fijamente.

—¿Por qué habría de acceder a eso?

—Porque sabes que somos capaces de lograrlo —dijo Mei— o, como mínimo, de intentarlo.

—Y porque es lo correcto —dijo Wallace, con más convicción de la que había tenido jamás. Qué sencillo. Qué terroríficamente profundo—. La única razón por la que esas personas toman la decisión que las convierte en cascarones es el miedo a lo desconocido.

El Gerente asintió despacio.

—Supongamos que me planteo esta posibilidad. ¿Qué me ofreces a cambio?

—Soltaré amarras.

—Wallace —dijo Hugo, alarmado—, no, no lo hagas...

—Qué raro eres —dijo el Gerente—. Has cambiado. ¿Qué te ha hecho cambiar? ¿Lo sabes, al menos?

Wallace soltó una carcajada salvaje y jovial.

—Tú, creo. Por lo menos, eres una de las causas, aunque todo lo que haces es absurdo. Pero eso cuadra con la existencia, pues la vida no tiene sentido, y cuando, contra toda probabilidad, encontramos algo que sí lo tiene, nos aferramos a ello con todas nuestras fuerzas. Me encontré a mí mismo gracias a ti. Pero la influencia que has tenido en mí no es nada en comparación con la que han tenido Mei, Nelson, *Apolo*. —Tragó en seco—. Y Hugo.

Hugo se puso de pie con tal brusquedad que volcó su silla.

—No —dijo con aspereza—. No permitiré que lo hagas. No...

—No se trata de mí —replicó Wallace—. Ni de lo nuestro. Me has

dado mucho más de lo que habría podido desear. ¿Es que no lo ves, Hugo? Soy quien soy porque tú me has mostrado el camino. Te negaste a darme por perdido. Por eso sé que ayudarás a todos los que vengan después de mí y te necesiten tanto como te necesitaba yo.

—De acuerdo —dijo de pronto el Gerente, y fue como si la sala se quedara súbitamente sin aire—. Trato hecho. Traeré aquí a todos los cascarones, uno por uno. Si él consigue sanarlos, bien. Si no, se quedarán como están. De cualquier modo, esto acarreará mucho trabajo, y no sé hasta qué punto saldrá bien.

Wallace, boquiabierto, apretó la mesa con menos fuerzas que antes.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —dijo el Gerente—. Puedes confiar en mi palabra.

—¿Por qué? —preguntó Wallace. El Gerente había cedido antes de lo que esperaba. Tenía que haber otra razón.

El Gerente se encogió de hombros.

—Por curiosidad. Quiero ver lo que pasa. El orden trae aparejada la rutina. Y la rutina degenera en aburrimiento, sobre todo cuando es interminable. Esto es... una variación. —Observó a Hugo y Mei con los ojos entrecerrados—. No interpretéis mi consentimiento como una señal de autosuficiencia.

—¿Lo juras? —insistió Wallace.

—Sí —dijo el Gerente con cara de exasperación—. Lo juro. He oído el alegato final, letrado. El jurado ha emitido un veredicto favorable a usted. Hemos cerrado un trato. Es la hora, Wallace. Es hora de que sueltes amarras.

—Yo... —dijo Wallace.

Se volvió hacia Mei. Una lágrima le resbalaba por la mejilla.

Se volvió hacia Nelson. Tenía los ojos cerrados y un profundo surco en el ceño.

Se volvió hacia *Apolo*. El perro gimió y bajó la cabeza.

Se volvió hacia Hugo. Wallace recordó el día que llegó a la tetería y el miedo que le tenía a Hugo. Ojalá hubiera sabido entonces lo que sabía ahora.

«¿Cómo aprovecharás el tiempo que te queda?»

Sabía cómo. Por fin, tan cerca del final, lo supo.

—Os quiero. A todos. Habéis hecho que mi muerte valiera la pena. Gracias por ayudarme a vivir.

Y entonces, Wallace Price soltó la mesa.

Sin ataduras, sin nada que lo sujetara, comenzó a ascender.

Sus rodillas se golpearon contra la mesa, que dio un salto. La tetera y las tazas que había encima repiquetearon. Qué sensación tan liberadora, soltar amarras por fin. No tenía miedo. Ya no.

Cerró los ojos mientras flotaba hacia el techo.

La puerta lo atraía con más fuerza que nunca. Le cantaba y susurraba su nombre.

Abrió los ojos cuando dejó de subir.

Bajó la vista.

Nelson lo había agarrado del tobillo, hincándole los dedos en la piel, con una cara de determinación que cedió el paso a la sorpresa cuando advirtió que él también se elevaba.

Pero entonces, *Apolo* saltó hacia ellos y cerró las mandíbulas en torno a la punta del bastón de Nelson para retenerlo. Gimoteó cuando sus patas delanteras se despegaron del suelo. La cabeza de Wallace estaba muy cerca del techo.

Mei sujeto las patas traseras de *Apolo*, cuyo rabo le abofeteó la cara.

—No —rugió ella—. Aún no ha llegado el momento. No puedes hacer esto. No puedes hacer esto.

Entonces empezó a ascender, y sus pies se agitaron en el aire al abandonar el suelo.

Hugo trató de asirla, pero sus manos la atravesaban una y otra vez.

Wallace les sonrió desde arriba.

—No pasa nada. Os lo aseguro. Dejadme marchar.

—Ni lo sueñes —gruñó Nelson, apretándole el tobillo con más fuerza. Su mano resbaló hasta el zapato de Wallace. Se le desorbitaron los ojos—. ¡No!

—Adiós —susurró Wallace.

Se le soltó el zapato. Nelson, *Apolo* y Mei cayeron al suelo, amontonados.

Wallace alzó el rostro. Los susurros sonaban más fuertes.

Atravesó el techo de la planta baja y ascendió por la segunda. Oyó los gritos de los demás mientras corrían hacia la escalera. Nelson se materializó de la nada e intentó cogerlo, pero Wallace estaba demasiado arriba. Mei y Hugo llegaron a la primera planta a tiempo

para verlo traspasar el techo de nuevo.

—¡Wallace! —gritó Hugo.

El segundo piso. Lamentó no haber pasado más tiempo en la habitación de Hugo. Se preguntó qué tipo de vida habrían construido juntos si sus pasos lo hubieran llevado a aquel pequeño lugar antes de que le fallara el corazón. Se imaginaba que habría sido maravillosa. Pero prefería haberla vivido durante poco tiempo que nunca haberla vivido. Qué idea tan extraordinaria.

Por otro lado, aquella era una muerte extraordinaria, ¿no? Por lo que había descubierto después de la vida.

Los susurros de la puerta lo llamaban, coreaban su nombre una y otra vez, y en su pecho surgió una luz cegadora como el sol. Lo abrasaba por dentro. Estaba paralelo al suelo, que se encontraba muchos metros más abajo, con los brazos abiertos como cuando había viajado de paquete en el escúter de Hugo. Llegó al techo de la segunda planta y se abrió paso a través de él hacia la tercera.

No le sorprendió encontrarse con que el Gerente lo esperaba bajo la puerta, con la cabeza ladeada. Por un momento, Wallace creyó que seguiría subiendo sin detenerse jamás. Tal vez la puerta no se abriría y él atravesaría el tejado y se adentraría en el cielo nocturno y las estrellas infinitas. No sería una mala manera de partir.

Pero eso no ocurrió.

Se quedó suspendido en el aire, inmóvil. Nelson apareció cerca del rellano, pero no dijo nada.

Por primera vez, el Gerente parecía simplemente un niño inseguro con flores en el cabello.

Wallace sonrió.

—No tengo miedo, ni de ti, ni de la puerta, ni de nada de lo que sucedió antes o sucederá después.

Nelson se tapó la cara con las manos.

—No tienes miedo —repitió el Gerente—. Ya lo veo. Te has soltado de la mesa como si... —Contempló largamente a Wallace antes de alzar la mirada hacia la puerta, mientras los susurros aumentaban de intensidad y se volvían más ininteligibles—. Me pregunto... ¿Qué pasaría si...? —Los susurros se convirtieron en un torbellino. El Gerente movió la cabeza de un lado a otro con terquedad, como una criatura a la que le habían dicho que no—. No creo que eso sea del todo cierto. ¿Y si...? ¿Sabéis una cosa? Me estoy hartando de

vuestros... —El torbellino cedió el paso a un huracán furioso y ensordecedor—. He hecho todo lo que me habéis pedido. Siempre. —Fulminó la puerta con la mirada—. ¿Y adónde nos ha llevado eso? Si esto es para todos, tiene que ser para todos. ¿No tenéis curiosidad por saber qué ocurriría? Creo que a lo mejor nos sorprenderían a todos. Ellos mismos lo han demostrado ya. Y necesitarán toda la ayuda posible. ¿Qué podría salir mal?

La puerta retembló contra el marco mientras la hoja del pomo se desplegaba.

—Sí —dijo el Gerente—. Lo sé. Pero esto... es una decisión. Mi decisión. Y, pase lo que pase, asumiré las consecuencias. Os doy mi palabra. Me responsabilizaré de lo que suceda a continuación, sea lo que sea.

La energía del huracán se disipó, y el silencio se apoderó del tercer piso de la tetería.

—Vaya —dijo el Gerente—. Parece mentira, pero ha funcionado. Me pregunto qué más soy capaz de conseguir. —Alzó la vista hacia Wallace y bajó la cabeza de golpe. El otro se precipitó hacia el suelo y cayó de pie con violencia, pero se las arregló para no perder el equilibrio. Por primera vez desde que le había dado su gancho a Cameron, se sentía anclado a tierra, como si tuviera peso.

Mei llegó al rellano y se dobló en dos, jadeando, con las manos en las rodillas. Las uñas de *Apolo* patinaron cuando subió los últimos escalones de un salto, de modo que rodó por el suelo hasta acabar tumbado patas arriba. Se quedó mirando a Wallace meneando el rabo, con una sonrisa de oreja a oreja y la lengua fuera.

Hugo fue el último en llegar. Se detuvo con la boca abierta de par en par.

—Ha habido un cambio de planes —anunció el Gerente en un tono extrañamente divertido—. Mejor dicho, yo he hecho un cambio de planes. —Se rio a carcajadas—. Esto va a ser la monda. —El aire en torno a ellos se espesó antes de estallar con un cómico pum. El Gerente sujetaba una carpeta entre las manos, y, con expresión ceñuda, la abrió y se puso a hojearla y a leer en silencio pero moviendo los labios. Wallace intentó averiguar de qué se trataba, pero el Gerente cerró la carpeta antes de que pudiera acercarse lo suficiente —. Interesante. Tu currículum es muy completo, en mi opinión, aunque nadie me la ha pedido, así que al parecer no viene a cuento.

Wallace notó que los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Mi qué?

El Gerente lanzó hacia arriba la carpeta, que permaneció suspendida unos instantes antes de titilar y desaparecer.

—Entrevistas de trabajo —se quejó—. Todo este papeleo resulta infernal, pero la muerte es un negocio, así que supongo que hay que apechugar. ¿Quién se iba a imaginar que esto se convertiría en un trabajo de oficina? —Se estremeció—. No pasa nada. Enhorabuena, Wallace, estás contratado. —Le dedicó una gran sonrisa—. Se trata de un empleo temporal, por supuesto, cuyas condiciones serán objeto de negociación en caso de que adquiera la categoría de fijo.

—¿Empleo de qué?

El Gerente alzó la mano y se desprendió una flor del pelo, partiendo el tallo. Los pétalos eran amarillos, rosas y naranjas. Se la tendió a Wallace, con la palma hacia el techo. Encima de ellos, la hoja en el pomo de cristal se agitó como movida por una brisa. La flor flotó sobre su mano, abriéndose en un vistoso abanico de colores.

—Tener a los cascarones por aquí dará más trabajo del que te imaginas. Los demás necesitarán tu ayuda. En cuanto a tu currículum, desde luego pareces estar capacitado, y aunque habría preferido a alguien que fuera un poco menos... como tú, un currículum como este no miente. Abre la boca, Wallace.

—¿Qué? —dijo este, reculando—. ¿Por qué?

El Gerente refunfuñó entre dientes.

—Hazlo antes de que me arrepienta. Si supieras lo que me estoy jugando aquí, abrirías la puta boca.

Wallace abrió la boca.

El Gerente infló los mofletes y lanzó un chorro de aire a la flor suspendida sobre su palma. Fue creciendo conforme se acercaba flotando a Wallace. Los pétalos le rozaron los labios, le hicieron cosquillas en la nariz, se plegaron para introducirse en su boca y se posaron sobre su lengua. Tenían un sabor dulce, como el de la miel en el té. Boqueó y tosió, atragantado con la flor. Cerró los dientes para intentar frenarla, pero fue en vano. Los pétalos se deslizaron por su garganta.

Cayó de cuatro patas, con la cabeza inclinada hacia abajo, sufriendo arcadas.

Notó el momento exacto en que la flor le llegaba al pecho y se

abría.

Palpitó una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Una y otra, y otra vez.

Alguien se agachó a su lado.

—¿Wallace? —dijo Hugo, preocupado—. ¿Qué le has hecho?

—Esto..., Hugo... —dijo Mei con voz temblorosa.

—Lo que me ha dado la gana —dijo el Gerente—. Ha llegado el momento de cambiar las cosas. A ellos no les gusta, pero son viejos y están muy apegados a sus costumbres. Sé cómo manejarlos.

—Hugo...

—¿Qué pasa, Mei?

—Lo estás tocando —musitó ella.

Wallace irguió la cabeza.

Hugo estaba de rodillas junto a él, frotándole la espalda arriba y abajo con la mano. Esta dejó de moverse cuando Mei habló, y Wallace notó su peso, como un hierro.

—¿E-estás...? —balbuceó Hugo.

—¿Vivo? —preguntó el Gerente—. Sí, le he devuelto la vida. Un regalo para ti, Hugo. Aprovéchalo con sensatez. —Se sorbió la nariz—. Me resultaría igual de fácil volver a quitársela. Y seré el primero en venir a llevármela en caso necesario. No me decepciones, Wallace. Me la estoy jugando contigo. Preferiría no tener que arrepentirme. Estoy bastante seguro de que las repercusiones serían interminables.

—El corazón —graznó Wallace mientras los latidos de su pecho retumbaban contra su caja torácica—. Me noto el...

Hugo lo besó. Le tomó el rostro entre las manos y lo besó como si fuera lo último que haría en la vida. Wallace soltó un grito ahogado contra sus labios cálidos y suaves. Hugo le hundió los dedos en las mejillas con una presión que Wallace nunca había sentido antes.

Hizo lo único que podía hacer mientras se producía un estallido de estrellas en sus ojos.

Besó a su vez a Hugo. Sediento de él, buscó los restos de té en su lengua. Wallace lo besó con toda el alma, dándolo todo de sí mismo. Estaba llorando, o tal vez era Hugo quien lloraba, o los dos: daba igual. Besó a Hugo Freeman con todas sus fuerzas.

Hugo se apartó, pero solo un poco, con la frente en contacto con

la de Wallace.

—Hola.

—Hola, Hugo.

El barquero intentó sonreír, pero su sonrisa flaqueó.

—¿Esto es real?

—Creo que sí.

Entonces, Hugo lo besó de nuevo, un beso dulce y radiante que estremeció a Wallace hasta la punta de los pies.

Besó a Wallace en los labios, las mejillas y los párpados, y cuando la emoción de mirar a Hugo tan de cerca pudo con él, este le enjugó las lágrimas a besos.

—Eres real —le decía—. Eres real. Eres real.

Al cabo de un rato, se separaron.

Al cabo de un rato, Hugo se puso de pie, entre crujidos de sus rodillas.

Le tendió la mano a Wallace.

Wallace no vaciló ni un instante.

Agarrándolo con firmeza, Hugo lo ayudó a levantarse. Bajó la vista hacia sus manos juntas, maravillado, antes de atraer a Wallace hacia sí. Bajó la cabeza hacia el pecho de Wallace y acercó la oreja al lado izquierdo de su tórax.

—Lo oigo —susurró—. Tu corazón.

Acto seguido se enderezó y abrazó a Wallace, que se quedó sin aliento mientras Hugo lo estrujaba con todas sus fuerzas. Lo levantó del suelo, riendo y girando con él.

—¡Hugo! —gritó Wallace, mareado, mientras la habitación daba vueltas a su alrededor—. ¡Como no me bajes, voy a vomitar!

Hugo lo bajó. Intentó apartarse, pero Wallace no le dejó alejarse demasiado. Entrelazó los dedos con los de Hugo, palma con palma. Sin darle apenas tiempo de reaccionar, Mei le saltó encima, le rodeó la cintura con las piernas y le hundió la nariz en el cabello. Él se rio cuando ella comenzó a aporrearle el pecho con los puños, exigiéndole que nunca volviera a cometer una estupidez semejante y diciéndole: «Cómo has podido ser tan tonto, Wallace, cómo se te ha ocurrido pensar que podías decirnos adiós».

Él le besó el pelo y la frente. Ella pegó un chillido y se descolgó de un salto cuando él le hizo cosquillas en el costado.

Entonces Nelson y *Apolo* corrieron hacia él.

Y lo atravesaron de lado a lado.

El anciano estuvo a punto de caer al suelo. *Apolo* se dio un trastazo contra la pared del fondo. Las ventanas de la torrecilla temblaron. El perro se levantó y sacudió la cabeza con aspecto confundido.

—Está vivo —dijo el Gerente con indiferencia—. No podéis tocarlo. Al menos, de momento. Mei tendrá que enseñarte la manera.

Miraron al Gerente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Wallace, aún aturdido—. ¿Cómo puedo...?

—Un segador —dijo Mei.

El Gerente asintió.

—Os vais a ver desbordados de trabajo. Si vais a atender a los cascarones, necesitaréis que otro segador os eche una mano. Wallace ya sabe cómo funciona el percal. Todo el mundo sabe que es más barato mantener a los empleados que tienes, que contratar a uno nuevo. Wallace, abre la mano.

Wallace miró a Hugo, que asintió. Alargó la mano.

—Mei —dijo el Gerente—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Y tanto —dijo Mei—. Wallace, fíjate en mí, ¿vale? —Alzó una mano y dobló los dedos. Acercó la otra mano y se dio una serie reconocible de golpecitos en la palma. Una luz parpadeó por unos instantes en su mano.

Wallace soltó a Hugo, aunque de mala gana. Reprodujo la serie de golpecitos en su propia mano.

Al principio, nada ocurrió.

Frunció el ceño.

—Tal vez lo he hecho m...

La habitación dio una sacudida y retembló. Le vibraba la piel. Se le erizó el vello de la nuca. Le temblaban las manos. El aire en torno a él se expandió como la superficie de una pompa de jabón. La burbuja estalló.

Wallace levantó la mirada.

Los colores del tercer piso se habían vuelto más definidos. Veía con claridad la granulosidad de las paredes, las minúsculas grietas en las tablas del suelo. Extendió el brazo hacia Hugo, y su mano lo atravesó. Entró en pánico.

—Puedes volver a tu estado anterior, como Mei —lo tranquilizó

el Gerente—. Repite la serie de golpecitos y volverás a encontrarte entre los vivos. Forma parte de las funciones de un segador. Te permitirá interactuar con los fallecidos. —Hizo una mueca—. Con los cascarones, esos seres desdichados.

Apolo se le acercó despacio, olisqueando. Estiró el cuello hasta apretar el hocico contra la mano de Wallace. Agitando la cola a toda velocidad, le lamió los dedos.

—Sí —dijo Wallace, torciendo el gesto—. Yo también me alegro de poder tocarte.

Y al momento tenía a Nelson encima, achuchándolo casi tan fuerte como su nieto.

—Lo sabía —musitó el viejo—. Sabía que encontraríamos el modo.

Wallace le devolvió el abrazo.

—¿Ah, sí?

Nelson se apartó con un bufido desdeñoso.

—Claro que lo sabía. No lo dudé ni por un momento.

—Vuelve al otro estado —le indicó el Gerente.

Wallace repitió la serie de golpecitos en la palma de su mano. La habitación volvió a temblar a su alrededor, y la nitidez se esfumó tan deprisa como había aparecido. Para confirmar que lo había hecho bien, alargó de nuevo el brazo hacia Hugo y lo tomó de la mano. Se la llevó a los labios y besó el dorso. El barquero lo contemplaba atónito.

—Es real —le susurró Wallace.

—No lo entiendo —reconoció Hugo—. ¿Cómo es posible?

Las miradas se posaron una vez más en el Gerente, que suspiró, cruzando los brazos.

—Que sí, que ya. Vuelves a estar vivo. Qué maravilla para ti. —Una expresión sombría le asomó al rostro—. Pero no debes tomártelo a la ligera, Wallace. En toda la historia, solo una persona ha vuelto a la vida de esta forma.

Wallace lo miró con la boca abierta de par en par.

—La hostia, ¿me estás diciendo que soy como Jesucristo?

El Gerente puso mala cara.

—¿Qué? Claro que no. Se llamaba Pablo. Vivió en la España del siglo XV. Fue un... Bueno, eso no es relevante. Lo que importa es que seas consciente de que se trata de un regalo y que te puede ser arrebatado en cualquier momento. —Sacudió la cabeza—. No puedes

recuperar tu vida anterior, Wallace. A efectos prácticos, esa vida sigue extinguida. Para las personas que te conocían, para las personas que... te aguantaban, estás muerto y enterrado, y la única prueba de que exististe alguna vez es una lápida. No puedes volver. Ocasionaría desorden, y eso es algo que no puedo tolerar. Se te ha concedido una segunda oportunidad. No habrá ninguna más. Te aconsejo que vayas a que te miren el corazón lo antes posible. Más vale prevenir que curar. ¿Te ha quedado claro?

No, la verdad era que no.

—¿Y si algún conocido me ve? —Aunque se le antojaba una posibilidad muy remota; las últimas semanas le habían enseñado lo extraño que era el mundo en realidad.

—Ya nos ocuparemos de ello entonces —respondió el Gerente—. Lo digo en serio, Wallace, tu lugar está...

—Aquí —dijo Wallace, dándole un apretón a Hugo en la mano, simplemente porque podía—. Mi lugar está aquí.

—Exacto. Te espera mucho trabajo. De ti depende demostrar que no me he equivocado al confiar en ti. Pero sin presiones, ¿eh? —El Gerente dio un bostezo tan grande que le crujió la mandíbula—. Creo que ya hemos tenido suficientes emociones por hoy. Volveré pronto para concretar los siguientes pasos. Mei será tu instructora. Préstale atención. Es buena en lo suyo. Tal vez la mejor que he visto.

La aludida se sonrojó sin por ello dejar de mirar al Gerente con cara de pocos amigos.

—Y ahora, me marcho —dijo el Gerente—. Os estaré echando un ojo a todos. Considéralo una evaluación del personal. Reorienta tu existencia respecto al mundo de los vivos. —Miró a Hugo antes de volverse de nuevo hacia Wallace—. Haced lo que hacen los humanos cuando están enamorados. Sacaos la espinita. No me gustaría regresar un día y pillaros a los dos in fraganti. —Hizo un gesto obsceno con las manos, algo que Wallace jamás habría querido ver hacer a un niño, ni siquiera a un niño que al parecer era tan antiguo como el universo.

Hugo por poco se atragantó.

—Virgen santa —masculló Wallace, consciente de que se le habían puesto las mejillas coloradas.

—Sí —dijo el Gerente—. Lo sé. Resulta de lo más irritante. No entiendo cómo tenéis estómago para eso. El amor me parece un auténtico asco. —Se volvió hacia la escalera al tiempo que empezaban

a crecerle en la cabeza astas de cuyo terciopelo brotaban flores. Se detuvo un momento para mirar atrás. Sonrió, guiñó un ojo y bajó la escalera. Cuando llegó abajo, se oyeron las pisadas de cascos sobre el suelo de la tetería. Una luz azul iluminó la ventana que daba a la parte delantera.

Y acto seguido, el muchacho —el ciervo— desapareció.

Se quedaron callados, oyendo el tictac de los relojes de la tetería, que volvían a ponerse en marcha.

Nelson fue el primero en romper el silencio.

—Qué día tan raro. Mei, creo que no me vendría mal una taza de té. ¿Quieres una también?

—Sí —dijo ella, encaminándose hacia la escalera—. Me apetece algo especial para celebrar.

—Una idea brillante. Me has leído el pensamiento —contestó Nelson. Se bamboleó en dirección a la escalera, seguido por *Apolo* y Mei. Al igual que el Gerente, hizo una pausa antes de descender. Volvió la vista hacia Wallace y Hugo con los ojos húmedos y una sonrisa.

—Mi querido muchacho —dijo—. Mi adorable Hugo. Este es tu momento. Vívelo al máximo.

Dicho esto, bajó los escalones mientras les comentaba a Mei y *Apolo* que estaba pensando en un té del estilo del Da Hong Pao, por ejemplo, lo que le arrancó a Mei un suspiro de gusto. Lo último que vieron de ellos fue el rabo de *Apolo*, oscilando de un lado a otro.

—Madre mía —dijo Wallace, restregándose la cara—. No puedo creer lo cansado que estoy. Me siento como si pudiera dormir durante...

—Yo también te quiero —dijo Hugo.

Wallace inspiró con brusquedad, cerrando los ojos.

—¿Qué?

Notó la presencia de Hugo ante él. Una mano le acarició un lado del rostro. Se inclinó para apoyarse en ella. Wallace nunca lograría explicarse cómo había soportado tantas semanas sin sentir su tacto.

—Yo también te quiero —repitió Hugo, en un tono bajo y reverente, casi como si rezara.

Wallace abrió los ojos. Hugo llenó su mundo hasta que no podía ver nada más.

—¿De verdad?

El barquero asintió.

Wallace se sorbió la nariz.

—Más te vale. Tienes mucha suerte de que yo esté...

Hugo lo besó una vez más.

—Creo que deberíamos saltarnos el té, al menos por un rato —murmuró Wallace contra los labios de Hugo.

—¿Qué tienes pensado? —inquirió Hugo, rozándole la nariz a Wallace con la suya.

Wallace se encogió de hombros.

—A lo mejor podrías hacerme una visita guiada por tu habitación.

—Ya la has visto.

—Sí —dijo Wallace—, pero entonces iba vestido. Me imagino que será distinto cuando nos quitemos la... —Soltó un gritito al ver que el mundo se inclinaba cuando Hugo lo levantó en volandas y se lo echó al hombro. Era más fuerte de lo que parecía—. Ay, madre. ¡Hugo, bájame! —Le propinó varios manotazos en la espalda sin parar de reír.

—Nunca —dijo Hugo—. Jamás de los jamases.

Mientras el barquero lo llevaba hacia la escalera, Wallace irguió la cabeza y alzó la vista hacia la puerta. Por un breve instante, vio crecer las flores y las hojas a lo largo de la superficie de madera.

—Gracias —susurró.

Pero la puerta no era más que eso: una puerta.

Así que no le contestó.

Algún día lo haría. Los aguardaba a todos.

La visita guiada por el dormitorio de Hugo salió a las mil maravillas. Efectivamente, era mucho mejor sin ropa.

Epílogo

Una tarde de mediados de verano, Nelson Freeman dijo:

—Creo que ha llegado el momento.

Wallace levantó la mirada. Estaba limpiando el mostrador después de pasar otro día a cargo de la caja registradora en Té y Tentempiés El Cruce de Caronte. Hugo y Mei estaban en la cocina, preparándolo todo para la mañana siguiente. Era un trabajo duro pero satisfactorio. Aunque estaba cansado gran parte del tiempo, cada noche se iba a la cama con la sensación de haber hecho algo bueno.

Desde luego, el hecho de que Hugo y él trabajaran tan bien juntos no venía nada mal. Una vez que el Gerente se marchó y la pasión abrasadora de estar vivo se enfrió un poco, a Wallace le preocupó que tal vez fuera demasiado pronto. Una cosa era tener a un fantasma en casa, y otra muy distinta compartir cama con un fantasma que se había convertido en una persona de carne y hueso. Pensó en mudarse a una casa en el pueblo o, por lo menos, en trasladarse a otra habitación de la casa para que cada uno tuviera su espacio.

Nancy había decidido regresar a su lugar de origen, por lo que su apartamento había quedado vacante. Se había pasado por la tetería para despedirse y le había dado un abrazo a Hugo antes de irse. Se la veía... más animada, en cierto modo. No estaba curada del todo y seguramente tardaría mucho en estarlo, si es que llegaba a estarlo alguna vez, pero poco a poco recuperaba la vitalidad.

—Voy a volver a empezar de cero —le dijo a Hugo—. No sé si volveré algún día, pero jamás olvidaré lo que sucedió aquí.

Y, dicho esto, se había marchado.

Hugo había acogido la idea de Wallace de ocupar el piso con cara enfurruñada y los brazos cruzados.

—Puedes quedarte aquí.

—¿No crees que eso sería precipitarnos?

El barquero movió la cabeza a uno y otro lado.

—Hemos superado lo más difícil, Wallace. Te quiero aquí. —

Frunció el ceño con aspecto inseguro—. A menos que prefieras irte.

—No, no —se apresuró a contestar Wallace—. La verdad es que me gusta mi situación actual.

Hugo hizo una mueca.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que te gusta exactamente de ella?

Wallace se sonrojó, farfullando por lo bajo que Hugo se lo tenía muy creído últimamente.

A partir de entonces, no volvió a mencionar el tema.

Poco después de su resurrección —una palabra en la que intentaba no pensar demasiado—, le había pedido a Hugo que llamara a su bufete. Al principio nadie quería escucharlo, pero Hugo había perseverado, y Wallace le soplaba lo que debía decir: que el señor Price había cometido un terrible error, que era esencial que se readmitiese a Patricia Ryan de inmediato y se le restituyera la beca a su hija. Hugo tardó casi una semana en conseguir que uno de los socios —Worthington— se pusiera al teléfono.

—¿Wallace quería eso? ¿Wallace Price? —preguntó el abogado cuando el barquero le explicó el motivo de su llamada—. Pero si fue él quien la despidió. Y si conociera usted a Wallace, sabría que él jamás reconocía haberse equivocado.

—Esta vez lo reconoció —dijo Hugo—. Antes de fallecer, me mandó una carta escrita a mano. No la recibí hasta hace unos días.

—Dichoso servicio de correos —dijo Worthington—. Siempre entrega tarde. —Tras un silencio, añadió—: No me estará tomando el pelo, ¿verdad? ¿Seguro que no se trata de una broma póstuma que Wallace quería que usted me gastara? —Soltó un resoplido—. Olvídelo, eso es impensable. Wallace no sabía gastar bromas.

Wallace farfulló entre dientes algo sobre lo ridículos que eran esos picapleitos.

—Si quiere, le reenvío la carta —dijo Hugo—. Así podrá confirmar que se trata de su letra. Dejó muy clara su voluntad de que la señora Ryan recuperara su puesto.

Wallace esperó, con gotas de sudor resbalándole por el cuello y la vista fija en el teléfono que estaba sobre el mostrador.

Worthington suspiró.

—Nunca me pareció justo lo que le pasó. Era buena en su trabajo. Más que buena, de hecho. La verdad es que había estado pensando en llamarla y... —Tras una pausa, dijo—: Esto es lo que vamos a hacer:

usted me manda esa carta, yo le echo un vistazo y luego ya vemos. Si ella está dispuesta a volver con nosotros, la recibiremos con los brazos abiertos.

—Gracias —dijo Hugo mientras Wallace lanzaba vivas en silencio —. Es usted muy amable. Sé que Wallace estaría...

—¿De qué conocía usted a Wallace? —inquirió Worthington.

A Wallace se le heló la sangre.

A Hugo no.

—Yo lo quería —dijo, mirándolo—. Lo sigo queriendo.

—Ah —dijo Worthington—. Eso es... Lamento su pérdida. No sabía que él... tuviera a alguien.

—Me tiene a mí —se limitó a decir Hugo.

Worthington colgó, y Wallace le dio un abrazo de oso a Hugo.

—Gracias —susurró contra su hombro—. Gracias.

No fue fácil. Por supuesto que no lo fue. Wallace estaba aprendiendo a vivir de nuevo, y el proceso de adaptación resultó más complicado de lo que había imaginado. Aún cometía errores, pero no como antes de que su corazón dejara de latir.

A veces mantenían discusiones, pero siempre de poca importancia, y nunca se guardaban nada. Estaban haciendo funcionar la relación. Wallace estaba convencido de que así sería siempre.

Y no era que se pasaran todo el día juntos. Tenían trabajo. Mei asumió su papel de instructora de Wallace con entusiasmo. Le señalaba sus fallos enseguida y sin contemplaciones, pero no se los tenía en cuenta. Le exigía mucho, pero solo porque sabía lo que era capaz de conseguir.

—Un día te tocará hacer esto solo —le decía—. Tienes que creer en ti mismo, tío. Yo lo hago.

Era más de lo que él esperaba. Nunca había pensado en la muerte hasta que se murió. Y ahora que había vuelto, a veces le costaba captar la visión de conjunto, el sentido de todo aquello. Sin embargo, podía recurrir a Mei, Nelson o *Apolo* cuando estaba hecho un lío. Y también estaba Hugo, por supuesto. Siempre Hugo.

El Gerente había regresado una semana después de devolverle la vida a Wallace. Les llevaba un segundo cascarón, una mujer de dientes negros y mirada perdida. Al verla, Wallace frunció el ceño, pero sin

miedo.

—Haced lo que os parezca —dijo el Gerente y, sin ofrecerles más ayuda, se sentó en una silla a zamparse un plato de bollitos que habían sobrado.

—¿No vas a echarnos una mano? —preguntó Wallace.

El Gerente negó con un gesto.

—¿Por qué iba a hacer eso? Un gerente eficiente sabe delegar. Ya os apañaréis.

Y, en efecto, se apañaron, gracias a Mei. Ante la mirada del Gerente, ella se situó delante del cascarón. La tomó de la mano. Crispó el rostro, y Wallace supo que, como le había ocurrido a él con Cameron, ella estaba viendo destellos de la vida de la mujer, todas las decisiones que la habían llevado a convertirse en lo que era. Cuando al fin le soltó la mano, estaba llorando. Hugo intentó abrazarla para consolarla, pero Mei sacudió la cabeza.

—No pasa nada —aseguró con voz débil—. Es que... ha sido demasiado para mí, esa avalancha de recuerdos en un instante. —Se enjugó las lágrimas—. Sé cómo ayudarla. Hay que proceder como con Wallace y con Cameron. Hugo, cuando quieras.

El barquero dio un paso al frente y, aunque Wallace no podía verlo, supo que agarraba el gancho que tenía en su propio pecho y se lo arrancaba con un quejido. La temperatura en la tetería aumentó cuando le clavó el garfio al cascarón. La mujer se convulsionó al tiempo que su piel se teñía de todos los colores de la vida. Doblada en dos, se llevó las manos al costado mientras el negro de sus dientes se volvía blanco.

—¿Quéééé...? —gimió la mujer—. ¿Quéééé es... esto? ¿Qué está pasando?

—Estás a salvo —le informó Hugo. Se volvió hacia Wallace, que arqueó una ceja, mirándole el pecho con expresión inquisitiva. El barquero asintió, y Wallace exhaló un suspiro de alivio. En el torso de Hugo había aparecido un nuevo gancho que lo unía a la mujer. El procedimiento había dado resultado—. Yo soy tu ancla. ¿Puedes decirme cómo te llamas?

—Adriana —musitó ella.

El Gerente masculló algo con la boca llena de bollitos.

Desde aquel día, habían ayudado a una docena de cascarones más. Unas veces se encargaba Mei, y otras, Wallace. Había días en que

tenían que salir en busca de los cascarones, y días en que estos aparecían en el camino que llevaba a la tetería, rodeados de huellas de pezuñas. Algunos planteaban más dificultades que otros. Uno de ellos llevaba cerca de doscientos años siendo un cascarón y no hablaba un idioma que ellos entendieran. Habían conseguido ayudarlo por los pelos, pero Wallace sabía que todo resultaría más sencillo en adelante. Harían cuanto estuviera en sus manos por todos aquellos que acudieran a ellos.

La nueva incorporación a El Cruce de Caronte despertó la curiosidad de los habitantes del pueblo. Pronto empezaron a circular rumores sobre Wallace y su relación con Hugo. La gente iba al salón de té a mirarlo con aire embobado. Las señoras mayores se deshacían en zalamerías, mientras que las mujeres jóvenes —al igual que unos cuantos hombres, para complicado regocijo de Wallace— parecían decepcionadas de que Hugo no estuviera disponible. La novedad no tardó en disiparse, y Wallace se convirtió en una cara conocida más en el pueblo. Lo saludaban con la mano cuando se cruzaban con él en la calle o en el supermercado. Él siempre devolvía el saludo.

Wallace Price se convirtió en Wallace Reid. Al menos, eso decían su nuevo carné de identidad y su tarjeta de la seguridad social. Cuando Mei se los entregó, tras una visita de tres días en casa de su madre que según ella había ido mejor de lo esperado, le aconsejó que no hiciera demasiadas preguntas.

—Mamá conoce gente —dijo, torciendo los labios—. Ella eligió el apellido. Le mostré un par de fotos tuyas, y me dijo que lo había escogido porque estás tan flaco que haces reír. Dice que tienes que comer más.

—Le mandaré una nota de agradecimiento —dijo Wallace, abstraído, pasando el dedo sobre su nuevo nombre.

—Más te vale. Es lo que ella espera.

Desdémona Tripplethorne regresó a la tetería y declaró que quería ver en persona al nuevo empleado de El Cruce de Caronte. Tras ella, Rechoncho y Delgado se apretujaban el uno contra el otro, sin quitar ojo a Wallace. Este se revolvía, nervioso, mientras Desdémona lo estudiaba con detenimiento.

—¿Nos... nos conocemos? —preguntó ella al final, arrugando el ceño—. Juraría que te he visto en alguna parte.

—No —dijo Wallace—. Imposible. Nunca antes había estado

aquí.

—Supongo que tienes razón —dijo ella, despacio. Sacudió la cabeza—. Me llamo Desdémona Tripplethorne. Sin duda habrás oído hablar de mí. Soy una médium...

Mei soltó una tos que sonó sospechosamente como «y un cojón».

Desdémona no se dio por enterada.

—... y me paso por aquí de vez en cuando para hablar con los espíritus que moran en este lugar. Sé que suena raro, pero hay más cosas en el mundo de las que podemos llegar a saber.

—¿Ah, sí? —preguntó Wallace—. ¿Y cómo lo sabes?

Ella se dio unos golpecitos en la sien.

—Poseo un don.

Se marchó media hora después, desilusionada porque el puntero de la güija no se había movido un milímetro. Antes de salir de la tetería, envuelta en un aura de superioridad y seguida a paso veloz por Rechoncho y Delgado, anunció ampulosamente que volvería.

La vida seguía, siempre adelante. Se sucedían los días buenos, los no tan buenos y los días en que se preguntaba cuánto tiempo más aguantaría vivir rodeado por la muerte. Hugo también se veía afectado; aún sufría ataques de pánico, aunque pocos y esporádicos, episodios en los que se le cortaba el aliento y notaba una opresión en los pulmones. Wallace, lejos de intentar forzarlo a superar los ataques, se limitaba a sentarse con él en la terraza trasera, tamborileando en el suelo, mientras *Apolo* permanecía alerta, a los pies de Hugo.

—¿Estás bien? —le susurraba Wallace al barquero cuando este lograba recuperar una respiración lenta y profunda.

—Lo estaré —le prometía Hugo, tomándole la mano entre las suyas.

No solo ayudaban a cascarones. También acudían a ellos espíritus que necesitaban un barquero como Hugo. Con frecuencia, tenían una actitud airada y destructiva, hosca y fría. Algunos se quedaban semanas en la tetería, despotricando, proclamando que detestaban estar muertos, que no querían seguir atrapados ahí, que iban a largarse y que nada se lo impediría, tirando de los cables tendidos entre su pecho y el de Hugo, amenazando con quitarse el gancho que los mantenía con los pies en la tierra.

Nunca lo hacían.

Todos se quedaban.

Escuchaban.

Aprendían.

Al cabo de un tiempo, acababan por comprender. Simplemente unos tardaban más que otros.

Pero eso no representaba ningún problema.

Cada uno encontraba su camino hacia la puerta y lo que había al otro lado.

Al fin y al cabo, El Cruce de Caronte no era más que una estación de paso.

Por lo menos para los muertos.

Eran los vivos quienes descubrían que sus raíces se hundían cada vez más en el suelo. Tal como Hugo le había explicado a Wallace un día, el cultivo del té requería paciencia. Había que invertir tiempo y ser paciente.

Por eso, una tarde de verano, cuando Nelson dijo «Creo que ha llegado el momento», Wallace supo a qué se refería.

Pero las palabras con que iba a responderle se le secaron en la garganta cuando vio a la persona que tenía delante.

El anciano del bastón había desaparecido.

En su lugar estaba un hombre mucho más joven, con la postura recta y las manos a la espalda, que miraba por la ventana. El bastón brillaba por su ausencia, como si jamás hubiera estado ahí. Wallace lo reconoció de inmediato. Había visto a ese hombre en muchas de las fotografías, casi todas en blanco y negro o en un color granuloso, que había colgadas en las paredes de la tetería y en la habitación de Hugo.

—¿Nelson? —murmuró.

El hombre volvió la cabeza y sonrió. Las arrugas se habían desvanecido y habían cedido el paso a la piel tersa de una persona muchos años menor. Le brillaban los ojos. Era más corpulento, más fuerte. Tenía el cabello negro y lucía un peinado al estilo afro muy similar al de su nieto. Las décadas se habían evaporado, de modo que el hombre que se encontraba frente a Wallace presentaba un aspecto tan juvenil como Hugo. ¿Qué le había dicho Nelson?

«La cosa es bastante sencilla, en realidad. Me gusta ser viejo.»

—Habías conservado esa apariencia porque Hugo te conoció así cuando estabas vivo —dijo Wallace con voz ronca.

—Sí —reconoció Nelson—. Así es. Y lo haría de nuevo si fuera necesario, pero creo que ha llegado el momento de centrarme en lo

que yo quiero. Y lo que quiero, Wallace, es esto.

Wallace se secó las lágrimas.

—Estás decidido.

El hombre volvió a mirar por la ventana.

—Sí.

Mientras Mei les preparaba té, los demás se reunieron en la tetería en penumbra, y la luna bañaba en su luz el bosque que los rodeaba. Hugo, sentado en una silla con el pañuelo de la cabeza (negro con patitos amarillos) en las piernas, paseaba la vista por la sala con una sonrisa discreta.

Mei salió de la cocina con la bandeja del té y la depositó sobre la mesa. La fragancia del chai, densa y embriagadora, impregnó el aire. Hugo llenó varias tazas hasta el tope, le pasó una a cada uno y dejó un cuenco en el suelo para *Apolo*, que se puso a engullir el líquido con lengüetazos ávidos. Wallace no se atrevía a beber de su taza, pues temía que las manos le temblaran demasiado.

—Qué agradable —opinó Hugo mientras Mei tomaba asiento a su lado. Aún no había hecho comentarios sobre el aspecto de su abuelo. Wallace sabía que estaba aguardando a que el propio Nelson tocara el tema—. Deberíamos hacer esto más a menudo. Solo nosotros cinco, al final de la jornada. —Posó la vista en cada uno, y la sonrisa se le borró de los labios cuando se fijó en Wallace, que estaba fracasando estrepitosamente en su intento de dominar su expresión—. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

Wallace se aclaró la garganta.

—No, no es nada. Yo...

—Hugo —dijo Nelson, con un sutil bigote de chai en el labio superior—. Mi querido Hugo.

Hugo lo miró.

Y entonces lo supo.

«Empático como él solo.»

El barquero dejó su taza en la mesa.

Cerró los ojos.

—Abuelo... —dijo con un hilillo de voz.

—Ha llegado el momento —dijo Nelson—. He tenido una vida larga. Una buena vida. He querido, y he sido correspondido. He

conseguido mucho a partir de nada: este lugar, este diminuto salón de té. Mi esposa, mi corazón. Mis hijos. Y tú, Hugo. Incluso cuando nos quedamos solos tú y yo, me esforcé al máximo por mantener la entereza. Me preocupaba no ser suficiente para ti, que quisieras más de lo que podía darte.

—Nunca quise nada más —dijo Hugo con la voz empañada.

—Tal vez no —convino Nelson con suavidad—, pero aun así lo has encontrado. Lo has encontrado en Mei y Wallace, pero, incluso antes de conocerlos, ibas bien encaminado. Has construido esta vida tan maravillosa con tus propias manos. Cogiste las herramientas que te proporcioné y las hiciste tuyas. ¿Qué más puede pedir un hombre?

—Duele —dijo Hugo, alzando la cabeza. Se apretó la mano contra el pecho, por encima del corazón.

Mei se tapó la cara y rompió a sollozar, con respiraciones breves y entrecortadas.

—Lo sé —dijo Nelson—, pero puedo marcharme tranquilo, con la seguridad de que sabes valerte por ti mismo. Y cuando llegue el momento en que no te sientas capaz, tendrás a tu lado a personas que se asegurarán de que lo sigas siendo. De eso se trata, Hugo. Ese es el sentido de todo esto.

—El dolor —dijo Hugo con un nudo en la garganta—. Es el dolor. —*Apolo* intentó toquetearle la mano con la nariz, como el digno perro de asistencia que había sido en vida. Se tendió en el suelo, a los pies del barquero, con el morro a pocos centímetros de la punta de sus zapatos.

—Lo es —convino Nelson—. Volveremos a vernos, pero dentro de mucho mucho tiempo. Tienes que vivir tu vida, que estará tan llena de color y felicidad que te dejará sin aliento. Solo desearía... —Sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Hugo.

—Desearía poder abrazarte —dijo Nelson—. Por última vez.

—Mei.

—Oído, jefe —dijo Mei. Moviéndose con presteza, se dio unos golpecitos en la palma con el dedo. El aire en torno a ellos vibró, y acto seguido ella estaba abrazando a Nelson con todas sus fuerzas. El hombre estalló en carcajadas de alegría, con el rostro vuelto hacia el techo y las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Sí —dijo—. Esto está bien. Pero que muy bien.

Cuando Mei se apartó, Nelson sonrió.

—¿Cuándo? —preguntó Hugo.

—Creo que al amanecer.

A quienes acudieron a Té y Tentempiés El Cruce de Caronte a la mañana siguiente les sorprendió encontrarse otra vez con la puerta principal cerrada y un letrero de disculpa en la ventana avisando de que la tetería no abriría esa mañana por evento especial. Ningún problema. Ya volverían más tarde.

Dentro, Hugo se levantó con piernas vacilantes. Habían pasado la noche juntos frente al fuego que crepitaba en la chimenea, Nelson sentado en su butaca. Wallace, Mei y *Apolo* habían escuchado a los dos hombres contar anécdotas de su juventud e historias de familiares que habían vivido antes que ellos.

Pero el río solo fluye en una dirección, por mucho que deseáramos que no fuera así.

El cielo nocturno empezó a clarear.

Nelson tenía los ojos cerrados.

—La oigo —musitó—. La puerta. Los susurros. Lo que canta. Sabe que estoy preparado.

Hugo le agarró la mano con fuerza a Wallace.

—Abuelo...

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por?

—Por todo.

Nelson soltó una risita.

—Eso es mucho por lo que estar agradecido.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. —Abrió los párpados—. Tengo un poco de miedo, Hugo. Sé que no debería, pero no puedo evitarlo. Tiene gracia, ¿no?

Hugo sacudió la cabeza lentamente. Se puso derecho y asumió su papel de barquero.

—No tienes nada que temer. No volverás a conocer el dolor ni el sufrimiento. Encontrarás la paz. Y para ello solo tienes que ascender a través de la puerta.

—¿Me ayudarás? —preguntó Nelson.

—Sí —dijo Hugo—. Te ayudaré. Siempre.

Nelson se levantó despacio de su butaca. Le temblaban las piernas. Se balanceaba de un lado a otro.

—Ah —murmuró—. Ahora lo oigo más fuerte.

Hugo se puso de pie. Bajó la vista hacia Mei, Wallace y *Apolo*.

—¿Nos acompañáis?

Mei agachó la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. ¿Abuelo?

—Me gustaría mucho —dijo Nelson.

Así que lo acompañaron.

Siguieron a Nelson y a Hugo escalera arriba hasta el primer piso.

Luego al segundo.

Y por fin al tercero.

Se apiñaron bajo la puerta. Aunque Wallace sabía lo que Nelson estaba oyendo, él ya no lo percibía.

Nelson se volvió hacia los demás.

—Mei. Mírame.

Mei lo miró.

—Tienes un don —le aseguró Nelson—. Eso resulta innegable. Pero lo que te convierte en quien eres es la inmensidad de tu corazón. Nunca olvides de dónde procedes, pero no dejes que eso te defina. Has encontrado tu lugar aquí, y dudo que haya jamás un segador mejor que tú.

—Gracias —susurró ella.

—Wallace —dijo Nelson—. Eras un gilipollas.

Wallace se atragantó.

—Y, a pesar de todo, has conseguido superarlo y convertirte en el hombre que tengo delante. Un Freeman honorario. Tal vez un día podrás convertirte en un Freeman de verdad, como Mei. No se me ocurre un hombre mejor con quien compartir apellido.

Wallace asintió, atontado.

—*Apolo* —dijo Nelson—. Tú...

—Deberías irte con él —dijo Hugo en voz baja.

El perro lo miró, ladeando la cabeza.

El barquero se agachó ante él. *Apolo* intentó lamerle la cara, pero su lengua le traspasó la mejilla.

—Oye, chico —dijo Hugo—, necesito que me escuches, ¿de

acuerdo? Tengo una misión para ti. Siéntate.

El can se sentó obedientemente y observó a Hugo con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Eres mi mejor amigo —dijo el barquero—. Has hecho por mí más que casi nadie. Cuando me sentía perdido y no podía respirar, tú fuiste mi ancla. Me recordabas que el dolor no era malo mientras no dejara que me consumiera. Cumpliste con tu parte, y ahora sé que me toca hacer lo mismo por ti. Procura que no se meta en demasiados líos, ¿vale? Al menos hasta que vuelva a reunirme con vosotros.

Las orejas de *Apolo* se aplanaron sobre su cabeza, y el animal se encorvó. Gimoteando con suavidad, intentó darle golpecitos en la rodilla con la cabeza, en vano.

—Lo sé —musitó Hugo—. Pero te juro que volveremos a correr juntos algún día. No me olvidaré de eso ni de ti. Vete, *Apolo*. Vete con el abuelo.

El perro se levantó. Desplazó la mirada de Hugo a Nelson, como indeciso. Por un momento, Wallace creyó que desoiría la orden de Hugo y se quedaría plantado donde estaba.

Pero no fue así.

Le lanzó un ladrido débil a Hugo antes de volverse hacia Nelson. Dio vueltas en torno a él, olisqueándole las piernas, y apretó el morro contra su mano. Nelson bajó la vista hacia él y sonrió.

—¿Estás listo, *Apolo*? Creo que vamos a embarcarnos en una aventura. Me pregunto qué vamos a ver.

El perro le lamió los dedos.

Hugo se enderezó, se acercó a su abuelo y se detuvo frente a él. Wallace creyó que vacilaría, aunque solo fuera unos instantes. Se equivocaba. El barquero alzó la mano hacia el pecho de Nelson y, en el momento en que cerró los dedos en torno al gancho que solo podían ver él y Nelson, este dijo:

—Hugo...

Hugo lo miró.

—Nos veremos, ¿no?

Hugo le dedicó una sonrisa radiante.

—Ya te digo, joder. —Y entonces desprendió el gancho. Acto seguido, se volvió hacia *Apolo*. El perro solo soltó un breve chillido cuando le desprendió el suyo.

Hugo se puso derecho y, respirando hondo, alzó la mano por

encima de la cabeza hacia el pomo. Sus dedos taparon la hoja y, con un giro de la muñeca, abrió la puerta.

Una luz blanca salió a raudales, junto con un canto de vida y muerte similar a una sinfonía.

—Oh —dijo Nelson en un susurro reverencial—. Nunca... Nunca imaginé... toda esta luz. Todos estos colores. Me parece que... sí. Sí, te oigo. Te veo, oh, Dios mío, te veo. —Rompió a reír con ganas mientras sus pies se despegaban del suelo y *Apolo* ascendía también, con una cómica expresión de sorpresa—. ¡Hugo! —gritó Nelson—. Hugo, es real. Todo es real. Es la vida. La vida.

Pestañeando ante aquel resplandor deslumbrante, Wallace entrevió la silueta de Nelson y *Apolo* mientras se elevaban por el aire. El chucho miró alrededor, con la lengua fuera. Casi daba la impresión de que sonreía.

Y entonces ambos atravesaron el vano.

Antes de que la puerta se cerrara, Wallace oyó por última vez la voz de Nelson mientras *Apolo* ladraba alegremente.

—Estoy en casa —dijo.

Hubo un portazo.

La luz se extinguió.

Nelson y *Apolo* se habían ido.

Un manto de silencio cayó sobre el tercer piso de la tetería.

—¿Qué creéis que ha visto? —preguntó al cabo de un rato Mei, enjugándose los ojos.

Hugo se quedó contemplando la puerta. Aunque tenía el rostro arrasado en lágrimas, sonreía.

—No lo sé. ¿Y no es esa la gracia? No lo sabemos hasta que nos llega la hora. ¿Me permitís un momento? Quiero... Enseguida bajo.

Wallace le tocó el dorso de la mano antes de bajar la escalera detrás de Mei. Le pareció oír que Hugo hablaba en voz baja, casi como si rezara.

Esa noche, Wallace encontró a Hugo en la terraza. Mei estaba en la cocina, escuchando su horrenda música a un volumen tal, que se estremecía todo el esqueleto de la casa. Sacudiendo la cabeza, Wallace cerró la puerta trasera después de salir.

Hugo volvió la cabeza hacia él.

—Hola.

—Hola, Hugo —dijo Wallace—. ¿Estás bien? —Crispó el rostro al detenerse junto a Hugo frente a la barandilla—. Es una pregunta estúpida.

—No —repuso Hugo, apoyándole la cabeza en el hombro—. A mí no me lo parece. Y, para serte sincero, no sé si estoy bien. Es extraño. ¿Has oído su voz al final?

—Sí —respondió Wallace.

—Sonaba como si se sintiera...

—Libre.

Wallace notó que Hugo asentía la cabeza contra su hombro. Lo abrazó por la cintura.

—No puedo ni imaginar el alivio que ha debido experimentar. Yo... —Titubeó un momento antes de añadir—: ¿Estás enfadado con él?

—No —dijo Hugo—. ¿Cómo voy a estar enfadado? Cuidó de mí durante mucho tiempo y me ayudó a aprender a ser una buena persona. Además, sabía que me dejaba en buenas manos.

—¿Y lo estás?

Hugo se rio.

—Creo que sí. Eres muy hábil con tus...

Wallace soltó un gruñido.

—Estaba intentando compartir un momento contigo.

Hugo volvió la cabeza para plantarle un sonoro beso a Wallace debajo de la barbilla. Este sonrió, con la boca contra su pelo.

—Sí —susurró Hugo—. Estoy en buenas manos. Las mejores, de hecho. Y él tiene razón: esto no es un adiós. Volveremos a vernos. Todos. Pero, hasta entonces, nos queda trabajo que hacer. Y lo haremos juntos.

—Eso —convino Wallace—. Creo que...

La puerta trasera se abrió.

Una franja de luz surgió del interior.

Se dieron la vuelta.

Mei estaba en el vano.

—Dejaos de arrumacos y cursiladas empalagosas. Ha aparecido una nueva carpeta.

Hugo se apartó de la barandilla.

—Cuéntame.

Mei se puso a recitar de memoria el contenido del informe. Hugo escuchó sin interrumpir mientras ella desgranaba datos del que iba a ser su nuevo huésped.

Wallace volvió la vista hacia las plantas de té.

Las hojas se agitaban con la cálida brisa. Estaban fuertes, bien arraigadas en la tierra. Hugo se había encargado de ello.

—Wallace —lo llamó este desde la puerta—. ¿Vienes?

—Sí —dijo Wallace, desviando la mirada del jardín—. Vamos allá. ¿Quién es nuestro futuro huésped?

Cuando llegó a la puerta, Wallace tomó la mano que Hugo le tendía sin vacilar. La puerta se cerró tras ellos. Al cabo de un momento, la luz de la terraza se apagó, y el huerto de té quedó iluminado solo por la luna.

Si hubieran mirado atrás una última vez, habrían visto que algo se movía en el bosque. Allí, en la oscuridad del margen de la espesura, un gran ciervo bajó la cabeza hacia la tierra en un gesto de veneración, con flores colgando de la cornamenta. Poco después, se alejó entre los árboles, dejando tras de sí un rastro de pétalos.

Agradecimientos

Bajo la puerta de los susurros es una historia que tiene un profundo significado personal para mí; por eso me resultó muy difícil escribirla. Tardé mucho en terminarla, pues me obligó a explorar mi dolor por la pérdida de alguien a quien quería mucho, más a fondo de lo que lo había explorado nunca, por lo menos fuera de las sesiones de terapia. El dolor siempre tiene una catarsis, aunque por lo general no nos damos cuenta cuando estamos inmersos en él. Si afirmara que escribir este libro me ha ayudado a sanar, mentiría. En vez de ello, diré que me dejó más esperanzado que antes, con un regusto agridulce. Si vives lo suficiente para aprender a amar a alguien, llegará un momento en que conocerás el dolor. Así funciona el mundo.

Varias personas extraordinarias me ayudaron a dar vida a este libro, y me gustaría darles las gracias.

La primera es Deirdre Knight, mi agente, que defiende mis libros con uñas y dientes y cree en ellos, quizá más que cualquier otra persona. Es la mejor agente que un autor podría desear. Les estoy agradecido a ella y a todos los miembros del equipo de The Knight Agency, entre ellos Elaine Spencer, que gestiona los derechos de traducción en los mercados extranjeros. Ella es la razón por la que *La casa en el mar más azul* y *Bajo la puerta de los susurros* se estén traduciendo a tantos idiomas distintos.

Ali Fisher, mi editora, me dio los mejores consejos que he recibido nunca como escritor. Cuando nos encontrábamos en plena revisión del texto, me dijo una palabra que cambió mi forma de ver la historia de Wallace: «descentralizar». Aunque tal vez esta palabra no signifique mucho para el lector, no exagero si digo que fue como si el sol apareciera de detrás de las nubes por primera vez en semanas, y me permitió poner el foco donde habría debido estar desde el principio. Si esta historia es tan buena, es gracias a ella. Te lo agradezco, Ali.

También me ayudó mucho con la revisión la asistente editorial

Kristin Temple. Sus comentarios sobre la personalidad del Gerente fueron clave —pues tiendo a intentar romper las reglas de los mundos que yo mismo creo—, y ese niño raro que en realidad no es un niño le debe su carácter a ella. Gracias, Kristin.

Luego están los *lectores de sensibilidad*. No quiero desmerecer la labor de ninguna de las personas que han trabajado en este libro, pero la de estas personas ha sido quizá una de las más importantes. De los cinco personajes principales —Wallace, Hugo, Nelson, Mei y *Apolo*—, tres son personas racializadas. Los *lectores de sensibilidad* pasaron las diversas versiones del texto por un tamiz muy fino y aportaron observaciones sumamente útiles. Quiero darles las gracias a los *lectores de sensibilidad* de Tessera Editorial, así como a Moukies, que mejoró mucho el personaje de Hugo.

Saraciea Fennell y Anneliese Merz son mis publicistas y fanes, además de unas de las mejores profesionales que un autor podría tener en su equipo. No sé cómo se las ingenian, pero nos facilitan la vida a todos con su labor incansable.

Entre los peces gordos están Devi Pillai, editora de Tor; Fritz Foy, presidente de TDA; Eileen Lawrence, vicepresidenta y directora de *marketing*; Sarah Reidy, ejecutiva de publicidad; Lucille Rettino, vicepresidenta de *marketing* y publicidad; y Tom Doherty, presidente y fundador de TDA. Todos ellos creen en el poder de las historias *queer*, y les estoy muy agradecido por haberme permitido darle un toque mucho más gay al género fantástico.

Becky Yeager es la jefa de *marketing*, lo que significa que le corresponde a ella hacer correr la voz sobre mis libros. Su trabajo es una de las principales razones por las que se leen tanto.

Rachel Taylor, coordinadora de *marketing* digital, lleva las cuentas en redes sociales de Tor y se asegura de que todo el mundo vea los tuits chorras que escribo sobre mis libros. Gracias, Rachel.

Por lo que respecta a la producción, tenemos a Melanie Sanders, editora de producción; a Steven Bucsok, director de producción; a Heather Saunders, maquetadora, y a la diseñadora de la sobrecubierta, Katie Klimowicz. Ellos han conseguido que el resultado sea tan atractivo. Por otro lado, quisiera dar las gracias a Michelle Foytek, gerente de operaciones editoriales, que se coordina con el Departamento de Producción para incluir los materiales exclusivos en las ediciones correspondientes.

Y la sobrecubierta, tío. Qué pedazo de sobrecubierta. Animo al lector a echarle un vistazo. ¿A que es increíblemente alucinante? Es obra de Red Nose Studios. Chris posee la asombrosa habilidad de hurgar en mi cerebro y hacer que mi imaginación cobre vida, como en la fabulosa ilustración de cubierta que ha creado para mí. Su trabajo nunca deja de maravillarme. Gracias, Chris.

También quiero agradecer al equipo de ventas de Macmillan su apoyo y esfuerzos por conseguir que este libro —y los otros que he escrito— lleguen a las librerías de todo el mundo. Son el público más entusiasta que un escritor podría tener.

Gracias a Lynn y Mia, mis lectoras beta. Ellas leen mis historias antes que nadie y, por el momento, no han huido gritando despavoridas, lo que considero todo un logro.

Gracias a Barnes & Noble por elegir *Bajo la puerta de los susurros* para una edición exclusiva —si el lector no ha visto el pequeño contenido extra incluido en la edición de B&N, le aconsejo encarecidamente que lo haga—. Quiero extender mi agradecimiento a los libreros independientes y bibliotecarios de todo el mundo que han recomendado mis libros a los lectores. Estaré eternamente en deuda con vosotros y haré cualquier cosa que me pidáis, incluso si se trata de ayudaros a esconder un cadáver.

Por último, estás tú, el lector. Gracias a ti, he convertido esto de escribir en mi trabajo. Gracias por permitirme hacer lo que más me gusta. Estoy deseando que veas lo que estoy preparando.

T. J. Klune
11 de abril de 2021

Bajo la puerta de los susurros
TJ Klune

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Under the Whispering Door*

© del texto: Travis Klune, 2021
Publicado de acuerdo con The Knight Agency a través de Yañez, parte de International Editors' Co. S.L. Literary Agency

© de la traducción: Carlos Abreu, 2023

© fotografía de la cubierta, Red Nose Studio

© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27396-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!